

CHATARRA PARA
LOS MIDAS

PEDRO MARTÍNEZ
RAYÓN

CAPITULO I

Aquel montón de harapos, yacente sobre el inmundo camastro, ocultaba el cuerpo sin vida de la que había sido su madre. La idea de que nunca más volvería a escuchar su voz imperiosa vomitando soeces improprios resultaba increíble, casi grotesca.

Cuando Ramón regresó acompañado del médico -al que había ido a buscar precipitadamente-, Regina estaba más allá de cualquiera de los remedios que la ciencia dispensa en casos similares.

“Ya empieza otra vez este condenado dolor” había exclamado asiendo con la mano derecha el antebrazo izquierdo.

No volvió a pronunciar palabra hasta que, ya tumbada en el que había de ser su lecho de muerte, detuvo con un ademán a Ramón que salía en busca de ayuda y, señalándole con un sucísimo dedo índice, balbuceó: “Cuida a mi hijo o volveré para tirarte de las orejas”.

Después, momentos antes de la llegada del doctor, sufrió una convulsión, emitió un sonido semejante al gorgoteo de un desagüe y se quedó yerta.

El galeno no se anduvo por las ramas:

— Se lo había pronosticado muchas veces -comentó ácidamente-. Bebía como una esponja y el corazón aguantó hasta el límite de sus posibilidades -añadió ocultando el rostro de la extinta con el extremo de la manta hecha jirones.

Y, con un doble palmoteo en el hombro del hijo que contemplaba desorientado la escena, se fue.

El chico, acababa de cumplir los trece años, salió de la miserable barraca de tablas y trozos de bidón que había sido su único hogar desde que había nacido. Era la primera vez que se encontraba frente a frente con el misterioso hecho de la muerte.

Como un autómata, fue a sentarse cerca de la puerta, sobre un montón de hierros. Allí, sin pensar en nada, con la mente absolutamente en blanco, permaneció inmóvil hasta que Ramón acudió a su lado.

— Voy a llamar a don Froilán. ¿Te quedas o vienes conmigo? Es cosa de un momento.

— Me quedo -se limitó a responder el muchacho con la vista clavada en los desordenados montones de desechos metálicos.

El sonido de los pasos del que, por expreso deseo de su madre, iba a ser su mentor de allí en adelante, pareció sacarlo del vacío en que se encontraba. En su cerebro confuso fueron surgiendo detalles olvidados de su vida al lado de aquella mujer tan pletórica de desconcertantes particularidades que, incluso a su corta edad, habían resultado chocantes.

Cuando el hijo despertaba, la madre ya no se hallaba en la chabola. Antes del amanecer, se levantaba y se lanzaba a la calle arrastrando el decrepito y pesado carromato en el que, pacientemente, iría depositando la miscelánea de botellas, cartones e inservibles trozos de metal abandonada ante los portales de la ciudad en espera de los camiones de la basura.

Tirando y empujando como una caballería, recorría un largo itinerario que finalizaba hacia las nueve y media o las diez. Antes, se detenía tres o cuatro veces en alguna de las modestas tascas que pueblan toda ciudad industrial y en cada una de ellas apuraba glotonamente un doble de orujo.

A la vuelta, cerca ya del descampado donde tenía instalada casa y negocio, adquiriría una frasca de vino tinto que colocaba con grandes precauciones en lo alto del carro, siempre bien protegida entre papeles y embalajes de cartón.

Al llegar, ocultaba con celo el enorme recipiente bajo un banco de madera cojitranco y remendado, vaciaba el contenido del carro en el único lugar despejado, en el centro de aquel cementerio de trastos inútiles y, con ayuda de Ramón, iba trasladando cada objeto al montón en que se reuniría con otros de su misma o parecida especie.

Para entonces él, Regino, ya estaba en pie; había desayunado lo que el omnipresente Ramón le hubiera dispuesto. Después, dando patadas a cuantas piedras se le ponían delante, se encaminaba a la iglesia de la Encarnación en la que prestaba sus servicios como monaguillo. A cambio de éstos, don Froilán, el coadjutor, le enseñaba a leer, escribir y las cuatro reglas.

Cuando volvía a casa, Regino advertía en su madre los primeros síntomas de una embriaguez que iría in crescendo a medida que avanzaba el día hasta alcanzar el punto cenital a media tarde. Sin embargo, en ningún momento, en el transcurso de las frecuentes negociaciones de compraventa o trueque pues a las tres actividades se dedicaba, pudo percatarse de que cometiese fallo alguno. Regina, en medio de las brumas alcohólicas que la envolvían, actuaba con serenidad y astucia mercantiles dignas del más flemático mercachifle.

Más de una vez, cerrado el último trato del día, Regina hubo de ser transportada en volandas hasta su jergón, desde el suelo al que había ido a parar parcialmente consciente.

Entre Regino y Ramón arrastraban la montaña de carne en que el paso de los años y, sobre todo, las continuas libaciones habían convertido a aquella mujer que se dejaba conducir entre un diluvio de frases groseras. Al derrumbarse como un saco de piedras sobre el lecho, continuaba murmurando palabrotas hasta que durmiéndose profundamente, iniciaba el concierto de ronquidos que había de durar toda la noche.

Resultaba inimaginable que la naturaleza, hasta entonces generosa, hubiera decidido de pronto mostrarse definitivamente tacaña, retirando su apoyo y permitiendo que Regina se transformase en el inmóvil bulto cubierto por la sucia manta.

Regino era aún excesivamente joven para comprender nada de esto, pero aunque no fuese así, tampoco hubiera podido entender las razones que habían impulsado a su madre a abandonarse de tal manera.

Quienes la conocieron hacía veinte años, aún se hacían lenguas de su excelente figura, de su hermoso rostro y buen carácter. Un día, sin explicación aparente, comenzó a dar señales de una ligereza de cascos inexistente hasta entonces. Se fue a vivir sola, abandonando a sus padres, dejándose acompañar por individuos de dudosa reputación, cuando no de pésimos antecedentes.

Pasó algún tiempo; de pronto, desapareció de la pequeña ciudad donde habitaba, reapareciendo al cabo de tres años con un niño de dos. Se trataba de su hijo Regino, a quien había registrado con su mismo apellido.

Casi recién vuelta, inició sus actividades como trapera, estableciéndose en las afueras. A partir de entonces, el deterioro había sido constante y las pocas personas que, en los primeros momentos, intentaron realizar con ella una labor de redención, fueron cansándose ante la inutilidad de sus esfuerzos y Regina fue abandonada a su suerte.

Luego surgió Ramón. Nadie sabía de dónde procedía. Era un hombre extraño, de muy pocas palabras y edad indefinida que pasó a ocupar un lugar importante en la vida de Regina; importante, pero subordinado. Trabajaba y bebía tanto como ella, aunque estaba claro que en los asuntos económicos carecía de voz y voto. Debía poseer una formidable resistencia pues jamás se le había visto ebrio. Hablaba con voz reposada y palabras educadas, demostrando a Regino un inmenso cariño, si bien la madre había dejado bien claro que el caso no era de paternidad oculta.

Las pisadas de don Froilán y Ramón apartaron al chico de su ensimismamiento y, obedeciendo a una muda señal del cura, siguió a los dos hombres al interior de la choza.

Allí, a la vacilante luz de una vela que fue encendida -la electricidad representaba un lujo desconocido en el chamizo-, el sacerdote recitó el oficio de difuntos, ungió la frente de Regina con los santos óleos y anunció en tono sepulcral, como si temiera despertar a la que había pasado a mejor vida, que los funerales se celebrarían a las diez de la mañana siguiente y, al finalizar éstos, se procedería al enterramiento. Luego, ya en la puerta, dedicó unas palabras afectuosas al huérfano y se fue caminando a grandes trancos.

Aquella noche Ramón y Regino velaron el cadáver en completo silencio. Sentados en el camastro del muchacho, arropados con viejas mantas, dejaron transcurrir el tiempo sin cruzar palabra. De madrugada, Ramón se puso en pie, encendió la lumbre y preparó café. Entregó un humeante tazón a Regino y se sirvió otro para sí mismo.

— Anda, bébetelo bien caliente. Hoy será un día de prueba -dijo pausado.

El acto religioso, al que solamente acudieron el hombre y el chico -y, por supuesto, media docena de viejas siempre presentes en esta clase de solemnidades-, fue el deprimente anticipo del entierro.

Regino experimentó la extraña impresión de que, desde el exterior de su propio cuerpo, observaba cómo asistía al sepelio de su madre. Vagamente, percibió una sensación de desdoblamiento que le permitía ser a la vez testigo y parte, en ambos papeles con absoluta indiferencia.

El raro estado de ánimo que protagonizaba por primera vez, y del que no era por completo consciente, desapareció bruscamente cuando se escuchó el sonido producido por la tierra al golpear el modesto féretro de pino.

Entonces dejó de ser testigo pasando a ser únicamente parte interesada que alcanzaba a entender, en toda su plenitud, el significado de lo que estaba sucediendo.

En los años que siguieron, Ramón continuó atendiendo el miserable negocio de Regina y cuidando de Regino con igual generosidad que si ambos, chatarrería y muchacho, le pertenecieran.

La existencia de Regino experimentó muy pocos cambios. Prosiguió prestando sus servicios en la iglesia de don Froilán y recibiendo, como pago, instrucción. Se había aficionado a la lectura y aprovechaba las muchas horas libres que sus escasas obligaciones le otorgaban, y el sacerdote sabía que si su pupilo no estaba en el templo lo encontraría en la surtida biblioteca del centro parroquial anexo.

Allí, paseando la ávida mirada sobre un libro cualquiera, con los dedos de la mano izquierda revolviendo inquieta los rojizos cabellos, pasaba las jornadas Regino. Don Froilán había intentado poner un poco de armonía en el desordenado afán de lectura. Trataba de que ésta se fuese realizando con método, pero todo fue inútil. Aquel muchacho devoraba letra impresa como su madre había ingerido vino. Sin tasa ni medida.

“Esperemos que su vicio no resulte tan funesto como fue el suyo para Regina”, se acongojaba el eclesiástico recordando que el señor obispo le había sermoneado, sin acritud pero repetidamente, por la liberalidad con que habían sido aprovisionados los anaqueles de la biblioteca.

— El día menos pensado, Froilán, vas a ser testigo de una gresca monumental. ¡Mira que encerrar en la misma habitación a Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, los cuatro evangelistas, Marx, Engels, Nietzsche, Schopenhauer, Zola y otros parecidos! Estás completamente loco y si, entre todos ellos, te incendian la iglesia y el centro, no recurras al obispado; llama al parque de bomberos.

Pero don Froilán hacía oídos sordos, sonreía con beatitud y, mendigando aquí y sableando allá, continuaba enriqueciendo su colección de libros.

La actitud de Regino le preocupaba y halagaba al mismo tiempo. No estaba habituado a que sus feligreses manifestaran aquella sed de cultura y, por estas razones, ya había advertido al recalcitrante y jovencísimo usuario sobre el riesgo que una desorganizada campaña de lectura podría hacerle correr. Le había confeccionado varias listas en las que, de manera racional, figuraba un amplio abanico de títulos y autores. Y todo, para nada. A los tres o cuatro días encontraba a su protegido absorto en un libro y, a su pregunta ¿qué lees?, repetida tres o cuatro veces, pues el destinatario de la misma estaba como ausente y nada oía, recibía la respuesta de:

— Crítica de la razón pura, de Kant.

— Pero, ¿entiendes algo de eso?

Y Regino, sin alzar la vista de las páginas que para don Froilán constituían un verdadero galimatías, contestaba:

— Más o menos.

Ante tamaña serenidad de espíritu, tozudez o inconsciencia, el ministro del Señor hubo de ceder. Dejó de inmiscuirse en las lecturas del monaguillo y éste, desde aquel momento hasta que se vio obligado a atender la inaplazable llamada del ejército que lo conminaba a prestar el servicio militar, paseó sus ojos insaciables sobre casi todas las existencias literarias del buen cura.

La mili, que para tantos jóvenes viene a ser una lamentable pérdida de tiempo, supuso para el recluta -pasado el período de instrucción- una época de auténtica felicidad.

Tan pronto como se reincorporó al acuartelamiento, de vuelta del campamento, uno de los sargentos preguntó a voz en cuello ante la formación:

— ¿A quién le gusta la literatura?

Regino había oído comentar que el sistema más seguro de ser destinado al servicio de cocina, al de letrinas o, en general, a cualquier otro no ambicionado por nadie en sus cabales, era responder a preguntas de aquel género.

Sin embargo, algo más fuerte que su sentido común le obligó a contestar poniéndose tieso como un huso.

— A mí, mi sargento.

La orden recibida del suboficial lo llenó de pasmo.

— Sube al despacho del Comandante Mayor y preséntate a él mismo. Dile que eres el “literato”.

El alarmado soldado -había jurado bandera dejando con ello de ser un despreciable quintorro-, subió velozmente al despacho indicado y fue inmediatamente pasado a presencia del Mayor.

La entrevista fue muy breve. El comandante se limitó a decirle:

— En vista de que te agrada la literatura, a menos que tengas alergia a las estrellas de ocho puntas, desde este momento pasas a ser mi ordenanza. Te voy a encomendar una tarea que te agradará. ¿Conoces la ciudad?

— Muy poco, mi comandante. Sólo estuve en La Laguna un par de veces.

— Bien; toma esta tarjeta. Vete a mi domicilio; preguntando se va a Roma. Le dices a mi madre quién eres. A propósito, ¿cómo te llamas?

— Me llamo Regino Midas Midas, mi comandante.

Al escuchar aquellas palabras, el militar abrió unos ojos como platos.

— ¿Cómo has dicho?

— Regino Midas Midas.

— Es curiosísimo. Midas por partida doble; y encima con Regino delante. ¿Has oído hablar de la leyenda del Rey Midas?

— No, mi comandante. Lo siento.

— Bueno, ya te la contaré en otra ocasión. Ahora vete a mi casa y espérame allí; llegaré enseguida. Ah, dile al sargento de Mayoría que te cubra un pase de pernocta y que me lo traiga a la firma. Andando.

— Sí, mi comandante. A sus órdenes.

Con el pase de pernocta en el bolsillo, Regino, alegre como unas castañuelas, buscó y encontró rápidamente la casa donde vivía su jefe. No estaba muy lejos del cuartel, pero aunque lo hubiese estado, no se hubiera enterado de que hacía un calor infernal. Era un mediodía del mes de julio y las islas Canarias no se encontraban entre los lugares más recomendados para tomar el fresco.

En aquella oportunidad, por lo menos, los lúgubres vaticinios de los veteranos no se habían cumplido. El pase de pernocta garantizaba la exclusión del dormitorio cuartelero que reunía todas las desventajas de la colectivización sin disponer de las oportunidades favorables que aquélla pudiera encerrar.

Por otra parte, no era lógico pensar que el comandante precisara de un ordenanza sólo y exclusivamente para que le pelase las patatas destinadas al consumo de su hogar particular o para proceder al desatascado de los servicios higiénicos. Y, en todo caso, por muchas patatas que se consumieran en la casa, nunca serían tantas como las ingeridas a diario por un regimiento. En cuanto a la comparación entre los índices de utilización de las letrinas comunitarias militares y del pudibundo W.C. de la morada del Mayor, era claramente inimaginable.

Pero, entonces, ¿por qué la preferencia hacia un soldado amante de la literatura?

Regino deseó fervientemente que si en la inesperada predilección se encontraba el clásico gato encerrado, perteneciera a una desconocida especie desprovista de uñas.

Pero cuando, con mano que en vano trataba de hacer firme, oprimió el timbre de la puerta de aquella casa -que únicamente Dios sabía qué peligros ocultaba-, sus temores se desvanecieron como por ensalmo.

La viejecita de aspecto amable e inofensivo que acudió a la llamada, debía ser incapaz de albergar, ni siquiera consentir, la menor intención dudosa contra el prójimo, aunque éste estuviera representado por un tímido soldado.

— Buenos días, señora. Soy Regino, el nuevo ordenanza del Comandante Mayor.

— Sí, hijo. Te esperaba. Mi hijo nos avisó por teléfono. Pero, pasa, pasa; no te quedes ahí.

La madre del comandante precedió al flamante ordenanza por un largo pasillo y lo introdujo en una habitación de grandes dimensiones, el centro de la cual estaba ocupado por un enorme montón de embalajes de cartón que aún no habían sido abiertos. Había tantos, que para andar de un lado a otro era preciso bordearlos dando rodeos.

Aquella especie de almacén le recordó a Regino la chatarrería de su difunta madre.

La viejecita, una señora de alrededor de ochenta años que aún caminaba con firmeza y lucía los cabellos más blancos y luminosos que el soldado había contemplado nunca, le ordenó que tomara asiento sobre uno de los cajones y, al advertir las vacilaciones del nuevo miembro de la casa, añadió:

— No tengas reparos; yo he estado sentada toda la mañana y me agrada moverme de acá para allá. Pero, cuéntame, ¿de dónde eres?

— Soy asturiano, de Oviedo.

— Caray; pues has venido de bien lejos.

— Sí, señora, de bastante lejos.

— Y, ¿te queda todavía mucho chopo?

Al advertir la naturalidad con que la poseedora del níveo pelo utilizaba la expresión bélica, Regino no logró ocultar un asomo de sonrisa. Los ojos azules, de un azul desvaído, de la anciana, aún conservaban su agudeza y se percataron de la risueña mueca.

— ¿Te sorprende que haya utilizado esa palabra?

— Sí, señora; pero, en realidad, no debiera haberme extrañado. Siendo la madre de un militar, seguramente conocerá más cosas del ejército que yo. Me han puesto el uniforme hace tres meses, así que aún tengo para rato.

— Bueno, no te desanimes. Ahora vas a estar como en casa. Ya lo verás.

La llegada del comandante interrumpió el cambio de confianzas.

— No sé qué te habrá contado mi madre -dijo despojándose de la gorra de plato y depositándola cuidadosamente sobre el cajón próximo al que utilizó para tomar asiento- pero puedes considerar que la mili ha terminado para ti. Aparecerás por el cuartel sólo de tarde en tarde. Harás las comidas y dormirás aquí, en mi casa. Pero no te apresures a felicitarte. Vas a trabajar como un esclavo. Tendrás que vaciar todos estos fardos y otros que llegarán un día de estos. Colocarás en las estanterías los libros que contienen, siguiendo el orden de las fichas que te entregaré, de modo que luego puedan encontrarse fácilmente; por materias. No va a ser tarea fácil, pero a cambio vas a tener la oportunidad de olvidar la instrucción y aprender una infinidad de cosas. Me figuro que te gustará leer, ¿no?

— Sí, mi comandante; muchísimo.

— Y, ¿qué has leído hasta la fecha?

— Pues bastante. Todos los clásicos -los del siglo de Oro-, los de la generación del noventa y ocho, algo de filosofía, teoría económica y algunas traducciones de Hemingway, Maugham, Chesterton, Wilde,...

— Basta, basta. Ah, y de Bernard Shaw ¿no conoces nada?

— Únicamente Pygmalión y El carro de las manzanas.

— ¿Qué hacías en la vida civil? ¿Qué estudios tienes?

— Era sacristán, mejor dicho, monaguillo. Estudios, prácticamente, no tengo ninguno. Don Froilán, el coadjutor de la parroquia, me enseñó a leer, escribir y las cuatro reglas.

— Y, ¿qué piensas hacer cuando te licencies?

— Supongo que continuaré con la chatarrería que me dejó mi madre. Ahora la atiende Ramón, un amigo de la familia que desde niño ha sido como mi padre.

— ¿Tu padre, también ha muerto?

— Pues no lo sé, mi comandante. No lo he conocido y mi madre jamás me ha hablado de él. Ramón tampoco sabe quien fue.

— Bueno, eso no tiene importancia. Muchas personas se encuentran en la misma situación. Y dices que Ramón te atiende el negocio.

— Sí, mi comandante. Muy bien. Me ha escrito cuatro cartas y dice que aquello marcha viento en popa. Además, los dos tenemos algunas ideas que pueden resultar.

— No me extrañaría nada. Con el nombre que llevas, no sería difícil que hicieras una fortuna. La palabra Regino viene a ser lo mismo que rey y lo de Midas, por duplicado, parece una premonición. Has dicho que ignoras quién fue el rey Midas; ahora vas a saberlo.

»Entre los años 715 y 676 antes de Cristo, Midas reinaba en Frigia, un país situado en el interior de Asia Menor. En él florecieron las ciudades de Iconium, Cícico, Lampasco, Troya, Abidos, Gordio, Ancira y Pesinonte. Frigia fue independiente hasta el siglo VII a. de C. y, precisamente, bajo el reinado de Midas el país cayó en poder de los cimérios. Más tarde formó parte del imperio lidio y luego perteneció a los persas, macedonios y romanos. Pero, volviendo a tu tocayo, la leyenda afirma que Dionisos o Baco, dios del vino y del delirio místico, le había concedido la facultad de convertir en oro todo lo que tocara. La leyenda también asegura que cuando Midas fue elegido juez para fallar un pleito musical entre Apolo y Marsias, o, lo que es lo mismo, Pan, falló a favor de éste último y, encolerizado, Apolo se vengó del rey haciéndole salir unas enormes orejas de borrico.

»Una variante de la misma leyenda cuenta que como el toque mágico de Midas actuaba sobre cuanto tocaba, estuvo a punto de morir de hambre. Por esta razón hubo de suplicar al dios que le había concedido el dudoso poder, que se lo quitase. El rey se salvó de una muerte cierta bañándose en el río Pactolos que, a partir de entonces, fue riquísimo en pepitas de oro.

»En realidad, las fabulosas riquezas del rey Midas tenían su origen en las prósperas minas de Frigia que producían abundante oro, cobre y hierro. Además, las aguas del río Pactolos arrastraban gran cantidad de pepitas.

»De todos modos, leyenda o realidad, si, como dices, piensas dedicarte a los negocios, conviene que vayas aprendiendo -a paso ligero- la quinta regla que aún no conoces, que no encontrarás escrita en ningún libro de economía y, sin la cual, el fracaso es casi seguro en cualquier clase de comercio.

»Las cuatro reglas que te enseñó el cura son necesarias; la quinta es imprescindible y tan sencilla como las otras. Consiste, simplemente, en olvidar por completo la piedad.

»Comasión y provecho son términos categóricamente incompatibles. De igual manera que el agua apaga el fuego, la misericordia imposibilita de raíz la obtención de ganancias.

»Llegado el momento, tendrás que plantearte fríamente qué clase de empresa vas a poner en marcha; un negocio o una casa de beneficencia. Si te decides por la segunda, santo y bueno; pero, no esperes conseguir intereses de curso legal. En esta vida, no.

»Si optas por la primera, sería muy oportuno que comenzases a leer a Clausewitz y otros destacados tratadistas de estrategia militar. Estoy convencido de que la mayor parte de los métodos aconsejables para la guerra son aplicables igualmente al comercio. En realidad, ¿no se trata también de una batalla sin cuartel? Se combate en todos los frentes; contra los proveedores, la competencia y los consumidores. Entre estos últimos puedes tropezarte con pagadores morosos y pufistas que vienen a constituir la quinta columna y los saboteadores.

»Como en una conflagración bélica, no se puede andar con paños calientes. O se mata o se muere, y quien no esté dispuesto a actuar aplicando toda la potencia de las armas a su alcance, más vale que se haga declarar inútil total y se esfuerce en poner en práctica las obras de misericordia.

»En la vida comercial hay que actuar como en un campo minado; con decisión, pero sabiendo dónde se colocan los pies y las manos. Los cuerpos especiales de desactivación de artefactos explosivos tienen un lema que va muy bien para quienes se dedican a los negocios: “valor de guerrero y manos de artista”.

»En fin, ya seguiremos hablando de todo esto; y, de momento, ven conmigo. Voy a enseñarte el cuarto que vas a ocupar mientras seas mi ordenanza. Comerás en la cocina,

con Concha y Juana. La primera es nuestra cocinera; la otra, la muchacha. Son buenas personas, aunque Concha es un poco rara. No le llesves la contraria y todo marchará sobre ruedas.

Regino, un tanto confuso ante aquella larga conferencia, siguió a su jefe hasta la habitación que se le destinaba. No tenía nada de particular. Una cama, una mesilla de noche con una lamparita, una silla y un armario. Tenía, sin embargo, un encanto especial. Era “su dormitorio”, para él solo.

— ¿Qué te parece? -quiso saber el Mayor.

— Formidable, mi comandante. Pero, ¿puedo preguntarle algo?

— Sí, claro; dime.

— ¿Podré salir al cuartel a recoger mis cosas?

— Naturalmente; después de comer. Y no te preocupes, que allí he dado órdenes para que no te pongan pegas.

— Muchas gracias, mi comandante.

— Ya veremos si me las das luego; cuando inicies tu tarea aquí.

El comandante Mayor acompañó a su asistente a los dominios de Concha, lo presentó a ésta y a su compañera y bromeó con ambas prometiéndoles un rápido y despiadado consejo de guerra si recibía alguna queja de Regino y se fue después de dejar bien establecido que éste se incorporaba a la casa en calidad de ordenanza del dueño de la misma y de nadie más.

— ¿Entendido? -preguntó, ya con el rostro serio.

— Sí, señor -respondieron al unísono las dos mujeres.

Regino se quedó un poco cortado en presencia de Concha y Juana. Ninguna de ellas cumpliría los treinta años; deberían haberlo hecho bastante tiempo antes.

La cocinera, que llevaba el pelo canoso recogido en apretado moño en lo alto de la cabeza y mantenía en la redonda cara una expresión melancólica, no parecía muy aficionada a las bromas.

Por el contrario, Juana, la muchacha, alta y flaca, con cara de caballo y grandes dientes, tenía la risa fácil y en sus ojos danzaba un destello humorístico.

— Vamos, hombre, no te quedes como una estatua. Siéntate ahí. Sí, ahí mismo -aconsejó Juana-. Dentro de un rato comeremos. Ojalá a ti te guste más que a mí lo que guisa Concha... -añadió en tono de guasa.

Seguramente se proponía continuar, pero Concha intervino cortante:

— Vaya, ya empezamos otra vez. No le hagas caso. Está siempre lo mismo. Habla y habla sólo para escucharse. No se calla más que para comer lo que yo preparo. Eso de que no le gusta mi comida, es un cuento chino. Ya lo verás luego.

Con el paso del tiempo, Regino llegó a comprender que entre Concha y Juana, por más que en algunos momentos dieran la sensación de estar a punto de venir a las manos, existía verdadera devoción. La misma que, a poco de su llegada, se estableció entre los tres. Las dos lo trataban como a un verdadero hijo para el que nada era demasiado bueno.

El ordenanza se preguntó qué pasaría si el comandante se enteraba de que los mejores bocados no iban a parar, como sería lógico suponer, a su propio plato, sino que, como por descuido, eran despachados por Regino. Este nunca había sido cuidado con tanto mimo y esmero.

Era cierto que el Mayor no admitía errores y que al menor tropiezo ponía el grito en el cielo, pero no era menos verdad que pronto olvidaba las faltas y lo trataba con afecto y consideración. Por otra parte, la labor que realizaba le resultaba sumamente grata. Le gustaba verse entre libros y tenía mucho tiempo para leer. El mismo comandante le había autorizado a llevarse a su cuarto, para leer por la noche, todos los que quisiera; con dos condiciones: la primera, que tratara los libros con respeto; la segunda, que nunca leyera hasta tan tarde que a la mañana siguiente anduviese medio dormido, cosa que le obligaría a cometer errores.

Regino aprovechó la autorización y, poco a poco, fue conociendo la amplia biblioteca cuyo cuidado le había sido confiado.

Como cuando emprendió la tarea de investigar las existencias reunidas por don Froilán, ahora se lanzó de cabeza al océano literario del comandante. Leía con una perseverancia que tenía algo de furor incontenible y, como en su primer encuentro con las obras de arte escritas, también entonces encontraba placer en cuanto caía en sus manos.

Las palabras de su superior jerárquico no cayeron en saco roto y, de forma paralela, estudió con detenimiento gruesos volúmenes en los que se exponían complicadas teorías económicas y militares.

Al propio tiempo, reflexionaba, comparaba y asimilaba conceptos con la madurez que tantas lecturas le habían deparado.

El comandante estaba en lo cierto. Aquellas dos actividades humanas, en principio aparentemente distintas, se apoyaban en fundamentos comunes. Ambas tenían la finalidad de imponer criterios egoístas y en la consecución de los objetivos fijados no entrañaban consideraciones altruistas.

En realidad, Regino se había propuesto hacía tiempo, que a partir de su vuelta a la vida civil, dedicaría todos sus esfuerzos a la consecución de la riqueza. El dinero sería la única meta.

Desde que el Mayor le había relatado la leyenda del rey Midas, en su mente comenzó a crecer, convirtiéndose en auténtica obsesión, la idea de emular a su “tocayo de apellido”. ¿Por qué no?

Aquella concomitancia podía resultar sólo la primera de una serie que le llevara a convertirse en un hombre riquísimo y envidiado por todo el mundo.

Pero, para llegar a ello, debería reunir tres requisitos indispensables: poseer conocimientos, estar dispuesto a ponerlos en práctica dando de lado a cualquier otra cosa y olvidar cuanto no supusiera el interés propio.

Cuando llevaba algún tiempo en la casa, unos seis meses después de su llegada, la biblioteca comenzó a tomar forma y la satisfacción de su propietario lo animó a sostener largos monólogos en los que el ordenanza se limitaba a asentir, tomando mentalmente nota de cuanto pudiera servirle en el futuro.

El comandante se mostró como un ser extremadamente realista que contemplaba la vida desde una perspectiva pesimista no desprovista de cinismo. Aparecía ante el observador Regino como el reverso de la medalla de la señora de la casa que, en ausencia de una nuera, se veía obligada a ejercer las funciones de administradora y ama de llaves.

El Mayor había llevado su escepticismo a la vida privada y afirmaba que no se había casado porque no deseaba dejar herederos. Por el contrario, si no sucedía algo antinatural, sería él quien heredara la fortuna -muy considerable- de su madre. Los cuidados que ésta le prodigaba eran, por tanto, absolutamente desinteresados.

El ordenanza no estaba completamente de acuerdo con algunas de las teorías desenfadadamente expuestas por su jefe pero, ¿quién era él para rebatirlas? Se encontraba allí para clasificar y ordenar libros mientras pasaba el tiempo y se acercaba el momento de su licencia. Además podía leer cuanto le viniera en gana; así que, ¿para qué meterse en controversias que podían conducirlo de nuevo al cuartel?

La situación, pensaba le venía de perlas para ir practicando aquello tan crudamente profesado por el comandante. “Es preciso que te fijes una meta y que no te apartes un solo milímetro del camino para conseguirla. Sé egoísta caiga quien caiga”.

Su objetivo, mientras hubiera de vestir el color caqui, consistía en ver, oír, callar y aprender.

Y esto fue lo que hizo durante el año que, aproximadamente, tardó en producirse su licenciamiento.

Aunque a lo largo de los meses había recibido varias cartas de Ramón, siempre dándole ánimos, contando los proyectos que podrían poner en marcha a su vuelta y detallando los que ya se habían convertido en realidad, Regino no estaba preparado para enfrentarse con lo que se encontró.

Alrededor de lo que había sido un prado sembrado de desperdicios de todas clases, había sido levantado un cierre de ladrillo de dos metros de altura. Sobre el portón de entrada -constituido por una verja metálica- campeaba un enorme letrero que proclamaba a los cuatro vientos que allí se encontraban los “Desguaces Midas”.

La infecta barraca de chapas de madera y hojalata con remiendos de cartón había desaparecido. La sustituía una casita dotada de ventanas, luz eléctrica, dos dormitorios independientes y una amplia cocina. La casa había sido amueblada con sencillez, pero con gusto.

— Esto debe haberte costado una fortuna, Ramón. ¿De dónde has sacado el dinero?; si puede saberse, claro.

— Tú no te preocupes, Regino. No debemos un duro y aún nos queda remanente bastante aceptable para continuar operando. Esto des desguace, si se actúa sin prisas, deja un margen muy interesante. Ya hablaremos con calma.

— Sí, hablaremos. Ya te he escrito que tengo varios planes. A ver qué te parecen.

Los proyectos de Regino debieron ser del agrado de Ramón y de la diosa fortuna pues, en el breve plazo de diez años, la pareja había amasado un considerable capital que no cesaba de aumentar.

Entre mil novecientos cincuenta y sesenta, Regino, propietario de una nutrida flota de camiones, plumas y grúas para la construcción, perdió a su socio Ramón -fallecido a consecuencia del impacto directo de una viga de acero-, ganó una esposa que le obse-

quió con una hija adornada con cabellos tan rojizos como los suyos y decidió dedicarse de lleno a edificar y vender viviendas.

El momento elegido para sumarse a aquella actividad era el adecuado. Se construía poco y la demanda, ansiosa por adquirir pisos a cualquier precio, no parecía fijarse excesivamente en la calidad de lo que compraba.

Regino, absolutamente ciego para todo lo que no fuera acumular dinero, hacía uso de cuantas triquiñuelas se le ocurrían a él mismo, a su abogado y al arquitecto, a quienes tenía en nómina.

Rozando siempre las fronteras entre lo legal y lo que no lo era, libraba una guerra particular en la que las bajas que causaba con su actuación le tenían sin cuidado.

“Si la gente es tan imbécil que no sabe lo que compra, yo no tengo porqué abrirle los ojos”.

Al poco tiempo de comenzar a construir, pensó que la ganancia que se veía obligado a ceder a los fabricantes de materiales de construcción -vigas y viguetas pretensadas, ladrillos y tejas- estarían mejor en su propia cuenta corriente.

Tras meditarlo seriamente, pasó a la acción y no transcurrieron muchos meses sin que una tejera, dos cerámicas y una fábrica de pretensados cambiaran de dueño pasando a sus manos.

Cuando, al traer a este mundo a su hijo, el segundo y último, falleció su esposa, Regino era propietario de un pequeño imperio. Poseía un enorme parque de vehículos y material pesado para el movimiento de tierras, varias instalaciones para la fabricación de materiales de construcción y un montón de solares -comprados por cuatro cuartos- situados en lugares estratégicos y cuya revalorización se produciría en plazo muy breve.

Ni por un momento olvidaba los consejos recibidos del comandante mayor; y mucho menos la leyenda del rey Midas. Estaba convencido de que, con decisión y sin estúpidos escrúpulos, él, Regino, llegaría mucho más lejos que el monarca frigio. ¡Y con las orejas intactas...!

Hasta entonces, su ascensión había sido meteórica y el impulso que lo hacía elevarse no llevaba trazas de menguar. El modestísimo negocio con el que había comenzado era ya un recuerdo lejano que parecía haberse ido difuminando en el pasado como la memoria de su madre muerta.

Hacía algunos años se había hecho edificar un suntuosa villa en el centro de un magnífico parque. En la parte posterior de la vivienda, una amplia piscina era el blanco de la envidia general.

Pero, para realizar aquellas obras había preferido asegurarse los servicios de un arquitecto distinto al que habitualmente trabajaba para su empresa. ¡En aquella oportunidad, las cosas tenían que hacerse con seriedad y sin escatimar el cemento! Su casa debía ser construida con la mirada puesta en el futuro. Nada de chapuzas como las que permitían que su patrimonio se multiplicara sin cesar.

Los hijos habían sido, desde sus respectivos nacimientos, dos fuentes de preocupación. La niña, atezada por frecuentes padecimientos que los mejores médicos no lograban mitigar -ni siquiera diagnosticar- se había criado débil y enfermiza. Llena de melindres y alifafes, había ido convirtiéndose en un ser insoportable lleno de caprichos y repentinos cambios de humor.

Regino no veía llegar el momento de que alcanzara la edad conveniente para que contrajera el matrimonio que lo liberaría de tamaña pejiquera. Algo le tranquilizaba la idea de que, por las trazas, se convertiría en una hermosa mujer, de cabellos cobrizos, ojos verdes y tez blanquísima. Con aquellas señas personales y la fortuna de su padre, no sería difícil que algún ingenuo creyese de buena fe que los indudables defectos de Alicia no eran tales, sino adorables virtudes. Y, si no se materializaba nadie tan crédulo o tan estúpido, quedaba el recurso del clásico desvergonzado sin dos duros, dispuesto a lo que fuese con tal de remediar la desapacible situación pecuniaria.

La imposición del nombre de Alicia tuvo su origen en el recuerdo de uno de los primeros libros que había leído cuando -tiempo atrás- actuaba como monaguillo para don Froilán, en la iglesia de la Encarnación.

La lectura de Alicia en el país de las maravillas le causó una extraordinaria impresión. Alicia y los insólitos personajes que la acompañaban en la ingenua fábula aún acudían a su memoria poblada ahora por tramas en las que danzaban realidades constituidas por cifras seguidas de numerosos ceros.

Sin embargo, la Alicia venida a este mundo a su conjuro nada tenía que ver con la creada por Lewis Carrol. La suya era un ser imposible, impredecible e inaguantable.

En cuanto al hijo, Héctor, bautizado así en honor al héroe de la Ilíada -el más valiente de los guerreros que combatieron en Troya- estaba muy lejos de todo lo que en la mente de Homero representaba su personaje.

Claro que esto era de esperar. El héroe de la Ilíada había nacido de Príamo y Hécula. Había dado muerte a Patroclo y pasado a mejor vida a manos de Aquiles. Su Héctor, un individuo larguirucho, flaco, con el rostro señalado por las marcas del acné, siempre apartando con mano impaciente el mechón de pelo rojizo que le caía sobre los ojos, era la antítesis del héroe, el antihéroe. Pésimo estudiante, delicado de salud -como su hermana-, parecía haber nacido con el único objetivo de causar el mayor número posible de disgustos al desesperado Regino.

Desde bien pequeño, se las había arreglado para batir todas las marcas en la obtención de suspensos. Cada curso lo mantenía ocupado durante dos años; las advertencias, sermones y amenazas paternas no surtían el menor efecto. Su debilidad física se aparejaba con una diabólica astucia para organizar líos y pesadas bromas, saliendo, indefectiblemente, indemne.

En los centros escolares -de los que finalmente acababan por expulsarlo- estaban tan hartos de él como su propio padre pero, faltos de pruebas fehacientes acerca de la personalidad del que se encontraba tras las trapatiestas y por respeto a la elevada posición económica que lo respaldaba, resistían hasta que no podían más. Eran incapaces de demostrar nada, pero les constaba que el deus ex maquina era Héctor. Entonces, desesperados, llamaban a Regino. Este antes de que el director del centro escolar comenzara a hablar, sabía a qué atenerse. Tendría que buscar otro colegio para su angelito. Repetiría curso en otro sitio.

Lo único que aquel diablo aprendía, prácticamente sin estudiar, era el idioma inglés. Antes de finalizar el bachillerato lo hablaba con soltura y lo escribía mejor que el suyo.

Regino comprendió que en aquella bendita circunstancia podía encontrarse la solución que tan ansiosamente buscaba.

Tan pronto como aprobase el último curso, enviaría a Héctor a Inglaterra, a estudiar Económicas. Que, ¿por qué a Inglaterra? Muy sencillo: la aptitud de los ingleses para practicar el comercio es archiconocida.

¿Existe alguien tan ignorante que no haya oído hablar de Sir Francis Drake, Sir Walter Raleigh, Sir Henry Morgan?

Estos caballeros, junto a otros de menor calado, sentaron las bases de un sistema financiero infalible en la consecución de riquezas y honores que, hasta la fecha, no ha podido ser mejorado.

Realmente, hubiera preferido que aquel botarate se dedicara a la literatura; a fabricarla, no a disfrutar de ella. Se decía que con la imaginación que se gastaba, no le sería muy difícil, una vez conociera un poquito el mundo, escribir con cierto éxito.

“Incluso -continuaba soñando- las obras de su hijo podrían ser la base, el principio de lo que, con el tiempo, se transformaría en una conocida y rentable editorial. La Editorial Midas, publicando las novelas de Héctor Midas. Sonaba bien aquello de Héctor Midas, novelista”.

“Además, dejando aparte la satisfacción y el orgullo de tener un hijo dedicado a las letras -entonces se dio cuenta de que él también estaba consagrado a las letras, aunque las suyas con vencimiento-, el asunto era susceptible de convertirse en un verdadero río de oro (un nuevo Pactolos)”.

“Con su habilidad para los asuntos económicos, se las arreglaría, encontraría la fórmula mágica para que sus compatriotas adquiriesen el vicio de la lectura, dando de lado el sacro temor que parecía inspirarles la letra impresa”.

“Pero, deja de soñar, iluso. ¡Qué va a escribir ese alfeñique mental, carne de tu carne! Si es incapaz de redactar una tarjeta de felicitación, ¿cómo va a escribir un libro?”

“Y, sin embargo, ¡sería tan bonito! Debe ser algo muy gratificante; sentarse ante una cuartilla en blanco y volcar en ella cuanto se te ocurra... sin responsabilidad alguna. Crear personajes y dotarlos de los atributos que se te antojen; este con cara de torta y aquella, bellísima, dulce como la miel o amarga como la hiel. Cuando uno de ellos te empieza a resultar cargante, puedes hacerlo resbalar y caerse por el hueco de la escalera sin verte obligado a dar explicaciones al juez de instrucción”.

“Al otro, ese que desde el momento en que hizo su aparición en tu mente, se manifestó como un tío simpático y bonachón, nada te impide hacer que le toque el primer premio de la lotería de Navidad, o que surja un pariente multimillonario que le ha nombrado único y universal heredero”.

“El más negado de los escritores, sólo por el hecho de escribir, adquiere una grandeza que lo aproxima a la divinidad pues, al ejercer su oficio, está creando vida, dotando de cuerpo material, espíritu y palabra a los seres que evoca sobre el papel”.

“Al fin y al cabo, el género humano es un invento de Dios”.

“La única diferencia que advierto entre los seres de carne y hueso y los nacidos en la sustancia gris del creador literario es que a los primeros les ha sido concedido el libre albedrío. En cambio, los personajes de novela, bailan al son que les toca quien los ha concebido. Claro que quizás piense así porque no soy fatalista”.

“Y no lo soy aunque creo firmemente -reflexionaba- que cuando hacemos nuestra aparición en este mundo venimos obligados a realizar la acción de dieciséis verbos. Sólo dieciséis de los que, en gran profusión, figuran en el diccionario de la lengua: nacer, respirar, llorar, mamar, orinar, defecar, crecer, amar, envejecer, sufrir, enfermar, morir, heder y desaparecer”.

“En la lista faltan dos: comer y desear. El primero, porque aunque se trata de una necesidad biológica ineludible, se ha convertido en algo cada vez más problemático y menos popular”.

“El segundo, desear, por formar parte de la naturaleza humana de modo tan inherente que la palabra habría de ser repetida entre cada uno de los verbos obligatorios. Deseamos algo en todo momento; marchamos por la vida espoleados por el deseo”.

“Por el contrario, contamos con otros verbos que parecen haber brotado de la nada para figurar como adorno; su conjugación está reservada a unos pocos privilegiados. Escribir se encuentra entre estos últimos”.

“Quizás el destierro de Héctor, cuya principal ventaja residía en que desaparecería de su presencia durante largas temporadas, consiguiera como dividendos complementarios el título de economista y la capacidad de escribir”.

Pero, cuando el bachiller, con expresión taciturna, escuchó los proyectos de su padre, opuso una encarnizada resistencia. A él, la economía y la literatura, le dejaban frío.

— Mira, papá -dijo, poniendo cara de aburrimiento-. De las finanzas sólo me interesa el producto, lo que se puede cambiar por bienes de consumo y servicio. En cuanto a lo de colocar palabras unas detrás de otras, me parece una parida. Para escribir libros hay que estar un poco majareta, y yo, de eso, nada.

— Muy bien, Héctor. Olvidemos por el momento el triste hecho de que eres un perfecto burro. Si no te agrada lo que te propongo, ¿qué deseas hacer de ahora en adelante? ¡No pensarás quedarte mano sobre mano, sin dar golpe, sin otra preocupación que encontrar la forma más rápida de malgastar la asignación que te paso cada semana! Si se te ha ocurrido esto, vete pensando en otra cosa.

— La verdad es que todavía no he decidido qué me gustaría hacer.

— Pues no te tomes la molestia. Yo lo he hecho por ti. Si no obedeces, te desheredo inmediatamente. No volverás a ver cómo saco la cartera. Si quieres dinero, deberás ganarlo tú mismo. Automáticamente, me desentiendo de ti. Esto representaría el fulminante desalojo de la habitación que hasta ahora ocupas.

— Está bien, está bien; si te pones así, no me queda otro remedio; iré a Londres, pero luego no ...

— Ya veo que no has comprendido. Al decir que tienes que irte a estudiar a Londres se entiende que debes ir a estudiar; nada de hacer turismo. Te concederé un plazo prudencial. Si, terminado éste, no has conseguido el título de economista, te desheredo. Lamento repetirme, pero no tengo elección. Quiero que las cosas queden claras. No estoy dispuesto a continuar pagando tus trapisondas -esta vez en libras esterlinas- ni a tolerar pérdidas de tiempo. ¿Has comprendido?

— Sí, papá; he comprendido perfectamente. ¿Cuándo tengo que irme?

— Te avisaré con tiempo suficiente. Las cosas se están preparando para que tú no tengas otra cosa que hacer que estudiar. ¿Me oyes? Es-tu-diar.

-Sí, papá. Tengo el pelo rojizo pero oigo perfectamente.

Tras esta incongruente respuesta, Héctor abandonó el despacho donde había tenido lugar la entrevista que le deparaba el desagradable y firme ultimátum.

Caminando lentamente, se dirigió a su dormitorio, entró en él y, después de cerrar la puerta, se dejó caer sobre la cama.

Conocía bien a su padre -el cual seguramente estaría frotándose las manos de contento- y no ignoraba que cumpliría su amenaza si las instrucciones impartidas no eran obedecidas al pie de la letra.

Y, ¿qué demonios iba a hacer él en Londres? Era cierto que no tendría problemas con el idioma, pero allí no contaba con un solo amigo; no conocía a nadie.

La pauta a seguir había sido marcada por Regino. O estudiaba o adiós dinero. Si no lograba terminar la carrera elegida por el autor de sus días, tendría que despedirse de los billetes a los que no concedía la menor importancia cuando formaban parte del contenido de sus bolsillos y en cuya desaparición habría de pensar de ahora en adelante como el asno en la zanahoria que sitúan, inalcanzable, ante su belfo ansioso. ¿Sería, también, inaccesible el famoso título?

Meditando en el cambio que iba a experimentar su, hasta entonces, cómoda existencia, se quedó dormido como un leño.

A las diez y cuarto, en vista de que Héctor no descendía al comedor para tomar parte en la ceremoniosa cena familiar, Regino hizo que Pablo, el mayordomo, subiera a comunicarle que el señorito era aguardado.

CAPITULO II

En el comedor, la mesa estaba dispuesta como si fuese a celebrarse un importante evento social. Era un mueble larguísimo que podía acomodar, sin estrecheces, a cuarenta comensales. La plata y el cristal tallado refulgían bajo los torrentes de luz que vomitaban seis enormes arañas. El mantel, de blanquísimo lino, dañaba la vista y casi hacía necesario el uso de gafas ahumadas.

La entrada de Héctor coincidió con la cuarta protesta que Alicia formulaba ante la tardanza de su desconsiderado hermano.

Con voz ronca afirmaba que si ella fuese la dueña de la casa, no consentiría ni una más de aquellas faltas de cortesía.

— El niño consentido hace otra vez lo que le da la gana. Como siempre, le importa un bledo que esperemos. Si yo fuese...

— Como no lo eres, cállate -se apresuró a interrumpir Regino.

— Con tu permiso, papá, no voy a cenar. Me duele la cabeza y no siento apetito. Si me lo permites, voy a acostarme.

Ante una cabezada de asentimiento del jefe de la familia, Héctor se retiró, dando las buenas noches.

Aún no se había desvanecido el rumor de las pisadas del inapetente, cuando Alicia volvió a dar muestras de su mal carácter y de la inquina que sentía hacia su único hermano.

— A éste le duele tanto la cabeza como a mí. Lo que le sucede es que la idea de irse a estudiar a Londres le ha sentado como un tiro. Está que muerde.

— Y tú, ¿cómo sabes que se va a Inglaterra?; aún no te había dicho nada.

— No era necesario. Cuando se lo has dicho a él, hablabas tan alto que, seguramente, te habrán oído en el arzobispado. Creo que le conviene; has tenido una buena idea que va a permitirnos vivir sin sobresaltos una temporada.

— Me alegro de que, al menos en esta ocasión, apruebes mis actos. Sin embargo, en otros asuntos no te sientes tan comprensiva. Por ejemplo, ¿cuántas veces has echado por la borda la posibilidad de casarte? ¿Cuántos años tienes, Alicia?

— No me parece de buena educación hablar de la edad de una mujer, especialmente, cuando se trata de mí misma.

— Cállate, Alicia, no seas ridícula ni absurda. Vas a cumplir los treinta años y aún estás de buen ver ... mejor dicho, eres muy guapa y tienes una figura espléndida. Pero, dentro de muy poco tiempo empezarás a declinar. No digo que te convertirás en una mujer desagradable porque lo eres desde que naciste...

Regino se interrumpió para permitir que el mozo de comedor le retirara el plato vacío. Luego, esperó hasta que él y Alicia fueron servidos. Tan pronto como aquél salió de la descomunal habitación prosiguió con el mismo tono de amarga zumba:

— ¿Qué ha pasado con Ramiro? ¿Qué terrible defecto has encontrado en ese infeliz que te ha obligado a soltarlo como si fuese un hierro candente? ¿O es que son ellos los que te dejan plantada? No me extrañaría nada que fuese esto último ya que, si siempre eres desagradable, en ocasiones te pones insoportable.

Alicia se había encerrado en un hosco mutismo. Pugnaba por permanecer en silencio bajo el chaparrón de preguntas pero, finalmente, no pudo callar por más tiempo y de su boca, normalmente de armoniosas líneas y ahora torcida en una mueca sardónica, brotó una ardiente retahíla de denuestos contra el género masculino de los que no salía bien librado ni su propio padre.

— Los hombres sois todos iguales; cerdos que persiguen siempre lo mismo. Vais a lo vuestro sin pizca de consideración hacia los sentimientos femeninos. Sois engendros de la naturaleza, nacidos con el cerebro entre las piernas. Cuando mirais a una mujer veis únicamente un pubis que quizás pueda servir como puerta de vuestro placer. Sois todos más animales que las propias bestias. Estas, al menos, tienen épocas de descanso...

Regino escuchó el crudo ex abrupto paralizado por la sorpresa. Se disponía a decir algo cuando Alicia, que sólo se había detenido para tomar aliento, continuó en tono encendido por la ira.

— Esa colección de lechuguinos a quienes azuzas para que me persiga, un montón de tipos asquerosos, sólo pretenden dos cosas: tu dinero -que calculan pasará a mis manos algún día- y acostarse conmigo. Ayer, hoy o mañana, pero cuanto antes mejor. Me revuelven las tripas con sus alardes de virilidad ...

Alicia había apartado hacia atrás su plato, apenas tocado, y cuando le fue retirado por el criado, que había vuelto a entrar con pasos casi inaudibles, cerró la boca.

Tan pronto como padre e hija volvieron a quedar solos, Alicia se embolsó de nuevo en una diatriba contra el género masculino.

— Cada vez que pienso en que uno de esos seres peludos y lujuriosos me pone las manos encima, me invade tal sensación de asco que se me revuelve el estómago. Algunas noches despierto bañada en sudor; salgo de una horrible pesadilla en la que un hombre, cualquier hombre, se ha introducido en mi cama e intenta hacerme el amor. El roce de su áspera piel contra la mía me asquea tanto que no puedo evitarlo, salgo corriendo de la cama y me ducho a toda prisa jabonándome repetidamente hasta que me creo nuevamente limpia.

»La idea de que, al casarme, acepto mantenerme dócilmente a disposición de un hombre y sus repugnantes juegos sexuales, me pone enferma.

Regino escuchaba espantado la confesión de su hija. No sabía qué responder a aquellas palabras tras las que, forzosamente, debía ocultarse algún desorden psíquico. Ahora comprendía la razón de tantas relaciones fallidas, de las numerosas espantadas supuestamente inexplicables.

Tras un largo silencio, más violento que el monólogo de Alicia, Regino, con un hilo de voz, se decidió a inquirir:

— Y, ¿qué piensas hacer?

— Pues nada; no pienso hacer nada en absoluto. Como no me tira la vida monástica, no voy a meterme en un convento. Pero, desde luego, no me casaré nunca. Me alegro mucho de que todo esto haya salido a relucir y quiero aprovechar la ocasión para pedirte, por todos los santos de la corte celestial, que no vuelvas a intentar colocarme nuevos monos peludos porque los despacharé sin contemplaciones. Me quedaré soltera

como tantas otras. Sin ir más lejos, ahí tienes a Maru Alcántara y China Castro, mis mejores amigas.

— Buenos ejemplos me pones, hija. Esas dos tienen fama de marimachos. Lo dice todo el mundo.

— Me importa un pimiento lo que tú llamas el mundo. Son dos chicas sensibles y adorables. Las tres hemos hablado mucho y a ellas les sucede lo mismo que a mí.

— Pues se me ocurre que lo mejor que podríais hacer sería pedir hora a una psicóloga -o psiquiatra si lo preferís-; seguro que profesionalmente solucionaría vuestros problemas y económicamente saldríais beneficiadas: os haría un precio especial por acudir en grupo.

— No me hace gracia tu chiste, papá. Le falta humor y le sobra mal gusto. Si no tienes nada más original que decirme, imitaré al futuro licenciado en económicas y me voy a la cama. Hasta mañana. Y vete haciéndote a la idea de una hija solterona.

Alicia, sin aguardar la respuesta de su padre, se levantó de su asiento y, desdeñosamente, se fue del comedor sacudiendo un temperamental portazo que sobresaltó a Regino. Este siguió el ejemplo de su hija, aunque no para acostarse. Tenía que dar carpetazo a varios asuntos urgentes, así que abandonó la inmensa sala y fue a encerrarse en el despacho.

A diferencia del resto de las habitaciones, el refugio de Regino era un cuarto de reducidas dimensiones amueblado con una sencillez espartana; no disponía de otros muebles que una mesa, dos sillas y dos ficheros metálicos; la indigna réplica del suntuoso sancta sanctorum que se reservaba en la planta sexta del edificio donde se encontraban las oficinas de sus empresas. Este último había sido instalado de cara a la galería, para impresionar a sus visitantes con el alarde de riqueza y buen gusto que contribuía a darle tono y hacerle publicidad.

El otro, el cobijo doméstico, constituía el núcleo, el centro de la tela de araña, desde donde partían las órdenes de realizar operaciones que arruinaban a algunos, hacían tambalearse a otros y siempre creaban situaciones que aumentaban prodigiosamente su fortuna personal.

Sin embargo, esta noche, como consecuencia de las conversaciones mantenidas con sus retoños, no experimentaba deseos de enfrascarse en el estudio de los expedientes que se apilaban sobre el escritorio.

No tenía la menor idea del motivo que hacía que a su mente acudiera el recuerdo de su antiguo superior, el comandante mayor del regimiento de La Laguna. Hacía años que no se acordaba de él, pero lo cierto era que, en aquel momento, su figura, sus palabras, no evocadas por un acto voluntario, vinieron a ocupar un espacio en el despacho.

"¿Qué diría el comandante acerca de la posición en que se encontraba su antiguo ordenanza? El, a quien no faltaban palabras ni ideas para hacer frente a las circunstancias más inesperadas y fantásticas, ¿sabría resolver el doble problema de un hijo inútil, vacilante y trapacero, y una hija probablemente acuciada por latentes tendencias lesbianas?"

"Tendría gracia -y para ver el aspecto festivo de la cuestión había que realizar un verdadero esfuerzo- que pretendiera solucionar el embrollo a base de teorías y tácticas militares".

"Tirar por la calle del medio, es decir, desheredar ipso facto a los dos incordios, cortaba de raíz la cuestión pero, ¿cómo hacer aquello sin que la conciencia lo atormentara por el resto de sus días? Porque él, pese a todo, aún tenía conciencia, o un resto de conciencia. Al fin y al cabo, los dos gandules eran sus hijos. Todos los demás, la larga reata de individuos a quienes a lo largo de los años había defraudado, engañado o arruinado, no eran de su familia".

Pensó luego en Ramón. "¿Qué le habría aconsejado con su prudencia y buen sentido?"

"Continuar por aquellos derroteros no depararía soluciones al dilema. Ramón hacía tiempo que se encontraba en el cementerio y el comandante, probablemente, fuera un general de pelo blanco como su madre, se habría retirado o se hubiera muerto también".

Regino resolvió posponer para otro día el estudio de la política a seguir en los espinosos asuntos con que se enfrentaba, salió del despacho cuya puerta cerró con llave, bajó la ancha escalera sin hacer ruido, tomó de manos de Pablo el abrigo y el sombrero y se fue de casa tras decir al mayordomo:

— No te necesitaré; puedes acostarte. Buenas noches.

En el garaje, con capacidad para media docena de vehículos, vaciló un momento y luego subió a un pequeño Renault. Era un coche discreto y popular, idéntico a centenares de los que circulaban por las calles de la ciudad. Se dirigía a casa de Suzy y ésta era, exteriormente, un tanto chapada a la antigua; no le gustaban las murmuraciones. En

cuanto a él mismo, todo le importaba un bledo. Siempre que su amiguita no tuviese las mismas ideas que Alicia...

En poco más de diez minutos llegó a la casa en donde confiaba encontrar lenitivo para su turbado estado de ánimo. Aunque Suzy no se llamaba así, sino Carlota, y contar con la seguridad de sus servicios de modo exclusivo y permanente le costaba un pico, se consideraba un hombre afortunado.

La pequeña fortuna a que, cada ejercicio económico, se elevaban los gastos realizados por cuenta de Suzy, resultaba una excelente inversión. El dispendio, nadería, gota de agua en el océano de su fortuna, era tan nimio que no dejaba la menor huella. El único inconveniente, si podía emplearse aquí este nombre, consistía en que el Ministerio de Hacienda no le aplicaba la consideración de desgravable.

Pero en cambio, ¡cuántas ventajas le aportaba la colaboración de la pequeña Suzy!

Verdaderamente, uno tenía que ser un gran hombre -en todas las acepciones del vocablo- para llamar pequeña a Carlota (a) Suzy.

Parecía mentira que aquellos uno noventa y cinco (descalza), hechos de carne dura como el mármol de Carrara, pudieran convertirse en el ser dúctil y maleable que se ovi-llaba a sus pies apenas tomaba asiento en su sillón favorito.

En los ojos negros, ojos de gitana, flagrante contradicción con el dorado cabello, relumbraba en cada encuentro la misma mirada de adoración y acatamiento que Regino había vislumbrado en aquella ocasión, ya lejana, en que se vieron solos por primera vez.

Desde entonces, Suzy jamás había dejado de ser el paño de lágrimas, el consuelo moral y físico al que acudía en busca de afirmación como fracasado padre de familia y como hombre a secas. Nunca había abandonado aquella casa defraudado. Quizás porque ninguno de los dos pretendía pasar por lo que no era y se hablaban con entera sinceridad, había desaparecido toda probabilidad de engaño.

Ambos sabían perfectamente qué era lo que el otro pretendía obtener de la asociación y, aunque no existía de por medio contrato notarial alguno, los términos del compromiso verbal habían sido establecidos con absoluta claridad y sin resquicios que posibilitaran los incumplimientos.

Regino contaba con la certeza de hallar en Suzy un oído atento junto al comentario juicioso, desprovisto de ulteriores e interesados designios.

— Yo daría tiempo al tiempo -glosó ex-Carlota, cuando el atormentado padre vació el pesado fardo de sus cuitas.

»Lo de dejar sin un duro a tus hijos, me parece una auténtica barbaridad. Al fin y al cabo, los dos son como son porque han nacido así y no por haberlo decidido voluntariamente. Puede que, cuando haya pasado algún tiempo y sin necesidad de que te conviertas en un padre de tragedia, se arregle todo a tu gusto y por sí solo.

— Ojalá aciertes, pero tengo mis dudas. En lo de la tozudez han salido a mí y cuando se les mete una idea en la cabeza no se la sacas ni a palos.

Suzy, con hábil dulcedumbre fue haciendo que la conversación tomara otros derroteros y, cuando Regino abandonó aquella casa, su espíritu y su materia se habían reconciliado y sus pensamientos se enredaban en asuntos que nada tenían que ver con Alicia y Héctor. Tan distraído estaba que, hasta que llegó al portal, no cayó en la cuenta de que había olvidado el chaleco en el dormitorio.

Transcurrieron varios días sin que en las comidas, únicos momentos en que Regino y sus vástagos se reunían, volvieran a sacarse a colación los problemas que aquejaban a la dinastía fundada por el antiguo chatarrero.

Poco tiempo después, el padre recibió carta de Londres. En ella se le anunciaba que todo estaba preparado para recibir a Héctor. El firmante de la misiva era el socio principal de uno de los múltiples negocios con que Regino contaba en Inglaterra y, más aún, persona de toda confianza.

Después de haberse informado concienzudamente, sin dejar nada al azar, Mr. Starkie había dado con lo que buscaba. Se trataba de un centro privado, que admitía en sus aulas a chicos extranjeros. Los diplomas que expedía habían sido reconocidos, a todos los efectos, por el equivalente en el Reino Unido al Ministerio de Educación español. Contaba con la ventaja adicional de ofrecer la modalidad del régimen de internado en el que se aplicaban normas muy estrictas. Entre el alumnado figuraban los hijos de personajes destacados en la vida social y financiera e, incluso, algunos muchachos estaban llamados a ostentar antiquísimos títulos nobiliarios con mención en el Who's who.

En resumen, Mr. Starkie recomendaba con insistencia que Héctor fuese enviado a la British School of Economy, situada en plena campiña, a poco más de una hora de Londres, con buenas comunicaciones por ferrocarril y carretera. La Escuela, además de impartir excelente enseñanza, prestaba particular atención a los deportes, para lo que

disponía de soberbias instalaciones; contaba con una sociedad de debates que mantenía una bien ganada fama desde un siglo antes y publicaba una revista en la que los alumnos aficionados a las letras podían dar a conocer sus escritos.

¿No le había comunicado el señor Midas que, quizás, algún día, Héctor sintiera inquietudes literarias?

La respuesta de Regino a Mr. Starkie se produjo a vuelta de correo. En ella agradecía y aceptaba de mil amores la propuesta y contaba con que su socio y amigo se tomara otra nueva molestia: la de interesarse personalmente y de cuando en cuando por el comportamiento de su hijo. Terminaba preguntando la fecha en que Héctor debería encontrarse en Londres.

Una semana más tarde, Regino recibió un telegrama indicando que el estudiante habría de viajar cuatro días después. El propio Starkie le aguardaría en el aeropuerto de Heathrow. Debería serle comunicado el número del vuelo. Naturalmente, estaría al tanto de las andanzas del hijo de su amigo.

La noticia de su inmediato destierro fue recibida por el deportado con una ecuanimidad sorprendente. Su aparente indiferencia, la absoluta carencia de protestas y la supuesta resignación, hicieron surgir en el ánimo de Regino un mar de sospechas y dudas.

— ¿Es que no te contraría la perspectiva de pasar unos años en Inglaterra? Lo digo porque parece que la cosa no va contigo. ¿No tienes nada que comentar?

— Nada en absoluto. ¿Para qué? ¿Serviría de algo que te dijese que maldita gana tengo de irme?

— Tienes razón. No valdría de nada. Pero te agradezco que no hagas escenas. Así las cosas resultan bastante menos penosas. ¡Lo que es la vida! Yo hubiese dado un ojo o una mano por haber tenido una oportunidad como ésta.

— No lo dudo, pero a mí no tiene por qué gustarme lo mismo que a tí. En primer lugar, los ingleses me caen fatal -si aprendí su idioma fue porque te empeñaste y, en realidad, me resultó fácil-; en segundo lugar, la economía me la trae floja y, en tercer lugar, todo ese rollo que me endilgaste sobre la conveniencia de conocer otras gentes y modos de vida para tener una base utilizable -como tú dices- en un libro o novela, no va conmigo. Ya sabes que no me gusta leer ... y escribir, menos aún. Todo ello me parece una chorrada. Ya que me pides comentarios, los haré. No te ilusiones con lo de tener un hijo literato. Además de ser imposible, carezco de condiciones, porque creo que la vida

es para vivirla y no para leerla o escribirla. Y, dejando aparte esto, ¿puedo hacerte una pregunta?

— Claro; las que quieras.

— Entonces dime: ¿por qué tienes tanto empeño en que me haga economista y no arquitecto, abogado, marino mercante o cualquier otra cosa?

— No se trata de ningún capricho. Deseo que seas economista para que te hagas cargo de la dirección de mis negocios. ¿Quién podría hacerlo con más garantía que tú? Un hombre a sueldo no piensa lo mismo que su patrono; no puede hacerlo. Así que, tan pronto como termines la carrera, te incorporarás a tu despacho en las oficinas centrales y me ayudarás a manejar los hilos de la empresa...

— En resumidas cuentas -interrumpió bruscamente Héctor- quieres hacer de mí un chupatintas; con entorchados, pero chupatintas. Estoy arreglado...

— Pero entonces, ¿qué diablos te gustaría hacer?

— ¿Quieres la verdad? Pues me agradaría muchísimo no hacer absolutamente nada. Pero tranquilo; ya que te empeñas, me haré economista. Después veremos.

— Comprendo; a tí lo que te tira es llevar una vida de parásito, sin dar golpe, comer la sopa boba y malgastar el dinero que no tienes el coraje de ganar. Pero te advierto que ...

Héctor, sin contemplaciones, volvió a cortar tajante:

— No te molestes en advertirme nada. Has sido lo bastante claro para que se enteren las piedras. Terminaré esa dichosa carrera aunque me cueste la poca salud que tengo.

— Déjate de pamplinas. Para andar haciendo el vago, tienes una salud de hierro; y ahora, me sales con esas. Además tranquilízate, en Inglaterra hay excelentes médicos. El día dieciocho harás el vuelo Madrid-Londres.

— Entonces sólo me quedan tres días.

— ¡Bravo! Ahí está algo que no deberás aprender en el Reino Unido. Ya sabes restar sin utilizar los dedos.

— Disfrutas de un admirable sentido del humor, papá. Te felicito.

Y diciendo esto, Héctor se fue de la biblioteca cuyos muros, ocultos por centenares de libros, habían sido testigos de la penosa escena.

Alicia no se vio obligada a soportar la despedida de su hermano. Héctor se marchó sin decirle una palabra. De esta forma, ambos se ahorraron un innecesario disgusto; no a causa de la despedida, sino por tener que hablarse. Jamás habían encontrado temas de interés común. La diferencia de edad podía ser culpable de aquella falta de entendimiento. Pertenecer a distintos sexos quizás tuviera su importancia pero, entre los dos hermanos existía algo más que, hasta entonces, no había sido puesto al descubierto. Lo que los separaba pasaba de ser desinterés e indiferencia para alcanzar niveles de antipatía. La marcha de Héctor no causaría ningún trastorno sentimental a Alicia.

Tal como había prometido, Mr. Starkie aguardaba a Héctor en el aeropuerto. Se habían visto varias veces; la primera, cuando el remiso candidato al dominio de la ciencia económica era un chiquillo con el rostro pecoso rematado por una rebelde cabellera rojiza. Luego, a lo largo de los años, en distintas oportunidades con ocasión de los viajes del inglés a la península Ibérica.

El español reconoció prontamente a su mentor en Londres. No había cambiado nada desde la última visita a Oviedo. Erguido en toda su estatura, el corpachón de Mr. Starkie sobresalía por encima de quienes habían acudido al aeropuerto a recibir a los pasajeros llegados en el vuelo IB-604.

El inglés agitaba alegremente el sombrero anticipando la calurosa bienvenida que se aprestaba a tributar al hijo de su socio.

La presencia de Mr. Starkie agilizó los trámites de entrada en el país y, minutos después de su llegada, Héctor viajaba en el automóvil de aquél, conducido por un chófer propietario de una cara tan expresiva como la esfinge de Gizeh.

La extraña sensación producida por la conducción en la parte izquierda de la calzada, fue desvaneciéndose paulatinamente de la mente de Héctor a medida que el coche avanzaba hacia la ciudad dejando atrás y a ambos lados lo que semejaba una concentración de campos de fútbol. Durante el recorrido de varios kilómetros, la carretera parecía el pasillo tendido con el único fin de unir el principio y el final del enorme muestrario de terrenos de juego que recordaban, a quienes ponían el pie en el Reino Unido por aquel camino, que allí se había inventado el balompié.

El chófer del rostro pétreo detuvo el vehículo ante el domicilio de Mr. Starkie y, al apearse, éste explicó a su acompañante señalando con amplio ademán de ambas manos:

— Mira, Héctor, ésta es Fleet Street, la calle en la que se encuentra la mayoría de las redacciones de los periódicos londinenses. También tienen su sede aquí varias importantes editoriales del país.

"Y ahora, me va a decir que le une gran amistad a uno de los directores o redactores jefes y que, si quiero, me publicará alguna cosita", pensó Héctor comenzando a mosquearse.

Pero sus suposiciones eran infundadas. Mr. Starkie lo asió del brazo izquierdo y le hizo ascender los tres o cuatro escalones que separaban la acera de la emplomada puerta que daba acceso a su casa.

— Te acompañaré a la habitación donde pasarás esta noche. Después que te hayas refrescado un poco, saldremos a cenar. Iremos al Savoy y luego al teatro. Mañana por la mañana te acompañaré a la B.S.E.

Y, a punto de dejarle solo en el cuarto que le había sido destinado, Mr. Starkie añadió:

— Williamson te sube el equipaje enseguida. Ah, ponte un traje oscuro. Te aguardo abajo. Treinta minutos te bastarán, ¿no?

El ruido producido por el agua de la ducha no impidió que Héctor escuchase la voz de Williamson solicitando permiso para pasar al dormitorio.

"Vaya", pensó repentinamente, "aquí está la primera prueba de lo adelantado que se encuentra el Reino Unido. Ya disponen de autómatas que hablan. Este posee una locución bastante metálica; se nota que es artificial, pero se entiende bastante bien".

— Adelante -contestó a voz en cuello sin zafarse del poderoso chorro del tibio líquido-. No abra las maletas -añadió por temor a tener que volver a hacerlas a la mañana siguiente.

Mediante un esfuerzo de voluntad se arrancó de la voluptuosa caricia líquida que le había prestado un impagable servicio. Casi había hecho evaporarse el bordoneo que, como siempre que viajaba en avión, le martilleaba el cerebro y, de propina, eliminó la molesta sensación que oprimía sus vísceras desde el momento en que su padre le comunicó la sentencia de destierro.

Disfrutando de la impresión de que se encontraba limpio de cuerpo y espíritu, Héctor salió de la bañera y, utilizando una toalla de gruesa felpa, se secó enérgicamente.

Diez minutos más tarde, vestido severamente de negro, con zapatos, corbata del mismo tono y deslumbrante camisa blanca, descendió las escaleras.

Estaba alegre; le apetecía silbar, pero se abstuvo de hacerlo. Sentía un gran respeto por el señor Starkie y, además, recordaba aquello de que "donde quiera que estés, haz lo que ves". La casa, silenciosa como un mausoleo, no era el sitio más indicado para abandonarse a tales extremos.

A punto de entrar en la sala donde le aguardaba su anfitrión, una duda asaltó su mente: "¿sabrán silbar los ingleses? Juraría que, por lo menos, Williamson es incapaz de hacerlo".

— ¿Un jerez o prefieres otra cosa? -ofreció Mr. Starkie.

— Sí, jerez; muchas gracias.

A las ocho de la noche ya ocupaban la mesa que, previamente, había sido reservada en el Savoy.

Si en vez de Héctor hubiese sido Regino quien se dispusiese a despachar la exquisita cena que les iba a ser servida, se regodearía pensando que allí, bajo los mismos ornamentales candelabros, atendido con idéntica cortesía puntillosa, había almorzado muchas veces uno de los escritores que más admiraba -y le entusiasmaban muchos-; W. Somerset Maugham que, incluso, no había tenido reparos en hacer figurar en algunas de sus obras el nombre del hotel.

Pero Héctor no era Regino y, en consecuencia, su ignorancia y desprecio por las cuestiones literarias no le quitaron el apetito.

Por el contrario, saboreó con delectación la minestrone, especialidad del chef recomendada por Mr. Starkie, seguida de salmón ahumado, filete de ternera y, como postre, peras Melba.

Aunque el anfitrión trataba de ocultar el malestar que le acometía cada vez que su invitado se llevaba la copa a los labios, estaba claro que la actitud de Héctor le contrariaba. ¡Se había negado a tomar vino y estaba bebiendo agua! Aquella forma de comportarse era inconcebible.

Finalizada la cena, tras la que se suprimió la habitual sobremesa, salieron a la calle y, de inmediato, como surgido de la niebla que se había materializado repentinamente, apareció Williamson.

Venía a recogerlos para conducirlos a la Royal Opera House, muy cerca de Drury Lane.

Héctor no sabía a qué atribuir la seguridad con que el "autómata" llevaba el automóvil a través del espeso smog (puré de guisantes), lo llamó Mr. Starkie, que hacía inútiles sus esfuerzos por divisar los edificios que, seguramente, se alzarían a ambos lados de las calles pero que, en aquel momento, se habían difuminado por completo.

Fuera como fuera Williamson, como si utilizase un desconocido sistema para evitar encontronazos, los dejó indemnes a la puerta del teatro.

Apenas tuvieron tiempo para ocupar sus asientos en una platea del primer piso antes de que las luces se extinguieran y diera comienzo la representación.

— ¿Te gusta la ópera? -inquirió Mr. Starkie con discreto cuchicheo.

— No lo sé -respondió sinceramente Héctor-. Es la primera vez que asisto a una representación.

"Ya podías haberme preguntado antes de entrar", añadió para su capote.

En el primer entreacto, Héctor creía encontrarse en condiciones de contestar a su cicerone por una noche.

— Lo que hemos escuchado hasta ahora me agrada, aunque supongo que cuando lo vuelva a oír, aún disfrutaré más. Y los cantantes son formidables. ¿Quiénes actúan?

— Pues estás de suerte en esta iniciación operística. Las primeras figuras son compatriotas tuyos: Montserrat Caballé y José Carreras. ¡De lo mejor del mundo! El director de la orquesta, Colin Davis; la ópera es Tosca, de Puccini.

»El pobre Puccini que, como afirma Joseph Kerman en su obra *La ópera como drama*, "... es insensible, oportunista atolondrado y compone música de café cantante" y que, sin embargo, ha conseguido que sus detractores más recalcitrantes se vean obligados a admitir sus excesos, sus ingenuidades y su grandilocuencia pues, en el fondo, ha logrado tratar expresivamente los dos misterios más profundos de la existencia humana: el amor y la muerte.

»Pero ya seguiremos luego. Volvamos a nuestro sitio. Va a comenzar el segundo acto.

Héctor, un tanto sorprendido al comprobar que el imperturbable británico era capaz de apasionarse de tal manera, obedeció sin comentarios. Más tarde, cuando finalizada la función regresaban a casa y Mr. Starkie se lanzó a una ardorosa defensa de Puccini

comparando los méritos de Turandot, Manon, Boheme, Madame Buterfly, La joven del dorado oeste, Il tabarro, Sor Angélica y Gianni Schicchi con la propia Tosca, y los de todas ellas con las óperas compuestas por otros artistas ya no sintió la extrañeza experimentada con anterioridad.

El también se había dejado cautivar por el dramático lirismo de la música recién escuchada. Aún se hallaba bajo la impresión de que algo nuevo, desconocido hasta aquel momento, había pulsado algún íntimo y oculto resorte que había puesto en marcha una aptitud insospechada para experimentar placer.

Su entusiasmo era tan visible que el inglés, orgulloso y satisfecho porque, de su mano, Héctor había descubierto la ópera, exclamó:

— ¡Estoy convencido de que antes de que te vayas de Inglaterra, haremos de tí otro hombre!

Al acostarse aquella noche memorable con las notas de la música de Puccini resonando aún en sus oídos, acudió a su mente un pensamiento absurdo:

"Apostaría cualquier cosa a que Williamson, antes de meterse en la cama, en vez de cepillarse los dientes, se pone unas gotas de aceite en los codos y las rodillas. Es lo indicado para las máquinas".

Luego se durmió con el sueño de los justos. Para su edad, y tras un día tan lleno de ajeteos y novedades como el vivido en aquella fecha, no existen camas desconocidas.

Si el último pensamiento de la noche anterior fue dedicado a Williamson, la primera imprecación del día siguiente también fue consagrada a la misma ¿persona?

Unos recatados golpecitos en la puerta de la habitación vinieron a interrumpir su descanso.

Ante sus ojos medio cerrados para protegerse de la claridad que penetró a raudales tan pronto como el chófer levantó las persianas, apareció éste, circunspecto y estirado como la víspera.

— Buenos días. ¿Ha descansado bien el señor? Son las ocho treinta y siete. Hace un tiempo magnífico, soleado y sin viento. Mr. Starkie me ha ordenado que le suba el desayuno. El está desayunando en su dormitorio. ¿Le coloco la bandeja ahí o sobre la mesa?

— Aquí mismo, gracias, Williamson. ¿Ha dicho Mr. Starkie a qué hora nos vamos?

— Sí, señor. A las diez menos cuarto. Tiene usted tiempo sobrado. ¿Desea algo más?

— No, nada más, muchas gracias. Puede retirarse. A la hora que ha dicho estaré abajo.

Con excelente apetito, Héctor dio cuenta de la abundante colación que le había sido servida. Para no hacerse tomar por un grosero, dejó un par de galletas, un bollito y un poquito de mermelada. El café, en contra del que suele tomarse en Inglaterra -débil color y escaso sabor-, estaba riquísimo. Tomó dos tazas.

Cuando, con puntualidad poco hispana, descendió la escalera, el propietario de la casa lo aguardaba.

Williamson le precedió cargado con el equipaje, cuatro maletas de buen tamaño, una en cada mano y otra bajo cada brazo.

Los tres se dirigieron inmediatamente al coche, un flamante Bentley puesto en marcha sin hacer ruido tan pronto como la impedimenta fue colocada en el portaequipajes.

El chófer debía contar con instrucciones de Mr. Starkie pues, antes de tomar rumbo hacia el sur de Londres, donde se encontraba la British School of Economy, recorrieron lentamente buena parte de la capital.

Tal como había señalado Williamson, el día era maravilloso; el sol brillaba prestando un aire de animación y optimismo a los presurosos transeúntes.

Héctor tuvo ocasión de contemplar, aunque sólo fuese de pasada, el Parlamento, la Abadía de Westminster, el Palacio de Buckingham, Marble Arch, la Plaza de Trafalgar, Piccadilly -el mismísimo centro del imperio británico, explicó Mr. Starkie con una comprensible nota de tristeza en la voz-, la Torre de Londres, la Catedral de San Pablo y otros lugares de interés cuyos nombres se esfumaron de su memoria tan pronto como los escuchó.

Repentinamente, Mr. Starkie echó una ojeada al reloj e indicó al chófer que había llegado la hora de dirigirse a la B.S.E.

Muy pronto cruzaron el Támesis por el puente de Waterloo en dirección al Sur. Rodaban a buena velocidad por una excelente carretera y, en menos de media hora, comenzaron a perder de vista las elevadas construcciones urbanas para cruzar extensas agrupaciones de casitas, todas exactamente iguales, con pequeños y cuidados jardines. Luego viajaron a través de la verde campiña.

Cuando iniciaban el descenso de una empinada cuesta, Mr. Starkie dijo:

— Ahí lo tienes.

Ante Héctor se extendía un amplio valle en el centro del cual, al abrigo de los frondosos árboles del parque, se encontraba la B.S.E., el centro escolar en que, salvo guerra, cataclismo o muerte repentina de su padre, habrían de transcurrir sus próximos años.

Se trataba de una enorme y antiquísima construcción de piedra bermeja a la que los rayos solares prestaban un cálido encanto.

Desde donde la contemplaba el ahora menos preocupado escolar, no presentaba el aspecto amenazador que le había atribuído tan pronto como supo que estaba condenado a habitarla.

Varios campos de tenis y fútbol, lo que debía ser la piscina encristalada que refulgía como una piedra preciosa, contribuían a que ofreciese una apariencia tranquilizadora y optimista.

De sus pensamientos vino a sacarlo la voz de Mr. Starkie que, con un guiño cómplice, dijo:

— En ese lugar he pasado algunos de mis mejores años. Espero que tú tengas la misma suerte. Estoy seguro de que, además de conseguir conocimientos muy útiles llegado el momento de trabajar con tu padre, te harás con buenos amigos que resultarán de provecho en la vida que luego llevarás.

Muy poco más pudo añadir el inglés pues, tras cruzar la historiada reja que rodeaba las propiedades de la Escuela, el coche se había detenido ante la puerta principal del edificio cerca de la que aguardaba un anciano portero uniformado.

— Buenos días, Jim -saludó Mr. Starkie-. ¿Cómo va esa salud?

— Como siempre, señor. El reuma acabará matándome. Y usted, ¿bien?

— Mi memoria, excelente; recuerdo que hace casi cuarenta años asegurabas que el reuma terminaría contigo. Afortunadamente, tu diagnóstico tardará mucho en convertirse en realidad. Mira, Jim. Te presento a Mr. Midas, español. Estoy seguro de que tendrás con él los mismos detalles que en otra época tenías conmigo.

— Si usted lo dice, los tendré. Lo haría aunque fuese alemán.

— Muy bien, Jim. Y ahora haz el favor de anunciarnos al señor Rector.

— Tendrá que ser el Decano, Mr. Cavendish. El señor Rector ha tenido que ir a la ciudad y no regresará hasta mañana.

— Bueno, es lo mismo.

Siguiendo los pasos de Jim que, pese a su pretendido reuma y al auténtico montón de años que soportaba sobre su vencida espalda, aún caminaba con soltura, Mr. Starkie y Héctor -recobrado el sobresalto experimentado al oírse llamar Mr. Midas- atravesaron interminables corredores de piedra y mármol hasta llegar al despacho ocupado por el Decano.

Mr. Cavendish, de rodillas frente a una pirámide de libros de la que trataba en vano de extraer uno sin derribar los demás, se volvió al percatarse de la irrupción en sus dominios y, sacudiendo las perneras del pantalón, inclinó la canosa cabeza, echó una ojeada a los invasores por encima de los gruesos lentes y, sin quitarse la pipa de la boca, inquirió:

— ¿A quién tenemos aquí?

Luego, se acercó y, estrechando la mano de su exalumno, exclamó:

— Pero si es Starkie. Hace mucho que no te dejas ver. Creí que habías olvidado tu alma mater.

— Eso nunca, Mr. Cavendish. Recuerdo perfectamente los años que he pasado aquí y a mis viejos profesores.

— Como siempre hablas con perfecto dominio del idioma. Por lo que se refiere a mí, eso de tus viejos profesores es de una exactitud innegable.

— No se queje usted. Le veo formidable, tan enérgico como cuando confundí una teoría de Smith adjudicándosela a Marx.

— Bueno, basta de recuerdos. Y este muchacho, a quien no me has presentado aún, ¿quién es? Me figuro que será el español de quien ya me han hablado.

— Sí, señor. Es Héctor Midas Abreu. Hijo de un buen amigo y socio en varios negocios. Procede de Oviedo, una ciudad del norte de España. Su padre, Regino Midas Midas, por mi mediación, se lo confía a ustedes para que lo conviertan en un buen economista ...

— Con el nombre que lleva -interrumpió Mr. Cavendish- no debiera ser necesario nada más pero, en fin, en los tiempos que corren toda precaución es poca. ¿Ha traído su equipaje?

— Sí, señor -respondió Héctor a quien había sido formulada la pregunta-. Vengo para quedarme, si es posible -añadió.

— Claro que sí. Todo está dispuesto. Si os parece, almorzaremos juntos, seréis mis invitados en el comedor general- y, por la tarde, visitaremos las instalaciones. Eso, si tú no tienes prisa.

— No la tengo. Además disfrutaré recorriendo, de nuevo, los lugares que fueron mi paisaje hace ya bastantes años.

El Decano, realizando la combinación de ademanes y tics que en el futuro llegaría a ser sobradamente familiar a Héctor, se frotó las manos como si pretendiera lavarlas y, simultáneamente, propinó varios enérgicos chupetones a la pipa que parecía formar parte integrante de su rostro.

Luego, con voz aguda, dijo:

— Bien, bien, bien. Pues ¿a qué estamos esperando? Vámonos al comedor.

Héctor creía que, habiendo visto el comedor de la casa de su padre, ningún otro podría sorprenderle. Sin embargo, estaba equivocado.

Parecía haber sido instalado en la nave central de alguna antigua iglesia. Sus altísimas bóvedas y las gruesas columnas que las sustentaban, contribuían a confirmar esta teoría.

"En pleno invierno, habrá que acudir con abrigo, bufanda y guantes. Debe hacer un frío siberiano", pensó mientras tomaba asiento a una mesa de menor tamaño que las otras, ordenadas apretadamente y que iban poblándose de bullangueros estudiantes.

Cuando el flujo de los comensales comenzó a hacerse más escaso, Mr. Cavendish se levantó, agitó la campanilla que se hallaba a su alcance e inmediatamente los que asistían a la comida se pusieron en pie. Cuando se hizo el silencio, el Decano recitó una brevísima oración de la que Héctor no llegó a enterarse, pues se encontraba totalmente abstraído contemplando lo que le rodeaba.

Mr. Starkie sacudió la manga de su chaqueta y le ordenó cuchicheando que hiciera una reverencia inclinando la cabeza. Los estudiantes, aún en pie, aplaudieron calurosamente.

Hasta que sus acompañantes le explicaron que aquella pequeña ceremonia de presentación, esta vez en su honor, venía repitiéndose desde la inauguración de la B.S.E., Héctor no supo que la cerrada ovación le había sido tributada.

Durante la cena, se repetiría para homenajear a los compañeros de primer curso que se habían incorporado por la tarde.

— Sin embargo -afirmó Mr. Cavendish- esto no quiere decir nada. En realidad, no serás aceptado hasta que te ganes su amistad. Y ello no es fácil, ya lo verás. Existen varios procedimientos que pueden granjearte la simpatía del alumnado. En el deporte, la sociedad de debates, la revista del centro, tienes a tu alcance tres medios para hacerte popular y ser admirado por tus condiscípulos. Hay también un cuarto sistema que no falla. Consiste en saltarse a la torera las normas de obligado cumplimiento. Claro que tiene un grave inconveniente: serías el blanco de las iras del profesorado y la dirección. No te lo recomiendo.

Héctor sintió que un escalofrío se paseaba por su espalda. No estaba dotado para el deporte, no sentía el menor deseo de escribir y lo de los debates, le daba mala espina. Hablaba inglés perfectamente, pero aquello de hacerlo ante un montón de gente, enfren-tándose a un rival entrenado de seguro para hacer picadillo los argumentos que le opu-sieran, le parecía exponerse a hacer el ridículo más espantoso y quedar señalado para siempre.

El Decano nada había dicho acerca de una quinta posibilidad; la que quizás no lo convirtiera en el hombre del año, pero tenía la ventaja de no hacerlo pasar por un inepto antipático. Se trataba de estudiar con tino y medida. Lo justo para aprobar y no tanto para transformarse en el clásico empollón que en todas partes es peor mirado que el profesor más aborrecible.

Tomada esta discreta determinación, Héctor prestó toda su atención a lo que uno de los camareros, correctamente ataviado con chaquetilla blanca, le fue sirviendo.

La comida no era exactamente como la del Savoy, pero nada tenía que envidiar a la que podría conseguir en cualquier empingorotado restaurante. Si siempre se comía de aquella forma, no corría el menor riesgo de perder peso.

Terminado el almuerzo, Mr. Cavendish acompañó a sus invitados en la visita anun-ciada. Recorrieron el edificio principal, deteniéndose a admirar las amplias cocinas, las aulas de estudio, los dormitorios, los servicios de aseo, la capilla y, finalmente, la pisci-na cubierta, cuyos reflejos habían llamado la atención de Héctor cuando se dirigían al internado.

Luego pasaron al gimnasio, una nave inmensa en la que se veía gran cantidad de aparatos -barras fijas, plintos, potros, anillas, espalderas, etc.- y dos rings para practicar

el boxeo. De allí se trasladaron al salón de actos, instalado en una construcción enorme que, por su tamaño, podía dar cabida al teatro de una pequeña ciudad.

Por fin, el Decano anunció que ya habían visto todo lo que B.S.E tenía que mostrar a sus visitantes.

Mr. Starkie, en un tono de voz que denotaba incredulidad, preguntó:

— ¿Y el lago? ¿es que se ha secado?

— ¡Diablos! -respondió Mr. Cavendish-, me olvidaba del lago. ¿Ves cómo estoy hecho un desastre? Venid, vamos allá.

Rodearon el edificio principal tras el cual, a escasa distancia, se encontraba el objeto del olvido del viejo profesor.

La extensión del lago permitía que en sus aguas se celebraran competiciones de remo. En sus orillas se elevaban las cuatro casetas que albergaban los botes. El deporte del remo era practicado con asiduidad por el alumnado del centro que, frecuentemente, organizaba encuentros contra equipos pertenecientes a otras escuelas y universidades.

Los remeros encargados de la defensa de los colores de la B.S.E. -azul, rojo y blanco- eran personajes admirados entusiásticamente por sus condiscípulos, no importaba de qué curso y, para ocupar los bancos de la embarcación oficial, existía una rivalidad que se detenía a dos dedos de la pelea a puñetazos. La tarea de Mr. Gordon, entrenador y seleccionador de remeros, no debía ser nada cómoda y él mismo, no se la envidiaba -terminó diciendo el Decano.

Aunque, personalmente, a Héctor aquello de sentarse en una inestable embarcación para remar hasta quedar exhausto no le parecía ninguna ganga y no le atraía lo más mínimo, no dejó de admirar la belleza del lugar y, con toda seriedad, se prometió asistir a las competiciones, claro está, en calidad de espectador.

Mr. Starkie observó que comenzaba a hacerse tarde y que debía regresar a Londres, rechazó la invitación formulada por Mr. Cavendish para que se quedara a tomar el té e hizo ademán de despedirse allí mismo. El Decano se lo impidió, insistiendo en que él y Héctor debían acompañarlo hasta donde se encontraba estacionado su automóvil.

A punto de introducirse en el coche, el antiguo alumno entregó al nuevo una tarjeta de visita en la que figuraban los números de teléfono de su casa particular y de la oficina.

— Si quieres alguna cosa, no tienes más que llamarme. Caso de que no me encuentres, dile a mi secretaria lo que desees. Se llama Priscila.

Con estas palabras, Mr. Starkie saludó nuevamente y el automóvil, tras un arranque casi inaudible, se alejó.

— Vamos, conocerás al Intendente; él te indicará tu dormitorio y te entregará una especie de catecismo, en realidad, las normas de la casa explicó Mr. Cavendish.

El Intendente, Mr. Cannon, era un hombre altísimo, muy flaco, de aspecto cadavérico cuya voz de trueno y pobladas cejas unidas sobre el caballete de la nariz le conferían un aire poco amistoso, se hizo cargo de Héctor tan pronto como le fue presentado y sin excesivas explicaciones lo condujo a una habitación del segundo piso después de hacerle entrega del folleto titulado "Normas de conducta para los alumnos de la British School of Economy".

— Aquí tienes tu segunda biblia. Deberás cumplir sus preceptos con tanto ahínco como los de la primera. Es probable que Dios se apiade de tí si incumples alguno de sus preceptos pero yo no soy tan misericordioso. Sin embargo, si te portas decentemente, seremos buenos amigos -afirmó elevando las cejas hasta hacerlas unirse al nacimiento del pelo.

»Esta será tu cama y éste, el armario en que colocarás ropa y calzado. Aquella mesa es para tí, lo mismo que la silla.

»Los duplicados corresponden a McIvy, tu compañero de dormitorio. Llegará esta noche; entonces te lo presentaré. El comienza segundo curso. En la B.S.E. tenemos por costumbre, en la medida de lo posible, alojar en la misma habitación a dos estudiantes de curso distinto -primero y segundo, tercero y cuarto, los de quinto tienen dormitorios individuales-; espero que congenies con McIvy. Es un buen chico.

»Y ahora he de irme. Aprovecha el tiempo que falta hasta la cena para deshacer el equipaje; ha sido puesto en ese ropero. Desde aquí oirás perfectamente los tres golpes de gong que indican el momento de descender al comedor.

Con estas palabras, Mr. Cannon dejó solo al estudiante novato que, cometiendo la primera infracción, decidió olvidar la orden que acababa de dársele y comenzar, inmediatamente, la atenta lectura de las normas de conducta.

CAPITULO III

— Llévese todo eso, Pablo; no tengo apetito. Haga el favor de traerme un vaso de leche y galletas.

El mayordomo abandonó silenciosamente el comedor. Llevaba en la casa bastantes años; los suficientes para conocer los estados anímicos de su patrón y la causa de cada uno de ellos:

Voracidad en las comidas, a cualquier hora, gran negocio en perspectiva con el jugoso aditamento de luchas enconadas y la posibilidad de que alguien, generalmente ignorante de lo que se le venía encima, se encontrara al garete de la noche a la mañana.

Por el contrario, la indiferencia ante los alimentos significaba preocupación y hastío de vivir.

En aquella ocasión, el motivo que originó la petición de un vaso de leche, era fácil de adivinar. La opaca mirada de Regino que veía sin ver cuanto le rodeaba -el vacío tremendo del monstruoso comedor- era muy elocuente. Se sentía solo.

Pablo había acertado plenamente y la confirmación de sus suposiciones se puso de manifiesto cuando colocó el vaso de leche y una fuentecita con galletas ante el solitario. No se produjo la menor reacción.

La frase pronunciada con tono lúgubre por el criado: "El señor está servido. ¿Desea algo más?" pasó absolutamente desapercibida, fue como si nadie hubiera hablado.

El pensamiento del desgano dueño y señor de la silenciosa residencia se encontraba muy lejos de allí. Discurría con pesimismo sobre la diferencia existente entre su éxito en los negocios y el fracaso de su vida familiar.

"Precisamente ahora, en estos momentos en que mis asuntos casi no precisan de mi intervención personal y basta con que, de tarde en tarde, los supervise, cuando dispongo de tiempo para mis hijos, éstos no lo tienen para mí. Héctor, en Londres. Cierto que yo fui quien le obligó a marcharse, pero ¿qué otra solución tenía a mi alcance? Y Alicia... lo de Alicia es algo mucho más grave. Tiene que estar enferma. Algo no funciona bien en esa cabeza. Y, a su edad, no la puedo obligar a hacer lo que no quiera. Si consintiera en dejarse ver por un especialista... Iríamos al mejor... pero ¡quíá!; la única vez que se lo sugerí, armó un follón de mil diablos y acabó amenazando con irse de casa. En realidad ¡para lo que está en ella! Ahora, con la disculpa aunque por supuesto ella no necesita pretextos- de que su amiga China Castro está muy pachucha, lleva sin aparecer por aquí cinco días y cinco noches. Y esa chica no me convence, no me gusta nada; tiene pinta de marimacho, modales y andares extraños. Con los hijos he tenido una suerte perra. Temo que la bendición que ha supuesto mi facilidad para hacer dinero se haya convertido en maldición en lo tocante al futuro de Héctor y Alicia. Puede que, igual que el rey Midas, convierta en oro cuanto toco y, para que no me confundan con él, en cieno lo que amo. ¿De qué me valen los aciertos financieros si pende sobre mí esta especie de maldición? Además, he llegado a un punto en que los negocios me aburren. Me resulta tan sencillo enriquecerme que cada día me produce menos placer. Es incluso tedioso. Ha desaparecido aquel afán que me espoleaba incesantemente, que me obligaba a imaginar operaciones nuevas, inversiones complicadas y rentables. He dejado de sentir interés por obtener los abultados intereses que antes eran mi única ilusión. Últimamente he notado que el hastío me ahoga y que me fastidia acudir al despacho. En una palabra, que estoy harto de todo. Para colmo de males, la lectura ha dejado de ser mi refugio. En los libros encontraba -y encuentro- el olvido que necesito, pero no debo abusar. La última vez que he ido al oculista me ha dicho que pierdo vista muy rápidamente; demasiado, a su juicio. A mis sesenta y dos años, no debiera tener la capacidad de visión tan mermada. Que no tengo ninguna lesión orgánica grave, pero que he de procurar no forzar los ojos. Caso contrario, él no responde de lo que podría suceder. ¿Qué habrá querido decir? He sido tan cobarde que no me he atrevido a exigirle que aclarara sus palabras. ¿Es que voy a quedarme ciego? Creo que no soportaría una cosa así. Si ocurre lo irremediable, puedo contratar a alguien que se pase el día leyendo para mí, pero no sería lo mismo. Saber que a tu lado se encuentra alguien que te mira, que espía tus reacciones ante

lo que oyes, me pondría frenético. Algunas veces me pregunto si no sería más feliz si me hubiera quedado haciendo de monaguillo o sacristán en la iglesia de la Encarnación. ¿Vivirá aún el bueno de don Froilán? Hace bastantes años que no le he visto ni sabido nada de él. Recuerdo los disgustos que le he dado leyendo los libros de su biblioteca sin seguir el método que aconsejaba. Claro que pronto se le pasaban y consentía que hiciera mi voluntad. Era un infeliz, un santo varón. ¿Y qué habría sucedido si hubiera vuelto a casarme? Sabe Dios. Aunque, de todas maneras, simplemente con que lo hubiera hecho con una mujer corriente y moliente, como existen a millares, sería más feliz. Porque mujer tenía, pero no era lo mismo. No es que tuviera queja de Suzy, sólo que Suzy era Suzy. Lo malo de aquella situación era que estaba basada en la falsedad. Porque, para empezar, Suzy no era Suzy, era Carlota. Bueno, ¿en qué quedamos? Sí, las dos son la misma pero aquel era un arreglo temporal, si bien duradero, que podía terminar en cualquier momento, lo que demostraba que no era definitivo. Cuando me cansara de ella, no tenía más que despedirla y si te ví, no me acuerdo. En el mundo abundaban las Suzys. Podía disponer de todas las que quisiera, cuestión de dinero. Pero no era lo mismo. Para Suzy, dijera lo que dijera, también era un arreglo monetario. Había cosas que no se podían comprar..."

Al alcanzar este punto en su meditación, cayó en la cuenta de que era la primera vez que semejante pensamiento surgía en su mente.

"Entonces, si lo más importante que se puede desear en esta vida, el amor sincero y desinteresado de otra persona -el de la esposa y los hijos- es algo que no ha sido contaminado por el dinero, algo que no se puede comprar porque si se obtiene es absolutamente gratis, ¿para qué vale el dinero? ¿para qué me he esforzado durante tantos años? Hace unos momentos, me aterrorizaba la posibilidad de quedar ciego, sin comprender que lo soy de nacimiento. ¿Qué utilidad, qué rendimiento me reportan esta casa -más parecida a un mausoleo que a ninguna otra cosa-, mis grandes negocios y mi riqueza? Es más, ¿qué beneficio obtengo de mis hijos? Ya vuelvo a las andadas, mi cerebro es una máquina de calcular, aunque no quiera pues ¿quién ha dicho que tener hijos supone tener que beneficiarse? No tengo remedio, aunque sí cierta disculpa. Recuerdo aquella muñeca que a los seis años, con las rojizas coletas bailoteando sobre los hombros, venía a sentarse sobre mis rodillas y se me abrazaba al cuello para "comerme mejor", según decía riendo alegremente. ¿Qué ha sido de aquella Alicia? La de ahora no se parece en

nada a la de entonces. Muy pronto se convirtió en un ser amargado y descontento, en una fábrica de respuestas faltas de lógica, malhumorada de la mañana a la noche, en un petulante remedo de mujer que, últimamente ha quedado claro, ha caído en la anormalidad".

"Y ¿qué pensar de su hermano? Si, al menos, su estancia en Inglaterra hiciera el milagro de transformarlo en un hombre... Pero ¿quién demonios me dice a mí que el hombre, el modelo ideal de hombre es, precisamente, el que yo doy por bueno? Quizás la norma fijada, aquella a la que debe semejarse y sujetarse toda conducta, sea un error monumental. Puede que la existencia sea una filfa en la que lo importante no es lo que somos y hacemos, sino la apariencia pública de nuestros actos. Yo mismo soy un ejemplo, un mal ejemplo, de lo que estoy pensando, un amante padre desesperado a causa del inadecuado comportamiento de sus hijos, un hombre que, oculto bajo el manto de la respetabilidad, engaña a sus semejantes, les saca los cuartos sin que le importe un bledo atropellar y arruinar a quien se le ponga por delante, una persona que defiende la moral que conviene acaten los demás y que, personalmente, actúa como si esa moral no fuera con él. Soy un hipócrita redomado que sufre un inesperado ataque de sinceridad y que, dolido por la estrepitosa frustración que le producen sus hijos, duda de todo".

"Se dice que la felicidad puede buscarse -y encontrarse- de muchas maneras. ¿Será posible que Alicia que aspira al encuentro de un país muy distinto al visitado por su homónima, pueda alcanzar la dicha?"

"En cuanto a Héctor, ¿puede hacerlo más venturoso de lo que yo soy su actitud pasiva, tan ajena a lo que yo he mantenido siempre?"

"Lo más desesperante de esta situación es que me encuentro inerte ante los acontecimientos. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué decisión tomar? No poseo ni la fe ciega de quien ocupa una posición inatacable, ni la fuerza moral del que se cree en posesión de la verdad. La única certeza con que cuento es la que me permite asegurar que, aunque he acumulado una fortuna, no soy en absoluto afortunado. No me siento satisfecho y no tengo la menor idea de qué podría hacer para llegar a alcanzar la alegría de vivir. Si analizo, como estoy haciendo, mi estado de ánimo y, por un momento, olvido cuanto poseo tengo que admitir que constituyo un auténtico fracaso pues cuanto logré me resulta inútil. La acumulación de riquezas, en sí misma y por sí misma, es una engañifa gigantesca..."

"De acuerdo, de acuerdo, pero ¿cuántos se cambiarían por tí a ojos cerrados? ... Tú mismo lo estás diciendo: a ojos cerrados, es decir, sin ver con claridad en lo que se meterían. Serían muchísimos, lo sé. La mayoría de ellos estaría formada por quienes en este momento poseen tanto como yo cuando empecé, o sea, nada".

Regino, cansado de aquel monólogo interior que no lo conducía a ninguna parte, abandonó la ornamental silla en que había tomado asiento y, sin probar leche ni galletas, se fue a casa de Suzy.

Aún era temprano, el reloj del vestíbulo todavía no había dado las diez y la noche templada invitaba a pasear. Entre su chalet y el piso que se proponía visitar mediaba un buen trecho, pero no tenía prisa. Las entrevistas con aquella mujer habían comenzado a perder el encanto que encerraban en los primeros tiempos. No era que se hubiese cansado o que en ella ya no encontrara lo que siempre le proporcionó. Era él, Regino, quien había ido cambiando imperceptiblemente. Comenzaba a sentirse un poco ridículo desempeñando el papel de Romeo y, especialmente, en aquellos momentos, después de la larguísima reflexión, la relación con Suzy, como el resto de su vida, le resultaba estéril.

Con paso tardo, como si caminara contra su voluntad, descendió por el largo sendero hacia la verja y respondió distraídamente al saludo del guarda que le franqueó la salida.

Después fue recorriendo con lentitud las calles en las que, la construcción de algunos edificios le había reportado cuantiosas ganancias. En otras ocasiones, al pasar por allí, recordaba complacido las estratagemas realizadas para hacerse con los solares a buen precio, las soluciones encontradas a los problemas de licencias y los elevados precios a que, al final, habían sido vendidos.

En cambio, hoy pasaba indiferente a su lado, sin concederles apenas una mirada. Lo curioso del hecho se encontraba en que era consciente de aquel cambio de conducta y si, por una parte, estaba sorprendido, por otra no le chocaba en absoluto. En su cerebro convivían en perfecta armonía el antes y el ahora.

Cuando entró en casa de su amiga, ésta lo esperaba. No le dio tiempo a introducir el llavín en la cerradura pues, tan pronto como escuchó el sonido de sus pasos en el mármol del pasillo, abrió la puerta. Su llegada -si no mediaba aviso telefónico de que no se produciría- era tan segura como el seguimiento de la noche al día.

Regino, aún enfrascado en sus pensamientos, permaneció silencioso e inmóvil en el umbral. La contempló largamente como si aquella noche la viera por primera vez, igual que si ignorase para qué había venido.

— Pasa, pasa. ¿Qué te sucede? Parece que has visto fantasmas. ¿No te encuentras bien? -preguntó Suzy, solícita.

— No me encuentro ni bien ni mal. Sencillamente, he visto mi fantasma, o el fantasma de mi vida, o mi vida de fantasma -respondió Regino.

— No te entiendo.

— Pues ya son dos personas las que no me entienden. Tú una y yo la otra.

— Anda, dame el abrigo y siéntate. Explícate un poquito mejor y verás como todo se arregla.

Regino obedeció mansamente, tomó asiento e intentó hablar creyendo que al convertir sus pesimistas ideas en palabras, las preocupaciones se dispararían, pero fue incapaz de hacerlo. Inconexamente saltó de una cosa a otra con el resultado de que Suzy no comprendió absolutamente nada y él mismo quedó más confuso que antes de su llegada.

Finalmente, decidió callarse. Mientras tanto, su compañera puso en práctica el recurso heroico con el que otras noches de murria había conseguido excelentes resultados. Colocó en el tocadiscos una pieza de música suave, un poco triste, que armonizaba con el estado de ánimo de su paciente. Sin embargo, aquella noche, el remedio estaba condenado al fracaso.

Regino escuchaba como quien oye llover; no estaba para músicas. El más lerdo se hubiera dado cuenta de que le sucedía algo grave. Con mirada opaca contemplaba lo que le rodeaba como si no lo hubiera visto nunca. Parecía encontrarse en un sitio desconocido. Incluso, con una sinceridad de la que no tenía conciencia pero que se traslucía en sus ojos, daba la sensación de que lo que veía le desagradaba profundamente. El decorado de la habitación le resultaba antipático, cursi y rebuscado.

A Suzy podría acusársele de cualquier defecto pero, a menos que se actuase injustamente, nunca de ser torpe. Por esta razón, al cabo de unos minutos, ahogó las notas emitidas por el inútil aparato y, encogiéndose como un ovillo a los pies de su inapetente dueño y señor, inquirió con voz acariciadora:

— ¿No puedo hacer nada por ti?

— Me temo que no. Es decir, si dispudieses de dotes de hechicera, de bruja, y tuvieras poderes para romper la maldición que me aplasta...

— No hablarás en serio, ¿eh? ¡Qué maldición ni qué ocho cuartos! interrumpió utilizando el tono barriobajero que en ocasiones hacía gracia al desanimado financiero.

— Tómalo a risa si quieres, pero te aseguro que algo debe haber de eso terminó Regino, poniéndose repentinamente en pie y recogiendo el abrigo-. Me voy, no puedo permanecer quieto ni un minuto más. Estoy ahogándome.

Sin dar tiempo a que Suzy se recobrase de la sorpresa, como si fuese perseguido efectivamente por un terrible anatema, salió disparado de la casa y, a buen paso, se dirigió a la suya. Como un sonámbulo, caminó sin tener pleno conocimiento de por donde iba. De pronto, tras un buen rato deambulando a tontas y a locas, se encontró en una cafetería. No tenía ni la menor idea de cómo y por qué se hallaba allí.

Sintiéndose ridículo se acomodó en la barra y, a la pregunta del camarero, pidió un whisky. Cuando le fue servido, recordó que el brebaje le desagradaba, pero no se sentía con ánimo para solicitar que le fuese cambiado por otra cosa. Se lo bebió lentamente con más asco que placer.

Entre sorbo y sorbo observó la gente que abarrotaba el local. Aquella colección de tipos extraños, de ambos géneros naturales y de un tercero artificial, aún le hacían menos gracia que la bebida que tomaba. Cuando una chica jovencísima se acercó para rogarle le encendiera el cigarrillo que llevaba entre los labios excesivamente pintados, se disculpó diciendo que no fumaba, pagó la consumición y se marchó.

¡Pues sí que estaba para ligues con una chiquilla que podía ser su hija! ¡Y la insinuación no podía ser más clara! Aquella sonrisa descarada y la mirada burlona que la acompañaba no se prestaban a falsas interpretaciones.

Sin embargo, ¿no era mucho más reprochable la conducta equívoca de Alicia? El interrogante, que resonó en sus oídos con la fuerza de un clarinazo, le hizo mirar a su alrededor temeroso de que alguno de los transeúntes lo hubiera escuchado. Luego, sacudiendo la cabeza como un perro que sale del agua, apresuró el paso y, acometido por una urgencia cuyo origen se le escapaba, muy pronto se encontró ante su domicilio.

De nuevo en su despacho, fue disipándose la rara sensación de prisa que lo había espoleado y se notó asaltado por un insoslayable anhelo de acudir al dormitorio de su hija.

Entonces, como si el cerebro le hubiera sido dividido en dos partes y la totalidad de su mente conservara la capacidad de analizar los deseos de ambas mitades al encontrarse por encima de ellas, fue testigo involuntario de una lucha insensata.

— Pero ¿qué esperas hallar allí? -inquiría uno de los trozos.

— Si lo supiera, ya no sería necesario que fuese a esa habitación contestaba el otro.

— Debes haberte vuelto loco y si...

— No lo creo pero en todo caso tú no eres el más indicado para hablarme de falta de cordura. Recuerda que tú y yo anidamos en la misma persona.

— Estás en un error. Si acaso, somos dos fragmentos de una misma mente.

— Bien está, lo admito. No obstante, tendrás que reconocer que dos fracciones de un cerebro carecen de la independencia necesaria para discurrir de manera diferente.

— Te equivocas otra vez. La prueba de que lo que calificas como imposible no lo es, la tienes en nuestro desacuerdo. Nosotros, como porciones de una sola conciencia, estamos pensando de forma divergente.

— Bueno, no entiendo cómo se produce ese proceso imposible. Es evidente que discrepamos y este hecho, en sí mismo, es una quimera, una utopía o como quieras llamarlo.

— Pues todavía hay algo más comprensible que parece no has advertido.

— ¿Todavía más?

— Sí, aún queda algo gravísimo. El todo al que pertenecemos, por el momento, no ha dicho esta boca es suya. Tú deseas ir al dormitorio de Alicia, yo no. Imagínate por un instante que la suma de nosotros dos, actuando en su capacidad de dueña absoluta, decida inclinarse por una tercera opción...

— ¡Y decías que me había vuelto loco! Estás soportando un cortocircuito tremendo. En cuestiones de movimiento no existe la tercera alternativa, uno va o no va. No se puede ir quedándose o quedar yéndose.

En aquel momento, Regino consiguió poner freno al cúmulo de disparates que, durante unos instantes le habían tenido en suspenso y, haciendo un esfuerzo, abandonó el despacho y entró en el dormitorio de su hija.

Era la primera vez que visitaba los dominios de Alicia. La impresión inicial fue de sorpresa ante el orden absoluto que reinaba tanto en la alcoba como en la salita y en el cuarto de baño. Después, el estupor se esfumó al caer en la cuenta de que la pulcritud y

la buena disposición reinantes únicamente constituían el testimonio del quehacer de la numerosa servidumbre que Alicia exigía como homenaje al puesto que ocupaba en la familia.

Con cierta extrañeza observó que en aquellas habitaciones se advertía la ausencia de cualquier detalle indicativo de la personalidad de quien las ocupaba habitualmente. Todo era tan impersonal como las estancias de un hotel, por supuesto de lujo, pero carecían de todo calor humano.

De las paredes colgaban varios cuadros carísimos -eso le constaba, pues recordaba haber satisfecho las facturas- que tampoco le decían nada.

Cierto que Regino no entendía una palabra de pintura, aunque estaba seguro de que no le agradaban nada. Quizá hubiera de admitir su calidad pero él, francamente, no la veía por ninguna parte. Los encontraba horribles. La inmensa mayoría consistía en informes chafarrinones de colores violentos que herían la vista. Había dos, cuya única diferencia radicaba en las tonalidades, en los que podían contemplarse amplias franjas rojas, negras y amarillas. Aunque se acercó hasta casi tocarlos con la nariz y utilizó las gafas, no logró descifrar las firmas.

— No me choca nada que los hayan firmado tan criptográficamente -murmuró entre dientes.

Abrió la puerta corredera -en realidad, un enorme espejo que iba de una pared a otra- del armario ropero rebosante de modelos de los modistos más conocidos. Aquello le produjo la impresión de que se entretenía curioseando en una casa de modas. Había suficiente para vestir a todo un internado de señoritas.

Disgustado, con un brusco portazo, hizo desaparecer de su vista la colección de trapos y comenzó a registrar sistemáticamente los cajones de la cómoda que contenía un amplísimo surtido de ropa interior. Allí, bajo una pila de enaguas de seda, tropezó con un volumen encuadernado en piel en cuya tapa campeaba la palabra "diario" grabada en afiligranadas letras de oro.

Cuando Regino emprendía un negocio que culminaba con la ruina de algún miembro perteneciente a la competencia, jamás se había planteado la cuestión de que lo que realizaba podía ser calificado de robo.

En cambio, en aquel momento, con el diario de su hija entre las manos, experimentaba algo semejante a la turbación. Sentía vergüenza ante lo que estaba a punto de

hacer. En realidad, se disponía a entrar a saco en la intimidad de Alicia; si se adentraba en las páginas del diario estaría forzando a su propia hija -sin que ésta tuviera conocimiento del hecho- a descubrir pensamientos y deseos a los que nadie debería tener acceso.

Estas reflexiones fueron interrumpidas repentinamente por la entrada del mayordomo. Su aparición, en pijama, descalzo y con los cabellos alborotados, sorprendió a Regino que permaneció boquiabierto al verse encañonado por un revólver descomunal.

— Dispense el señor, he oído ruido y creí que habían entrado ladrones explicó con calma el criado.

— Sólo uno, Pablo, sólo uno -respondió enigmáticamente el dueño de la casa-. A propósito, ¿está cargado ese trasto?

— Naturalmente, señor.

— Entonces ten la amabilidad de apuntar hacia otro lado. Con esas cosas nunca se sabe lo que puede ocurrir.

— Sí, señor; perdón. Si no desea nada, con el permiso del señor, me retiraré.

— No, nada. Gracias. Buenas noches. Ah, antes de que te vayas quisiera que me respondieras con sinceridad. ¿Hubieras disparado en caso de encontrarte con un extraño?

— Pues verá el señor: si el asunto presentara mal cariz, desde luego. Naturalmente, antes de hacerlo trataría de inmovilizarlo y llamaría a la policía pero, si el único remedio estuviera en soltarle un tiro, lo haría con toda tranquilidad. Tengo licencia de armas y, en cualquier caso, no estaría haciendo más que defenderme contra alguien que trataba de apoderarse de lo que no es suyo, con las agravantes de nocturnidad, escalo y premeditación. Ningún juez dejaría de tener en cuenta estas eximentes.

— Me dejas pasmado, Pablo. Creo que has equivocado la carrera; lo tuyo es, no me cabe la menor duda, el foro. Anda, vete a acostarte. Y gracias.

El mayordomo, con una leve inclinación de cabeza, a la que logró imprimir un indiscutible toque de distinción contra la que nada podía la ropa que vestía, abandonó la habitación cerrando la puerta sin hacer ruido alguno.

Regino, solo de nuevo, echando al olvido los escrúpulos que lo habían atenazado momentos antes, abrió el diario y comenzó a leer.

Pronto comprendió que lo que tenía entre las manos no era lo que se conoce por diario. No figuraba ninguna fecha ni se había alusión a días concretos. Aquello podía ser considerado justamente como un libro de memorias. En sus páginas Alicia había vertido, con toda franqueza, los sentimientos, anhelos e impresiones que la vida despertaba en su alma.

La escritura de las primeras páginas aparecía bastante desvaída, la de las últimas mucho más acusada. Las diferencias en la coloración de la tinta indicaban que aquella confesión se había iniciado hacía mucho tiempo.

Regino, negándose a escuchar las tímidas acusaciones de su embotado juicio, abrió el libro por donde determinó la casualidad y comenzó su lectura.

"... yo misma lo provoqué. Deseaba saber, de primera mano, si existía algo de cierto en lo que algunas amigas, más emprendedoras que yo, con los ojos brillantes y sonrisas entre avergonzadas y maliciosas, me habían contado. Pero no sentí absolutamente nada. Bailábamos, ya he olvidado hasta su nombre y aspecto, y no hice más que ceñirme un poquito. La respuesta del chico fue inmediata. Se me pegó como una lapa; en su frente no tardaron en aparecer indicios de sudor y en los labios se le fijó una mueca estúpida. La conversación, hasta entonces entrecortada y banal, se limitó a una serie de frases de mal gusto que ponían de manifiesto qué dirección habían tomado sus pensamientos. Procuré separarme de él y, tan pronto como me fue posible, abandoné el lugar y volví a casa.

»Después de la primera y frustrante experiencia, he vuelto a pasar por otras semejantes, unas voluntariamente fraguadas y las más sin que yo las propiciase. En ningún caso he notado el menor asomo de excitación ni placer. Me pregunto si algo marchará mal en mi interior. ¿Padeceré frigidez...?"

Hacía muchos años que Regino era refractario al rubor, pero aquella noche advirtió que su rostro despedía fuego.

"¿Qué derecho me asiste para saquear indecentemente la intimidad de mi hija?" se interrogó por cuarta vez desde que se había introducido en el dormitorio.

Pese a los autorreproches, pasó varias hojas y continuó la innoble labor de investigación.

"... Si he de ser sincera conmigo misma -¿y para qué voy a engañarme?-", se preguntaba Alicia más adelante, "tengo que reconocer que los hombres no me atraen; ni los

que mi padre trata tozudamente de imponerme, ni los que yo he conocido por mi cuenta, me dicen nada. Al contrario. Y, la verdad, ¿qué importa? Puedo prescindir de todos ellos sin experimentar traumas..."

Poco más o menos a la mitad del manuscrito, el atribulado financiero se encontró con unas líneas que le hubieran hecho reír si la autora de las mismas hubiese sido otra persona.

"... Y, al final, ha resultado un chasco de los de categoría. La cosa fue así: Tita Peñalosa me lo presentó una tarde en su casa. Me dijo que era amigo de su hermano Alfredo. Como esto que escribo es únicamente para mí" -al leer esto Regino notó que su sofocón ascendía varios grados- "no tengo motivos para ocultar la verdad, así que lo diré. Toño me agradó desde el primer momento; muy alto y delgado, los ojos negros, profundamente hundidos en las órbitas y el pelo corto y ensortijado, hablaba con voz lenta y suave. Simpatizamos enseguida. Tiene los mismos gustos que yo; adora la música clásica, la pintura de vanguardia y la literatura realista. Desde el principio tuvimos mucho de qué hablar y encontramos infinidad de temas de interés común. Bailar con él era una delicia en la que no aparecía la intención escondida, siempre presente en el comportamiento del resto de los hombres a quienes conocí antes que a él. Su conducta me resultaba tan extraña que no podía dar crédito a lo que veía. Jamás observé en él ni un asomo del deseo de aprovecharse de las circunstancias, ni siquiera cuando yo misma quería comprobar si en aquel caso especial mi respuesta a los estímulos masculinos sería distinta a las obtenidas hasta entonces. Toño reaccionó de una forma inesperada. Recuerdo que bailábamos púdicamente apartados y yo, con lo que juzgué consumada habilidad, di principio a una serie de maniobras de aproximación que concluiría por llevar a nuestro cuerpo a la posición deseada. No tuve éxito porque el objeto de mi táctica envolvente opuso tal resistencia que no me quedó otro remedio que suspender las hostilidades. Toño me miró fijamente sin decir palabra. Luego continuamos bailando y hablando como si no hubiera sucedido nada.

»Varios días más tarde, me llamó por teléfono. Necesitaba hablar conmigo, me dijo. Quedamos citados para el día siguiente, en una cafetería del centro en la que, según me informó, nunca había demasiada gente. Es un lugar para cambiar confidencias -añadió con tono misterioso.

»Esperé con impaciencia la llegada del momento en que vería a Toño. Estaba intriga-
gada. ¿Qué tendría que contarme con tanta urgencia que no podía esperar a un encuen-
tro casual? Bastante perpleja, me devanaba los sesos interrogándome acerca de cuál
sería mi respuesta si lo que pretendía Toño era dar comienzo a una relación que colmara
los deseos de mi padre convirtiéndome en una mujer casada.

»Confieso que mi cabeza daba más vueltas que un tiovivo y los pensamientos que,
incansables, rondaban por ella carecían de lógica y sentido común. Toño me gustaba,
eso tenía que admitirlo. A su lado me encontraba bien. Sin embargo, la atracción física
brillaba por su ausencia. El lo había hecho patente con su reacción a mis claros avances.
Yo misma tampoco experimentaba nada especial cuando me hallaba entre sus brazos.
Esta doble circunstancia planteaba una interrogante para la que no contaba con respues-
ta. ¿Puede darse la felicidad completa entre dos seres de sexos opuestos en la conviven-
cia basada en la comunidad de ideas, en la relación espiritual?

»Más tarde pude convencerme de que mis ansiedades no tenían fundamento alguno
y, cuando Toño desveló el misterio que tanto me había intrigado, comprobé lo ridículo
de mi actitud.

»El lugar elegido por mi "alma gemela" era el más apropiado para una conversa-
ción confidencial. Incluso hubiera sido apropiado para cometer un asesinato sin sembrar
la alarma entre los parroquianos pues, aparte de un camarero con aspecto de retrasado
mental y nosotros dos, allí no había nadie.

»Toño, tras saludar y agradecer mi presencia con un farfullado exceso de palabras,
aguardó en silencio hasta que nos fueron servidas las consumiciones. Luego, cuando el
hombre de la chaquetilla blanca -no muy limpia, por cierto- ocupó nuevamente su pue-
sto al otro lado de la barra, empezó a hablar.

»Dijo que junto a mí se sentía en paz consigo mismo y con el mundo; agregó que la
similitud de gustos e ideas que había notado nos unía, no la observó jamás en ninguna
otra mujer pero que -y al llegar aquí el balbuceo se hizo más patente- precisamente por
todo eso, no quería lastimarme.

»Entonces lo miré a los ojos fijamente. Había palidecido y yo, totalmente descon-
certada, ignoraba a dónde quería ir a parar.

»Con la mirada obstinadamente fija en su vaso, permaneció callado unos instantes y
después, haciendo un penoso esfuerzo, terminó su confesión diciendo:

— Soy homosexual..."

Regino suspendió la lectura y se quedó absorto en sus pensamientos. Lo que acababa de leer le había producido un agudo dolor. Al mismo tiempo, fue consciente de que en su interior nacía un sentimiento contra el que había sido puesto en guardia hacía muchos años: la piedad. Luego ardientes lágrimas brotaron incontenibles.

En aquella ocasión podía permitirse el lujo de dejarse avasallar por la conmiseración -al fin y al cabo no andaba de por medio negocio alguno-, causa del lacerante dolor que lo obligó a suspender la lectura durante un buen rato.

"No hay duda" -se dijo con amargura- "la maldición del rey Midas alcanza también a Alicia".

Inmóvil, en un estado febril, continuó más de una hora indeciso entre seguir adentrándose en el contenido del diario maldito.

"Ahora no me extraña su peculiar postura ante el género masculino. El único hombre por el que pudo haber sentido algo resultó marica. ¿Cuáles habrían sido los sentimientos de Alicia al escuchar aquella confesión? Debió ser algo terrible. Pobre hija... Y, por otro lado, el tal Toño ha tenido un valor enorme. Hay que ser un tío con toda la barba para admitir una cosa semejante. Estoy convencido de que yo, en su caso, no me atrevería a reconocerlo".

"No puedes saber lo que harías y lo que dejarías de hacer" -continuó reflexionando- "para hablar con conocimiento de causa, sin posibilidad de error, tendrías que ser como él. Si no lo eres, discurre desde otro mundo".

Después de llegar a tan prudentes conclusiones, aún jadeante como si acabara de realizar un violento esfuerzo físico, enjugó los húmedos ojos, recogió el diario del suelo donde lo había dejado caer y continuó repasando sus páginas, esta vez casi al final de las escritas.

"... así que no puedo negarme a la evidencia. Lo he intentado hasta que no pude soportarlo más. Es inútil, va en contra de mi naturaleza. Ni siquiera por complacer a mi padre -y bien sabe Dios que desearía hacerlo- estoy en condiciones de representar una comedia que tendría un desenlace desastroso. He de resignarme a ser considerada como el bicho raro de la familia. ¡Qué se le va a hacer!..."

Un par de hojas más adelante terminaba el alegato descubierto por Regino, pero en la última, limitando con el papel en blanco, aún pudo leer las líneas que vinieron a colmar la copa de vergüenza y amargura.

"... lo que me sucede es independiente de mi voluntad; yo no tengo ninguna culpa puesto que no he hecho nada para que ocurra. Si he nacido así, soy completamente inocente. He venido al mundo con alguna tara de la que no puedo desprenderme como si me depilara. ¡Ojalá pudiera hacerlo! He de tener el valor de aceptarme tal como soy para seguir viviendo como pueda. Toño me ha dado ejemplo de coraje; estoy obligada a admitir que yo soy también homosexual y, como es lógico, me gustan las mujeres. ¡Valiente pareja haríamos el bueno de Toño y yo!...

El Regino que abandonó el comfortable butacón de la salita particular de Alicia no fue el mismo que lo había ocupado horas antes. Ahora, después de ocultar el diario donde lo había encontrado, abandonaba la habitación un hombre vencido sobre el que, de pronto, parecía haberse desplomado una veintena de años.

Sin saber cómo había llegado a su cuarto, se vio en el dormitorio acostándose, mientras a su mente acudían atropelladas, en incesante panorámica, las imágenes de su hija recién nacida, gateando, ensayando los primeros pasos, el día de la primera comunión, la noche de la puesta de largo en una fastuosa fiesta y las diversiones que siguieron. Más tarde, las secuencias comenzaban a reproducirse en el mismo orden, cada vez más rápidamente, hasta producirle vértigo.

Al amanecer, cuando la primera claridad del día asomaba débilmente, quedó dormido con el sueño pesado de los drogados.

Pablo, que asomó con cautela hacia las once de la mañana y que no ignoraba lo tardío de la hora en que su patrono se había metido en la cama, volvió a retirarse a paso de lobo dejándole dormir hasta que, pasadas las tres de la tarde, despertó por sí solo.

Al levantarse, ni siquiera una prolongada ducha con agua fría consiguió liberar a sus miembros de la pesadez que los atenazaba. Notaba la lengua estropajosa y era consciente de una extraña apatía que, sin llegar a hacerle olvidar los acontecimientos de la víspera, desdibujaba los rasgos más brutalmente dolorosos de la ordalía a que Alicia se hallaba sometida.

Profundamente abatido, se encerró en la biblioteca y ordenó que se le sirviese allí mismo un café, pues la idea de enfrentarse con el almuerzo le producía náuseas y terminó por dejarlo enfriar sin probarlo.

Al azar, cogió un grueso tomo encuadernado en piel, convencido de que necesitaba facilitar a su mente un cambio de perspectiva que la apartara de aquello en lo que no deseaba pensar. No obstante, tan pronto como localizó el nombre del autor, volvió a depositar el libro en el lugar que le correspondía. Se trataba de las obras completas de Palacio Valdés. Hoy no estaba para don Armando. En realidad, no estaba para nada. A pesar de todo, insistió y volvió a tomar otro libro. Juzgó que éste resultaba más apropiado para su estado de ánimo. Era una excelente traducción de *El carro de las manzanas* de Bernard Shaw. Necesitaba distraerse.

Había leído la obra muchas veces y en ninguna de ellas se sintió defraudado por la sutil ironía que impregnaba sus páginas. Shaw siempre fue uno de sus favoritos.

Sin embargo, aquella tarde la ingeniosa sátira pasaba inadvertida bajo su mirada distraída y ausente.

Finalmente, se dió por vencido y cerró el libro dejándolo con desgana sobre la mesa. Entonces se dió cuenta de que los ojos le dolían fuertemente, con persistencia, causándole una intolerable neuralgia acompañada de cierta sensación de náusea.

— Esto me sucede por estar tantas horas sin probar bocado -diagnosticó-. Últimamente estoy descuidando mucho la alimentación. Debo cuidarme más. Y tengo que concertar una visita con el oculista; no he hecho una revisión desde hace meses, a pesar de que me ha dicho que no dejara transcurrir más de uno o dos alejado de la consulta. Mañana pasaré por allí aunque no tenga hora. Y, mejor todavía, iré ahora mismo -concluyó echando una ojeada al reloj que señalaba las cinco y media.

El doctor Vercero estaba atendiendo a un paciente. Otro aguardaba en la sala de espera, fue informado por la sonriente recepcionista.

Hasta las siete de la tarde, soportó estoicamente las incesantes molestias, pero cuando se encontró en presencia del oftalmólogo, un viejo conocido, estuvo a punto de desmoronarse.

— Estoy hecho polvo -afirmó antes de tomar asiento en el sillón que le indicaba aquél, olvidando las amenidades al uso.

— Y ¿por qué has tardado tanto tiempo en venir? -inquirió el especialista mientras estudiaba la ficha extraída del lugar en que se conservaba archivada-. Hace más de seis meses que no apareces por aquí. Te había aconsejado una revisión cada cuarenta o cuarenta y cinco días. Te advertí seriamente que no te abandonarás.

Regino ofreció una excusa ridícula que no convenció a ninguno de los dos. Luego se resignó dócilmente al concienzudo examen a que fue sometido. Vercero le obligó a colocarse ante diversos aparatos y, entretanto, le hizo un montón de preguntas a las que el enfermo respondió con voz monótona que ponía de manifiesto su malhumor.

La creciente seriedad de su amigo junto con su propio malestar, que iba en aumento, convencieron a Regino de la gravedad del caso. A regañadientes, confesó que, efectivamente, en varias ocasiones había experimentado una desagradable visión confusa y que, en estos casos, alrededor de las luces percibía halos y destellos azules y rojos. No, nunca había cronometrado la duración de los fenómenos, pero suponía que menos de una hora.

Terminada la revisión pasaron al despacho del doctor.

— Querido -dijo el oftalmólogo cuando hubieron tomado asiento- la amistad que nos une me da pie para que te hable sin rodeos: has metido la pata hasta el corvejón. Tendrías que haber acudido a verme hace unos cuatro meses. Ya sé que estarías ocupadísimo amontonando dinero pero deberías haber pensado que correrías el riesgo de no conservar la vista suficiente para contar tus ganancias. Te has portado como un auténtico borrico. No, no vas a quedarte ciego, si puedo evitarlo, pero muy cerca has andado. Naturalmente, ahora mismo te acompañaré a la clínica. Si he de correr el riesgo de que se me acuse de secuestro, lo correré. No hay tiempo que perder -terminó el doctor despojándose de la blanquísima bata.

El asustado Regino no opuso resistencia. Las palabras que acababa de escuchar, unidas a su lamentable estado, lo habían convencido de que no quedaba otra opción que resignarse y obedecer.

Poco tiempo después, ingresado en una institución médica especializada en enfermedades oculares, era objeto de los cuidados de Vercero y otros dos colegas. Bajo su atenta mirada, una enfermera depositó sobre el cristalino unas gotas de eserina. Cada cinco minutos, durante media hora, y pasado este plazo, cada hora, sería repetido el tratamiento. Además le hicieron ingerir tabletas de diamox. Luego le aplicarían diatermia.

Cuando preguntó qué sucedería si todo aquello no daba resultado, lo hizo con voz temblorosa que denotaba el pánico que lo embargaba. Al conocer la respuesta "si esto falla, dentro de doce horas tendremos que operar", el terror fue sustituido por un estado de sometimiento.

Su amigo intentó echar la cosa a broma, pero el sarcasmo no encontró eco en el hundido paciente.

— Lo que padeces suele afectar con mayor frecuencia a personas con un elevado grado de inteligencia que a quienes no están tan bien dotadas. El tuyo es un caso entre mil.

— Pero ¿qué es lo que tengo? -preguntó haciendo un esfuerzo que aumentó las náuseas que lo acometían.

— Técnicamente, una presión intraocular excesiva que, actuando sobre las fibras nerviosas que unen la retina con el nervio óptico, causa la dureza de los globos oculares y produce la serie de trastornos que vienes experimentando desde hace demasiado tiempo.

— Y ¿en qué consiste la operación?

— En pocas palabras, en efectuar un canal de drenaje a través del cual el fluido busque salida al exterior. Así se consigue aliviar la presión a que se encuentra sometido el órgano. De todos modos, aún no tenemos la seguridad de que hayamos de realizarla. Ahora, lo que debes hacer es tratar de tranquilizarte, pues los estados de ansiedad son, en infinidad de ocasiones, desencadenantes de ataques como el que sufres. A propósito, y sólo como curiosidad científica, ¿has tenido algún disgusto recientemente?

— Sí, ayer por la noche. Sin embargo, he de confesarte que vengo notando anomalías en la visión desde hace bastante tiempo, aunque nunca como hoy.

— ¡Y me lo dice ahora! En fin, como con reproches no vamos a conseguir nada, más vale que lo dejemos. Tú siempre has sido un tío con suerte y...

— ¡Qué te crees tú eso!

— Pues claro que lo creo. Has apilado dinero con notable facilidad, demasiada para que la suerte no haya intervenido.

— Ah, si te refieres al dinero, estoy de acuerdo.

Pero la suerte de Regino debía estar emparentada exclusivamente con las cuestiones económicas. Los remedios que afanosamente le fueron aplicados en la clínica no

dieron el resultado apetecido y, como consecuencia, al acercarse el plazo señalado -doce horas- se celebró una apresurada junta médica y, con la conformidad del paciente, se tomó la determinación de operar.

La fortuna debía encontrarse ocupada muy lejos del quirófano pues, aunque la intervención pudo considerarse un modelo en su género, se realizó sin el menor contratiempo y el operado se encontraba perfectamente, la visión no mejoró. Continuaban produciéndose lagunas, cada vez más frecuentes, durante las cuales Regino apenas era capaz de vislumbrar manchones borrosos donde debiera ver personas y objetos.

Las neuralgias, por suerte, habían desaparecido totalmente, así que como, por el momento, allí nada más se podía hacer por él, los especialistas le autorizaron a irse a casa.

Cuando llegó en el coche de Vercero, éste mantuvo un breve aparte con Pablo -del que el ahora casi ciego Midas no se enteró-. Regino quiso saber si Alicia había vuelto o si había dado señales de vida.

— No, señor, no ha regresado y tampoco tengo noticias de ella. ¿Desea usted que le comunique su llegada?

— No, déjalo, Pablo. ¿Has cumplido mis instrucciones de mantenerla al margen de la operación?

— Sí señor. Pero ...

— No hay pero que valga. ¿Tampoco habrás puesto en antecedentes a Héctor, eh?

— No, señor.

— Bien, pues en caso de que alguno de ellos cometiera la humorada de ponerse en contacto con la casa, les dices que he salido de viaje. En realidad, no mentirías ya que voy a estar fuera una temporada. Aún no tengo idea de cuanto tiempo, depende de mi aptitud para adaptarme a la vida de topo. Los especialistas me han dicho que aún es posible que recupere la vista, pero quiero estar preparado por si el milagro no se produce. Parece ser que en Sabadell hay un centro que se dedica a enseñar cuanto necesitan los invidentes para desenvolverse en un mundo construido para quienes ven. El doctor Vercero se ha ofrecido para acompañarme en el viaje y he aceptado. El hablará con la institución -conoce al director- y esta noche sabremos cuándo nos vamos. Tú seguirás aquí al frente de la casa, te llamaré en el momento en que debas ir a buscarme. Todo debe

continuar funcionando como si yo estuviera aquí; además puede que Alicia regrese sin anunciarlo anticipadamente.

El viaje a Cataluña fue la primera prueba de lo que sería la vida para Regino de allí en adelante si la enfermedad se confirmaba como irreversible. A pesar de que su amigo el doctor no lo dejaba ni a sol ni a sombra y estaba pendiente de sus menores deseos anticipándose a ellos, en su interior crecía la impaciencia.

Apenas cruzó cuatro palabras con su compañero de expedición que conducía el automóvil con prudencia y a conservadora velocidad.

Habían rechazado otros medios de transporte más rápidos en favor del viaje por carretera pues, aunque el elegido resultaría más fatigoso para el enfermo, le proporcionaría la oportunidad de ir haciéndose a la idea de las dificultades a que habría de hacer frente.

A la vista del estado de Regino, el doctor decidió hacer noche en Zaragoza, encontrando en su paciente una actitud indiferente que no presagiaba nada bueno acerca de las futuras posibilidades de adaptación. El choque recibido había sido brutal e inesperado, pues aunque en alguna ocasión la eventualidad de perder la vista había surgido insidiosamente, nunca fue admitida como una posibilidad real.

Ahora se encontraba indefenso, tan desvalido como un niño rodeado de objetos y personas hostiles. Cada movimiento, cada paso, representaba el riesgo de una caída, el peligro de derribar un mueble, el azar de propinar un empujón.

Repentinamente, se encontraba deambulando en una dimensión desconocida plena de amenazas para su integridad física. Ignoraba si sería más doloroso el tropezón contra un objeto sólido o la sensación de ridículo de que vendría seguido. De lo que tenía conciencia era de su absoluta incapacidad para defenderse ante las asechanzas de cualquier desaprensivo. Y sin embargo, por un extraño pudor, a causa de una inexplicable vergüenza, la idea de que sus hijos conocieran el alcance de su desgracia le resultaba intolerable. Por lo menos hasta que el bastón, empuñado convulsamente en la temblona mano derecho, le sirviera para algo, no les diría una palabra.

Había oído decir que el palo se convierte para los ciegos en el órgano de visión. Pudiera ser cierto aunque para él, por el momento, no era otra cosa que un engorro.

La cena en el comedor del hotel consistió en una inacabable serie de errores, sorpresas y fracasos aún disponiendo de la inapreciable y solícita ayuda de Vercero. El

sencillo acto de tomar un sorbo de vino se había tornado en algo tan quimérico como la cuadratura del círculo.

Atrapar la copa, nunca dos veces en el mismo sitio, logrando al propio tiempo pasar el brazo por encima de la mesa sin precipitar al suelo cuanto se encontraba sobre el mantel, venía a ser una proeza y conseguir llevarla a los labios sin derramar su contenido, otra.

Después de aquel desastre en el que apenas probó bocado -por suerte, el apetito parecía haberse evaporado-, Regino se juró solemnemente que en tanto no dominase el arte de comer, hasta que aquel hecho antes tan sencillo como por el momento complicado, dejase de tener secretos para él, renunciaría a comer en público; lo haría en privado o, aún más drástico, dejaría de alimentarse.

Cuando a la mañana siguiente, al despertar de un sueño poblado de pesadillas, pretendió afeitarse obteniendo como único resultado en conjunto de cortaduras, llegó a la conclusión de que su porvenir se vería marcado por la renunciación.

Estaría obligado a abandonar ciertos hábitos a los que la práctica diaria había conferido la categoría de mecánicos. Hechos realizados con el pensamiento puesto en otra parte, algunos de ellos, y otros efectuados con tal asiduidad que ya formaban parte de su modo de ser.

Aquello o aceptar sin reservas las limitaciones impuestas por la enfermedad y procurar, luchando con energía, el dominio de las técnicas que posibilitan a los invidentes la supervivencia entre las tinieblas.

Siempre había sido un luchador, ciertamente en combates en los que, previamente, él mismo dictaba las normas, escogido el terreno y señalado el momento más conveniente para iniciar las hostilidades. Hasta entonces, había tenido a su favor todas las ventajas. A partir de ese momento, él era el contendiente más débil, desconocía las reglas y había sido sorprendido por lo repentino del ataque.

En el fondo poseía bastante ecuanimidad para admitir que en su enfermedad se daba un principio de justicia poética. El cazador cazado, el triunfador, vencido.

Entonces, con la misma determinación tantas veces puesta al servicio de proyectos menos dignos, decidió no cejar hasta volver a ser lo más parecido a lo que había sido antes de convertirse en inesperada víctima de la ceguera y, deseando salir de inmediato de la sima terrorífica en que se encontraba, empezó a conversar con Vercero.

— Sabía que terminarías por dejar de compadecerte y adoptarías una postura más racional, más de acuerdo con tu verdadero carácter. Algunas de las preguntas que me has hecho tendrás que repetir las en la escuela de Sabadell. Yo soy únicamente especialista en enfermedades de los ojos, pero un completo ignorante en los métodos que se siguen allí. Hombre, si puedo adelantarte que te enseñarán movilidad, orientación, a manejar con propiedad lo que ahora llamas el trasto-bastón hasta que se convierta en una prolongación de tus manos y pies. Si lo deseas, llegarás a cocinar, escribir a máquina; te meterán en la cabeza distintos juegos de sociedad, es decir, de mesa; podrás tomar parte en encuentros de fútbol-sala, sí hombre, sí, utilizando una pelota sonora -para entonces, tus sentidos habrán adquirido una agudeza increíble-, realizarás trabajos manuales en hierro o madera, reparaciones de fontanería y eléctricas. Llegarás a estar en condiciones de hacer las compras. Puedes hacerte con un perro-guía adaptado especialmente a tu personalidad. Por ahora, esto sólo puede conseguirse en las escuelas de Estados Unidos y Londres, pero pronto vamos a disponer de una en Madrid. Y he dejado para el final algo que, conociéndote como te conozco, te causará enorme alegría: cuando vuelvas a casa habrás aprendido a leer y escribir por el sistema Braille.

— ¿Cuánto tiempo se tarda en poder leer? -preguntó Regino ansiosamente.

— Con exactitud no puedo decirte; como es lógico, depende de una serie de factores. No todo el mundo posee la misma constancia en el aprendizaje y el estudio. Cada persona tiene distinta sensibilidad táctil. Quienes han trabajado con las manos en tareas duras se enfrentan con mayores dificultades a causa de las callosidades.

— Entonces he tenido suerte. Hace muchísimos años que no utilizo las manos más que para firmar papeles... (Y para acariciar a Suzy) -pensó de pronto, preguntándose a qué atribuiría su repentina ausencia.

— Creo -continuó el doctor- que en un plazo que varía entre los quince días y el mes, se adquieren los rudimentos. Por supuesto la velocidad de lectura aumenta con la práctica. Y ahora voy a permitirme decirte algo que sabes mejor que yo, pero que conviene recuerdes constantemente. Aunque no te ha tocado la lotería, tú has sido afortunado. Te encuentras en condiciones muchísimo más tolerables que otros que, habiendo perdido el inapreciable don de la vista, además, no tienen un duro. Tú posees el dinero suficiente para pagar los servicios de alguien que haga todo aquello que no puedas o no

quieras realizar por tí mismo. Tienes dos hijos y cuentas con la ayuda de Pablo que se dejaría hacer picadillo por tí.

— Estoy de acuerdo contigo, medicucho. Soy consciente de mi mala/buena suerte, aunque algunas de tus opiniones vayan absolutamente descaminadas. Conforme con la lealtad fuera de duda de Pablo, pero sobre el cariño y el apoyo que podría encontrar en Alicia y Héctor, posees una ignorancia enciclopédica. Conoces a ambos desde que eran niños, pero no les has visto más que el fondo de los ojos cuando te los llevaba a la consulta para una revisión de rutina. Los modernísimos aparatos que utilizas no te han permitido escudriñar en el interior de sus cerebros -por no hablar de sus almas, que no sé si admites- para comprender cómo son de verdad, cuáles son sus motivaciones y la razón de sus respectivos comportamientos...

— Siempre creí -cortó Vercero- que tus hijos eran completamente normales y que no dejaban nada que desear. Alguien me ha dicho, no recuerdo quién, que el chico estaba estudiando en Inglaterra.

— Te han informado parcialmente. Es cierto que Héctor se encuentra en Londres en una escuela de economía. Claro que lo más probable es que, en vez de dedicarse a los libros, esté preparando un bromazo monumental cuyo golpe de efecto consista en derribar la columna de Nelson, inundar Picadilly Circus o incendiar el Palacio de Buckingham.

— Me parece que exageras. No puede ser tan malo como dices...

— Bueno, quizás lo haya hecho parecer demasiado ambicioso; puede que se conforme con algo menos complicado, como volar el Parlamento. En cuanto a su hermana la cosa es más grave, o a mí me lo parece. No me cabe la menor duda de que es lesbiana. Ella misma lo admite. Si te cuento esto, lo hago confiando en tu discreción de médico y, de paso, esperando algún consejo práctico. ¿Qué puedo hacer?

— Tú no puedes hacer nada y yo tampoco. En primer lugar, los problemas de ese tipo caen fuera del terreno que conozco. Eso está en el campo de la psicología y la psiquiatría. Desde luego, lo que no tendría sentido sería que albergaras un complejo de culpabilidad. Apostaría que te culpas de no haberla educado convenientemente. Los tiros no van por ahí. Todo eso es enormemente complicado y no serviría de nada que te calentaras los cascos tratando de encontrar las raíces del problema y su solución. Pudie-

ra ocurrir que se arregle por sí solo. Por ejemplo, cuando se tropiece con el hombre adecuado, alguien que despierte instintos hasta ahora dormidos.

— Esa posibilidad ya se ha presentado y acabó en un fracaso estrepitoso. El muchacho que podría haberla conducido a la vía natural, resultó de la acera de enfrente. Se produjo el hecho curioso de que él mismo la puso en antecedentes sobre sus gustos personales, para no hacerle daño. Tengo que admitir que se portó como un auténtico "macho". Cuanto más pienso en ello, menos lo entiendo.

— Ni lo intentes. Lo que necesitas es serenarte, olvidar, en la medida de lo posible, cuanto se refiere a tus hijos y prepararte para hacer frente en las mejores condiciones físicas y mentales a lo que se te ha venido encima. Te conozco bastante bien y tengo la seguridad de que también en esto triunfarás. Para llegar hasta donde has llegado no basta con tener suerte -aunque reconozco que ayuda-; es preciso contar con carácter, decisión y coraje. A tí no te faltan estos atributos. Nunca hemos hablado de ello, pero sospecho que no creerás que tu éxito ha sido patrocinado por el hecho casual de llamarte Regino Midas Midas. ¿O sí?

— Pues claro que no. Te concedo que, en mi juventud, cuando hice el servicio militar, el Comandante Mayor, del que fui asistente, me llenó la cabeza de fantasías acerca de la leyenda del Rey Midas. Sin embargo, a cambio de la fábula, me proporcionó un montón de consejos que me fueron muy útiles; era un hombre extraño, lleno de contradicciones, rebosante de cinismo, de excelente corazón, lector empedernido y fantástico conversador. Me gustaría saber a dónde ha ido a parar. Claro que no he tomado en serio el mito de mi tocayo, pero sí es cierto que me ha espoleado y que, cuando me inicié en los negocios, solía decirme: "adelante, adelante; si el otro se hizo de oro sin dar golpe, ¿por qué no vas a lograr tú lo mismo, trabajando sin desmayos?"

— La misma constancia dedicada a la consecución del dinero será la que deberás poner en juego ahora.

— Lo sé. Y estoy dispuesto a dar la cara. Me he convencido de que la autocompasión no va a llevarme a ninguna parte; bueno, me conduciría a la desesperación... y eso no me agrada. Por otra parte, más de una vez he oído decir que, al perder la vista, los ciegos experimentan el enriquecimiento del resto de los sentidos. Quiero creer que es cierto. Necesito creerlo.

— Es natural que sea así. Los invidentes, por ejemplo, son grandes aficionados a la música, no sólo como meros oyentes, sino también como ejecutantes. Tú eres aficionado a la ópera, ¿no?

— Es cierto, pero también me gusta la música clásica e, incluso, algunas modernas. En realidad, no hago distinciones. Para mí hay dos clases de música: la buena y la mala. La primera es la que me agrada. La otra, la segunda, la que me molesta o me deja insensible. Eso de aceptar con la boca abierta una pieza musical por haber sido escrita hace un montón de años, me parece absurdo; lo mismo que rechazar algo compuesto la semana pasada por el simple hecho de que no ha tenido tiempo para envejecer. Más de una vez he abandonado precipitadamente un concierto -ante el escándalo de la concurrencia- por considerarme incapaz de continuar soportando el tostón compuesto por un autor consagrado y reverenciado por el gran público. Yo no sé nada de música; ignoro cuál es la buena y cuál la mala, desconozco el solfeo, pero distingo perfectamente entre la que me causa placer y la que me aburre soberanamente.

Tras el prolongado cambio de impresiones, reinó el silencio durante unos minutos. El sonido producido por las ruedas del automóvil al desplazarse sobre la lisa superficie de la autopista servía de contrapunto a los pensamientos de los viajeros.

Por el momento, Regino no deseaba hablar. La reciente conversación le había servido de válvula de escape y se encontraba aliviado de la insoportable presión, pesada como una losa, en que había vivido los últimos días.

Pronto, no obstante, el doctor Vercero interrumpió el silencio diciendo que iban muy bien de tiempo. Llegarían a su destino antes de la hora del almuerzo.

— ¿Prefieres que vayamos a comer a un restaurante antes de pasar por la escuela? Tenemos tiempo sobrado para estirar las piernas un rato. Así que tú decides. ¿Qué eliges?

— Si no te importa, vamos a olvidar el restaurante. Me he prometido que hasta que pueda valerme sin miedo a destrozar la vajilla, no volveré a pisar un establecimiento público. En cambio, lo de pasear un rato, me parece bien. Por supuesto, sin ánimo de conocer la ciudad; por el momento, los monumentos, panorámicas y perspectivas me dejan frío. Tendrás que hacer de lazarrillo y guía turístico. Caminamos un rato y, después, nos vamos al internado para cegatos. Por cierto, me está sucediendo algo curioso.

Siento un pánico cerval a encontrarme allí pero, al mismo tiempo, estoy impaciente por comenzar el noviciado.

— Esa sensación es natural. No serías completamente humano si no la experimentarás.

— Ahora que caigo en ello, he rechazado el almuerzo en el restaurante sin saber si en el centro podemos comer. Porque supongo que lo haremos juntos.

— Naturalmente. Ya te he dicho que me he informado antes de venir aquí. El director es un viejo amigo. Hemos hecho la carrera juntos y, después, nos hemos especializado en la misma rama de la medicina. Se trata de un tío formidable, con gran personalidad. Ya lo verás.

— Tendré que conformarme con oírle hablar y gracias...

— Es cierto, perdona. Estos resbalones son frecuentes; te acostumbrarás a ellos y tú mismo los cometerás. Te resultará imposible desterrar del vocabulario expresiones que has estado utilizando a lo largo de los años casi siempre sin ser consciente del oculto significado de las mismas y únicamente por su valor facial. Tú mismo te sorprenderás diciendo "ya lo veo" cuando alguien te explique cómo es o cómo se hace determinada tarea. Además, al finalizar los cursos y estés en condiciones de regresar a casa, "verás". Percibirás las cosas de otro modo, con una visión diferente; advertirás en seres y objetos una nueva dimensión prohibida a quienes disponemos de dos ojos más o menos perspicaces.

Con ayuda de su amigo, Regino salió del coche y, apoyado en el brazo de aquél, paseó lentamente escuchando las explicaciones facilitadas con todo lujo de detalles. Vercero era un buen narrador y, a través de sus palabras el homónimo del desgraciado Rey Midas conoció los árboles del parque, los planteles de flores y el aspecto de las personas que caminaban a su lado o descansaban sentados en los bancos de piedra. Escuchaba los gritos de los niños que corrían como enloquecidos y el frenético alboroto de los pájaros cobijados en el follaje. Su capacidad de audición parecía haberse multiplicado repentinamente. La caricia del aire y del sol en su rostro, había adquirido un desconocido valor.

— Es la una y media -dijo el doctor-. Aunque eso está cerca, ha llegado la hora de que vayamos allá.

CAPITULO IV

Absorto en lo que leía, Héctor no advirtió la entrada de su compañero de cuarto hasta que McIvy dejó caer al suelo las dos baqueteadas maletas y cerró con una fuerte patada la puerta de la habitación. Las dos acciones fueron realizadas simultáneamente y el estrépito resultante provocó la alarma en el sorprendido lector.

El recién llegado, un gigantón de anchos hombros, cabello negro muy corto y ojos azules, ofreció la mano a Héctor y desde su altura saludó en un castellano de music-hall:

— ¿Tú el españoletto? Yo ser Vernon, Vernon McIvy.

Héctor no quiso desaprovechar la oportunidad que se le brindaba de poner de relieve uno de sus escasos destellos de cultura. Se puso en pie y, estrechando la mano ofrecida, respondió:

— No, el Españoleto fue un pintor y grabador nacido a finales del siglo XVI. Se llamaba José de Ribera. Yo soy Héctor Midas Abreu. Quizás hayas querido decir "el españolito". Por mi estatura, claro.

Vernon soltó la carcajada. Tenía la risa fácil y contagiosa que conquistó de inmediato al destinatario de la misma.

— Sí, tienes razón -respondió-. Creo que haremos una buena pareja. Juntos alcanzamos la talla media correspondiente a dos personas normales. ¿Y qué leías con tanta aplicación? -interrogó vaciando diestramente las valijas.

— Trataba de ponerme al día sobre lo que aquí se considera pecado.

— ¡Ah!, ya veo que te ha cogido por su cuenta el bueno de Mr. Cannon, a quien llamamos -entre nosotros, por supuesto- Mr. Mortar (porque hace tanto ruido como un mortero, pero como se le ve y oye venir no es difícil librarse de sus efectos). Me parece

que has dado pruebas de astucia. Sí, no hay duda. Y también de inteligencia. Debes pensar, como yo, que es preciso conocer a la perfección todas las normas para saber cuál es la mejor manera de burlarlas. ¿No es así?

Héctor, con los ojos brillantes de malicia, sonrió mostrando los dientes y se limitó a manifestar su total conformidad con un:

— Claro.

— Bien, por ahora basta. Terminaré de ordenar mis cachivaches y, después de cenar, te presentaré a unos amigos. Luego, con más calma, hablaremos del "decálogo" en profundidad para que no haya errores.

— Te lo agradezco mucho, Vernon. Mi padre, hombre chapado a la antigua, sufriría un patatús si empiezo con problemas.

— Entonces también hablaremos de padres. El mío se las trae. El que ambos pertenecemos a la sufrida clase de hijos oprimidos es una casualidad que nos une. Hemos de comparar notas para tratar de encontrar algún truco que nos permita beneficiarnos de la experiencia internacional.

Mientras hablaba, McIvy no perdía el tiempo. Pronto tuvo colocadas sus pertenencias en el armario que le correspondía. Luego, con una destreza que denotaba su experiencia en aquellos menesteres, colaboró con Héctor en la instalación del ajuar de éste.

Cuando se escucharon las tres llamadas del batintín indicando la hora de la cena, los dos muchachos descendieron apresuradamente la amplia escalera poblada por un tropel de estudiantes prestos a restaurar fuerzas.

Se hablaba a voz en cuello y menudeaban los estentóreos saludos cruzados entre compañeros que no se veían desde la clausura del curso anterior.

Sin embargo, inmediatamente que el Decano agitó la campanilla, se hizo el silencio. Poco después, se repitió la ceremonia realizada durante el almuerzo. A paso de carga fueron presentados los alumnos de primer año y, a continuación de cada nombre, se reprodujeron las ovaciones. Héctor observó que entre los mencionados no había sido citado ningún apellido español. No estaba seguro de si aquella circunstancia le apenaba o le satisfacía.

Después de la cena, Vernon y Héctor volvieron a sus dominios. Pero esta vez regresaban acompañados de otros dos chicos, John y Peter, ambos ingleses y, como McIvy, de segundo curso.

Los tres veteranos comenzaron a discutir, en beneficio del neófito, los métodos menos arriesgados de saltarse las normas sin incurrir en las iras de Mr. Mortar.

— Eso de que "a las veintidós treinta, todos los alumnos deben estar en la cama", me parece un abuso incalificable -aseguró cariacontecido Héctor-. Especialmente, si algún fisgón echa una miradita en los dormitorios.

— No te preocupes por eso. Contamos con un sistema infalible para casos como ése -afirmó John-. Lo verdaderamente difícil es colarse en la Escuela de madrugada, cuando todas las puertas están cerradas a cal y canto.

— Tampoco eso es problema. El año pasado he estudiado el asunto y encontré la solución. No hay más que entrar por donde se sale, es decir, por la puerta de carga del carbón; la que comunica el patio trasero con los sótanos. Al marcharnos, dejaremos preparado el resbalón para que no se cierre -tranquilizó al concurso Peter.

— Yo dispongo de un método más seguro y limpio. Lo de andar entre carbón no me agrada nada. Así que, a finales del curso pasado he obtenido moldes de varias llaves. El despiste del pobre Jim, el portero, y un paquete de plastilina hicieron el milagro. Hoy, antes de presentarme al Decano, probé las copias: funcionan perfectamente.

— Siempre he dicho que nuestro Vernon es un genio -afirmó seriamente Peter-, ahora lo repito. Y si hay alguien que me contradiga, tendrá que medirse conmigo en el ring.

Naturalmente todos, incluido el propio McIvy, estuvieron de acuerdo. Por otra parte, no era cosa de calzar los guantes para enfrentarse con Peter, dueño de los puños más contundentes de aquella parte de Gran Bretaña.

Prometiéndoselas muy felices para cuando se tomara la decisión de efectuar una razzia sobre la desprevenida ciudad de Londres, el tiempo se deslizó sin sentir y pronto llegó el momento de acostarse.

John y Peter se retiraron a su habitación, en la misma planta que la que acababan de abandonar, y los cuatro muchachos ocuparon sus lechos satisfechos de cómo había transcurrido aquella primera jornada en el centro escolar.

Héctor contento, porque estaba convencido de su buena estrella al toparse con tres jóvenes aquejados de idénticas compulsiones que las que le obligaban a tomar a broma cuanto despidiese el más leve tufillo a coacción.

Los otros tres, boyantes porque poseían un aguzado ojo clínico que les permitía diagnosticar, con la máxima certeza, que la incorporación del español les depararía múltiples oportunidades de poner en práctica su peculiar sentido del humor. Seguramente, el injerto aportaría el elemento temperamental latino, hasta entonces ausente en sus mentes sajonas.

Antes de dormirse, Héctor formuló a su compañero la pregunta que le había estado bullendo en el fondo del cerebro..

— Y ¿qué pasa si mañana no me levanto?

Pero su curiosidad no iba a ser satisfecha aquella noche pues, por única respuesta, obtuvo un sonoro ronquido. Vernon restauraba fuerzas para hacer frente, en las mejores condiciones posibles, a lo que le deparase el futuro.

Aceptando la elocuente contestación como un sabio consejo Midas, el desterrado de Oviedo, se volvió hacia la pared, suspiró y aguardó la llegada del sueño que, misericordioso, acudió enseguida.

— ¿Qué demonios ha sido eso? -exclamó Héctor incorporándose de un salto que a poco estuvo de hacerlo caer de la cama.

La cuestión había sido planteada de forma retórica pues, en realidad, el estridente timbrazo que lo había vuelto al mundo de la realidad continuaba sonando con insistencia.

— Sólo el despertador colectivo -informó Vernon poniéndose en pie y realizando una apresurada tabla gimnástica-. Creí que ya estabas al tanto de la deliciosa costumbre. Disponemos de tres cuartos de hora para asearnos y bajar a desayunar. Después, allí mismo, en el comedor, nos asignarán a los distintos grupos de cada curso. Es una pena que no estés ya en segundo ... o yo en primero. Puede que así fuésemos a la misma aula. En fin, ¡qué se le va a hacer! -terminó resoplando a causa del esfuerzo.

— Creo que las clases no comienzan en serio hasta mañana, ¿no?

— Sí, es cierto. Hoy por la mañana se limitarán a darnos la bienvenida. Cada profesor soltará su rollo predilecto y, por la tarde, en el salón de actos, el Rector inaugurará el curso; a continuación, Mr. Donovan pronunciará una conferencia sobre historia de la economía, la asignatura que enseña. Este señor es un bendito a quien, con un poco de habilidad, se puede sacar de sus casillas. Yo ya no puedo intervenir porque lo he hecho demasiadas veces pero, el año pasado, he montado dos o tres números de circo que die-

ron mucho que hablar. Y ahora, basta de charla, vamos a los servicios. Coge la toalla y tus cosas de aseo.

Los servicios higiénicos ocupaban una sala inmensa al final del pasillo y estaban dotados del más moderno material. Cada piso disponía de unas instalaciones como aquéllas en las que, al entrar Vernon y Héctor, reinaba extraordinaria actividad. Todo el mundo tenía prisa por terminar las abluciones para descender en busca del desayuno.

Cuando Midas y McIvy tomaron asiento, el comedor estaba prácticamente lleno. La primera comida del día, abundante, variada y apetitosa, se prolongó más de lo normal; parecía que nadie deseaba darla por terminada. Pero al fin, el Rector se puso en pie, agitó la campanilla y, tras contemplar en silencio el expectante auditorio, pronunció unas palabras de salutación, seguidas por las de algunos de los profesores que constituían el claustro.

Poco antes del mediodía, enterado cada alumno del número del aula a la que debería acudir a lo largo del curso, fueron declarados en libertad provisional hasta la hora del almuerzo.

El cuarteto formado por Vernon, Peter, John y Héctor se encontró reunido casi sin proponérselo, como obedeciendo a los mandatos ineludibles de un potente imán. Juntos pasearon hasta el lago y luego, perezosamente, se tumbaron sobre el tupido y cuidado césped. En silencio contemplaron cómo las algodonosas nubes cruzaban el cielo azul en dirección al este.

Aquella mañana no se encontraban excesivamente locuaces. Parecían embargados por la tristeza del encierro que el nuevo curso les imponía, contra el cual nada podían sus ansias de gozar, de apurar la vida a grandes tragos. El pesimismo los había sepultado bajo una pesada losa de melancolía.

Vernon fue el primero en reaccionar ante la negativa morriña. Su carácter no le permitía excesos de aquel tipo. El inconformismo, siempre vigente tenía, en momentos como el presente, la excelente cualidad de convertirse en acicate y, de igual modo que en otras ocasiones lo sumía en accesos de rabia que le hacían explotar, en esta oportunidad sirvió de estímulo para buscar salida al marasmo colectivo.

— Bueno, chicos -dijo, incorporándose sobre un codo-. Es innegable que nos encontramos en manos de un montón de asnos petulantes, pero también es cierto que ellos, en algunos momentos, van a estar en las nuestras. A favor tenemos, además de la juven-

tud, algo que ellos jamás poseerán: la inventiva, el talento natural y la osadía. Esta gente, empezando por el Rector y terminando por Jim, se gobierna por los libros y el reglamento. Nosotros nos guiaremos por la iniciativa privada. ¿No nos han dicho que la clave del éxito se halla en la competencia y en el libre mercado? ¿No aseguran que la intervención del estado a través del gobierno y su autoridad es nefasta para la consecución de las metas individuales? Muy bien. Pues ellos son el estado, el gobierno y las autoridades; nosotros seremos simples individuos a la caza y captura de nuestros objetivos particulares.

Los otros habían comenzado a escuchar la arenga de McIvy con indiferencia. Sin embargo, a medida que iban captando el significado de lo que escuchaban y percibían las implicaciones del discurso, su actitud experimentó un visible cambio. Con los ojos brillantes por la excitación, abandonaron sus descuidadas posturas y se sentaron a la espera de lo que, seguramente, vendría a continuación.

— Así que -prosiguió Vernon excitándose por momentos- nada de resignaciones culpables. La rebeldía será el motor que nos mueva, el lema que nos inspire y el pan que nos alimente. Por supuesto -añadió tras un guiño malicioso- nada de trapisondas estúpidas y descaradas. Obligados a protegernos con una armadura de hipocresía, nos cubriremos con una capa de falsa inocencia que aleje de nosotros toda sospecha de individualismo. En lugares como éste adoran el rebaño, mucho más fácil de conducir, que cada elemento por sí solo. Para nosotros la manada será el mejor refugio, entre sus miembros pasaremos desapercibidos, siempre que pongamos el máximo cuidado en no destacar en nada. De estudios, ni mucho ni poco, únicamente lo absolutamente preciso para no destacar ni por arriba ni por abajo, lo estrictamente necesario para aprobar. Seamos hipócritas y no salgamos del montón. El grupo, mejor aún, el centro del mismo, será nuestro seguro contra los problemas ...

— Y tú ¿cómo te vas a arreglar con Mr. Gordon? -interrumpió John-. No le irás a decir que, de pronto, se te ha olvidado cómo utilizar el remo. Eres el remero más destacado de la escuela.

— Claro que no. Si lo hiciera, destacaría aún más. Lo que quiero decir, cuando aseguro que no debemos destacar en nada, es que tendremos que abstenernos de sobresalir en algo nuevo y a partir de ahora. El remo y yo somos dos antiguallas del año pasado. Que yo reme en las próximas competiciones no será ninguna novedad. Y que tú, Peter,

fulmines a puñetazos a cuantos se te pongan delante en el ring, tampoco. En cuanto a John, sería muy sospechoso que, repentinamente, olvidara cómo se juega al ajedrez. En resumidas cuentas, de lo que se trata es de continuar, aparentemente, igual que el curso anterior. Será muy triste tener que vivir con la doblez auestas, pero encontraremos consuelo en las diversiones que nos procurará. En este caso, aquello de que el fin justifica los medios viene como anillo al dedo. Por otra parte, no podemos permitirnos el lujo de olvidar que este plan representa la apertura de un segundo frente -el primero ha sido abierto prácticamente coincidiendo con nuestro nacimiento para combatir con la política materno/paternal-, aunque contamos con la ventaja de que algunas de las operaciones a realizar en el segundo, nos reportarán beneficios en el primero. Me refiero a lo de conseguir aprobar el curso...

— Estoy totalmente de acuerdo contigo -medió Peter-. En general, los padres se dan por satisfechos si no les causamos problemas con los estudios, si no intentamos sablearlos con excesiva frecuencia y si nos mantenemos lo más lejos posible. En una palabra, nos soportan siempre que no demos la lata.

— Has sintetizado magistralmente -aprobó calurosamente Héctor-. Por lo que acabais de decir, he de reconocer que todos los padres son iguales, aquí y en mi país cojean de la misma pierna. No puedo decir otro tanto de las madres, pues no conocí a la mía, murió al traerme a este mundo.

— Ya conocerás a mi progenitora... entonces estarás en condiciones de opinar con conocimiento de causa -terminó diciendo Vernon.

— Si no queremos perdernos el almuerzo, más vale que suspendamos la conferencia -terció John echando una mirada al reloj.

— Bien, pero antes de irnos, tengo que terminar mi resumen de la situación. Seré muy breve -añadió Peter, que parecía haber tomado gusto a su papel de recapitulador-: a mi juicio, lo más grave de la actitud de nuestros padres es el cinismo utilizado al afirmar que todo lo hacen por el bien de sus hijos. Esa farsa me da náuseas.

— Amén -se limitó a aseverar muy serio John.

Poco más de una hora después de la comida, el alumnado del centro, con el cuerpo profesoral al frente, se encontraba reunido en el vasto salón de actos.

Tan pronto como fueron acallados los rumores de las conversaciones, el Rector se levantó del sillón que ocupaba en el elevado proscenio y tal como había hecho veinte

veces en los últimos veinte años -y antes de él quienes lo habían precedido en el cargo- en una corta intervención declaró oficialmente inaugurado el curso, tras lo cual concedió su venia para que Mr. Donovan expusiera el contenido de la primera lección del año.

Había elegido con sumo cuidado el título de la disertación y, después de acongojantes titubeos e indecisiones, se quedó con el que señalaba, de manera general, hacia dónde se inclinaban sus opiniones personales.

"Problemas inherentes a la intervención estatal en la economía de los pueblos" anunció con voz tonante en completo desacuerdo con su exigua anatomía. Dejó transcurrir unos instantes y, cuando juzgó que los asistentes habían asimilado perfectamente el mensaje oculto en el significativo epígrafe, se lanzó bruscamente a una apasionada perorata en la que, sin asomo de piedad, hizo trizas las teorías de Marx, Keynes y Friedman. Burlonamente, mencionó el hecho de que Keynes parecía haber esperado nacer el año 1.883, como deseando tomar el relevo de Marx, fallecido en aquella fecha. Manejando con soltura los términos propios de la jerga y, sin echar una sola ojeada al voluminoso montón de papeles que tenía sobre el facistol, citó literalmente frases enteras de las obras de los dos personajes, apuntando infatigable la más nimia inconsecuencia y contradicción en que podían haber incurrido. "¡Qué diferencia" -dijo con sentimiento- "si comparamos sus alocadas manifestaciones con la profundidad de cuanto nos ha legado el siglo XVIII por boca del genial Adam Smith! Lo que ha escrito en su obra maestra, me refiero a La riqueza de las naciones, marca el nacimiento del liberalismo económico y continúa ejerciendo su influencia sobre la mayoría de los teóricos y prácticos de la economía mundial. Al defender con ahínco la no intervención del estado y la libertad de comercio, colocó la primera piedra sobre la que habría de apoyarse el desarrollo de la Gran Bretaña moderna".

Luego le tocó el turno a Milton Friedman; entonces su oratoria alcanzó niveles sublimes. Los satíricos acentos al aludir a la "escuela monetaria de Chicago", despertaron el irónico aplauso de los oyentes. Con falsa modestia, confesó que no entendía cómo el sesudo premio Nobel de 1.976 podía compaginar sus declaraciones de que "se tenía por defensor a ultranza del sistema de economía de mercado" y de que "el mejor funcionamiento de éste está condicionado a la intervención estatal".

— Desearía que el Sr. Friedman me explicase personalmente esta paradoja, pero comprendo que sería mucho pedir. En primer lugar, porque es un hombre muy ocupado y, luego porque, de acuerdo con su apellido, debe padecer unos dolores tremendos, no olvidemos que Fried/man significa hombre frito -terminó con torcida sonrisa.

La concurrencia, encantada, saludó la salida de tono con una salva de aplausos, pateos y silbidos de delicia. Un espectador imparcial se hubiera visto en un brete si se viera obligado a discernir si la explosión de júbilo se debía a las atrevidas manifestaciones de Mr. Donovan o a que, por fin, la conferencia había concluido.

Quince días más tarde, en la mañana de un sábado, Héctor tuvo la suerte de asistir como invitado a un debate celebrado en el mismo escenario en que Mr. Donovan había reducido a pulpa a la flor y nata de la ciencia económica mundial. Al acto no asistía ningún profesor. Aquello era cosa exclusivamente hecha por y para estudiantes.

La "Asociación para el Libre Debate" funcionaba como un ente autónomo, absolutamente al margen de las injerencias del claustro. Ciertamente que su directiva, elegida por sufragio universal entre los alumnos, podía invitar a los profesores, pero raras veces lo hacía. Unos y otros se encontraban más en su propio elemento cuando se sabían rodeados por quienes pertenecían a la misma casta. Allí, con verdadero apasionamiento pero siempre con auténtico respeto hacia las opiniones ajenas, se discutía sobre todo lo divino y lo humano.

En aquella oportunidad, el tema propuesto a discusión era la llamada "labor civilizadora del imperio británico". Se trataba de un debate abierto, lo cual quería decir que, obteniendo la licencia del moderador, cualquiera de los asistentes podía intervenir sobre la marcha en apoyo o en contra de las tesis mantenidas por los dos contrincantes verbales.

Uno de ellos, Wolwerich, alumno de cuarto curso, gozaba de la admiración de sus compañeros por su palabra atinada, fría y exacta; no perdía tiempo en florituras, siendo, además, un experto en volver contra sus oponentes los argumentos esgrimidos por éstos. Hablaría a favor.

Su rival en el uso de la palabra, Richard Cold, también de cuarto año, opinaría en contra de las razones de Wolwerich. Cold, al contrario que su oponente, era apasionado; su palabra, un tanto atropellada y vehemente, carecía de brillantez pero rebosaba de

acentos cálidos y humanos que, sin proponérselo, obtenían el consenso de cuantos lo escuchaban.

El presidente de la asociación no se anduvo por las ramas. Se limitó a recordar - para los despistados- que el debate se celebraría, de acuerdo con las normas de la casa, con exquisita corrección y sin acaloramientos inútiles a la hora de pesar y medir méritos. Añadió que, en principio, la duración del acto sería de una hora y media, ampliable a otros treinta minutos si los contrincantes principales creían necesaria la prórroga. "Cada uno de vosotros -dijo dirigiéndose a Wolwerich y Cold- dispondrá de diez minutos iniciales. Luego, los turnos se reducirán a cinco".

A punto de empezar puso de relieve que no toleraría intervenciones extemporáneas sin su previa autorización y que no concedería ninguna durante los tres primeros cuartos de hora.

— Y ahora -finalizó, golpeando la mesa con el mazo de madera que acreditaba su autoridad- puede comenzar "a favor".

Wolwerich inició su exposición poniendo sobre el tapete la ingente labor civilizadora realizada por Gran Bretaña a lo largo de su extensa historia, una tarea que ni siquiera los propios países introducidos en su órbita negaban. Buena prueba de lo que afirmaba se encontraba en el hecho de que aquéllos, tras la concesión de la independencia, no habían deseado desligarse por completo y, por ello, solicitaron la inclusión en la Commonwealth. Fruto de la vida comunitaria había sido el respeto a la ley, el acatamiento a la autoridad y, como consecuencia, el alto sentido de responsabilidad y civismo que aún hoy podía observarse en los pueblos que formaron el antiguo imperio británico. Wolwerich se recreó pintando con rosados colores la "mal llamada colonización" -dijo textualmente-. Afirmó perfectamente serio que, en su equipaje, los creadores del imperio habían llevado a los más remotos confines de la tierra paz, justicia y cultura.

Se extendió en parecidos términos intentando explicar el increíble cuento de hadas según el cual, el desinterés, la abnegación y un inextinguible afán de redimir de su atraso a los pueblos bárbaros había sido el único móvil que promovió la conquista.

Las últimas palabras de su alegato coincidieron con el mazazo indicador de que su primer turno había finalizado.

Inmediatamente, obedeciendo al gesto afirmativo del moderador, Richard Cold emprendió la réplica.

— Por supuesto, no voy a cometer la ingenuidad de discutir el contenido del equipaje de quienes crearon el imperio. Entre otros motivos porque yo no formaba parte del cuerpo de Aduanas que prestaba servicio en aquella época. Lo que sí estoy en condiciones de afirmar es que, a su vuelta, maletas, baúles, cofres y valijas de todas las formas y tamaños imaginables regresaron repletas de algo bien distinto a lo que habían llevado en el viaje de ida. Admitamos que, a la ida, fueron cargadas únicamente de conceptos e ideas como generosidad, altruismo y amor al prójimo (y debo reconocer que es demasiado admitir), pero es evidente que volvieron colmadas de artículos mucho más sólidos. Polinesios, negros, esquimales, mahometanos, árabes, hindúes, judíos y budistas, habitantes de los trópicos o de las zonas heladas, nadie se libró del trueque; recibían inmateriales proyectos mentales a cambio de tangibles y valiosas mercancías tales como especias, caucho, té, madera, minerales, lana y un largo etcétera de materias primas. Es decir, ideas cuyo proceso de formulación carecían de valor mercantil y que, por tanto, podían regalarse sin menoscabo del patrimonio numerario en trueque de artículos inmediatamente convertibles en caudal. Por otra parte, la "dispensa" de nuestros conocimientos se hacía de arriba abajo, con igual displicencia que los falsos dioses conceden sus favores a los diminutos mortales. La separación entre los amos y los siervos ha sido total y, si algún hastiado plantador residente en un apartado rincón de Sumatra o de Borneo opinaba que, en la cama y con la habitación a oscuras, las mujeres indígenas perdían su acentuado color, era inmediatamente condenado al más intransigente ostracismo. Los naturales de los países que hemos visitado tan filantrópicamente eran buenos para servirnos una vez impuestos de sus deberes y obligaciones- pero de ninguna manera para ser elevados a nuestro nivel. Ni siquiera disponían del derecho a conservar su propia identidad y, por ello, desdeñando los nombres y apellidos que los habían distinguido desde su nacimiento, se les designaba por el nombre genérico de boys. El más imperdonable error en que podía incurrir cualquiera de nuestros compatriotas de la época gloriosa consistía en degradarse indigenizándose. Para caer en semejante vileza bastaba con que, a última hora de la tarde, en vez de vestirse para la cena como todo ser civilizado endosándose el incómodo traje de etiqueta, se pusiera los livianos y frescos "bajús", "pareos" o "saris" o cualquiera de las innumerables indumentarias propias de aquellas latitudes. En una palabra, era preciso demostrar al mundo que nada teníamos

que aprender y sí mucho que enseñar. Adoptar uno cualquiera de los usos o costumbres de los salvajes representaba una prueba de debilidad inadmisibile.

Cold, con todo el calor que le prestaba su corazón generoso, aludió a los, a pesar de las circunstancias, numerosos casos de hijos habidos de uniones entre invasores e invadidos, mestizos sin otro porvenir que los puestos de escasa relevancia en la administración, desdeñosamente considerados por los de su misma raza y despectivamente tolerados por la otra, la superior.

Afirmó que se trataba de seres condenados a vagar hasta la muerte persiguiendo la quimera de sus auténticas raíces, algo que nunca conseguirían. Constituían la mezcla de dos razas distintas y, con ambos pies situados en dos mundos diferentes, no se sentirían jamás completamente a salvo y satisfechos en ninguno de ellos porque, realmente, no pertenecían ni a uno ni a otro. Sin su consentimiento, los habían situado en un espacio aparte en el que se batían entre las tensiones originadas por el orgullo y la debilidad ...

Un perentorio mazazo sobre la mesa y la inflexible mirada del moderador lograron que Cold interrumpiera su patética intervención.

— ¿Alguno de vosotros desea intervenir a favor? -preguntó el del martillo, plenamente poseído de su importante papel. No se produjo ninguna respuesta afirmativa.-
¿Alguien en contra?

— Sí, a mí me agradaría añadir ciertos argumentos en contra de la tesis defendida por Wolwerich -intervino McIvy.

— Pues adelante. Tienes cinco minutos.

— Supongo que podría resumir lo que deseo decir en menos de ese tiempo, pero lo aprovecharé todo. Con la simple mención de la palabra latrocinio sería suficiente. Cuantos estáis aquí sabréis perfectamente a qué me refiero. Sin embargo, quiero profundizar en el tema. Wolwerich ha dicho que el imperio británico nació como consecuencia de un desinteresado deseo de iluminar las ignorantes mentes de los pueblos bárbaros. Si una persona mayor convence a un niño de que, por su propio bien, debe entregarle el diamante con el que juega y que, a cambio, le revelará el oculto valor del pedrusco, ¿cómo llamarías a la operación? Yo, sin vacilar, le aplicaría el calificativo de hurto. Como ejemplo ilustrativo de que lo que aseguro es absolutamente cierto, os propongo una rápida visita al Museo Británico. ¿Alguno de vosotros será tan cándido como para

creer sinceramente que las riquezas que allí se conservan, y que proceden de los cuatro rincones del globo, han sido entregadas como obsequio? Personalmente no puedo admitirlo. Tampoco soy lo bastante ignorante para dar por bueno que lo que se guarda en el Museo es la consecuencia palpable de un irresistible ataque colectivo y multinacional de generosidad, locura o estupidez. Es inadmisibile. Así pues, no queda otro remedio que achacar la extraña epidemia a un prolongado brote de rapiña experimentado por los fabricantes del imperio contra el cual no se disponía de vacuna -ni falta que hacía-. Y, a la luz de los últimos descubrimientos, nada nos permite suponer que otros "yacimientos" del tipo del aparecido en poder de los descendientes de lord Carnavon no vengán a ampliar la lista de presentes involuntariamente otorgados por los pueblos a los que Gran Bretaña ha ido a sacar de su largo sueño de ignorancia.

Los cinco minutos concedidos a Vernon habían sido ampliamente sobrepasados pero el presidente de la Asociación para el Libre Debate se encontraba excesivamente sorprendido para reaccionar. Como aletargado, escuchaba los atrevidos juicios que McIvy vertía con la mayor tranquilidad, sin alzar la voz y con una evidente falta de emoción. Hablaba tan desapasionadamente como si recitara la tabla de multiplicar y aquella naturalidad hacía resonar sus palabras con tremendos ecos en los cerebros de quienes las oían. Tenían el acento de la verdad.

De pronto reaccionó e hizo sonar con fuerza el mazazo que ponía fin a la amarga diatriba.

— Me parece demasiado fuerte -no pudo dejar de comentar el desconcertado moderador.

— Es cierto -concedió Vernon encogiéndose de hombros con displicencia-. Sin embargo, era preciso que alguien se atreviera a pregonarlo.

Con apresuradas palabras en las que no hubo intento de concretar hacia qué lado se inclinaba la balanza y dejando, por tanto, en suspenso la conclusión a que podía llegarse, el debate fue cerrado y los asistentes se dispersaron.

Una vez más, el cuarteto que había declarado la guerra sin hacer uso de proclamas innecesarias, volvió a reunirse.

Inmediatamente Vernon, solo, haría una escapatoria a Londres. Su excursión le permitiría hacerse con los cuatro instrumentos que harían más fáciles las que más tarde realizarían en grupo. Pero se abstuvo de revelar la naturaleza de lo que iba a buscar,

limitándose a asegurar con énfasis que cuando contaran con "aquello", ningún Mortar de este mundo se encontraría en condiciones de sospechar que en vez de hallarse en la cama, como mandaban las ordenanzas, estarían divirtiéndose en la acogedora metrópoli londinense.

— No obstante -explicó a sus intrigados amigos- antes de irme, necesito que confiéis en mí exprimiendo vuestros bolsillos. Es imperativo -añadió McIvy- que cada uno se desprenda de cincuenta libras; yo pondré otras tantas y mi madre, la vieja loca, lo que falte, aunque no tendrá la más ligera idea sobre el destino de los fondos que, generosamente, me va a entregar.

Diez minutos más tarde, mientras el viejo Jim era entretenido ante la puerta de su garita por los tres estudiantes que se quedaban y, con el pretexto de una embrollada consulta sobre la antigüedad de los artesonados del techo, mantenían al incauto fuera de la línea de visión de la verja, Vernon cruzaba ésta y se perdía a buen paso carretera arriba.

Al llegar al primer recodo y, sin desmoralizarse ante su repetida falta de éxito, insistió en las señales con el pulgar hasta que un automovilista piadoso se detuvo a su lado y lo llevó hasta Marble Arch.

Una vez allí, el joven escocés se dió prisa en recorrer los trescientos metros que lo separaban de su destino. Suponía que su madre, como todas las noches, saldría de casa para acudir al teatro o a alguno de los acontecimientos sociales sin los que no podía pasar.

Tenía que ser muy rápido si deseaba convencer a su madre del buen fin a que consagraría el dinero y llegar al comercio aquél situado en Bond Street antes de la hora del cierre. Sí, andaba muy mal de tiempo. Mientras caminaba velozmente propinando ocasionales empujones a los distraídos transeúntes que le dificultaban el camino, urdió una dramática historia en la cual el protagonista era un buen estudiante, de familia no muy sobrada de recursos, que se había retrasado en el pago de lo que ya adeudaba a la B.S.E. y que corría el inminente peligro de ser expulsado.

Sus compañeros, le diría, habían decidido efectuar una colecta para hacer frente a la emergencia y él, el hijo de la madre más joven y hermosa de las Islas Británicas, no podía desentenderse permaneciendo al margen de obra tan meritoria. Sería vergonzoso. Además lo recaudado no cubría siquiera la mitad de lo requerido. Aún nos faltan tres-

cientas libras y yo tengo que conseguirlas. No en vano su cogote es mi única perspectiva cuando remamos en el mismo bote.

Vernon no aguardó ni un minuto para tomar el ascensor; subió los peldaños de tres en tres, penetró como una tromba estando a punto de derribar a la segunda doncella que le facilitó la entrada en la casa, abrazó a su madre, recitó el triste dramón como un consumado actor, estuvo a punto de sufrir un síncope cuando la dama se dispuso, en absoluto silencio a extender un cheque y un infarto al comprobar que sus frenéticas peticiones de dinero en efectivo eran atendidas sin más comentario mascullado y reprobatorio; "pero ¡qué poca consideración tiene ese anciano rector! Tendré que decirle un par de cosas tan pronto como lo vea".

— De ninguna manera, mamá. Te lo agradezco mucho, pero es mejor que hagas como si no supieras nada. Para mi amigo sería humillante que el rector comprendiera que quienes han pagado han sido sus compañeros ... y, por supuesto, sus familias - añadió apresuradamente antes de cruzar el dintel de la puerta desde donde le lanzó un liviano beso con las puntas de los dedos.

Luego, volvió a introducir la cabeza para decirle:

— ¡Estoy convencido de que has hecho un pacto con el diablo! ¡cada día estás más joven y guapa!

La vieja castellana del lejano caserón enclavado en las proximidades del lago Shin, allá en los Highlands, permitió que en sus pintados labios se dibujara una sonrisa envanecida y, enfrentándose con el espejo, una vez más colocó en su sitio el rebelde mechón de pelo que no cesaba en sus intentos de actuar por libre. Vernon y las trescientas libras habían sido totalmente olvidados.

Entretanto, el imaginativo alumno de la B.S.E. llegó a la sex shop que buscaba, en el preciso momento en que su propietario se disponía a echar el cierre, operación que suspendió momentáneamente al enterarse de la importancia financiera de la transacción pretendida por el tardío cliente. Ahí es nada, la venta de cuatro muñecos hinchables de tamaño natural, con las correspondientes botellas de aire comprimido, no se realizan todos los días. Y menos a aquellas horas.

Ultimada la compra, el propio dueño del antro de perdición se ofreció a llamar al taxi que trasladaría a su destino al adquirente y la mercancía. Llegado aquél y en el ins-

tante en que ayudaba a McIvy a introducir en el coche las cuatro cajas, el vendedor no logró contenerse y exclamó:

— Le deseo que se divierta en grande. Si todos mis clientes gustaran tanto de la variedad como usted mismo, olvidaría lo del traspaso del negocio.

— Muchas gracias, amigo -respondió Vernon muy serio-. Me divertiré de lo lindo, aunque de forma distinta a la que usted se figura.

El taxi dejó al viajero en el lugar exacto en que el conductor, un hombre mayor que olía fuertemente a cerveza, fue ordenado. En la misma curva que ocultaba la vista de la escuela. Desde allí, cargado como una mula, el estudiante acarreó las cuatro cajas hasta la verja cuya puerta, como esperaba, se encontraba cerrada. A excepción de una luz que brillaba en el tercer piso probablemente en la habitación de Mr. Cannon, alias Mortarino había ninguna otra encendida. Reinaba una obscuridad casi absoluta, ideal para realizar la pesada y peligrosa tarea que esperaba al merodeador.

Trabajosamente arrojó los bultos uno por uno al otro lado de la verja, haciéndolos caer sobre un macizo de boj que amortiguó el ruido y absorbió el impacto. Después trepó ágilmente la verja que ofrecía excelentes puntos de apoyo y el aspecto de una escalera colocada allí expresamente para facilitar expediciones como la suya. Utilizando las llaves que previsoramente había preparado, hizo dos viajes a su habitación consiguiendo, con silencioso paso felino, no despertar a Héctor. Encerró los cuatro paquetes en el armario, colocándolos al fondo y debajo de un montón de ropas deportivas, se endosó el pijama y se acostó satisfecho.

A la mañana siguiente, domingo y por tanto un día aburrido, hablaría con sus incondicionales y decidirían si sería más conveniente que cada cual se hiciera cargo de su propio muñeco o, por el contrario, era mejor buscar un lugar para ocultarlos hasta el momento en que sus servicios fuesen necesarios. En los respectivos dormitorios estarían más a mano, sí; a cambio, allí se corría el peligro de ser descubiertos por el servicio de limpieza, algunas veces demasiado inquisitivo. Bueno, mañana no había clases y disponían de tiempo suficiente para calibrar pros y contras.

Con tan agradables pensamientos, McIvy sintió cómo se acentuaba el peso de los párpados sobre los ojos y, abandonándose al sueño, se durmió en unos segundos.

Antes de la hora del desayuno, Vernon tropezó con Peter y John. Ambos le hicieron la misma pregunta formulada por Héctor tan pronto como despertó. Los tres deseaban

conocer el resultado del subrepticio desplazamiento a Londres. ¿Qué había traído consigo?

McIvy, disfrutando de la sorpresa que su ingenio iba a depararles, retrasó cuanto le fue posible el momento de satisfacer su lógica curiosidad pero, finalizada la primera comida dominical, hubo de rendirse al acoso y, cuando se encontraron reunidos en su dormitorio -que ya había sido adecentado durante la permanencia en el comedor- extrajo del armario los cuatro paquetes y, de uno de ellos, el cuidadosamente plegado contenido.

Minutos más tarde, siguiendo las sencillas instrucciones del folleto editado a cuatro colores y redactado en seis idiomas, había logrado aumentar en una unidad el número de presentes en la habitación.

El quinto asistente a la reunión, el muñeco hinchado, permanecía, naturalmente, silencioso y producía una notable sensación de obscenidad en su absoluta desnudez. Su estatura alcanzaría el metro setenta y era de compleción robusta; coronada por una abundante mata de cabellos naturales, negrísimo y lacios, la cabeza se mantenía erguida sobre el cuello poderoso. El rostro presentaba rasgos inequívocamente orientales y la boca, de labios gordezuelos, dibujaba una sonrisa retorcida que sugería un leve asomo de crueldad.

Sobre el antebrazo derecho, en el lugar apropiado para dibujar un tatuaje, lucía un diminuto rombo con la leyenda "made in Japan".

La inimitable capacidad de imitación japonesa se ponía, una vez más de manifiesto. El objeto, inanimado hasta hacer funcionar el pequeño motor a pilas encastrado en el abdomen, no podía ser confundido con ninguna otra cosa; era una perfecta representación del hombre dotado de todos los atributos varoniles.

La contemplación del acabado producto de la imaginación nipona arrancó una estruendosa carcajada de quienes no precisaban de motor ni pilas para manifestar sus emociones.

Héctor, incapaz de conservar la seriedad, se revolcó sobre la cama víctima de un ataque de risa histérica. Sus alaridos adquirieron tal volumen que Vernon, siempre prudente, tuvo que llamarlo al orden recordándole que Mr. Mortar podía acudir de pronto haciéndoles polvo la diversión; seguro que comenzaría a investigar hasta llegar al fondo

de la cuestión. Aquellos seres de plástico no crecían por generación espontánea y deseaba saber de dónde habían salido.

Ante tan sólidos argumentos, Peter, John y Héctor consiguieron que su júbilo fuese menos audible. Todos habían comprendido las ventajas que, en el terreno de la seguridad personal habían adquirido con la posesión de los muñecos. Daban por bien empleado el desembolso realizado y aguardaban impacientes el día o, mejor dicho, la noche en que, con entera impunidad, visitarían Londres al objeto de aumentar su cultura. Por el momento, lo urgente era determinar el sitio en que ocultarían la compra de Vernon.

No transcurrió mucho tiempo sin que Héctor apuntara la solución ideal.

— ¿Vuestras maletas tienen, como las mías, cerradura? Si es así, para qué vamos a hablar más. Nadie va a tratar de buscar algo en ellas. Se supone que están vacías.

Hubo una general respuesta afirmativa y, seguidamente, tras cerciorarse de que el pasillo se encontraba libre de posibles fisgones, John y Peter trasladaron a su dominio los paquetes correspondientes regresando después de dejarlos a buen recaudo. Mientras tanto, Vernon y Héctor hicieron lo propio con los suyos.

Descendían las escaleras hacia la salida principal del edificio, pues la temperatura invitaba a pasear, cuando la voz de Mr. Cannon los detuvo.

Los chicos se miraron intranquilos. ¿Sería posible que el pelmazo de Mortar sospechara lo que se traían entre manos? No era fácil y, sin embargo, la duda les puso un nudo en la garganta.

Pero no sucedía nada anormal. El Decano deseaba ver a Mr. Midas. le rogaba pasara por su despacho.

Mr. Cavendish recibió a Héctor casi en la misma actitud en que se encontraba el día en que llegó a al B.S.E. También en esta ocasión buscaba un libro entre los que formaban alta pirámide. Sostenía entre los dientes la humeante pipa, de la que se decía no se apartaba ni para acostarse.

— Tome asiento, Mr. Midas -le dijo-. Deseaba hablarle para comunicarle que Mr. Starkie me ha llamado por teléfono interesándose por usted. Ha solicitado, en nombre propio y en el del padre de usted, noticias acerca de su conducta y actividades. Me complazco en anunciarle que he informado positivamente. Y, ya que está usted aquí, me agradecería saber qué piensa usted de la escuela y cómo se encuentra en ella.

— Pues verás, Mr. Cavendish -contestó Héctor-. Lo cierto es que, a mi llegada, me sentí absolutamente desplazado, fuera de lugar. Este es muy distinto de los centro de enseñanza por los que he pasado en España. De todos modos, ahora, con el paso de los días, mi despiste ha ido desapareciendo poco a poco y creo que terminaré por integrarme por completo. He tenido la suerte de ser designado para compartir habitación con Vernon McIvy y hemos congeniado casi inmediatamente.

— Sí, ha sido afortunado. Los otros dos muchachos con quienes se le ve frecuentemente, me refiero a Peter y John, también son buenos chicos, de carácter abierto y dueños de una acusada personalidad. Sería muy conveniente para usted que, de igual manera que cada uno de ellos destaca en una actividad fuera del programa de estudios - John en el ajedrez, Peter en el boxeo y Vernon en el remo- intentara sobresalir en alguna cosa. Mr. Starkie me ha confesado que Mr. Midas padre deseaba ardientemente que escribiera usted. Puede que, tras lo que parece un mero capricho se oculte la sublimación de una vocación frustrada. ¿Por qué no lo intenta? Supongo que ya conocerá la existencia de nuestra revista mensual que publica artículos, relatos breves y poemas realizados por los alumnos. Naturalmente, no estoy tratando de imponerle la obligación de escribir, eso sería absurdo, aunque me agradecería pensara en ello. Al hacerlo, tenga en cuenta la satisfacción que experimentaría el autor de sus días, la alegría de Mr. Starkie y el placer de la propia revista al contar con una colaboración de carácter internacional. Prométame que meditará usted sobre este asunto.

Héctor, más para salir del paso que por otra cosa, empeñó su palabra en que re-flexionaría, pero dejó bien claro que el compromiso que contraía no le obligaba a presentarse en la redacción con algo bajo el brazo. Si decidía escribir y, una vez hecho, entendía que el resultado de sus esfuerzos era basura, lo arrojaría al cesto de los papeles y allí terminarían sus pinitos literarios.

Mr. Cavendish se mostró satisfecho, ofreciéndose a revisar el primer escrito de Midas, en el caso de que resolviera actuar, se apresuró a añadir entre dos profundas inhalaciones de acre humo. Luego se levantó ofreciendo la mano al alumno y lo acompañó hasta la puerta.

Cerca del lago, donde habían convenido verse, encontró a sus amigos que esperaban impacientes. Deseaban saber cómo se había desarrollado la entrevista. Cuando les aseguró que todo iba sobre ruedas, que el Decano había informado favorablemente

acerca de su comportamiento, se tranquilizaron. Luego añadió que tenían el honor de hablar con el posible colaborador internacional de la revista del centro y fue sorprendido por la ausencia de bromas y chirigotas que suponía se producirían al hacerles partícipes de la chusca noticia.

— Deberías hacer uso del ofrecimiento y escribir algo, cualquier cosa. El relato de tus impresiones al verte tan lejos de tu casa, en otro país tan diferente del tuyo. Hoy día cualquiera puede escribir, como no es preciso que las palabras rimen y ni siquiera es necesario que expresen ideas o pensamientos concretos, es facilísimo.

John y Peter coincidieron plenamente con la opinión manifestada por el escocés. El primero de ellos llegó, incluso, a señalar que acceder a los deseos de Mr. Cavendish contribuiría a acrecentar la buena opinión que la B.S.E. tenía de los cuatro estudiantes.

Peter añadió algo que, en cierto modo, venía a cortar de raíz la posibilidad de que se produjese la negativa que pugnaba por materializarse en la mente de Héctor.

— En caso de que te consideres realmente incapaz de hilvanar media docena de líneas, nosotros tres podemos echarle una mano. Como carecemos de un estilo personal reconocible, nadie se dará cuenta del fraude. Admito que la suma de cuatro trozos literarios pésimos nunca dará un best-seller, pero no sé por qué sospecho que en este caso lo que cuenta es el esfuerzo y no el resultado.

Aquel comentario decidió al español. Escribiría un poema; sería la primera vez que lo hacía pero le importaba poco. Héctor tardaba en arrancar, cierto. Sin embargo, cuando se ponía en movimiento era difícil de detener.

— No sé lo que va a salir. Es probable que en vez de con una composición poética, me encuentre con una descomposición lunática, es igual. Estoy decidido a hacerlo, aunque quiero ser el único responsable del desaguisado. De todas maneras, no creáis que no agradezco vuestro ofrecimiento de cooperación. En el abundante refranero de mi país hay uno que viene pintiparado para ocasiones como ésta. Dice así: "si sale con barba, San Antón; si no, la Purísima Concepción". Probablemente signifique bastante más de lo que, a primera vista, parece. La frase quizás contenga una pesada carga del fatalismo heredado de la cultura árabe con la que convivió la nuestra durante once siglos.

— Muy bien Héctor. ¿Y de qué va a tratar el poema? -quiso saber Vernon.

— No tengo ni idea; acabo de decidir escribirlo. No pretenderás que, además, ya haya encontrado el tema y título. Mi honorable padre, como dirían los constructores de

nuestros cuatro mozos de goma, habría añadido a tu pregunta otra: ¿cómo has puesto la palabra fin, con mayúsculas o con minúsculas? Cuando llegue el momento, hablaremos. Vosotros tres seréis los primeros en reír a mi costa. Y, ahora, soy yo quien desea plantear una cuestión: ¿cuándo vamos a Londres? A mi llegada, Mr. Starkie me llevó al Savoy y a la ópera, de pasada he visto algunos monumentos, pero estoy deseando conocer la otra cara de la moneda que, me figuro, será la que vosotros domináis. ¿No es así?

— Mr. Midas es muy perspicaz -afirmó Peter, dirigiendo la mirada alternativamente a sus compañeros-. Sin embargo, Vernon tiene que remar el sábado que viene por la mañana y yo boxeo por la tarde. Será mejor posponer la escapada hasta fin de mes; entonces estaremos en plena forma. Entretanto, Héctor debe ir pensando en el poema y, si por casualidad nos pescan, podemos decir que nos hemos largado acompañándole en busca de inspiración y color local. Al fin y al cabo, una acción así es lo que se espera de los buenos amigos.

El día elegido para la celebración de la contienda entre los remeros de la B.S.E. y la Facultad de Medicina de la Universidad de Londres amaneció nublado. El cielo no parecía propicio a dispensar sus favores al acontecimiento; por el contrario, se empeñaba en amontonar nubes negras y amenazadoras que, inmóviles, permanecían colgadas sobre la Escuela y las zonas limítrofes como aguardando la orden de abrir las espitas. A pesar de los desfavorables auspicios, reinaba un alegre ambiente de fiesta. Desde primeras horas habían comenzado a llegar autobuses y coches particulares que trasladaban a los animados espectadores del encuentro. Un nutrido grupo de motoristas hizo su ruidosa entrada. Se veían banderas y gallardetes con los colores de los dos rivales -azul, rojo y blanco, la B.S.E. y verde y amarillo, de la escuela médica.

Poco antes de las diez treinta, hora señalada para dar el pistoletazo de salida, comenzó a llover con insistencia. Después, como si el agua encontrase un maligno placer en su caída de lo alto, fue arreciando. A mitad de recorrido, la modesta lluvia del principio se convirtió en irresistible diluvio.

La concurrencia, a la carrera, se dispersó en busca de refugio dirigiéndose a los autocares y a los edificios de la propia escuela. Sólo unos pocos aficionados recalcitrantes, calados hasta los huesos, permanecieron estoicamente en sus puestos para ser testigos del reñido final.

Los aspirantes a matasanos habían realizado una excelente salida y, colocados ante la embarcación anfitriona, resistieron los desesperados ataques de ésta. La iniciación de los fuertes chaparrones, actuando como acicate, encoraginó a McIvy y su tripulación que, haciendo un tremendo derroche de energía, alcanzaron a sus antagonistas y, por fin, los adelantaron logrando mantener la ventaja adquirida hasta llegar a la meta. La B.S.E. ganó por escaso margen, pero triunfó.

Entre el reducido número de observadores que aguantaron impávidos la celeste catarata se encontraban Peter, John y Héctor, en quienes el sentido de la amistad y la fidelidad pudo más que el temor a los resfriados.

Tan pronto como les fue posible, acudieron a felicitar a los vencedores y, casi inmediatamente, acompañaron a McIvy al interior de la escuela. Todos necesitaban el rápido cambio de ropa, pues se encontraban chorreando.

A la comida no asistió Peter, el cual actuaba por la tarde y había despachado un nutritivo desayuno especial. No volvería a probar bocado hasta después del combate. Mientras aguardaba el momento de entrar en liza, descansaba pacientemente tumbado sobre la cama. Su pensamiento se hallaba muy lejos de la cercana pelea en la que se enfrentaría a otro excelente pegador -un compañero de su mismo curso- a quien se conocía por el sobrenombre de "la coz". Efectivamente, sus golpes resultaban demoledores cuando llegaban a su destino. El se había preparado concienzudamente, basando su entrenamiento en la consecución de una movilidad enloquecedora que lo mantendría fuera del alcance de los duros puños.

Cuando entraron en el dormitorio, sus amigos venían charlando con animación. Comentaban las incidencias de la mañana. La B.S.E. se tomaba muy en serio cuanto se relacionaba con el deporte.

— ¿Cómo te encuentras? -preguntó solícito John, que se había autoerigido en una especie de asesor táctico y trataba de aplicar al boxeo algunos de los principios ajedrecísticos que tan bien dominaba.

— Perfectamente -respondió Peter, escueto.

— Piensa -intervino Vernon -que tu oponente es un verdadero bestia, por algo se le conoce como "la coz". No permitas que conecte el gancho de izquierda o tendremos que suspender sine die nuestra juerga en Londres.

— Vaya, ahora parece que todos, con excepción de Héctor, os habéis convertido en expertos pugilistas. No os preocupéis tanto. Os agradezco la intención pero mejor será que no digáis nada más. Tranquilizaos, que no me tocará.

— Yo también hubiera dicho algo -confesó Midas- pero me he contenido porque no te he visto boxear. Y a tu contrario tampoco ...

— Bueno, dejadlo ya. Parecéis un grupo de timoratas a punto de desmayarse.

Después de esta frase y, hasta que llegó el momento en que Peter debía dirigirse al gimnasio -media hora antes del comienzo del combate-, los cuatro amigos apenas cambiaron palabra. Pero tan pronto como la figura extendida sobre el lecho se incorporó y, tras recoger una bolsa de lona que contenía la ropa y demás trebejos deportivos, se fue despidiendo de los tres que se quedaban, todos intentaron hablar al mismo tiempo.

El más rápido fue Héctor que quería saber si Peter era bueno.

— ¿Qué si es bueno? -profirió en tono acalorado McIvy-. Es un tío fantástico; el mejor boxeador que pasó jamás por la escuela. Podría convertirse en un profesional formidable.

— Entonces -insistió el español- ¿por qué demonios estáis tan inquietos?; no lo entiendo.

— Yo te diré lo que sucede -aclaró John-. Peter es fantástico; posee un juego de piernas increíble, encaja bien y tiene un jab potente; pero si el animal que va a tener enfrente tiene la suerte de cazarlo con un gancho de izquierda, adiós muy buenas. Tendríamos que despertarlo con la sirena de una fábrica.

— Hombre, no será para tanto -opinó incrédulo Héctor-. Tal como ponéis las cosas, Peter no tiene nada que hacer, ya lo dais por perdedor.

— Nada de eso -contradijo Vernon-. Nuestro amigo, además de lo que ha señalado John, tiene otra cosa a su favor -sin la cual no se puede boxear ni hacer ninguna otra cosa-, tiene una excelente cabeza sobre los hombros y sabe utilizarla. Supongo que contra "la coz" empleará la táctica que ya le ha dado buen resultado en otras peleas difíciles. Sacará a relucir el juego del gato y el ratón. Con su rapidez sobre las piernas hará que el otro empiece a encandilarse persiguiéndolo y, cuando compruebe que nunca se encuentra donde envía los puñetazos, terminará por sentir cansancio y desesperación. De ahí nacerá la pérdida de la prudencia y entonces será cuando Peter le sacudirá de lo

lindo. Todo depende de que su rival caiga en la trampa. Si se deja engañar, no tendremos problemas; caso contrario, puede suceder lo peor.

— Y vosotros, sinceramente, ¿qué creéis que va a ocurrir? -deseó saber Héctor-. Si estuviera permitido apostar, ¿por quién lo haríais?

La respuesta fue unánime. Con más o menos reservas, sintiendo los lógicos temores que, a causa de la potente pegada de "la coz", se cernían sobre el sereno miembro del cuarteto, los dos coincidían en que ganaría Peter, aunque allá en el fondo de sus cerebros, el inquietante gusanillo de la duda los mantenía turbados y deseando que todo terminara cuanto antes.

El combate en que actuaba Peter cerraba la velada. El peso de los contendientes los incluía entre los semipesados y la pelea era esperada con verdadera expectación. Antes se celebrarían otros cuatro encuentros a los que, de común acuerdo, los tres inquietos admiradores de Peter habían decidido no asistir. Sus ánimos no estaban, ni mucho menos, para soportar la tensión que experimentaban en medio del gritería que, milagrosamente, no llegaba hasta donde se hallaban.

La impaciencia los obligaba a comprobar los relojes cada pocos minutos. Procuraban retrasar cuanto podían su marcha al gimnasio. Pero, al fin, se cumplió la hora en que deberían abandonar el dormitorio si no querían perderse el importante acontecimiento. Ninguno de ellos estaba dispuesto a enterarse de oídas de lo que sucedería dentro de unos minutos. Así pues, con una mezcla de prisa y relucencia, se encaminaron al recinto deportivo.

Su llegada coincidió exactamente con la aparición de Peter y "la coz" en el cuadrilátero que hacía las veces de campo de batalla.

Cuando el contrincante de su amigo se despojó del albornoz, las esperanzas de Héctor experimentaron un rudo golpe. Peter, magníficamente constituido, parecía un alfeñique contemplado cerca de su oponente. Aquello era una masa de músculos puestos de manifiesto al más leve movimiento; tenía unos hombros tan anchos como un piano de gran cola y puños del tamaño de enormes jamones.

Las presentaciones fueron hechas sin pérdida de tiempo y cada púgil se dirigió a su rincón. En la mesa de los jueces se hizo sonar la campana y ambos rivales se saludaron cruzando los guantes. Inmediatamente, se inició la pelea.

CAPITULO V

La estancia de Alicia en casa de China Castro no había resultado todo lo satisfactoria que aquélla esperaba. Su ánimo fluctuaba entre la alegría de verse fuera del alcance de las constantes invectivas de Regino y el malestar causado por la presencia de los padres de su amiga.

Por tanto, cuando China le sugirió que ambas se fueran a pasar unas cortas vacaciones lejos de Oviedo, por ejemplo a una playa de la costa levantina, se apresuró a aceptar aún cuando aquel no era el momento más apropiado para hacerlo.

En la agencia de viajes que ambas visitaron el mismo día en que la de Castro tuvo la buena idea, les hablaron de Denia, un pueblo situado entre Valencia y Alicante, cerca del cual una sociedad hispano-alemana había construído la urbanización mejor dotada de la zona.

Ilusionadas aceptaron y, veinticuatro horas más tarde, partieron en automóvil hacia el lugar cuyo nombre -un tanto ridículo y poco imaginativo- parecía presagio de lo que cualquier persona persigue desde su nacimiento: "La Felicidad".

El viaje, con China al volante, transcurrió sin novedades a pesar de que la conductora concedía casi exclusiva atención al pedal del acelerador en detrimento de los otros dos.

Como ninguna de las dos tenía el menor interés en atravesar Madrid, habían confeccionado un itinerario que las llevaría a su destino pasando por Burgos, Soria y Teruel. El rodeo les permitiría admirar una vez más la catedral burgalesa, joya del gótico que jamás se cansaban de contemplar, el sepulcro de los famosos amantes y, sobre todo,

evitaría el caótico tráfico de la villa del oso y el madroño al que, tanto una como otra, odiaban cordialmente.

A la caída de la tarde, China, quizás cansada de conducir y con principios de calambre en el pie que oprimía sin cesar el pedal de la ira, insinuó la oportunidad de detenerse en Soria para hacer noche. En realidad, nada les obligaba a continuar viaje, eran dueñas de su tiempo.

Decidieron quedarse a dormir en un parador de carretera ante el que habían pasado momentos antes. Aprovechando una momentánea pausa en el constante paso de vehículos, dieron la vuelta y entraron en el amplio aparcamiento del Parador Cadosa.

Se trataba de un edificio prácticamente nuevo, puesto con buen gusto que ofrecía a los ocasionales viajeros la tentación de un excelente restaurante.

Después de su breve paso por la confortable habitación doble adjudicada por el encargado de recepción, un individuo correctísimo con aspecto de empresario de pompas fúnebres, las dos amigas, refrescadas y con renovado buen humor, descendieron al comedor en el que se encontraban escasos comensales. En principio, ninguna de ellas sentía excesivo apetito pero, sin saber cómo, se encontraron despachando con decisión una abundante y bien condimentada cena.

Luego pasaron a la cafetería más que nada para hacer tiempo, ya que aún era demasiado temprano para acostarse. Lentamente, conversando perezosamente de cosas intrascendentes, Alicia y China dieron fin a las copas que habían pedido les sirvieran en vez del tradicional café.

Hacia las once, cansadas y somnolientas se dirigieron al dormitorio y, a poco, dormían con el sueño de los fatigados del que vino a sacarlas, a las ocho de una soleada mañana, el insistente repiqueteo del teléfono.

A media mañana se encontraban en el despacho de Administración de la urbanización "La Felicidad". En él, un empleado que hablaba con marcado acento alemán, les entregó un par de llaves del apartamento señalado con el número dieciséis en el bloque denominado "Carmen". Se trataba de un estudio con capacidad para dos personas; contenía un dormitorio con dos camas, cuarto de baño, una diminuta cocina y el pequeño salón comunicado con la terraza sobre la entonces vacía piscina. Allí las acompañó acarreado el equipaje el botones más anciano que habían visto en su vida. Parecía tan viejo que, cuando se retiró después de recibir la generosa recompensa propiciada por su

actitud de paciente espera, China comentó que en vez de propina lo que debería haberle entregado era un certificado de jubilación.

Tomada posesión de sus dominios y colocados los efectos personales en los armarios empotrados, salieron de casa con intención de estirar las piernas y reconocer, al propio tiempo, el lugar en que transcurriría la próxima quincena.

La piscina, que limpiaban en aquellos momentos, constituía el centro de la urbanización. Tres de sus lados estaban rodeados por otros tantos bloques de apartamentos. El cuarto, limitado por una construcción de dos pisos, albergaba un restaurante y los servicios de cafetería y bar que atendía las mesas colocadas bajo sombrillas de alegres colores al borde de la pileta.

Sucesivamente, pudieron ver el minigolf, el área destinada a juegos infantiles -dotada de columpios y toboganes-, la pista para bicicletas y el picadero con los establos en que, pacientemente, diez o doce caballos aguardaban la llegada de los aficionados al deporte hípico. Casi en el extremo opuesto a la entrada, tres cuidadas pistas de tenis permitían la celebración del mismo número de partidos que entonces jugaban seis sudorosos individuos con más encarnizamiento que facultades. Uno de ellos, especialmente, hacía temer por su aspecto, que pronto sería víctima de un súbito ataque al corazón.

Sin deseos de ser testigos de semejante hecho, las dos amigas volvieron sobre sus pasos y, dejando atrás los locales destinados al bingo y al supermercado, abandonaron el recinto, cruzaron la carretera general y, paseando por un corto camino vecinal, bajo frondosos árboles, salieron a la playa en cuya entrada un enorme letrero pregonaba que el trozo de costa extendido ante su vista se llamaba "Bona Platja".

Para ser sinceras debían reconocer que era una playa pero que no tenía nada de buena. Tranquila sí, pues allí no había un alma, las olas más altas no alcanzaban a elevarse por encima de los diez centímetros y, además, separados por veinte o treinta metros, anchos espigones de piedra y cemento se adentraban en el mar.

Sin embargo, la arena, de color gris ceniciento, recordaba sospechosamente los residuos de la combustión de leña y aparecía sembrada de papeles y envases de plástico decorados con pegotes de brea.

Casi al borde del arenal, construidas sin pizca de imaginación, una larga hilera de casas de tres plantas montaba silenciosa guardia. La infamia arquitectónica no presenta-

ba señales de vida. Podía creerse que los desgraciados habitantes, ante aquel panorama desolador, habían huido precipitadamente dejando a sus espaldas cuanto les pertenecía.

No obstante, comentó Alicia, lo más probable sería que durante el verano el abandonado lugar se convirtiese en un poblado hormiguero al que vendrían a sumarse los gritos de los niños, las conversaciones de los mayores y las inmundicias que todos ellos traerían consigo.

En uno de los extremos de la playa, una cafetería bautizada con el original nombre de "Bar Platja" contaba con la habitual terraza mantenida sobre las aguas por medio de gruesos pilotes de madera sobre cuya solidez China expresó ciertas dudas.

— Tomaremos cerveza, si tiene tiempo de servirla antes de que esto se derrumbe - le dijo al camarero que acudió a atenderlas tan pronto como vió que tomaban asiento.

— No hay cuidado, esto es más fuerte de lo que aparenta -afirmó propinándose un ruidoso testarazo contra uno de los tirantes metálicos que mantenían en su sitio la gran sombrilla de paja situada sobre la mesa.

Bebieron lentamente, en silencio. Alicia recordaba que la noche anterior, en la habitación del hostel, apenas se había atrevido a mirar a China que, con toda naturalidad, se había desnudado ante ella. Pero entonces, aunque había posado la mirada en los motivos de decoración del dormitorio -un par de cuadros y una figura de escayola- lo hizo inconscientemente, sin darse cuenta de que se negaba con obstinación a fijar la vista en el cuerpo desnudo de su amiga.

Ahora, sentada frente a China, tan próxima a ella que sus rodillas se tocaban ocasionalmente, tampoco osaba mirarla a la cara, pero no se le escapaba el motivo de la aparente timidez.

La razón del extemporáneo viaje, cuidadosamente soslayada por ambas mujeres, estaba tan clara como la luz del día. Las dos sabían que, tarde o temprano, sin necesidad de que se derrochasen palabras, la mutua atracción que las unía habría de convertirse en algo más que la idea no expresada pero siempre presente.

Y, precisamente el convencimiento de que aquello, el hecho execrado, escarnecido y ridiculizado por tanta gente exteriormente sana y quizás carcomida por vicios de igual modo rechazables, sucedería, ponía en su garganta un nudo angustioso.

Esta noche o mañana, cualquier día, daba lo mismo. Era inevitable.

Cuando Alicia, que había heredado de su padre la insaciable sed de saber, comprendiendo que ella era distinta y que sus instintos la arrastraban por caminos nada convencionales, buscó en los libros la explicación científica de su anormalidad. Sólo encontró principios y generalidades, explicaciones que nada aclaraban sobre su caso particular.

De esta manera obtuvo la certeza de que, efectivamente, no existen enfermedades; no hay más que enfermos, cada uno con su psique auestas; modelos irrepetibles e individualizados hasta el infinito. La semejanza de rasgos fisiognómicos debe excluir la anímica. No existen sosias espirituales. Porque incluso aquellas personas que realizan actos idénticos actúan acuciados por impulsos diferentes.

La pelirroja hija de Regino Midas, apurando el resto de su vaso de cerveza, sentada en una ruinoso y solitaria cafetería de la costa alicantina, percibía lo incongruente de sus razonamientos y la aparente oposición al medio en que tenía lugar.

Ella misma vivía en constante contradicción con su propia vida. A un tiempo, temía y deseaba la llegada de la hora en que su auténtica naturaleza se pondría de manifiesto. Porque una cosa era mostrarse indulgente en la contemplación frecuente de fantasías espontáneas o deliberadas y otra muy diferente coronarlas con su ejecución.

— Estás muy callada -observó China con la voz ronca que estremecía las fibras más sensibles de su amiga-. Me figuro que sé lo que te sucede -añadió con cierto deje de tristeza-. Te aseguro que no pasará nada que tú no desees -agregó tras unos instantes de mutismo.

Aquella era la primera vez que alguna de las dos aludía sin ambages a la consecuencia última de su relación. Alicia notó cómo, acompañado de súbito sofoco, el rubor le cubría el rostro. No respondió una sola palabra.

— Eres una tontita deliciosa -susurró China oprimiendo suavemente la mano que aún sostenía el vaso vacío.

Alicia experimentó la misma impresión que si hubiera recibido una descarga eléctrica. El tono en que la de Castro había formulado el tierno reproche la conmovió. Trató de volver el rostro para ocultar las lágrimas que asomaron a sus ojos, pero demasiado tarde.

Con suavidad no exenta de firmeza, China tomó entre sus dedos la barbilla de su amiga y la obligó a mirarla frente a frente. Lo que creyó observar en los ojos de Alicia

debió llenarla de contento pues sonrió con ternura. Después, como el cazador experimentado que, para no alarmar a la presa, emprende un precavido rodeo, cambió de conversación.

— Si te parece, mañana nos vamos al Safari Park. Está a muy pocos kilómetros, en Vergel. Los de la agencia han dicho que merece la pena verlo.

— De acuerdo -respondió de buena gana Alicia sintiendo alivio y extrañeza ante la repentina mudanza-. Si no me equivoco, Maru Alcántara estuvo allí hace dos años y, según dijo, le gustó mucho.

— Lo creo -apostilló China-, Maru tiene gustos muy amplios y diversificados. Bueno -añadió, cambiando nuevamente de conversación- es la hora de almorzar y aquí no me parece el sitio más adecuado. ¿Qué tal si probamos en el restaurante de la urbanización? Me he fijado cuando salíamos y tenía buena pinta.

— Vamos allá -accedió Alicia poniéndose en pie con cautela para no repetir el golpe del camarero.

La elección del lugar al que fueron a comer demostró el excelente olfato de China. Comieron a entera satisfacción y si no lo hicieron con mayor abundancia se debió únicamente a la compartida preocupación por evitar el exceso de calorías.

Aquella noche, Alicia no se encontró, como la anterior, con la exhibición de striptease organizada por su amiga. Esta, con repentino decoro, procedió a cambiarse de ropa en el cuarto de baño y reapareció en el dormitorio vestida con un púdico camisón, pretextó cansancio y, tras un buenas noches pronunciado entre bostezos, apagó la luz de su cabecera. Fue imitada casi de inmediato por Alicia que extinguió la suya.

La pelirroja tardó en conciliar el sueño lo que le pareció una eternidad. Permaneció despierta durante horas. Desvelada por completo, se agitó en el lecho, sin encontrar la postura que le permitiera relajarse. Sudaba a mares y las sábanas se le pegaban al cuerpo con húmeda insistencia. Por fin se durmió.

Un azote en el trasero la despertó. Eran ya cerca de las diez y el sol entraba a raudales a través de las cortinas. Al pronto, no supo dónde se encontraba y, cuando acudió a su mente el recuerdo de la enfadosa noche, fue invadida por un sentimiento de humillación pues no podía dejar de reconocer que su malestar se debía a que algo temido aunque esperado no se había producido.

— Vamos, perezosa -ordenó con semblante burlón China observándola con mirada llena de sabiduría.

Alicia se sintió desnuda de cuerpo y alma. Tuvo la impresión de que su compañera conocía perfectamente los pensamientos que bullían bajo su espléndida cabellera. En silencio, se arrojó de la cama y se encerró en el baño.

"Safari Park" era una delicia para los verdaderos amantes de los animales. Con excepción del lugar reservado a los monos -del que huyeron tan pronto advirtieron el pestífero olor que despedían- la visita les causó una inolvidable impresión.

Circular entre leones y tigres, aunque estuviera formalmente prohibido detener el automóvil o bajar las ventanillas del vehículo, tuvo la mágica virtud de trasladarlas a otro continente. Era como si, de pronto, arrebatadas en alas de la fantasía, hubieran sido depositadas en el centro del Parque Nacional del Serengeti, en Tanzania.

Sin embargo, la ilusión original pronto desapareció dando paso a la sensación de que se encontraban ante algo tan falso como las bambalinas de un escenario.

Alicia definió lo que sentía afirmando que los animales, a primera vista felices en aquel medio natural, parecía "un poco aburridos".

El comentario no cogió por sorpresa a China Castro que creía lo mismo. No obstante, deseando conocer más a fondo el punto de vista de su amiga, preguntó:

— ¿Por qué dices eso?; a mí no me lo parecen.

— No lo sé a ciencia cierta, pero es como si supieran que su libertad es de las llamadas vigiladas. Puede que el instinto les advierta que aquí no han hecho otra cosa que cambiar los barrotes de la jaula en la que los trasladaron desde Africa por la gruesa tela metálica de otra cárcel, más amplia pero, en resumidas cuentas tan cárcel como la otra. Quizás se sientan tan prisioneros como durante el viaje. Seguramente te reirás de mí por lo que voy a decirte; me da igual. Creo que deben experimentar lo que los ancianitos acogidos en esos horrorosos asilos. Me refiero al momento en que les arrojan los cuartos traseros de un asno muerto. Menudo lío que me estoy armando. Quiero decir que, a las fieras y a los viejos, apartados de la realidad, les han arrebatado la posibilidad de luchar por la pitanza. La comida no puede saber igual cuando se ha luchado por ella que cuando te la dan de bóbilis. Me temo que no he sabido explicarme...

— Claro que has sabido. Te entiendo perfectamente. Pero no estoy de acuerdo contigo. ¿Crees que los vigilantes de Safari Park son más libres que los animales que custo-

dian? ¿Te haces la ilusión de que tú misma dispones de mayor autonomía que alguien encerrado tras barrotes? Si piensas que sí, te equivocas de medio a medio. Nadie, ninguno de nosotros dispone de independencia para hacer su voluntad. Tan pronto como nacemos -y venimos a este mundo sin que se nos consulte, sin que nuestra voluntad cuente para nada- ocupamos la celda que nos aguarda desde siempre. La sociedad que nos rodea tiene listos prejuicios, anatemas, tabúes, convicciones, creencias, mitos, tradiciones, leyendas que nos lanzará como armas arrojadas en un bombardeo incansable al que sólo pondrá fin la muerte. Bueno, esto no es completamente cierto pues, incluso cuando ya no pertenezcamos al universo de los vivos, persistirá la fusilada sobre nuestra tumba. Por supuesto, para entonces eso ya nos traerá sin cuidado. Lamento ver las cosas desde una perspectiva tan pesimista pero es la única que me proporcionan las circunstancias. Libertad es una palabra muy hermosa -su sonido recuerda las campanas de plata- pero su precio resulta prohibitivo, inalcanzable. Es el arquetipo de lo utópico ...

En aquel momento, dieron fin al recorrido de la reserva zoológica y salieron del recinto sin pasar al delfinario, donde unos pobres e inteligentes seres amaestrados hacían payasadas para divertir a los visitantes deseosos de poner de manifiesto ante sus propios egos desinflados la superioridad humana.

Habían transcurrido dos horas desde su entrada en el lugar de destierro de tantos infelices irracionales y la vuelta a "La Felicidad" fue realizada en un extraño silencio.

Después de almorzar, en el mismo restaurante de la víspera, subieron al apartamento acomodándose en la terraza en la que ocuparon los sillones extensibles. No pasó mucho tiempo sin que China reanudara el hilo de su monólogo matutino.

— Hace pocos años encontré entre los libros de mi hermano, uno titulado "Yo escogí la libertad". El autor, un tal Viktor Kravchenko, relataba cómo se había pasado a Occidente, creo que a los Estados Unidos, cansado de soportar la Rusia stalinista. Como siempre he andado a vueltas con esto de la libertad, me llamó la atención y lo leí. A pesar de que se trata de un tomo bastante grueso, lo hice de un tirón; deseaba saber si la había encontrado -a la libertad, me refiero-; quería enterarme del resultado de su elección; si había ido a parar a un paraíso desconocido donde el individuo no fuera forzado a inclinarse ante las reglas -muchas veces impuestas como protección de unos pocos y sin más sentido que las propias palabras que las formulan- o bien había cambiado, como suele decirse, las orejas por el rabo. Cuando llegué a la palabra fin estuve a punto de

morir de risa. Me había tomado la molestia de tragar todo aquello para nada, pues allí no decía dónde radicaba la diferencia entre los dos mundos y en virtud de qué alquimia puede vivirse con más libertad en uno que en otro. Me figuro que, a estas horas, si no ha muerto, el excamarada Kravchenko habrá comprendido que en el planeta tierra, con absoluta independencia de la ideología que prevalezca en cualquiera de sus países y de la lengua en que se exprese, tanto las normas como las arbitrariedades y las obsesiones van de la mano. El acatamiento absoluto a la regla general es condición indispensable para que te dejen en paz. Todos debemos ser exactamente iguales al vecino de enfrente. La discrepancia, la divergencia en los hábitos de comportamiento son los caminos más seguros para alcanzar el ostracismo. Aún cuando no haga ostentación de sus diferencias con la generalidad, y su peculiar modo de ser sea conocido por un descuido, el individuo diferenciado será nombrado oficialmente cáncer social. Por el contrario, si uno de los santones, ocultándose bajo el manto de la hipocresía, comete idénticos "delitos" que los que públicamente condena, no sucede nada. En tales casos la sociedad, pudorosa, decide echar tierra al asunto y, actuando como bien enseñada avestruz, oculta la cabeza bajo la arena. Pero todo lo estoy diciendo yo. A ti, ¿qué te parece de todo esto?

— ¡Qué voy a decir! Que tienes razón. Mi padre...

— Perdona, monina. Dejemos fuera de esto a los padres; aunque forman parte de la sociedad, el papel que les toca representar en la farsa no debe ser nada fácil. Por un lado están los propios intereses, su propia vida, los conflictos personales; por otro, estamos nosotros, los hijos, con los nuestros. No, no debe de ser nada cómodo comprobar que su época se esfuma, que su autoridad se resquebraja por momentos. Cuando contemplan, desde el pedestal en que, inocentemente, los hemos colocado, cómo el abismo que nos separa se va ensanchando cada día más, deben experimentar una tristeza inmensa. El hecho de que aquellos bultos sonrosados llenos de lacitos se conviertan en hombres y mujeres de carne y hueso, de cuyas bocas salen juicios condenatorios hacia cuanto han creído como artículo de fe, ha de ser muy cruel. Porque, además, ellos también son víctimas del sistema que han contribuido a establecer. A mí, no puedo evitarlo, me dan lástima. Pero, ahora que me doy cuenta, ¿a santo de qué ha salido todo esto? Cualquiera que nos oiga, podría pensar que somos un par de chifladas.

— Pues, creo que ha surgido a causa de la falta de libertad de los animales aparentemente libres que hemos visto en Safari Park.

— Sí, tienes razón. Pero, a mí se me ha ido la imaginación olvidando la pregunta que quería hacerte desde hace tiempo. Ahí va: a pesar de cuanto hemos comentado, ¿te sientes lo bastante fuerte para hacer lo que te apetezca aunque ello signifique nadar contra corriente, que te señalen con el dedo y se te trate como a una apestada?

— Depende; por un capricho estúpido, desde luego, no. Soy más bien comodona y perezosa, así que, por una tontería no estaría dispuesta a mover un dedo. Ahora bien, para conseguir algo que desee de veras, soy capaz de enfrentarme con no importa qué o quién. Cuando estoy convencida de que lo que quiero merece la pena, lucho para conseguirlo sin calcular las consecuencias que puedan venírseme encima. Reconozco que eso no puede llamarse por otro nombre que por el de temeridad, pero soy así y no tengo arreglo. Tampoco me importa un rábano.

— Lo suponía, y por ello me gustas más. Puede que, en el fondo, en nuestra relación, en la atracción que siento por tí, exista una fuerte dosis de narcisismo. Nos parecemos mucho.

Era la primera vez que Alicia escuchaba palabras semejantes de labios de su amiga. Al oír la inconfundible confesión, en su ánimo surgieron sentimientos contradictorios que la sumieron en un mar de confusiones.

Por supuesto, no desconocía el hecho de que China Castro buscaba afanosamente su compañía desde tiempo atrás. Sus miradas le habían dado a entender lo que los labios no habían dicho nunca. Ella misma, en presencia de China, experimentaba un cúmulo de emociones que, hasta aquel momento, no había podido analizar. Ahora, la extraña ansiedad que la atormentaba desapareció bruscamente dando paso a una diáfana claridad. El tupido vendaje que cubría sus ojos se desvaneció, junto con los reparos que, no formulados conscientemente, se agazapaban en algún oculto pliegue cerebral.

Bien estaban allí. Se cuidaría mucho de que surgieran como inoportunos aldabonazos propinados por la hipócrita conciencia colectiva de la que la suya formaba parte.

Con la sabiduría adquirida repentinamente, en aquel instante supo que las palabras de su compañera encerraban un significado mucho más amplio del que podía atribuírseles por su mero sonido. Captó el sentido que ocultaban. China le había confesado su amor, le había dicho que la amaba.

Cuando percibió la verdadera magnitud de la manifestación, otro sobrecogedor pensamiento vino a acompañar la aceptación del primero; casi simultáneamente, admi-

tió que ella también estaba enamorada. Quería apasionadamente a su compañera de escapatoria.

Aceptó la realidad con una mezcla de alivio y extrañeza. Por fin había desaparecido la ingrata certeza de no estar segura de nada, de ignorar a qué mundo pertenecía. Lo que había escuchado, como el viento que barre negros nubarrones en un cielo amenazador, había despejado el horizonte. Ahora sabía quién era y lo que era. "Nada hay peor que la falta de conocimiento sobre una misma", se dijo sonriendo entre lágrimas. Luego, con voz temblorosa, afirmó, acercándose a China:

— Yo también te quiero. Te quería y no me daba cuenta de ello. Es como si acabara de despertar de un largo sueño. No sé si te agradará lo que voy a decirte. Quizás ni siquiera desees hablar de ello, pero me parece que será mejor que lo diga; para tí y para mí. Tendrás que hacer un derroche de paciencia y enseñarme muchas cosas. Esta es la primera vez que me enamoro y aún no he podido acostumbrarme a la idea de que haya sido de una mujer. Todavía me siento rara; te aseguro que muy feliz, pero extraña. Tu me ayudarás a entenderme mejor, me enseñarás a quererte, ¿verdad?

— Pues claro. Pero, ¿estás segura de que me quieres? ¿No te dejarás engañar al estar sola conmigo, lejos de casa? -interrogó China, tomando una mano de Alicia y atrayéndola hacia el interior de la casa.

— Estoy completamente segura; me gusta tu modo de ser, lo que dices y la forma en que hablas. Todo lo tuyo me agrada. Tu cuerpo me vuelve loca. La otra noche, después de verte desnuda, no conseguí dormirme hasta las tantas.

— ¡Creía que esta era la primera vez que te enamorabas! Me temo que no tendré nada que enseñarte. Eres una intuitiva. Pero aguarda, ten calma. Aún queda mucho tiempo por delante. Recuerda que acabamos de llegar. Además, las cosas precipitadas pierden gran parte de su encanto. Volvamos a la terraza hasta la hora de cenar.

— Como tú quieras, China; aunque, la verdad, no me apetece mucho la idea de volver a arreglarme para ir al restaurante. ¿No podríamos bajar al supermercado y traer alguna cosa?

— Tampoco a mí me seduce el restaurante. Si te parece voy a buscar algo y cenaremos a nuestro aire, aquí mismo en la terraza. ¿Qué tal fiambres y una ensalada? ¿Te agrada el melón? Al pasar, he visto que los tienen formidables.

— De acuerdo; te espero. Ya te he dicho que soy perezosa y aquí, a tu lado, aún me siento más vaga que de costumbre.

Durante la media hora escasa que duró la ausencia de su amiga, Alicia imaginó el desarrollo de los acontecimientos que tendrían lugar aquella noche. Sentía una dolorosa impaciencia que la obligaba a respirar entrecortadamente. Hubiera querido hacer que el reloj marchara desbocado, deteniéndose luego para siempre cuando señalara la media noche. La admisión de su amor por China la había convertido en original Cenicienta que ansiaba, al revés que la otra, que el tiempo se deslizase vertiginosamente.

Quedaban lejos las dudas y temores que la habían asaltado a lo largo de los años, durante los cuales en su mente se dibujaba una enorme interrogación que los instintos, obstinadamente, se negaban a responder.

Antes, cuando se planteaba la cuestión -y esto sucedía a menudo- a la desorientación producida por la incapacidad de situar sus auténticas inclinaciones venía a sumarse el temor a ser considerada como persona diferente a las que pasaban por normales.

Ahora, todo había cambiado. Volvía a repetirse que el miedo más insoportable es el que se siente ante lo desconocido. Ella había convivido con el terror, lo había conocido íntimamente. Soportando a duras penas los zarpazos de la diaria incertidumbre, había esperado sin esperanza que se hiciera el milagro que le permitiera llegar a una conclusión acerca de sí misma.

Durante años, comprobó la reacción de quienes la rodeaban ante sus inexplicables arrebatos de malhumor. Se dió cuenta de las sorpresas causadas por sus respuestas incoherentes y faltas del menor atisbo de lógica. Y, sin embargo, nada podía hacer para dejar de ser como era.

Pero, cuando el pánico adquiría su mayor fuerza, cuando permanecía durante horas hecha un ovillo sobre la cama deshecha tras una noche de insomnio, negándose a salir de la habitación para permitir la limpieza, era cuando mentalmente consideraba la posibilidad de que la exteriorización de la rareza de su carácter fuese sólo la manifestación de una anomalía oculta y mucho más grave.

Puede que, entonces, en su interior, se estuviese librando una encarnizada batalla en la que su verdadero yo trataba de ocultar los deseos reales que lo animaban.

Si sus sospechas se confirmaban y la lucha terminaba con el triunfo de aquel solapado yo, sería una enferma durante el resto de su vida. Una persona que actuaba al dic-

tado de impulsos engañosos, absolutamente falsos. Se vería obligada a fingir un placer que le estaría vedado y jamás podría permitirse el lujo de bajar la guardia.

Por el contrario, si sus inclinaciones naturales, aquellas que, ella misma se suponía, salían a la superficie enterrando definitivamente las que, denodadamente, intentaba autoimponerse, igualmente sería alguien carente de salud, o por lo menos tenida por tal.

Todo el temor, la angustia experimentada durante los últimos años, había desaparecido al fin y, con la revelación de sus genuinas inclinaciones, llegó la paz. Una oleada de serenidad la había bañado alejando la íntima disconformidad que la abrumaba.

A partir de entonces, permitiría que sus emociones, instintos y deseos la condujesen sin ponerles trabas. Y, si familia y sociedad desaprobaban su comportamiento -como estaba convencida que harían-, no concedería la menor importancia a sus censuras. Tenía edad suficiente para no dejarse dominar por la opinión ajena.

En última instancia, si ella no pretendía imponer a nadie su modo de actuar, tampoco estaba obligada a acatar hábitos ajenos, por muy consuetudinarios que fuesen.

Alcanzada esta tranquilizadora conclusión, Alicia advirtió que se sentía impaciente. China estaba tardando más de lo prometido. Claro que cabía la posibilidad de que el retraso fuese únicamente producto de su imaginación espoleada por el deseo de disfrutar de su compañía.

La llegada de la voluntariosa encargada de las provisiones de boca puso freno a las reflexiones de Alicia. Venía cargada con buen número de paquetes cuyo contenido, evidentemente, no podría ser consumido en aquella ocasión.

A pesar de su confesa indolencia, la pelirroja prestó su decidida colaboración en la diminuta cocina y, en cuestión de minutos, las dos amigas, sentadas frente a frente, dieron principio a la cena que serviría de prólogo a lo que ambas, una de ellas con encontradas emociones, aguardaban impacientes. China, dueña de sí misma, y con pleno dominio de la situación; Alicia, sin poder ocultar enteramente el nerviosismo que la embargaba. La conversación, interrumpida por frecuentes pausas, que la primera trataba de rellenar sin demasiado éxito, fue languideciendo hasta que, tras un prolongado silencio, levantaron los manteles, recogieron lo que no se habían comido y se fueron al dormitorio.

El instante anhelado y temido desde hacía tanto tiempo por la hija de Regino Midas, la hora de la verdad, había llegado.

En la habitación, China se limitó a formular una breve pregunta que, habida cuenta de las circunstancias, era a todas luces innecesaria:

— ¿Estás segura de que lo deseas?

Luego, obedeciendo a la muda señal afirmativa de Alicia, comenzó a desnudarse lentamente poniendo un mundo de picardía en cada uno de sus movimientos.

Cuando dio fin a su tarea y sólo la tenue luz de la lamparita situada sobre la mesita de noche arrancaba suaves reflejos a su piel nacarada, inició la de despojar de la ropa a Alicia. Esta, sintiendo un nudo en la garganta y las entrañas ardiendo, se dejaba hacer y cuando, tan desnuda como la que se aprestaba a darle la primera lección sobre aquella asignatura para la cual únicamente la naturaleza puede expedir certificado de aptitud, comprendió que había encontrado su camino.

No había hecho más que dar el primer paso pero era lo suficientemente amplio para adquirir la certeza de que la senda emprendida era la que, inconscientemente, había buscado, la que, a ciegas, dando tumbos de sospecha en sospecha, le había sido negada hasta aquel preciso instante.

China, a dos pasos de distancia, la contemplaba con los ojos brillantes. Después se acercó muy despacio; parecía no tener ninguna prisa. De momento, ninguna de ellas tenía nada que decir; las palabras eran innecesarias. Luego, China, con tanta delicadeza que producía la impresión de permanecer inmóvil aproximó los labios a los pechos de Alicia y los besó tiernamente, casi con reverencia, con aparente ausencia de pasión.

El contacto de los labios de China causaron un estremecimiento en Alicia. Fue una sacudida que hizo vibrar todo su ser. Repentinamente, como si de pronto hubieran sido derribadas las barreras que la habían contenido en un limbo de pasividad, a salvo de los embates de toda apetencia sexual, poniendo en su abrazo un frenesí ciego, se sometió a las caricias que su amiga le prodigó con experta delicadeza.

Sobre la estera, ignorando la aspereza del tejido que les servía de lecho permanecieron largo rato hasta que China, levantándose de un salto, se tumbó sobre la cama e invitó a Alicia a reunirse con ella.

A poco de acostarse, Alicia, al principio con frecuentes vacilaciones y luego, con voz firme, ocultó el rostro bajo el espléndido cabello cobrizo, inició muy cerca del oído de su amiga China un monólogo que ésta oyó sorprendida y en absoluto silencio:

"Por las noches te he buscado en el lecho sin hallarte".

"Estaba enferma de amor, pero el invierno ha pasado; terminó la lluvia. Surgieron las flores, ha llegado la hora del canto de los pájaros y se escucha la llamada de la tortuga".

"Ahora que te poseo, sáciame con los besos de tu boca, pues tu amor es más dulce que el vino".

"Yacerás toda la noche entre mis pechos, tú que tienes ojos de paloma".

"Hasta que la aurora disipe las sombras, reposaré sobre tu nido de olorosa mirra".

"Porque has hechizado mi corazón con el brillo de tu mirada".

"Tu cuello es la Torre de David".

"Tus labios, aprisco escarlata que guarda el rebaño de tus níveos dientes tan parejos como recentales nacidos de la misma madre".

"Tus pechos, dos corzas gemelas que pastan trémulas entre lirios y azucenas".

"Tu vientre, translúcido y liso como el marfil incrustado con zafiros".

"Tus piernas, pilares de mármol engarzados en oro fino".

"Tus muslos, joyas nacidas de las manos de un hábil orfebre".

"Tu ombligo, copa redonda que no precisa licor".

"¡Cuán hermosa eres, oh amor mío!".

"Armoniosa cual palmera, tus senos son racimos de uvas".

"Séllame en tu corazón, pues el amor es firme como la muerte y los celos tan crueles como el sepulcro".

"Apresúrate, amada mía, y sé como la corza sobre una colina de especias".

Cuando Alicia cesó de hablar, China permaneció en silencio unos instantes. Luego, haciendo un esfuerzo se arrancó del encanto de aquel inesperado momento, musitó:

— Pero, eso es de ...

— Sí, es de la Canción de Salomón. Creo que se llama "El Cantar de los Cantares". Yo misma hice la traducción, bastante libre, de una edición inglesa del Antiguo Testamento. Lo que te he dicho es lo poco que recuerdo, pero expresa con bastante fidelidad lo que siento por tí ... En aquella época no podía suponer que, algún día, Salomón habría de servirme para agradecerte mi nacimiento a una nueva vida ...

Ninguna de las dos amigas advirtió la estrechez del tálamo. Realmente, aún sobraba espacio y, aunque la hija de Regino carecía de datos comparativos acerca de otra moda-

lidad más ortodoxa de hacer el amor, al amanecer aún no había encontrado el menor motivo de queja sobre aquella con la que acababa de trabar conocimiento.

Los días que aún restaban para agotar su estancia en "La Felicidad", constituyeron una constante delicia para ambas amigas. La recién iniciada, especialmente, había encontrado una fuente de deleite que, aún pareciendo inagotable, no daba trazas de saciarla.

— No sé lo que sucederá al resto, pero personalmente, como inquilina, no tengo ninguna queja de todo esto -comentó Alicia con su compañera-. En cuanto llegemos a Oviedo -añadió con maliciosa sonrisa- voy a pasar por la agencia que nos recomendó venir. Y, antes de marcharnos, deberíamos felicitar a la gerencia de la urbanización por el acierto que han tenido al bautizarla.

Por primera vez desde que tenía uso de razón, remontándose hacia atrás tan lejos como le permitía la memoria, no lograba situarse en una época en la que no sintiera la desazón de desear algo que permanecía en el incógnito. La sensación de impaciencia, de futilidad, que le producía aquella imposibilidad, era enloquecedora.

"Hoy -se decía- mis deseos se han cumplido, he conseguido que toman forma, tienen cuerpo; el cuerpo de China que me ha despertado a la vida, dando al mío todo el calor que no tenía. Me ha enseñado que cada centímetro de mi piel puede proporcionar y recibir placer. En el amor que siento por ella hay una gran parte de agradecimiento, pues sin su ayuda nunca hubiera llegado a experimentar las deliciosas sensaciones que he conocido. Ahora, comprendo la causa del malestar originado por las horribles pesadillas que me atormentaban haciéndome creer que un hombre me poseía. Me pregunto cómo habré estado tan ciega; cómo pudo transcurrir tanto tiempo sin entender en su verdadero significado la simpatía, la atracción sentida por China. En cuanto a lo extraordinario del hecho de que me haya enamorado de una mujer, para mí carece de importancia. Me he enamorado y basta. Ya sé que para la mayoría de las personas esto será una aberración inconcebible, inadmisible. Me importa un bledo. Lo que siento por China no tiene nada de monstruoso. Al contrario. La ternura y la comprensión que nos une sería completamente imposible entre un hombre y una mujer; y, si mis instintos están equivocados, cuando se enardecen al contacto de sus manos y sus labios, bendita equivocación que me hace más feliz de lo que nunca he sido. Debería haberme dado cuenta de que el nombre de "La Felicidad" era una premonición.

La vuelta a casa, realizada en un recorrido inverso del itinerario seguido hacía quince días, no tuvo historia. Hicieron su entrada en Oviedo bajo una tromba de agua que vino a enturbiar un tanto el ánimo optimista con que habían emprendido el regreso. No obstante, nada podía empañar por completo la alegría que la firme decisión tomada en Denia les causaba.

Estaban firmemente resueltas a vivir juntas. Nada les haría renunciar al placer de la mutua compañía. Habían descubierto que no podrían soportar una separación y, como China tenía dinero -su tía Paquita había abandonado este mundo tan pronto como la nombró única heredera- y Alicia exigiría la hijuela, no existían obstáculos de tipo económico que les impidieran comprar una casa o alquilar un piso.

Alicia estaba convencida de que su padre pondría el grito en el cielo y opondría una encarnizada resistencia. No porque fuese tacaño o mezquino, pues era un hombre extremadamente generoso, sino porque no le haría maldita gracia que su hija abandonara el hogar familiar. Pese a ello, en aquella ocasión se encontraría con la horma de su zapato.

Nada de lo que pudiera aducir Regino conseguiría hacerla olvidar su proyecto. Por otra parte, reclamar la hijuela era un derecho del que no tenía por qué hacer dejación. En el fondo, aquel tipo de requerimiento no le gustaba nada, pero tampoco vivir a costa de su amiga. Además, debía suponer un buen pico, aunque para la cuantiosa fortuna amasada por el financiero no representaría ningún descalabro. Sería, todo lo más, una diminuta gota en el océano.

China detuvo el automóvil ante la casa de Alicia. La insistente lluvia impidió que la despedida se prolongase demasiado. Un rápido beso en la mejilla cuando fue sacada la maleta del portaequipajes y cuando la pelirroja, después de ascender a la carrera el tramo de escaleras, introducía el llavín en la cerradura, China, tocando repetidamente el claxon, se perdía a lo lejos bajo el agua y desaparecía más allá de la verja.

Una extraña quietud acogió la llegada de la provisional hija pródiga. Ni un solo ruido venía a turbar el pesado silencio. Alicia prestó oído durante unos instantes. Luego, en vista de la ausencia de vida, se dirigió al gong con cuyo estridente tañido se indicaban habitualmente las horas de las comidas y lo golpeó con insistencia. No acudió nadie a las repetidas llamadas.

Entonces, abandonando la impedimenta junto a la puerta, subió a su habitación. Allí se dejó caer en un cómodo sofá. El reloj colocado sobre la chimenea señalaba las siete y veinte de la tarde. La casa estaba desacostumbradamente vacía y callada; el hecho, sin embargo, no le producía ni frío ni calor. Se notaba fatigada y tan plétórica de experiencias y sensaciones nuevas que, cuanto tenía relación con su existencia anterior a la estancia en "La Felicidad", había perdido consistencia difuminándose bajo una niebla surgida repentinamente del pasado.

En la actualidad nada contaba salvo China, su piel tibia, sus manos sabias y hábiles, su cabello fragante y sedoso, sus labios cálidos y dúctiles, hechos para prodigar caricias y frases de amor.

Al lado de aquello, todo lo demás carecía de importancia. La ausencia de China, producida hacía sólo cuestión de minutos, le dolía. Habían convenido en que ambas hablarían aquella misma noche con sus padres y, al día siguiente, cayera quien cayera, se irían juntas. Si entonces no encontraban una vivienda que llenara sus aspiraciones se conformarían con un hotel. De momento, cualquier cosa sería preferible a vivir separadas o en la casa de una de ellas fingiendo y tratando de guardar las apariencias.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una discreta llamada en la puerta. Esta se abrió atendiendo a la invitación formulada por Alicia.

— Bienvenida, señorita -saludó Pablo-. ¿Cómo está usted?

— Bien, gracias. ¿Y tú? -respondió, añadiendo sin transición- ¿tienes idea de si mi padre cenará en casa esta noche? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué ocurre aquí?

— No señorita; el señor se encuentra fuera, está de viaje desde hace cerca de un mes. Al resto del servicio se le han concedido vacaciones. Estoy solo en la casa y cuando usted ha llegado había salido de compras. Pero, si va a quedarse, yo prepararé la cena. Ya sabe que puedo arreglármelas.

— Sí, cenaré en casa, pero será bastante una tortilla a la francesa y un vaso de leche. Pero dime, ¿a dónde ha ido mi padre?

— Lo ignoro, señorita Alicia -mintió con rostro impasible el mayordomo-. Sólo sé que un día me dijo que tenía que irse a Sabadell.

— Y, ¿no ha dicho cuándo volvería?

— No, señorita. Ni siquiera me indicó dónde se alojaría.

— Entonces, ¿no hay modo de ponerse en contacto con él?

— Que yo sepa, ninguno. Lo lamento, señorita.

— Eso es rarísimo. Hasta la fecha, cuando se iba de viaje, advertía dónde se le podía localizar. ¿Has notado en él algo fuera de lo corriente?

Alicia estrechaba el cerco peligrosamente. Por fortuna, su propia impaciencia la apartó del rastro que seguía. Sin dar tiempo a que Pablo respondiese, preguntó:

— Y de mi hermano, ¿sabes algo?

— Ni una palabra. No ha escrito ni llamado por teléfono. Si desea tener noticias de él, tendrá que ponerse en contacto con Mr. Starkie, de Londres. En la agenda del señor, la que tiene sobre la mesa de escritorio de la biblioteca, figuran su dirección y teléfono. Don Regino me lo ha dicho antes de irse.

— No, no, muchas gracias. No me hace ninguna gracia hablar con Mr. Starkie. Héctor sabe cuidarse él solito. Los que debieran tener cuidado son los ingleses. Resulta chocante que aún no lo hayan devuelto a portes debidos, pero cuando no lo han hecho aún, hemos de creer en milagros...

— Si no desea nada más la señorita, voy a preparar algunas cosas en la cocina. ¿La cena a las diez?

— Sí, está bien, gracias. Pero me la servirás aquí mismo.

Pablo salió quedamente de la habitación de Alicia. Se marchaba profundamente contrariado pues le desagradaba tener que mentir para ocultar la desgracia que había sufrido su patrón. Pero las órdenes de Regino habían sido muy explícitas. "Ni una palabra a nadie y, menos aún, a mis hijos", había dicho con toda claridad.

El mayordomo conocía bien a su señor y comprendió que aquélla no era una de las ocasiones en que, en caso de incumplimiento, haría la vista gorda. El mandato iba en serio. Por esta razón mentía y sostendría lo que había dicho ante el mismísimo juzgado de guardia. A las diez en punto, con una exactitud británica, Pablo volvió a pedir permiso para entrar en la habitación y, tras recibirlo, empujó hasta el saloncito la mesa con ruedas en la que traía el servicio y la espartana cena elegida por Alicia. Por su cuenta, había añadido algunos bizcochos y una mousse de chocolate que sabía le encantaban.

— Gracias, Pablo -se limitó a decir Alicia con aire ausente.

En cuanto despachara aquello buscaría en la biblioteca una explicación que le aclarase el vocablo "hijuela". Tenía una vaga idea sobre su significado, pero sería mejor estar al corriente para evitar desagradables eventualidades.

La investigación la condujo a una escueta definición que despejaba sus dudas en cuanto al concepto. El diccionario enciclopédico afirmaba que hijuela es el documento donde se reseñan los bienes que tocan en una partición a cada uno de los partícipes en el caudal que dejó el difunto. Una segunda explicación ampliaba el concepto diciendo que también se designaba por aquel nombre al conjunto de los mismos bienes.

Fácil de entender. El difunto era difunta; se trataba de su madre. La hijuela, en este caso, era la parte que a ella misma le correspondía del conjunto de los bienes legados por la desaparecida.

Sin embargo, nunca había oído hablar del testamento de su madre. Sabía que tenía dinero propio, pero ignoraba si falleció sin testar o después de haberlo hecho. Y, en este último supuesto, ¿podría su padre o quienquiera que fuese el albacea testamentario negarse a entregarle su parte?

Tenía entendido que, al llegar a la mayoría de edad, cualquier persona que se encontrase en su situación podía exigirla, aunque no le constaba la exactitud de lo que creía.

La búsqueda de un Código Civil, único libro que podría despejar todas las incógnitas, resultó infructuosa. No concebía que su padre, hombre precavido en sus múltiples negocios, no diese cabida entre tanto papel impreso a los códigos de Comercio, Civil y, especialmente, al Penal. A pesar de todo, el único que apareció fue el de la Circulación.

Cansada de revolver gruesos volúmenes, tocó el timbre y preguntó a Pablo que apareció con presteza:

— ¿Sabes si hay en la casa un Código Civil?

Si el mayordomo encontró extraña la pregunta de Alicia, no dió la menor muestra de sorpresa; se limitó a responder que lo ignoraba, pero si la señorita lo deseaba, lo comprobaría en la biblioteca.

— No te molestes. He mirado todos los libros uno por uno y no ha aparecido. Así que mañana, a primera hora, haz el favor de comprarme uno. En ningún hogar debería faltar el Código Civil. ¿No te parece? Es bastante más útil que el calendario.

— Sí, señorita. Como disponga la señorita.

— Creo que las librerías abren sus puertas a las nueve y media. A las diez y cuarto me despiertas y me sirves el desayuno y el Código.

— Muy bien, señorita. Si no desea nada más, hasta mañana.

— Hasta mañana, Pablo.

El sueño se negaba a hacerse presente y su ausencia representó una vigilia plagada de negros presentimientos y temores. Caso de que, en virtud de algún escondido párrafo de la ley que regulaba las hijuelas, a su padre le asistiese el derecho de negarle lo suyo, ¿cómo iba a irse a vivir con China?

Era demasiado orgullosa para resignarse a vivir a su costa. Y, por otro lado, ¿cómo podría soportar la vida sin ella? La posibilidad de verse obligada a prescindir de aquella relación era odiosa y, aún antes de contar con la certeza de la existencia del fatídico párrafo, la aprensión hacía que comenzara a considerar a Regino como un enemigo.

La idea de residir en hogares distintos le resultaba inconcebible. No estaba dispuesta a tener que actuar de tapadillo, como hacían los vulgares protagonistas de películas baratas.

A la mañana siguiente, cuando el mayordomo, obedeciendo sus órdenes, acudió a despertarla, fue invadida por un sentimiento de malestar, mitigado casi de inmediato al comprobar que Pablo, antes de colocarle sobre las rodillas la bandeja con el café, le hacía entrega del Código.

Aquel hombre era un dechado de virtudes. Jamás fallaba en la correcta elección de prioridades.

Una sonrisa de felicidad distendió sus labios al comprobar, tras la apresurada lectura del farragoso y poco familiar estilo literario con que estaba redactada la recopilación legal, que nada le impediría hacerse cargo de los bienes legados por su madre.

Dejando aparte el posible disgusto de su padre cuando le planteara la cuestión, el camino parecía libre de obstáculos. Por supuesto, ella no era especialista en cuestiones de semejante índole, pero no creía equivocarse. La falta de recursos no sería un escollo en su relación con China.

Pensando en su amiga, desayunó con excelente apetito. Luego descolgó el teléfono y marcó el número de su casa. Ella misma atendió la llamada.

— Buenas noticias -informó presurosa-. Casi estoy segura de que no habrá problemas económicos. Mi padre está de viaje y no se sabe cuando regresará, pero en cuanto vuelva, va a llevarse la sorpresa del año. Cuando quieras, podemos empezar a buscar piso.

China respondió que se alegraba mucho aunque, personalmente, no concedía la menor importancia a la cuestión. Alicia conocía su desinterés por el dinero, quizás porque siempre le había sobrado. En cuanto a lo de comenzar la búsqueda de vivienda, cuanto antes mejor. Podían almorzar juntas y, por la tarde, visitar alguna agencia inmobiliaria.

El proyecto encantó a Alicia. Accedió sin hacerse de rogar. Varias horas más tarde, abandonaban el restaurante donde les había sido servida una comida que ninguna de ellas disfrutó y de cuyo menú no tenían la menor idea.

Desde las tres y media hasta muy cerca de las nueve visitaron una docena de pisos. Con los pies hechos una lástima y el cerebro confuso, decidieron suspender la investigación hasta el día siguiente.

Habían visto cuatro o cinco viviendas que no estaban del todo mal. Sin embargo, todas ellas presentaban algún inconveniente. La que no era demasiado grande, pecaba del defecto contrario; una estaba situada exactamente en el centro de la ciudad y, aunque no les importaba la opinión ajena, no era cosa de arrojarse en la boca del lobo. Otra, muy mona por cierto, formaba parte de un edificio construido en el extrarradio, muy lejos de todo.

Al otro día, la suerte les fue propicia. El primer piso visitado parecía hecho de encargo. Ni lejos ni cerca; con el adecuado número de habitaciones y en la sexta planta de una casa levantada dos años antes en una zona excelente, era la inesperada respuesta a sus plegarias.

Después de un apresurado cambio de impresiones cuchicheado a unos pasos del empleado de la agencia que las acompañaba con expresión de tedio, las dos amigas manifestaron su conformidad. Se quedaban con el piso. Al escuchar la repentina declaración, el representante de la firma vendedora cambió por completo. El gesto aburrido se trocó en otro de ansiedad. El hombre trabajaba a comisión y en su dilatada vida profesional no había realizado una sola operación con tan reducido gasto de saliva; apenas media docena de palabras entre las que, naturalmente, se encontraban las correspondientes al precio.

Las dos partes salieron encantadas de su buena suerte y se dirigieron en derechura a la agencia. Allí se firmó el contrato. El pago no se haría efectivo hasta contar con el certificado del Registro de la Propiedad -China deseaba tener la certeza de que sobre la

vivienda no pesaban gravámenes-, pero el cambio de propietario se llevaría a cabo en cuestión de días.

La tarde fue aprovechada para celebrar el hallazgo de lo que sería su nuevo hogar. Con la excepción de Pablo, la villa de Regino estaba desierta y constituía un apropiado refugio. La fecha fue debidamente solemnizada. La duda surgida cuando se planteó la necesidad de elegir entre uno de los cuartos para huéspedes y el dormitorio de Alicia fue solventada con prontitud.

Se eligió la habitación de la hija del propietario que deseaba ardientemente resarcirse de la carencia afectiva de la noche anterior. Su anhelo fue satisfecho con generosa amplitud. Nada faltó en aquella ocasión que pudiera hacerla palidecer en comparación con las precedentes. Por el contrario, China logró superarse y, haciendo gala de sus conocimientos en la materia, consiguió elevar a su pareja hasta las más elevadas cimas del placer.

Alicia, aún novata en aquellas lides, no lo sabía pero, para cualquier persona más experta, la actuación de China hubiera sido una formidable revelación. Era, evidentemente, una maestra que conocía a la perfección las más avanzadas técnicas. Tanta destreza no podía, en modo alguno, ser fruto del azar.

Bajo tan docta dirección, Alicia inició paulatinamente una desenfadada aptitud para el juego y muy pronto se hizo patente que, con pocas lecciones, se convertiría en aventajada discípula y, sin excesiva tardanza, en auténtica diva.

La agotadora sesión, que puso a ambas actantes al borde de la extenuación, terminó al amanecer. Con la llegada del día, las dos, abrazadas estrechamente, cayeron en un sueño profundo.

Las fechas siguientes fueron dedicadas a la adquisición del mobiliario y enseres que les permitiría la iniciación de una existencia independiente de sus familias respectivas. Poseían gustos muy semejantes y ni una sola vez surgieron discrepancias. Lo que agradaba a una, cautivaba a la otra.

Los señores de Castro no manifestaron extrañeza ante el anuncio de abandono del hogar paterno presentado con voz tranquila por su hija a través del teléfono. La conocían sobradamente y les constaba que, una vez tomaba una decisión, nada ni nadie era capaz de obligarla a desistir.

Mientras tanto, Alicia, a quien urgía resolver la cuestión de la hijuela, había pasado por las oficinas de la empresa fundada por Regino. Allí, nadie se encontraba en condiciones de darle a conocer el paradero actual del jefe. Únicamente se sabía que un día había emprendido viaje hacia Sabadell después de cursar las órdenes oportunas para que todo funcionara con normalidad durante su ausencia. Las instrucciones se recibieron a través del teléfono.

Así pues, Alicia hubo de resignarse a esperar, no sin antes realizar otro intento para sonsacar algo más a Pablo. Le parecía increíble que éste no estuviera ocultando alguna información. En viajes anteriores -y su padre solía moverse con frecuencia- el mayor-domo disponía de un detallado itinerario que incluía el nombre de los hoteles y sus números telefónicos. Tampoco resultaba normal aquella prolongada estancia en Sabadell, ya que Regino no tenía negocios relacionados con el ramo de tejidos.

La nueva conversación con Pablo se celebró en presencia de China, la noche anterior al día en que realizarían el traslado al piso recién adquirido.

— Escucha, Pablo. Necesito hablar urgentemente con mi padre. Tengo la sensación de que, por la razón que sea, no me estás diciendo la verdad.

— No, señorita; no la engaño. Le he dicho cuanto sé. El señor llegó una tarde y me dijo: prepárame el equipaje, mañana tengo que irme a Sabadell...

— Eso ya me lo has dicho. Quiero saber algo más. Si temes que papá te despida por haberte ido de la lengua, no te preocupes. Le diremos que supe sus señas por algún otro medio; ya inventaré algo. Ahora haz el favor de explicarte. ¿Por qué diablos tenía que ir a Sabadell? ¿qué iba a hacer allí? ¿dónde se hospedaba? ¿a dónde se proponía viajar? ¿cuánto tiempo te dijo que estaría fuera? Tienes que decirme todo lo que sepas. Aunque a tí te parezcan detalles sin importancia, puede haber alguno que nos permita dar con él.

El chaparrón de preguntas no cogió desprevenido al interrogado que desde la aparición de Alicia preveía la contingencia.

Adoptando la expresión de extrañeza que dominaba a la perfección, respondió con el tono de ingenuidad y falsa sinceridad que había ensayado tantas veces:

— Verá, señorita. Puesto que me autoriza a hablar, le diré que a mí también me ha chocado el proceder del señor. Jamás había hecho nada parecido; antes de irse, se cercioraba siempre de que yo había tomado nota de sus distintos alojamientos. Es más, en el último momento, no olvidaba revisar mis anotaciones. En esta oportunidad, cuando le

advertí que si ocurría algo no podría ponerme en contacto con él, se limitó a contestar que ya me avisaría dónde se encontraba cuando llegara. Desde que se ha ido, ha llamado por teléfono dos veces. Ha dicho que estaba perfectamente, preguntó si había noticias de usted y del señorito Héctor y cortó la comunicación después de negarse a facilitar su dirección. En realidad, ignoro si hablaba desde Sabadell o desde otro lugar. Y esto es todo lo que puedo decirle.

Con esto finalizó el interrogatorio. Al día siguiente, Alicia recogió la mayor parte de sus cosas, prometió enviar a alguien para recoger el resto y, seguida por China, se fue.

CAPITULO VI

Vercero, dando por sentado el natural deseo de Regino de conocer, aunque únicamente fuese de oídas, el aspecto del lugar en que debía resignarse a permanecer algún tiempo, describió el viejo caserón remocicado y adaptado para cubrir las necesidades impuestas por su nuevo cometido.

Se trataba de una antigua construcción, originalmente sede principal de la orden religiosa que la había erigido en el siglo XVII. A lo largo de los años y, tras la desaparición de la comunidad frailuna, fue sucesivamente prisión, museo de pintura y escultura, alojamiento de la municipalidad y, finalmente, antes de ser destinada a los objetivos actuales, parador nacional de turismo.

De su primitiva fábrica no conservaba otra cosa que la hermosa fachada, un bellissimo claustro interior y los amplios jardines anexos. El resto había sido derribado para permitir la modernización del interior de la espléndida antigualla.

Disponía de modernas instalaciones, perfectamente adecuadas a la tarea que se realizaba más allá de los vetustos muros: la preparación de los invidentes adultos para hacer frente, con las mayores probabilidades de éxito, a una existencia planificada pensando exclusivamente en la humanidad dotada de visión.

No carecía de ninguno de los adelantos con que los más modernos centros contaban en otros países. Los talleres, salas para gimnasia y laboratorios especiales para las prácticas de orientación y aprovechamiento de la sensibilidad natural, constituían un indiscutible logro de la ciencia y la técnica. Al término de su estancia en aquella escuela, Regino se encontraría capacitado para reintegrarse a la normalidad. El desaparecido

sentido de la vista sería suplido por el acrecentamiento del olfato, el oído y, principalmente, del tacto.

— Por fortuna, no careces de medios económicos y ello te permitirá desplazarte, más adelante, a los Estados Unidos o a Gran Bretaña en donde existen dos buenas instituciones en las que se simultanea la enseñanza de invidentes y de los perros que los acompañarán. Se hace de una manera individualizada. Aquí aprenderás a leer por el método Braille. Así no tendrás que pasar por la tristeza de privarte de la lectura. Ignoro el número exacto de libros editados por este sistema pero tengo idea de que alcanza una cantidad importante.

Regino, apoyado en el brazo de su amigo, escuchaba con aire ausente mientras recorrían algunas de las dependencias de su nuevo hogar. El resto quedaría para más tarde.

— El doctor Arboleya -explicó Vercero- es de mi misma edad, es decir, un poquito más joven que tú. Tiene un magnífico carácter y una paciencia a prueba de bomba. Comprende a la perfección el trauma experimentado por quienes se han visto privados de la vista de manera brusca. Estoy seguro de que haréis buenas migas. Ahora vas a conocerlo; vamos a su despacho.

La voz que acogió a Regino, bien timbrada y de tonalidad profunda, hizo más por devolverle la tranquilidad que las palabras prodigadas por su amigo Vercero.

El director del centro, que ya conocía las circunstancias referentes al recién llegado, no hizo otra cosa que explicarle con brevedad en qué consistía el plan de enseñanzas impartidas bajo su gestión.

— Después de almorzar, volveremos a reunirnos para hablar largo y tendido; ahora tenemos poco tiempo. Sin embargo, aún queda lo suficiente para pedirte un favor y darte un consejo. Espero y deseo que me concedas el primero y aceptes el segundo. Quisiera que nos tratáramos de tú -eres un buen amigo de Vercero y yo, suyo- y esto debería bastarnos. Sencillo, ¿no? Lo otro es más difícil. A pesar de ello, me atrevo a sugerirte que no caigas en la tentación de autocompadecerte. La experiencia me ha enseñado que, cuanto menos se piense en la desgracia que ha caído como un rayo, de manera imprevista, sobre quienes han venido a parar aquí, más breve es el plazo que ha de transcurrir hasta que se produzca el reajuste. Cuando una persona pierde la vista está indefectiblemente condenada a pasar por tres fases sucesivas antes de conseguir adaptarse plena-

mente a su situación. Después de comprobar a su costa que tantas cosas cuya presencia daba por sentada han pasado a ser una mera probabilidad que sólo dejará de serlo mediante el acto de tocar -antes bastaba con abrir los ojos-, el ciego novato no puede dejar de formularse la pregunta, la egoísta pregunta de: ¿por qué yo? Esta es la primera fase; probablemente, la más amarga. De ella no hay manera de zafarse hasta que uno mismo encuentra en su interior la fuerza para alejarse mentalmente del propio problema y cambiar el interrogante por otro igualmente lógico: y, ¿por qué no yo? Reconozco que es algo muy difícil, pero te aseguro que no tiene nada de imposible. La salida de esta fase abre la puerta de entrada a la segunda. Es el paso natural a un estado de resignación activa. Cuando se da por sentado que uno mismo no disponía de ningún salvoconducto especial que garantizase la inmunidad ante la ceguera y, lo que es más importante, cuando se admite que, en realidad, no existía motivo alguno para poseerlo, se acepta también el hecho de que debe enfrentarse a la situación. Tu entrada en el centro viene a representar el acceso al segundo período. El tercero consiste en la reincorporación a la vida. Normalmente, este paso suele darse contando ya con el pleno convencimiento de que la existencia, aún cuando haya de ser apurada en las condiciones que ahora deben parecerte poco menos que insuperables, ofrece toda una serie de compensaciones que irás descubriendo poco a poco.

»Es probable que, en este momento lo que digo te suene a monserga, a música celestial; que mis palabras te parezcan huecas y desprovistas de significado. Sin embargo, no tardarás en llegar a la conclusión de que son la auténtica clave para que tú, como han hecho tantos que se encuentran en las mismas desgraciadas circunstancias, vuelvas a reiniciar tus actividades normales allí mismo donde las has interrumpido.

— Te equivocas, Arboleya; nada de lo que has dicho me ha sonado a falso. Al contrario. Estoy convencido de que tienes razón. Hablas con lógica. Sin embargo, y perdona la rudeza, creo que únicamente un ciego puede sentir lo que siente otro. Ni siquiera una persona que ha perdido la vista y la ha recuperado más tarde se encuentra capacitado para hacerlo. Puede que los dos traumas por los que ha pasado no le permitan hacer un análisis exacto y totalmente desapasionado de su situación...

— Bueno, Regino -interrumpió Vercero atropelladamente-. El caso de Arboleya es ...

— Esto se pone muy interesante -terció el director- pero tendremos que suspender la discusión para más tarde. Se nos ha echado encima la hora de almorzar. Vamos al comedor.

A juzgar por la algarabía que se escuchaba en el salón, reinaba un ambiente desenfadado que Regino no hubiera creído posible en un grupo cuya mayoría estaba constituida por invidentes. Se oían retazos de conversaciones sostenidas en las mesas cercanas y hubiera sido difícil para cualquiera decidir si se encontraba o no en un restaurante del exterior.

Arboleya, Vercero y Regino tomaron asiento alrededor de una mesita circular, con capacidad para cuatro comensales.

— Los cubiertos están situados en la misma disposición que en cualquier otro lugar, es decir, cuchara y cuchillo a la derecha, el tenedor a la izquierda. Enfrente, dos vasos, uno para agua y otro para vino. Los dos son muy gruesos y pesados -así son difíciles de derribar-. También a la izquierda tienes un panecillo; encima de los platos, la servilleta. Cuando te dispongas a coger algo, un cubierto, un vaso, en fin, lo que sea, hazlo con movimientos suaves; comienza por tocar con las palmas de las manos el borde de la mesa. Después, no tienes más que alargar la mano hacia aquella parte del plano mental en que se encuentra lo que deseas. ¿Tienes ya el plano? ¿Está claro? terminó diciendo el director.

Regino guardó silencio durante unos segundos y, luego, con acento de extrañeza, respondió:

— Sí, por raro que parezca, lo veo. Quiero decir que lo siento, o lo percibo o lo adivino.

— No tiene nada de extraño -afirmó Arboleya-. Lo ves con los ojos que no precisan luz. Ves con otros sentidos cuya agudeza de percepción comienza a ampliarse. No, me equivoco. El fortalecimiento de esos sentidos se ha iniciado no ahora, sino en el mismo momento en que has cesado de utilizar el otro. Sí, y eso sin que tú te dieras cuenta del hecho. Es la eterna ley de compensación. Y ahora, antes de que vengan a servirnos, intenta coger el vaso del vino. Es el más pequeño de los dos. Recuerda lo que está colocado ante los vasos. Vamos, sin miedo. Anda, alcázame tu vaso de vino.

"Lo que se le pedía" -pensó Midas- "era bastante más complicado que cualquiera de las enrevesadas operaciones mercantiles, con variadas ramificaciones, realizadas a lo

largo de su azarosa vida de corsario financiero". Entonces su mano no había temblado al firmar papeles que representaban millones para él y ruina para otros menos afortunados. Ahora, poniendo toda su alma en lo que se disponía a hacer, alargó las manos vacilantes y, tal como se le había indicado, buscó el contacto con el canto de la mesa. Luego, moviéndolas con lentitud, las hizo avanzar calmamente. Rozó los cubiertos advirtiendo de paso como los extremos interiores de las bocamangas acariciaban los platos. Con cachaza exasperante, la frente húmeda por las gotas de sudor que la perlaban, prosiguió la cautelosa búsqueda hasta que sus dedos toparon con los vasos. Los cogió con infinito cuidado, como si temiera quebrarlos y, con voz demasiado alta y un tanto ronca, exclamó: "Los tengo; el del vino y el del agua".

— Dame el del vino -solicitó el doctor Arboleya.

Regino obedeció. Dejó en su sitio el vaso para el agua y, con la mano derecha, ofreció el otro al director, proyectándolo hacia el lugar del que procedía la voz.

— Muy bien, Regino -aprobó aquél, satisfecho-. Ahora vuelve a ponerlos donde estaban. Por supuesto cuando estén llenos, la cosa será un poquito más complicada. Pero no tendrás problemas. Parece indicado decir que has empezado con buena mano.

El almuerzo transcurrió sin incidentes; un poco lento, pues Regino seguía al pie de la letra los consejos de su mentor poniendo gran empeño en hacer las cosas correctamente desde el primer momento. Las mayores dificultades se presentaron cuando el novato emprendió la tarea de reducir a trozos un filete. No era a causa de su dureza, pues la carne estaba muy tierna. La complicación residía en hallar el procedimiento adecuado para lograr cierta similitud en el tamaño de los pedazos. Al introducirlos en la boca, unos le parecían demasiado grandes. Otros, por el contrario, excesivamente pequeños.

Al escuchar la queja, el doctor Arboleya intentó consolar a su discípulo.

— Estás haciéndolo muy bien, Regino. Conozco el caso de alguien que, cuando cortó su primer bistec, al primer tajo, lo envió bajo la mesa de enfrente. Todo es cuestión de práctica y ésta no va a faltarte. Se te nota muy tenso. Tranquilízate y deja de preocuparte. Aquí nadie va a hacerte reproches aunque lo arrojes todo al suelo.

»Piensa -añadió el director- que con la práctica, los cubiertos llegarán a transformarse en la prolongación natural de las yemas de tus dedos. Es probable que en este

momento pueda parecerte exagerado, pero ya irás dándote cuenta de que es un hecho cierto.

Después Midas, serenándose un poco, dio fin a la comida con mayor sosiego y llegó, incluso, a encontrar fuerzas para bromear con Vercero.

— Tienes mi autorización -le dijo sonriendo- para divulgar en Oviedo que estoy siguiendo un cursillo acelerado sobre el "arte cisorio", en una original modalidad que debe practicarse con los "ojos cerrados".

De nuevo en el despacho de la dirección, Arboleya dirigió la conversación hacia el aspecto adquirido por la mentalidad de Regino, a juzgar por la observación hecha al oculista ovetense.

— Lo peor de la ceguera -afirmó- no es la pérdida absoluta de la visión. Más dañina es la desesperanza que la acompaña, la cerrazón mental que se abate sobre los ciegos impidiéndoles considerar otra cosa distinta a su ceguera; en algunos casos, supone la caída en una sima totalmente negra en la que no se alcanza a vislumbrar el más tenue rayo de esperanza. Tú puedes haber superado esa contingencia fatal. Vercero me ha hablado de tí. Me ha dicho que posees un gran sentido del humor. Eres muy aficionado a la lectura y a la música. Estas tres características ofrecen grandes posibilidades y te servirán de enorme ayuda. Cuando escuches la música de uno de tus compositores favoritos ... a propósito, ¿has vuelto a oír música desde que no ves?

— Ni una sola nota -contestó Regino.

— Entonces, cuando lo hagas, percibirás una serie de matices que antes no advertías. Cada nota, cada acorde y cada trémolo adquirirá tal fuerza y significado que el conjunto te parecerá distinto. ¿Qué te agradaría escuchar? Ahí tengo un montón de discos y un buen aparato estereofónico. Dime.

— Me gustaría oír la "Patética" de Tchaikovsky -respondió el interrogado sin hacerse de rogar.

— Un poco triste para mi gusto, pero dadas las circunstancias y, siempre que no te pongas en plan morboso, muy indicado -afirmó el doctor Arboleya, poniéndose en pie y dirigiéndose a un rincón del despacho.

Instantes después, en medio de un religioso silencio, se iniciaron los primeros compases de aquella sinfonía que habría de representar en el futuro de Regino un hito inolvidable.

El doctor no se había equivocado. Pudiera ser que el estado de ánimo de Regino fuera, en parte, culpable del cambio que parecía haberse operado en la pieza que el aparato reproducía. Pero, indudablemente, tenía que haber algo más. Era cierto; como si el apartamiento a que la ceguera lo sometía le individualizara colocándolo por encima de todas las sordideces de la vida, como si, de pronto, fuera un ser elegido, la partitura de Peter Ilich y la orquesta que le daba vida se hacían presentes sólo para él. Era imposible que nadie más pudiera captar con tanta claridad el mensaje apasionado y entusiasta contenido en aquellas notas. La intensidad de la emoción experimentada fue tan abrumadora y, al propio tiempo, tan reconfortante que, extinguidos los últimos compases, Midas permaneció absorto y recogido en sí mismo. Deseaba dilatar por unos minutos la gozosa sensación que acababa de vivir.

Al fin, hizo un esfuerzo y regresó a lo cotidiano, quebrando el mutismo respetado escrupulosamente por los dos médicos.

— No lo entiendo; no soy capaz de comprenderlo. Admito que seas una persona dotada de una sensibilidad más acusada que la de la mayoría; aún así has definido con tanta exactitud lo que sentiría ahora al escuchar la música, que no se me ocurre más explicación que ésta. Tú, en algún momento de tu vida, has estado ciego.

— ¡Bravo Regino! Tu percepción ha comenzado a despertar. No obstante, aún está un poquito adormilada. Aciertas, sí, pero sólo en parte. Tu error se ha producido al conjugar el verbo en tiempo pasado. Deberías haber utilizado el presente. Ahora estoy ciego.

— Y ¿por qué no me lo ha dicho Vercero?

— Porque -respondió el aludido- quería que comprobases por tí mismo hasta dónde puede llegarse a base de fuerza de voluntad y constancia. O mucho me equivoco -prosiguió- o, al principio, cuando oíste cómo se movía aquí en el despacho, con cuánta seguridad y aplomo hacía y recibía llamadas telefónicas, con qué naturalidad atendía a quienes vinieron durante el tiempo en que estuvimos con él, no podías imaginar que también está privado de la vista.

— Aciertas de pleno. ¿Cómo iba a suponer que un hombre tan ocupado, sobre el que pesa la responsabilidad de dirigir un sitio como éste, pudiera carecer de vista? Confieso que me causó extrañeza su explicación sobre el croquis o plano mental al que debía recurrir a cada paso. ¡Todo lo que dijo se ajustaba tan exactamente al dibujo que se

materializó en mi mente...! Después el desarrollo de los acontecimientos hizo que lo olvidara. Pero luego, cuando se hizo patente para mí la anunciada diferencia entre una audición musical de antes y otra en la actualidad, tuve la certeza de que Arboleya sabía perfectamente de qué hablaba, conocía de primera mano el abismo que separa las sensaciones experimentadas en las dos épocas. Y estoy convencido de que únicamente quien ha poseído la vista y la ha perdido ha pasado por esta prueba. Admito que me equivoqué de medio a medio al creer que había recuperado la vista; es comprensible si se tiene en cuenta el trabajo que realiza.

— Repito -dijo Vercero- que he actuado con tino al reservarme la información. Y ahora, os dejaré. Antes de volver a Oviedo, voy a pasar por Barcelona, donde tengo algo que hacer. Estaré allí un par de días. Luego, a casita. A partir del jueves próximo, si deseas algo, ya sabes que no tienes más que llamarme por teléfono. Estoy satisfecho porque, además de irme seguro de que has emprendido el camino con el pie derecho, quedas en buenas manos. No necesitáis decirme que habéis congeniado -eso se ve-; terminaréis siendo excelentes amigos. No, no me acompañéis, quedaos aquí. Conozco el camino de salida. Animo, Regino; venga, un abrazo. Y otro para tí, Arboleya. Tenme al corriente. Ah, olvidaba decíroslo. El mes que viene tengo que volver a Barcelona. Aproximadamente por estas fechas, os haré una visita relámpago. Adiós.

Cuando se quedaron solos, después de cerciorarse de que Arboleya no tenía asuntos urgentes que reclamaran su atención inmediata, sacó a relucir una cuestión que venía intrigándole desde hacía algún tiempo.

— ¿Cuál consideras más insoportable, la ceguera de nacimiento o la que se presenta a un individuo adulto?

— Desde que ocupó el puesto de director en este centro me han hecho muchas veces esa misma pregunta. La respuesta, más que difícil, es arriesgada. Para poder contestar sin temor a cometer un error, tendría que haber pasado por las dos circunstancias. Como eso es materialmente imposible, te diré lo que creo, aunque, antes de nada, he de aconsejarte que aceptes con reservas lo que vas a escuchar. Subjetivamente, opino que la ceguera sobrevenida durante la madurez debe ser más soportable; me inclino a pensar de esta forma por distintas razones, si bien no dejo de reconocer que hay otras que pueden contradecir mi parecer. Lo aclararé con un ejemplo. Para mí es un consuelo recordar cuanto he visto; cuento con la posibilidad de representarlo. El poder de evocación es

tan fuerte que, en ciertos momentos, tengo la impresión de que lo recordado está a punto de materializarse ante mí, de que, de nuevo, voy a verlo. Esto no me sucedería si no hubiera visto nunca. ¿Cierto, no? Sin embargo, existe un argumento que echa por tierra lo que acabo de decir: si nunca hubiera visto nada, nada añoraría. También esto es verdad. Claro que inmediatamente surge un razonamiento que nos deja en el mismo punto donde estábamos. ¿Qué sentirías al oír hablar de tantas cosas de las que no posees la menor noción? ¿Cuáles serán las ideas de un ciego de nacimiento si le dicen que dejó de llover y en el cielo ha aparecido el arco iris? Convengo en que las frases que te he puesto como muestra expresan conceptos sumamente vulgares, muy de cajón, pero lo he hecho a propósito. Creo que los tópicos se han convertido en lo que son a causa de su frecuente uso; y, si han sido utilizados tan abundantemente, por algo será. Eso del arco iris y los ciegos está muy gastado; no obstante, indica inequívocamente el summum de lo expresivo. Tú y yo hemos tenido la fortuna de contemplarlo -seguramente en más de una ocasión- pero si no hubiéramos gozado de ese privilegio, ¿te atreverías a afirmar que las explicaciones que el más inspirado poeta te ofreciera lograrían una mínima aproximación a la realidad del fenómeno? Yo he de confesar que, de no haberlo visto, jamás podría imaginar tanta belleza. Además, a medida que las aclaraciones subieran de punto me iría haciendo una idea más aproximada a la realidad -sin llegar a alcanzarla- y mi amargura crecería ante la imposibilidad de conocerla. En fin, para qué continuar dándole vueltas a una cuestión que no podremos poner en claro por más que nos empeñemos. Considero más oportuno olvidar el asunto y hablar de cosas prácticas.

El doctor Arboleya pasó a explicar con detalle el programa educativo de la escuela. Se recreó exponiendo los objetivos perseguidos en cada uno de los cursillos programados por el centro -movilidad, orientación, uso y aprovechamiento del bastón, desarrollo del tacto, lectura y escritura-, añadiendo que allí también se podía aprender mecanografía, cocina, juegos de mesa, la forma de comprar en toda clase de comercios, trabajos manuales en hierro y madera, electricidad y fontanería. "Incluso", agregó con acento de orgullo, "enseñamos a jugar al fútbol sala; ya asistirás a algún partido".

— Y ¿cuánto tiempo se tarda en aprender a leer por el sistema Braille? quiso saber Regino.

— Eso depende de varios factores. Resulta más fácil para quienes no tienen los dedos encallecidos; quiero decir que las personas dedicadas habitualmente a trabajar

con las manos se encuentran con mayores dificultades, aunque ello no significa otra cosa que quizás tarden más tiempo. A ver, déjame tocar tus manos; colócalas sobre la mesa con las palmas hacia arriba.

Arboleya fue palpando los dedos que se le ofrecían inmóviles. Advirtió en ellos cierto temblor, pero ni una callosidad.

— Creo que ardes en deseos de comenzar -aventuró cuando dio por terminada la inspección-. Y estoy seguro de que, con piel tan sensible, dominarás la técnica en muy poco tiempo. Otra circunstancia que abrevia el aprendizaje es la constancia en el estudio. Pero lo más importante, lo que tiene mayor influencia en el rápido dominio del método es el hambre de lectura. Con tus dedos y tu afición a la letra impresa es probable que en el plazo de un mes puedas leer textos no muy complicados. Antes de dos meses, leerás lo que te dé la gana.

— ¿Estás seguro?

— Hombre, no me atrevería a jurarlo, pues no depende de mí. Tú eres quien decide. Lo que sí podría afirmar es que si pones toda la carne en el asador, se cumplirán mis vaticinios. Todo cuenta a tu favor; como no necesitas ganarte la vida, no es preciso que dediques dos o tres horas diarias a aprender fontanería o electricidad. Ese tiempo puedes emplearlo en prácticas de Braille. Y, a propósito, ahora que ha salido a relucir la cuestión económica, Vercero me comentó que deseabas satisfacer el importe de tu estancia en la escuela. Eso no puede ser porque el centro está subvencionado por el Consejo de Europa -nuestras siglas CEICE responden al nombre de Centro Español para Invidentes de la Comunidad Europea-. A pesar de todo, existe un medio que te permitirá realizar tus deseos y a nosotros nos vendría al pelo, ya que siempre estamos con el agua al cuello. Puedes hacer una donación, cosa que está prevista en los estatutos, por medio de un cheque nominativo a favor de CEICE. Por ahora olvídate de ello hasta el momento de tu marcha. Dentro de un rato voy a presentarte a la persona que va a ocuparse de tí en calidad de monitor. Es un chico joven, de unos veinticinco años y lleva con nosotros cinco; tiene un carácter excelente y una paciencia extraordinaria. Para empezar, te acompañará en un recorrido por el centro, al menos por las instalaciones que no has visitado antes y, finalmente, te llevará a tu habitación a la que ya te han subido el equipaje. ¡Ah!, quiero aclararte que Alberto también es ciego; perdió la vista en un accidente de trabajo. El te contará. Otra cosa más. Como es natural estoy a tu disposición a cualquier hora del día

o de la noche. Sé perfectamente cómo se encuentra uno en los primeros tiempos, sobremodera lejos del ambiente familiar, así que, si te ocurre algo, o simplemente sientes deseos de cambiar impresiones, ven a charlar un rato conmigo. Me encanta hacerlo, soy un parlanchín empedernido. Ahora llamaré a Alberto.

Respondiendo a la convocatoria telefónica, acudió el que, durante la estancia de Regino en el CEICE, vendría a ser su sombra protectora. Tras una rápida presentación, ambos abandonaron el despacho de dirección y giraron una apresurada inspección de las instalaciones. Se trataba únicamente de una primera toma de contacto -explicó Alberto- ya que faltaba poco tiempo para la cena. Además, necesitarían un buen rato para que Regino se familiarizara con su dormitorio y el diminuto cuarto de baño incluido en el mismo. El cuarto era de reducido tamaño, pero había sido proyectado con el pensamiento puesto en la disminución física de sus futuros usuarios. Además de la cama y la mesilla de noche, disponía de una pequeña mesa-escritorio apoyada contra una de las paredes, tres estantes para libros, sobre la misma mesa, una silla y un cómodo sillón colocado cerca de la ventana. La habitual lamparita que en cualquier dormitorio ocupa la mesita de noche había sido sustituida por un teléfono. El muro situado frente al ventanal estaba ocupado en casi toda su extensión por un armario empotrado con puerta deslizante.

— Si desea hablar con el director no tiene más que marcar el uno -es muy sencillo, pues los números están en relieve- y si quiere una conferencia con el exterior, basta con marcar el cero, o sea la centralita; la telefonista le pondrá con el número que desee. Tenemos servicio las veinticuatro horas del día, todos los días del año. En este aspecto, estamos tan bien organizados como los cajeros permanentes del sistema 4B -bromeó Alberto-. Y ahora prosiguió-, haga el favor de sentarse aquí, en el sillón. Recuerde que la cama queda a su izquierda, a la derecha está la puerta del cuarto de baño y enfrente la mesa de estudio y la silla. Levántese y, tanteando con el bastón, con el regatón hacia delante y el palo un poquito inclinado, vaya hacia el servicio. Eso es, bien, pero un poco más despacio; no tenga prisa. Así es mejor. Pase al cuarto de baño.

La media hora siguiente transcurrió velozmente. Regino se sentó en la cama, en la silla y el sillón un montón de veces para ponerse en pie otras tantas y dirigirse a la mesa, al armario o a la ventana. Hasta que pudo seguir las órdenes de su maestro sin errores de bulto y los tropezones dejaron de ser frecuentes, Alberto no cesó de azuzarlo.

Pero lo hacía sin malicia y preguntándole de cuando en cuando si deseaba descansar un rato. Cuando el plano, el famoso plano mental de la habitación, estuvo grabado en su mente y ya no fue necesario que el joven lo acompañara en sus desplazamientos, suspendieron el entrenamiento.

— Si le parece, le ayudaré a deshacer las maletas y a poner sus cosas en orden.

— Hombre, si no tienes otra cosa mejor que hacer, te lo agradecería mucho. Yo no sé por dónde empezar. Oye, ya puedes perdonar el tuteo, pero como me han dicho que eres un chaval ...

— Me parece muy bien que me trate de tú; aquí todo el mundo lo hace y a mí me gusta. En cuanto a lo otro, a estas horas no tengo nada especial que hacer. He terminado mis tareas y me entretendrá echarle una mano. Luego, bajaremos juntos a cenar. El doctor Arboleya le ha señalado un puesto en mi mesa, en la que podrá conocer a otros dos compañeros. El no come todos los días en el comedor; lo hace en sus habitaciones con su mujer y sus hijos.

Mientras hablaba así, Alberto había sacado las maletas de la parte superior del armario y vaciaba su contenido sobre la cama y la mesa. Poco tiempo después, habiendo colocado cada cosa en su sitio y, tras varios ensayos de búsqueda de distintos artículos de aseo y prendas de vestir, monitor y alumno abandonaron el dormitorio. Ante la puerta, ya cerrada con la llave que el providencial Alberto le entregó, Regino quiso saber cómo iba a arreglarse si se veía obligado a regresar solo; no tenía ni idea de dónde se encontraba su habitación.

— Ahora iba a decírselo. Su cuarto está en el tercer piso -al que puede subir en el ascensor o por la escalera- y está señalado con el trescientos once. Aquí en el marco de la puerta, a la derecha y a la altura de la cerradura, hay un número muy grande, también en relieve. Búsquelo y tóquelo; eso es. Recorra las cifras con los dedos. ¿Los nota? Son muy fáciles de localizar. El tres es inconfundible y los dos unos, lo mismo. Ah, lo de las llaves y las cerraduras es para prevenir despistes, no robos. Aquí nunca se ha producido ninguno. Sin embargo, antes de colocar unas y otras, los internos entraban por error en cualquier habitación ajena y llegó a resultar molesto. Encontrar la suya es sencillísimo; luego lo comprobará. Si sube en el ascensor, al salir de él dobla a la derecha y no tiene más que pasar tres puertas, la cuarta es la suya. Si asciende por las escaleras, al desembocar en el rellano camina de frente cinco pasos -con lo que habrá cruzado el pasillo- y

se encontrará ante la puerta de su dormitorio. A lo que tendrá que acostumbrarse es a caminar siempre por la derecha y a ser posible golpeando el suelo con el bastón para advertir a quienes vayan delante o estén entrando y saliendo de los cuartos de ese lado. En realidad, si conducía automóviles esto no será ninguna novedad. Con la práctica que da el paso del tiempo, le resultará absurdamente simple saber dónde se encuentra en cada momento. Su memoria archivará una gran cantidad de informaciones acerca del número de pasos que separan una habitación de otra, la mesa-escritorio del lavabo, etc.; pero lo más curioso es que, si bien al principio tendrá que esforzarse para recordar los que corresponden en cada caso e, incluso, contarlos mentalmente, de pronto advertirá sorprendido que ha comenzado a realizar todas esas operaciones de manera inconsciente y con una parte de su mente dedicada a otro quehacer, por ejemplo, mientras mantiene una animada conversación. Recuerdo que antes de perder la vista, yo tenía una memoria desastrosa -debiera decir que no tenía memoria-. Poco tiempo después de aquello empecé a notar que recordaba muchas cosas a las que casi no había prestado atención. En la actualidad, poseo un abundante archivo de datos, algunos de los cuales no tengo idea de cuándo o cómo han pasado a formar parte de mi cerebro. Es curioso tener que admitir el hecho de que en más de una ocasión, distraído por completo, he ido a algún sitio que no frecuentaba y, de pronto, como si me lo hubieran ordenado sin palabras, me he detenido para girar al doblar una esquina. Pero ya está bien de charla. Bajemos al comedor o nos quedaremos sin cenar. Y tengo bastante hambre.

— Oye, Alberto. Ahora que creo estar a solas contigo, quiero hacerte una pregunta. Me has dicho que puedo usar el teléfono siempre que lo desee. Pero, ¿cómo pago mis llamadas? No quisiera elevar los gastos del centro.

— No se preocupe, que eso está previsto. Cuando utilice el aparato para hablar con un número exterior, pida la conferencia a la centralita -ya sabe, marcando el cero- y díglele a la telefonista que cargue el importe a la cuenta de su habitación, la trescientos once. A fin de mes, le pasarán la factura por el total.

— Muy bien; me quitas un peso de encima. Es que yo suelo hacer muchas llamadas.

La frase de alivio pronunciada por Regino, coincidió con su llegada a la mesa ante la que su acompañante le hizo detenerse.

— Os presento -dijo Alberto- a Regino Midas. Estos dos, buenos amigos, aunque un tanto pelmazos, son González y Valladares.

— Hola, ¿qué tal? -saludó una voz sumamente ronca.

— Encantado -dijo casi al mismo tiempo otra de timbre agudo.

— Me alegro de conocerles -afirmó el presentado que, por unos instantes, no supo qué fórmula de cortesía sería la más indicada. Después de un leve titubeo, añadió, como quien se lanza de cabeza al mar en una noche oscura:

— En realidad quise decir que me agradaría conocerles. Perdonen mi torpeza. He utilizado esa frase sin pensar que no es la más indicada en las actuales circunstancias. Todavía no me he acostumbrado a usar las palabras convenientes. Antes, cuando veía, conocía a las personas que me presentaban tan pronto como las veía, por lo menos de vista ... -terminó cortado, dándose cuenta del cúmulo de repeticiones.

— Bueno, no se preocupe -interrumpió el propietario de la voz bronca-. Yo, el de la voz de sochantre, soy Valladares. A todos nos han pasado cosas así. No tiene la menor importancia.

— Y yo, el que habla como una tiple cómica, soy González. Hemos oído que acaba de llegar. ¿Y de dónde viene?

— De Oviedo. ¿Han estado alguna vez allí?

— Yo sí -aseveró Valladares-; hace bastantes años. Aún no se me ha olvidado cómo llovía. Lo raro es que he pasado allí, en total tres semanas: una en primavera, otra en verano y la última en otoño. Aquello era increíble, no paraba de llover ni un momento. ¿Qué ocurre en invierno?

— Pues nada nuevo, se limita a llover.

La conversación sobre la inclemencia climatológica habitual en Oviedo fue suspendida por la llegada de la cena. Esta era servida por un activo camarero que, como todo el servicio del centro, conservaba el don de la vista.

— Buenas noches, señores. Y usted perdone el atrevimiento -dijo, tocando levemente el hombro de Regino-. ¿Es cierto que ha venido usted de Oviedo? Lo pregunto porque yo soy de Trubia.

— Sí, es cierto.

— Y, ¿cómo está aquello? Hace veinte años que no salgo de Sabadell.

— Perdona, Sabino, pero si te pones sentimental se nos va a enfriar la cena -cortó González-. Ya hablaréis en otra ocasión.

— Sí, no faltaba más. Suba después a la trescientos once y charlaremos.

— ¿De verdad que no le molesta?

— De ninguna manera; al contrario. Me agrada mucho hablar un rato con usted.

Después de aquel cambio de palabras, la cena les fue servida con prontitud y Regino, recordando los consejos facilitados por el doctor Arboleya y los que sus compañeros añadían sobre la marcha, no tuvo mayores inconvenientes para despacharla de excelente humor y con buen apetito.

Luego, tras un rato de sobremesa, Alberto acompañó a Midas hasta su cuarto y se despidió hasta la mañana siguiente. A las ocho y media, le prometió, vendría a despertarlo con tiempo suficiente para asearse antes de descender en busca del desayuno.

— Mañana comenzará a asistir a clase. Buenas noches y que duerma usted bien.

Una vez a solas, Midas se decidió a poner en práctica algo que le rondaba por la cabeza desde que había escuchado "La Patética" en el despacho de dirección. Con suma cautela, utilizando el bastón en la forma recomendada, se dirigió a la mesilla de noche, tomó asiento sobre la cama y, después de levantar el auricular, marcó el uno.

Casi inmediatamente, a pesar de que debían ser más de las once de la noche, el director respondió a la llamada.

— Arboleya al habla; dígame.

— Perdona que te moleste tan tarde, doctor. Soy Regino Midas. No conseguiré dormirme si no te consulto algo. ¿Hay algún inconveniente en que instale en mi habitación un equipo estereofónico? Me agradecería muchísimo disponer de uno.

— No existe ningún problema. Mañana mismo puedes salir a comprarlo. Que te acompañe Alberto; entiende de eso una barbaridad y él mismo te lo instalará como ha hecho con el mío. Lo único que debes hacer es no elevar el volumen después de las doce y media de la noche, para no molestar a quienes traten de dormir en las habitaciones cercanas.

— Desde luego. Para mayor seguridad, por las noches, usaré unos cascos. Un millón de gracias, Arboleya. Hasta mañana.

Regino interrumpió la comunicación e inmediatamente solicitó una conferencia con su casa de Oviedo.

— Enseguida se la pongo. Haga el favor de colgar -le indicaron.

Diez minutos más tarde, Regino estaba al habla con Pablo. Este, tras interesarse por el estado de su patrón, le dió a conocer los últimos acontecimientos; contó cómo después de su marcha a Sabadell había regresado Alicia exigiendo le revelase el paradero de su padre, a lo que se había negado alegando su ignorancia; añadió que, junto con su amiga China, había adquirido un piso a donde se habían trasladado y, finalmente, le comunicó que la señorita necesitaba hablarle de inmediato.

— ¿Se sabe algo de Héctor?

— No señor, ni una palabra. Esto debe significar que todo va bien. Si no fuese así, Mr. Starkie ya habría dicho algo.

— Bien, Pablo. Continúa como hasta ahora. Puedes ponerte en contacto con Alicia para decirle que he llamado y que me has dicho que desea hablar conmigo. Dile que me he limitado a señalar que pasado mañana, a las tres y media, volveré a llamarte; que esté ahí en casa. ¿Entendido?

— Sí, señor, perfectamente. ¿Quiere usted algo más?

— Nada, Pablo; gracias y hasta pronto.

— Adiós, señor. Cuídese mucho.

Regino depositó con suavidad el auricular sobre la horquilla. Y, mientras lenta y deliberadamente, se preparaba para meterse en la cama, se preguntó qué le ocurriría a su alocada hija. ¿Por qué tanta urgencia en hablar con él? Alicia siempre, ya desde pequeña, había sido una verdadera caja de sorpresas. Ahora, a todo lo anterior, venía a unirse la desvergüenza de dar la campanada de irse a vivir con China Castro. En una ciudad pequeña como Oviedo, donde todo el mundo conocía las interioridades ajenas, un hecho así, constituía el colmo de la desfachatez. Era una bofetada a la pudibundez general. Comparadas con ésta, las gamberradas de Héctor podían ser consideradas como travesuras infantiles. A su vuelta a casa, él, Regino, sería el hazmerreír de todo el mundo. Menos mal que no vería las sonrisas maliciosas que cambiarían sus conocidos cada vez que se cruzasen con él. En este aspecto, podía agradecer la enfermedad causante de su ceguera.

En medio de reflexiones tan pesimistas, Regino perdió la noción de las cosas y se durmió como un bendito, para ser despertado por los golpes propinados por Alberto en el panel de la puerta.

— Son las ocho y media. Dentro de un rato le espero en el comedor -gritó a voz en cuello.

— De acuerdo, gracias.

La noche anterior, lo recordaba perfectamente, poco antes de dormirse, se sentía agotado. Ahora despertaba fresco y despejado. Hacía mucho que no se sentía tan bien dispuesto a afrontar lo que el destino le deparase. Quizás los proyectos inmediatos, el placer de adquirir el tocadiscos, la iniciación de las clases, el conocimiento de otras personas aquejadas de su mismo mal fueran los culpables de su nuevo estado de ánimo.

— Ya me puede perdonar, don Regino. Soy el camarero de Trubia. Anoche se me enredaron las cosas aquí abajo y, cuando terminé con lo que tenía que hacer, ya no era hora oportuna para subir a su cuarto. Si le parece, lo dejamos para otro momento. Ahora, permítame que le acompañe a su mesa. Ya están en ella sus tres compañeros -dijo, tomándolo por el brazo.

— Muchas gracias, Sabino. No tiene importancia; suba cuando le venga bien -respondió Midas que había olvidado por completo la cita.

— Buenos días -saludó al llegar y tomar asiento en el mismo lugar ocupado la víspera.

Tres voces que diferenciaba sin la menor dificultad le respondieron casi a coro. La cavernosa de Valladares encadenó el saludo con el afectuoso interrogatorio de:

— ¿Qué tal ha pasado la noche? ¿No ha extrañado la cama? -y sin esperar las respuestas a su doble pregunta, informó:

— Recuerdo que mi primera noche aquí fue una noche toledana. Me sentía tan solo como la una, la cama era una perfecta desconocida y, para colmo, me dolía la barriga. Fue algo inolvidable.

— Yo he tenido más suerte. Me dormí casi tan pronto me como acosté. No desperté ni una sola vez y, si Alberto no hubiera hecho de despertador, aún estaría como un leño. Claro que, poco antes de meterme en la cama, llamé por teléfono a casa y allí no hay novedades; todo sigue igual. No tengo motivos de preocupación.

— Hoy comienza sus clases de lectura, ¿no? -preguntó González.

— Sí -se adelantó a contestar Alberto- pero antes hemos de salir a hacer algo. Yo lo acompañaré.

— No me digas que lo vas a llevar de picos pardos -bromeó Valladares.

— Nada de eso -rechazó acaloradamente el que iba a hacer de guía-. El doctor Arbolea ha concedido su autorización.

— Yo les diré a dónde vamos -cortó Regino-. Parece ser que Alberto es un entendido en aparatos musicales. Me ayudará a elegir un equipo estereofónico. Por cierto, ¿les gusta la música?

— Muchísimo -volvieron a manifestarse acordes.

— Entonces, tan pronto como Alberto, que también actuará como especialista instalador, lo tenga todo listo, asistiremos juntos en mi habitación a un concierto para el que no será necesario vestirse de etiqueta. ¿Les parece bien?

— A mí, de perlas -contestó González.

— Y a mí, de brillantes -afirmó Valladares.

El paseo por la ciudad, conducido por Alberto, que parecía conocer a la perfección las calles por donde caminaban, fue la gota que faltaba para colmar su buen humor. Hasta el ruido de los automóviles, habitualmente un molesto run run, le producía una insólita sensación de bienestar. Se notaba acompañado, en el centro de las cosas y no tan apartado de la existencia como se había creído pocas fechas atrás. A sus oídos llegaban retazos de conversaciones en las que le hubiera agradado tomar parte.

— Adéu, Alberto i la companya -saludó alguien al pasar.

— Adéu, Pericás -respondió aquél sin detenerse. Luego, en beneficio de su protegido, añadió en voz más baja-: Es un amigo, tiene una pañería en la calle Martell.

La entrada de la pareja en "El llar musical" se produjo bajo un auténtico chaparrón de armonías. Tres aparatos de radio, tres tocadiscos y dos torres puestas a todo trapo formaban una insufrible cacofonía en medio de la cual resultaba inútil tratar de hacerse entender. Afortunadamente, el encargado de aquel manicomio, asiéndolos por el brazo, les hizo pasar a un salón donde la conversación era posible sin mayores esfuerzos.

— Creo que tengo lo que desean. Siéntense un momento, que enseguida les atiendo -dijo después de enterarse de lo que pretendían.

Regino aprovechó la ausencia del empleado para recordar a Alberto que, además del aparato, discos y cassettes, quería comprar también dos juegos de cascos. Por esta razón, la torre tendría que disponer de dos tomas. Podía suceder que alguna noche tuviese compañía.

No permanecieron solos mucho tiempo. Alberto rebatía o coincidía con ciertas opiniones manifestadas por el vendedor que había regresado junto con dos hombres portadores de varios modelos.

Regino no dijo palabra hasta que, tras escuchar uno de los aparatos anunciado enfáticamente como "la que se está imponiendo; reproducción por láser, ausencia total de ruidos", dijo: "Este, quiero éste".

Cuando fueron informados del precio, Alberto puso el grito en el cielo.

— Eso es una barbaridad. Hay otras marcas casi tan buenas como la que eligió.

— Sí, lo sé; pero sólo son casi tan buenas. La diferencia está en el casi.

Midas, haciendo honor a su apellido, abandonó el comercio después de extender laboriosamente un cheque por una elevada cantidad. Se le prometió que, aquella misma tarde, todo lo comprado -torre, baffles, cascos, discos normales y compactos, cassettes- le sería enviado a la habitación trescientos once de la CEICE.

Por su parte, Alberto afirmó que si, efectivamente, los vendedores cumplían su promesa, Regino podría darse la satisfacción de organizar un concierto nocturno aquel mismo día.

Ya en la calle, el financiero ciego, a base de muchos rodeos, pues ignoraba si lo que iba a decir podría resultar ofensivo para su original lazarillo, consiguió no andarse más por las ramas y hablar con absoluta franqueza.

— Desde que perdí la vista -dijo deteniéndose- hay algo que me molesta extraordinariamente. Se trata de no saber la hora. En una ocasión, he visto el reloj que tenía un ciego; no lo he olvidado y ahora quisiera tener uno. Pero, no sólo es eso. Deseo que tú tengas otro.

— Pero, ¿cómo se le ocurre eso? -tartamudeó Alberto, cogido por sorpresa.

— Déjame terminar. Poseo más dinero del que podré gastar nunca; así que compraremos un par de relojes. Los mejores que encontremos. Ahora mismo, si sabes dónde los venden. Si no es así, tendremos que esperar. Los encargaré a Suiza.

— Si es un capricho, no será necesaria la espera. Sé donde los tienen. Pero le advierto que son carísimos.

— Eso no tiene importancia. ¿Y sabes si son también despertador?

— Creo que sí, vamos que me parece que sí; aunque entonces serán aún más caros.

— Ya te he dicho que por eso no debes preocuparte. Anda, vamos allá. No debemos perder más tiempo; ya nos hemos entretenido bastante en esa casa de locos. Además, hoy comienzo las clases de Braille.

— Por eso no se preocupe; empiezan a las doce. Y, si pierde la primera, yo mismo le ayudaré por la tarde.

Alberto decía esto mientras caminaba presuroso tirando de su camarada de infortunio. Este procuraba acomodar su paso al del otro. En menos de diez minutos, comentaban con el propietario de una magnífica joyería las ventajas e inconvenientes de algunos productos de la meticulosidad suiza y la inventiva nipona.

Regino se salió con la suya y dejaron el local convertidos en orgullosos propietarios de dos excelentes cronómetros japoneses que, no sólo servían como despertadores, sino que daban la hora como diminutos relojes de campana.

— Y, ¿qué he hecho para merecer este regalo? -preguntó inquieto el monitor.

— Eres un tío simpático. Ya quisiera yo que mi hijo Héctor se te pareciera. Además me caes muy bien. ¿No crees que es suficiente?

Faltaba un cuarto de hora para las doce cuando hicieron su entrada en el CEICE. A toda prisa se dirigieron al aula en que se impartían las enseñanzas de lectura y escritura por el sistema Braille.

Los escasos minutos que habían de transcurrir hasta el comienzo de la clase fueron aprovechados por Alberto para dar a conocer a Regino algunos datos sobre la persona que ideó el método que vino a liberar a millones de ciegos de su forzado apartamiento de la lectura.

— Louis Braille nació en Coupvray, Seine-et-Marne, Francia. Se había quedado ciego a la edad de tres o cuatro años -sobre este dato no existe absoluta seguridad- y a los treinta elaboró el sistema que va a estudiar. Consiste en la escritura en relieve realizada por medio de un punzón y su lectura es fácil y rápida utilizando la yema de la última falange del dedo índice. Tome, ahí tiene una tablilla con el alfabeto. Pase el dedo por encima. Más despacio; eso es. Cada letra está situada en el interior de un rectángulo; ¿nota los rectángulos? Las letras están formadas por un número determinado de puntos que van de uno, como mínimo, a seis en el caso máximo. En realidad, ninguna letra pasa de cinco puntos. La cosa cambia cuando se trata de los números. Pero eso no debe preocuparle por ahora. Primero, las letras; luego ya vendrá lo demás. Habrá advertido

que los rectángulos están formados por dos casillas iguales, una encima de otra, que ofrecen la posibilidad de colocar un total de seis puntos -repito que para las letras sólo se marcan cinco- haciendo las combinaciones necesarias para que los puntos que identifican cada letra no se den en ninguna otra. Por ejemplo, la "a" se forma con un solo punto que se sitúa en el ángulo superior izquierdo. Es la única letra que se escribe de esta manera. Otras se escriben con dos, tres, cuatro o cinco puntos marcados en los distintos ángulos de las casillas. Bueno, esto que le parecerá así, de buenas a primeras, complicadísimo, no lo es tanto. Estoy completamente seguro de que, en el plazo de una semana conocerá todas las letras. Y esto me hace pensar en una cosa. ¿Cómo se las va a arreglar para saber cuál de los discos es el que quiere escuchar? Hasta que aprenda a leer y los marque va a ser un problema.

— Ya había pensado en ello. Contaba contigo para que me ayudaras. Como conozco todo lo que he comprado, si estás conforme, iremos escuchándolos y tú les pegas las etiquetas indicando los títulos correspondientes. Yo te diré lo que hay que escribir. ¿Te parece bien?

— Por mí no hay inconveniente. Pero volviendo al método Braille y, para terminar -porque, según el reloj que acaba de tocarme en la lotería, van a dar las doce- le diré que su creador falleció en París el día seis de enero de mil ochocientos cincuenta y dos. Está enterrado en el Panteón, en París, adonde fueron trasladados sus restos desde el cementerio de su villa natal al celebrarse el primer centenario. Otro día le contaré otras cosas de ...

La explicación que, a juzgar por el tono de Alberto, le producía un verdadero placer, fue interrumpida por una voz resonante que impresionó al principiante. El efecto causado obedecía más a las palabras que al tono con que fueron proferidas.

— Buenos días, señores. Veo que hoy contamos con un alumno nuevo.

Regino se agitó en el asiento en que se encontraba y Alberto, advirtiendo su inquietud, cuchicheó:

— No, no está chiflado. El ve; ha estado ciego, pero ha recuperado la vista. Es el señor Trias. Como profesor es formidable. Ya le iré diciendo.

La hora de clase transcurrió rápidamente. Regino, a quien el señor Trias había entregado una nueva tablilla en la que únicamente figuraban las vocales, recibió la orden de aprender de memoria el número de puntos de que constaba cada una de ellas y el

lugar que ocupaban en el rectángulo. Ya que Alberto se encontraba allí, podía actuar como monitor. ¿No había sido contratado para ello por la dirección?

Midas no pudo evitar la sospecha de que Trias hablaba con cierto retintín irónico. Aquel hombre sería un buen profesor, no lo dudaba puesto que Alberto lo afirmaba, pero no le agradaba.

A pesar de ello, se esmeró cuanto pudo, procuró alejar de la mente toda idea ajena a la tarea que traía entre manos y, cuando terminó la hora de clase, aquella endiablada serie de puntos comenzaba a resultarle familiar.

Poco después volvieron a reunirse con Valladares y González, que les aguardaban en el comedor. Luego, se inició la impaciente espera por los artículos adquiridos durante su salida a la ciudad.

Regino debía asistir a clase de orientación. Su inquietud desapareció cuando Alberto se ofreció a montar guardia ante la puerta de acceso al centro para hacerse cargo de los aparatos tan pronto hicieran su aparición los hombres de "El llar musical".

— Toma la llave de la habitación y gracias. No sé cómo me arreglaría sin tí.

La respuesta de Alberto fue una sonora carcajada y, abandonando al agradecido Midas ante la entrada del aula en la que tenía lugar la enseñanza de aquello que tanta falta le hacía, corrió hacia la puerta principal. El también estaba impaciente y no veía llegar el momento de poner en práctica otra de sus habilidades.

Regino salió de clase más desorientado de lo que había entrado. Sin embargo, por el momento, al menos, no estaba excesivamente preocupado. Tan deprisa como pudo ascendió a su habitación -lo hizo por la escalera para no perder tiempo esperando el ascensor- y comprobó que Alberto se encontraba trabajando a buen ritmo. Al menos, eso se podía colegir por el comentario que hizo cuando fue consciente de su llegada.

— Esto marcha. Creo que por la noche habrá concierto.

— ¿Lo han enviado todo? ¿Lo has comprobado?

— Sí, creo que no falta nada.

Aquella noche, después de cenar, con asistencia de la voz de sochantre, la de tiple cómica y, por supuesto, del insustituible Alberto, que procedió a dar los últimos toques a su obra de arte ante la entusiasta concurrencia, Regino ofreció la primera de las sesiones musicales que crearían escuela dentro de la escuela.

Al día siguiente, a las tres y media, la propia Alicia atendió la llamada de su padre - el cual, previamente, había rogado a la telefonista del centro evitase mencionar que se trataba de una conferencia desde Sabadell-. Sus primeras palabras fueron para reprochar al autor de sus días la precipitada marcha y, sobre todo, la falta de consideración al no advertir a nadie dónde se le podía localizar.

— No he hecho nada que tú no domines a la perfección. Esto de desaparecer despidiéndose a la francesa, debe ser una tara familiar. Yo tampoco he sabido por dónde has andado; y si alguien tiene que dar explicaciones, me parece que eres tú y no yo. Pero dejemos esto que no nos lleva a ningún sitio. Pablo me ha dicho que precisabas hablar-me con urgencia. ¿No puedes esperar hasta mi vuelta a casa?

— No, no puedo hacerlo. Necesito dinero. Quiero que me entregues mi hijuela.

— ¿Por qué tanta prisa? ¿Qué vas a hacer con ella?

— Para hacer frente a mis necesidades. Supongo que Pablo ya te habrá comunicado que me he marchado a vivir con China Castro y, como sospecho que no vas a pasarme una cantidad...

— Sospechas acertadamente. No verás un céntimo si insistes en cometer esa locura.

— Entonces, me limito a reclamar lo que me pertenece. ¿O crees que no tengo derecho a ello?

— Sí, lo tienes y yo no voy a negarme a entregarte hasta el último céntimo. No obstante, me temo que no sabes lo que estás haciendo. Estás completamente loca, o algo peor aún.

— Esa es tu opinión, pero equivocada. Ahora soy una persona consciente y más feliz de lo que nunca he sido. Hablando con propiedad, debería decir que hasta hace muy poco tiempo no he sabido en qué consiste la felicidad, ese estado de gracia perseguido por todo el mundo y alcanzado por tan poca gente.

— Sí, ya sé. Ahora te sientes realizada. ¿No se dice así? Te diré una cosa, hija mía. Esta es la primera ocasión en que me veo obligado a dar gracias al cielo por haberme privado de tu madre. Es evidente que tras ese repentino deseo de independencia se esconde otra cosa.

— Otra vez te equivocas. No sólo detrás, sino delante y a los lados, hay muchísimo más. Estoy convencida de que, con tu mentalidad burguesa hipócrita y mezquina, lo que en el fondo te preocupa, es lo que van a pensar y decir tus amistades cuando sepan que

tu hija es lesbiana. ¡Atrévete a negarlo! Si yo fuese como soy y no lo supiera nadie, seguramente no te importaría un rábano. Hipocresía y nada más que hipocresía. Me agrada decirte que te odio por tu actitud, pero no me es posible; tú y yo somos víctimas de las circunstancias. La única diferencia entre los dos está en que yo lo sé y tú no. Y, encima, te niegas a enterarte; sigues la política del avestruz. Me das lástima, papá, y quizás por esta razón, porque vas como ciego, caminando a oscuras por un mundo cruel y estúpido, te quiero aún más. Ninguno de los dos somos culpables.

Al escuchar la palabra maldita en boca de su hija, Regino sintió que una mano gigantesca le estrujaba el corazón.

— Yo también te quiero -logró decir con voz entrecortada, semejante a un sollozo.

— Pero -prosiguió Alicia- no voy a dejarme enternecer por nada de lo que puedas decir. Así que ya sabes; llama a tus abogados o a quien lleve ese asunto y haz que me entreguen lo mío.

— Ahora la que se engaña eres tú; no voy a decirte una palabra más. Tal como pides, hoy mismo, tan pronto como cuelgue, hablaré con quien debo hacerlo y, en unos días, recibirás exactamente cuanto te corresponde. Ordenaré que te abran una cuenta con el importe total, y a tu disposición, en las oficinas tendrás los documentos necesarios para comprobar ...

— No sigas por ahí, papá. Me consta que si dices que accedes no es para hacerme trampas. Y ahora, ¿vas a contarme que estás haciendo en Sabadell?

— Ya no estoy en Sabadell. Te hablo desde otro lugar pero no deseo decirte desde dónde. Además, ¿qué importa? Y ya basta, hija; si continuamos hablando se nos va a ir en la llamada el importe de la hijuela -dijo, tratando de dar a sus palabras un tono de chanza.

— De acuerdo, papá. Hasta que nos veamos; cuídate.

— Tú también, hija; tú también -dijo Regino cortando la comunicación.

Después, con una inmensa sensación de amargura, solicitó otra conferencia con Oviedo; la que pondría en marcha la operación que cortaría definitivamente el único lazo de dependencia que aún unía a Alicia con el hogar familiar. La atadura económica dejaría de existir y, aunque ésta por sí sola no resultaba especialmente gratificante, era, no podía negarse a la evidencia, solidísima.

Cuando finalizó la conversación con el abogado principal de su propia asesoría jurídica, se sintió invadido por la melancolía. Notaba un regusto amargo como si las palabras que acababa de pronunciar hubieran sido pasadas a través de un filtro de ací-bar.

Además el temor convertido en certeza de que nunca más volvería a ver a Alicia le producía un dolor jamás experimentado, ni siquiera cuando había fallecido su esposa. Sí, estaba convencido de que no recobraría la vista.

"¿Sería posible que llegara a olvidar las líneas de su rostro? Con el tiempo, su cara cambiaría y, aunque sucediera el milagro -cosa por demás improbable- la mujer que contemplarían sus ojos sería una perfecta desconocida. En cuanto a los reproches que le había formulado, ciertamente durísimos, eran totalmente merecidos. ¿Quién diablos soy yo para meterme a dictar normas de conducta? A pesar de todo, aunque sólo fuese por compasión hacia su padre podría haber tenido cierta consideración... En realidad, soy el menos indicado para reclamar compasión, he de reconocerlo. Durante toda mi vida, no la he sentido; ni siquiera he recordado esa palabra. Y, bien sabe Dios que, una pequeña dosis de misericordia hubiera bastado para hacer menos infeliz a más de un desgraciado. Y ahora que caigo en la cuenta, ¿cuánto tiempo hará que no me acuerdo de Dios?"

Para él, desde la niñez, la idea de Dios había sido algo tan difuminado en la distancia, tan inconcebible, que no le había dedicado pensamiento alguno. No era que la considerara como una entelequia. Para él, Dios había realizado una tarea. Punto. Ni siquiera cuando ayudaba a don Froilán, el coadjutor de la iglesia de la Encarnación, en Oviedo, tenía conciencia alguna de tomar parte en una ceremonia que suponía en contacto con la divinidad. Desempeñaba las funciones de monaguillo con igual distanciamiento e indiferente frialdad que si actuara en el obrador de una pastelería colaborando, con prosaicas intervenciones, en la confección de dulces que serían vendidos posteriormente encima de un mostrador.

Ahora, en aquel momento de aflicción, fue consciente de la existencia de Dios y experimentó la tentación de dar por cierto que la suma de sus desgracias -la ceguera, la confirmación de la torcida inclinación de Alicia y la rebeldía de Héctor- era el resultado de la cólera de Aquél que castigaba los años de inmisericorde rapiña y falta de piedad con los débiles, su afán de riqueza y su desenfrenado egoísmo.

Sin embargo, rechazó estas ideas ya que la razón le decía que si los males que padecía eran un correctivo, ¿dónde estaban los premios merecidos por cuantos habían padecido a sus manos?

Durante años, guiado sin duda por una malsana curiosidad, aunque nunca para regodearse, siguió el rastro de ciertas personas a quienes había conducido a la miseria y no encontró ninguna que pareciese haber recibido recompensa ni consuelo. En infinidad de casos, las respectivas situaciones se habían deteriorado aún más.

No, era imposible la existencia de un ser superior que se divirtiese causando más daño que el nacido de la maldad o la inconsciencia de una de sus propias criaturas.

Sí, no le cabía la menor duda. Dios existía pero ello no significaba que perdiera el tiempo repartiendo premios y castigos como maestro a sus párvulos.

"Eres un necio, Regino" -se dijo al llegar a este punto-. "Un ciego necio, maduro para perder la poca cordura que te queda. ¿No sabes que el tiempo es una concepción de Dios? Lo que le sobra es tiempo. El ha sido el inventor de la eternidad; de la eternidad, de lo fugaz y de lo perecedero; es decir, de todo. Sí, porque aunque existan personas que duden de la realidad divina, que imputen la responsabilidad de la creación a la casualidad, a la actuación de fuerzas primigenias, a un cataclismo cósmico, a lo que quieran, siempre se les puede formular la pregunta de ¿quién ha creado lo primero que existió y puso en marcha todo lo demás?..."

"Continúas dando muestras de tu insensatez. Si piensas de esta forma, ¿por qué hiciste siempre lo contrario de lo que sabes ha recomendado? Dejando aparte la cuestión recompensa/castigo, tampoco puedes escudarte en el desconocimiento de lo que está bien y está mal".

Regino sacudió la cabeza enérgicamente. Trataba de arrojar de su mente la serie de pensamientos que la reciente conversación con Alicia había puesto en marcha, comprobó que se acercaba el momento de acudir a clase -la primera sobre esta materia de la que nunca había oído hablar- y descendió al salón comunal donde estaba citado con Alberto el cual, una vez más, le serviría de introductor.

CAPITULO VII

El primer puñetazo que su rival dirigió a Peter hubiera sido suficiente para enviarlo a la lona por la cuenta de los diez segundos, si hubiera llegado a su destino.

Afortunadamente, el destinatario sabía a qué atenerse y, con un ágil movimiento que provocó un ¡oh! de admiración del público que se las prometía muy felices, hizo inútil el esfuerzo de "la coz". Peter combinó su retirada con un golpe al hígado que resonó con ruido sordo perfectamente audible.

Aquella táctica no convenía al más musculoso de los combatientes; estaba dispuesto a terminar cuanto antes y, fiel a su tendencia a arrollar por la fuerza bruta, se lanzó a un ataque desordenado prodigando salvajes series de directos y cruzados que marraban por milímetros. Haciendo gala de una determinación digna de mejor causa, se empeñó en concluir por la vía rápida. Manejaba los brazos como pistones, produciendo la impresión de que, al primer descuido de su contrincante, lograría el objetivo que se había marcado.

Sin embargo, la movilidad de Peter era increíble. La impresionante agilidad que le permitía no ocupar el mismo lugar en el ring durante más de un par de segundos, comenzaba a hacer mella en el buen juicio de "la coz". Sañudamente, intentaba conectar un golpe que diera fin al endiablado juego de piernas que, allá en el fondo de su cerebro, le insinuaba la aparición de un peligro inminente.

A pesar de todo su deseo de triunfar y la conciencia de la propia fuerza le impedían serenar los violentos y embarullados ataques.

Cuando el gong señaló el final del primer asalto, convocando a ambos púgiles a los respectivos rincones, el cuidador de "la coz" le advirtió seriamente contra su precipitación y atolondramiento.

— No te dejes arrastrar. Estás siguiéndole el juego. Lo que quiere es cansarte -le dijo-. Tómallo con calma y espera tu oportunidad.

"La coz" asintió con una cabezada.

A pesar de los excelentes consejos, tan pronto se inició el segundo round, el juego del gato y el ratón comenzó de nuevo. Un juego en el que se habían invertido los papeles; en él, Peter representaba al ratón que, utilizando una agilidad felina sacaba de quicio al poderoso gato. Eludiendo un potente uno-dos, hábilmente volvió a propinar otro eficaz puñetazo en el hígado.

Por el momento, el resultado de la pelea no ofrecía dudas. El contrincante de Peter no había conseguido encajarle un solo golpe. Ninguna de las series que, desesperadamente, le dirigía tocó el cuerpo del rival. Por el contrario, éste le había asestado dos tremendos trastazos que hicieron blanco con absoluta nitidez. Además, resultaron tan dolorosos que, en las dos ocasiones, el receptor no pudo ocultar los gestos de sufrimiento.

Entonces, "la coz" olvidó toda noción de prudencia y, echando en saco roto cuantas advertencias venía escuchando desde que inició la práctica del deporte de las doce cuerdas, se embarcó en una orgía de ciegos ataques en la que puso en práctica todo el repertorio de guantazos que hubieran bastado para dejar fuera de combate a otro menos sereno y avisado que Peter.

A punto de sonar la campana estuvo en un tris de "cazar" a su oponente, pero éste, con admirable ligereza, esquivó, retrocedió y volvió a adelantarse casi en el mismo movimiento y, una vez más le castigó el hígado.

Hasta el cuarto asalto, la pelea siguió por los mismos derroteros, ataques enloquecidos de "la coz" y perfecto dominio de la situación de Peter, frío y calculador como una máquina. A mitad del round, tras una escalofriante andanada de puñetazos que no llegaron al blanco, el atacante daba muestras de fatiga y desconcierto. El momento fue astutamente aprovechado por el atacado, el cual, tomando la iniciativa, amagó a la cabeza y, en el último instante, con el otro puño, conectó un demoledor golpe al hígado. Fue el definitivo. El coloso se vino al suelo y permaneció inmóvil mientras el juez de la con-

tienda contaba hasta diez. Luego levantó el brazo derecho de un Peter tranquilo, casi indiferente, que no presentaba síntomas de cansancio.

El griterío fue ensordecedor. El hecho de que el combate no hubiese llegado a su término -había sido convenido a cinco asaltos- no consiguió empañar el entusiasmo de los numerosos espectadores que disfrutaron enormemente con la contemplación de dos estilos en todo diferentes: la fuerza física contra la técnica y la habilidad; el músculo contra el cerebro.

Tan pronto como el grupo se encontró al completo con la reincorporación del combatiente triunfador, Vernon, haciendo a éste un guiño burlón, propuso:

— Y ¿qué tal si pasáramos a hablar de cosas serias? Por ejemplo, de la cita que tenemos con ciertas damas londinenses.

— Me parece estupendo -respondió John-; pero éste no será el momento más oportuno. Peter estará agotado después de la pelea.

— ¿De qué pelea? -contrapuso el aludido.

— Entonces, si nadie se opone, queda convenido. Después de la cena, hincharemos a nuestros dobles y la capital del antiguo imperio británico dicho sea sin ánimo de ofensa- tendrá el honor de recibirnos.

La cena, con excepción de Peter que, como siempre en aquellas ocasiones, tenía un voraz apetito, transcurrió sin pena ni gloria. La mente de los otros tres estaba ocupada en proyectos más importantes que la prosaica realidad cotidiana de la ingestión de alimentos. Ninguno de ellos experimentaba dudas sobre la afirmación de que no sólo de pan vive el hombre.

— ¿Cómo andamos de pasta? -inquirió el práctico Héctor, que en cuestión de dinero había salido calcado a su padre.

— Hombre, no podemos afirmar que nademos en la abundancia, aunque algo queda. Por otra parte, antes de sumergirnos en una vida de crápula, pasaré a ordeñar a mi madre, en el buen sentido de la palabra -se apresuró a añadir, advirtiendo las miradas horrorizadas de sus amigos-; debemos ser fieles al consejo que nos anima a vivir a costa de nuestros padres hasta que nuestros hijos se encuentren en condiciones de mantenernos.

— Oye, no tengo idea de quien será el autor de tan ingeniosa máxima pero estoy dispuesto a jurar que en nada desmerece de las de Rochefoucauld -aseveró John, con

toda seriedad-. Y, a propósito de los hombres de letras, por fin, ¿vamos a contar con uno de nuestro grupo en la revista de la B.S.E.? -añadió dirigiéndose a Héctor.

— Me da cierta vergüenza confesarlo -concedió éste-, pero sí. He pensado que el sacrificio de escribir un poema estúpido puede servir para que mi padre se sienta más inclinado a aflojar la bolsa.

— Tan pronto te eché la vista encima -aprobó Vernon- comprendí que eres de los que aprenden pronto.

Cuando Peter acalló el hambre, un proceso bastante complicado, los cuatro aspirantes a jueguistas ascendieron a los dormitorios, simularon que se retiraban a descansar, impacientes aguardaron hasta que se extinguiera por completo el eco de las pisadas de los visitantes a los servicios y, por fin, reprimiendo las carcajadas que pugnaban por estallar, acostaron los muñecos, los arrojaron cuidadosamente y, haciendo uso de las llaves que el previsor Vernon se había procurado, dejaron tras ellos el antro de sabiduría financiera.

Casi no habían tenido tiempo de recobrar el aliento después de realizar el esfuerzo de ascender y descender la alta verja de hierro y John ya puso en duda la posibilidad de llevar a la práctica sus proyectos.

— Y ahora, ¿cómo nos vamos a arreglar para llegar a Londres antes del amanecer? ¿Quién demonios va a pararse a recoger a cuatro autoestopistas? Tendríamos que haber pensado en esto antes de meternos en este berenjenal.

— Hombre de poca fe, no te detengas y sigue andando. Que tú tengas cabeza de chorlito no significa que la mía no funcione. Así que, la última vez que abandoné nuestra querida escuela para ir de compras a Londres, prometí al taxista que me devolvió al redil, que le entregaría una buena propina además de la que le dí, si venía a buscarnos hoy, aproximadamente a esta hora. Como el hombre, al igual que yo mismo, conoce el valor del dinero, prometió acudir. Si no fallan mis cálculos, o no está en la cárcel por atropellar a algún desgraciado, cerca de aquella curva tropezaremos con él.

Los cálculos de McIvy eran correctos y el taxista debía haber mejorado su manera de conducir pues, efectivamente, el coche aguardaba.

— Buenas noches, auriga -saludó Vernon, irónico.

— ¿Cómo dice? -inquirió amoscado el aburrido hombre que se sentaba al volante.

— Nada molesto para usted. Me he limitado a utilizar una expresión caída en desuso. Vamos, si no tiene inconveniente, llévenos a Marble Arch. Ya sabe que tenemos prisa aunque no tanta como para que nos conduzca al Saint John's Hospital.

El conductor, que en aquella ocasión despedía un aroma a alcohol más acusado que cuando había trabado conocimiento con Vernon, puso en marcha el vehículo y guardó un absoluto silencio hasta la llegada a su destino.

Mientras sus amigos permanecían esperando en un pub cercano, el capaz organizador de la expedición se dirigió al domicilio maternal con la esperanza de encontrar en él a la que consideraba como mera fuente de financiación.

Si aún no se había ausentado, la juerga sería monumental; caso contrario, se conformarían con algo más modesto y esperarían tiempos mejores, limitándose a tomar unas cervezas.

Por suerte, la señora de la casa terminaba en aquel momento la complicada tarea de restaurar sus ajados encantos. Se trataba de una operación imposible, a la que otra persona más inconstante o menos inconsciente, habría renunciado hacía lustros. Ella, con admirable intrepidez, no se daba por vencida y lo único que cambiaba en su conducta era el número de manos de pintura con que trataba de ocultar arrugas y desperfectos que el inexorable paso del tiempo le acumulaba en el rostro.

Las heridas de aquella clase dejaban cicatrices tan hondas que, fuera ya del más distinguido cirujano estético, no tenían otro tratamiento que la aplicación masiva de afeites, maquillajes y las ocasionales e interesadas zalamerías de Vernon.

La falta de escrúpulos del hijo encontraban en la perfecta sed de halagos de la madre la llave que permitía el acceso a su bien provista cuenta corriente, o dependiendo de la hora en que se realizaba el atraco, de su abultado monedero.

En escaramuzas previas, la desfachatez del más joven actuaba como lenitivo para la enfermiza afirmación del ego de la más vieja y, en aquella oportunidad, el encuentro se desarrolló siguiendo las mismas pautas. Los dos, uno consciente de estar representando un bien aprendido papel y la otra, arrastrada por su ridícula vanidad y el deseo de olvidar la amarga realidad, recitaron los respectivos parlamentos. Cada uno de los personajes contaba con su apuntador particular. El de la risible anciana se llamaba fatuidad, el del estudiante desaprensivo, necesidad acuciante.

— ¿Qué generosa obra de caridad me propones esta vez? -preguntó la esposa del ausente y aristocrático McIvy padre mientras ajustaba ante el espejo los múltiples volantes de un modelo exclusivo diseñado para alguien veinticinco años más joven.

— Lo cierto es que en esta ocasión no se trata de filantropía. Pero antes de decirte para qué necesito tu aportación dineraria, permíteme que te asegure que nadie en su sano juicio sospecharía que me has traído al mundo. Todo lo más, podría pensar que mi hermana mayor -sólo en dos o tres años- espera el momento de que la vengán a recoger para conducirla al baile de las debutantes. Tienes la virtud de realzar lo que te pones. Con esos cuatro trapos estás deliciosa.

— Cállate, Vernon. Eres un adulator incorregible y yo una pobre mujer tan débil que acabará por creerte -contestó con una sonrisa complacida, tras la que añadió:

— Ahora sé buen chico, ahórrame la penosa historia fraguada hace días y dime si son suficientes veinticinco libras... cincuenta -agregó precipitada al ver la decepción aparecida en la cara de su hijo.

— Bueno, no es una cantidad astronómica ni mucho menos, pero tendré que arreglármelas. Sobre todo lo siento por Héctor Midas; pensará en mi familia como en una colección de avaros que ...

— ¿Quién es ese del nombre extraño?; no me suena conocido.

— Es el hijo mayor de un noble español; estudia en la B.S.E. y es mi compañero de dormitorio. Aprovechando un permiso, lo hemos traído a Londres. Sí, han venido también John y Peter, pero los dos están como yo, sin blanca. Voy a quedar como un lacayo. Oye, a propósito, me agradecería invitarlo, a Héctor, quiero decir, desearía llevarlo a Escocia durante las próximas vacaciones. ¿Qué te parece? ¿Le molestará a papá?

— A tu padre únicamente le molestaría si le bebiera el whisky. ¿Es que tu amigo es bebedor de whisky?

— A Héctor no le gustan más que el agua, la leche, la cerveza y, en las grandes solemnidades, por ejemplo cuando asiste a una corrida de toros -como preparación para resistir el derramamiento de sangre- un poquito de jerez.

— Esos españoles son unos auténticos bárbaros. ¿Qué les habrán hecho esos pobrecitos animalillos? En fin, nos estamos apartando de la cuestión. Cuando hablo contigo jamás sé a dónde vamos a ir a parar. Lleva a tu amigo a casa. Se va a aburrir como una ostra, porque el espectáculo de tu padre bebiendo de la mañana a la noche resulta abu-

rrido al cabo de un par de días, pero que te acompañe. En cuanto a las cincuenta libras, mejor serán cien; después de todo, con un grande de España, por bárbaros que sean sus paisanos, no vamos a escatimar unas libras. Al fin y al cabo, los británicos tenemos ciertas obligaciones. Nuestro glorioso pasado exige ...

— Perdona, mamá. Yo creo que lo que manda es el presente, aunque por cien libras -por depreciadas que se encuentren- estoy dispuesto hasta a considerar el futuro.

— Bueno, bueno; basta de charla y toma el dinero. Antes de que te vayas, ¿de verdad crees que me va bien el vestido? Me agradó en cuanto lo ví, luego tuve mis dudas y por fin ...

— Te sienta maravillosamente. El color de la tela resalta tus ojos y pone de relieve ...

— Anda, cállate ya. Dame un beso y vete. Se me está haciendo tarde.

La satisfacción reflejada en el aspecto general de Vernon a su entrada en el pub, hizo innecesaria cualquier pregunta acerca del resultado de la gestión recién hecha. A pesar de todo, no renunció a pregonar su éxito y, elevando el brazo derecho, formó la uve con los dedos índice y medio, seña universal de triunfo.

McIvy, constituido en guía y principal financiador de la expedición, condujo a sus acompañantes a cierto lugar no muy alejado del de su alocada progenitora.

Era una casa discreta, situada en una de esas calles cercanas a las concurridas pero, por alguna razón desconocida, realmente apartadas del bullicio. El edificio estaba separado de los que lo rodeaban por algunos árboles corpulentos que crecían en el cuidado jardín.

A su involuntariamente tímida llamada en el timbre luminoso de la verja, respondió el sonido del resorte que la abría y una voz procedente de la rejilla del portero automático les indicó que podían pasar.

Una mujer, en nada semejante a las que suelen encontrarse en sitios como aquel, los recibió en el rellano de la breve escalera que precedía a la puerta y, con voz agradable saludó afectuosamente a los visitantes. A Vernon de manera especial, reprochándole las escasas comparencias que últimamente se producían.

— Sí, es cierto -contestó McIvy-. Todos mis esfuerzos para lograr que las visitas del alumnado de la B.S.E. a este recinto sean incluidas en el plan de estudios, no han encontrado eco en la junta de profesores. Se trata del peor montón de peces que he visto

en mi vida. Son animales de sangre fría cruzados con vegetales y no quieren saber nada de esta atrayente asignatura.

Riendo con gana, la mujer presentada como la señora Curtis acompañó a los cuatro jóvenes a la sala que disponía de una larga barra y una amplia pista de baile ocupada ya por tres o cuatro parejas que danzaban a los acordes de la reducida pero afinada orquesta que actuaba todas las noches.

Libres de la presencia de la propietaria, los recién llegados fueron a ocupar una de las mesas situadas alrededor de la pista circular. Inmediatamente, se les unieron cuatro chicas jóvenes. Seguían la escuela de la señora Curtis: nada o escasa pintura, vestidos elegantes pero nada ostentosos y conversación refinada y amena. Aunque se abstuvieron de manifestarlo, estaba claro que se trataba de estudiantes.

Ellas mismas se presentaron: Carrie, Lucy, Ellen y Violet, y cuando John reveló que Héctor era español, dijeron que conocían el país de éste. Las dos últimas aseguraron que desde tres años antes pasaban sus vacaciones en Palma de Mallorca; aquello era precioso y el ambiente les encantaba.

Carrie y Lucy visitaban con regularidad Zamora. Esta inesperada afirmación sorprendió a Héctor, que no pudo abstenerse de preguntar:

— Y ¿qué es lo que os atrae en aquella ciudad?

— La Semana Santa. Las dos somos católicas y encontramos sus procesiones verdaderamente edificantes. Los españoles sois muy fervorosos.

— No tanto como los ingleses -concedió, galante, el hispano.

— Carrie y yo no somos inglesas, somos irlandesas -contradijo Lucy.

— En ese caso, lo que acabo de decir es doblemente cierto. No hay más que prestar atención al fervor con que elimináis protestantes en tu tierra.

Tan pronto como pronunció aquella frase, Héctor se dio a todos los diablos. Sólo a él podía ocurrírsele mentar la soga en casa del ahorcado. Sin embargo, su preocupación era innecesaria.

Las dos hijas de la verde Erin aceptaron el comentario con ecuanimidad y, como si hubieran escuchado un cortesano cumplido, sonrieron encantadas.

— Tengo entendido -dijo Violet- que todos los españoles sois o toreros o poetas. ¿Qué hay de cierto en eso?

— En el caso de Héctor -informó John- es un infundio, pues él escribe poemas y mata toros; las dos cosas. Precisamente, antes de venir a Londres toreó en la plaza de Barcelona. Ahora está inspirándose para publicar algo en la revista de la B.S.E. Estamos seguros de que obtendrá tanto éxito en esto último como en lo otro.

Héctor intentó, sin conseguirlo, fingir un aire de modestia ante las miradas admirativas que le lanzaban las chicas.

— ¿Cuál es el título de tu poema? -interrogó Carrie con cierto aire de propietaria.

— Antes de revelarlo, permitidme que pida otras tres botellas de champagne; éstas están tan secas como yo.

— No sabía que estuvieses en condiciones de invitar; lo tenías muy callado -reprochó burlón Peter.

— Vamos a bebernos mis últimos recursos. Los guardaba para un caso de emergencia. Me parece que ha llegado el momento. Brindaremos por los toros y la literatura. ¿Os parece?

Llegó el champagne, o lo que allí se conocía por aquel nombre y se sirvieron nuevas copas. El brindis fue la señal para que poco a poco, con discreción, chicos y chicas desaparecieran por parejas.

Cuando se reunieron nuevamente se había hecho tardísimo. A hora tan tardía -o tan temprana, según se mirase- iba a ser un verdadero problema encontrar un taxi que reintegrase a los ahora preocupados excursionistas a su residencia. Y aún faltaban ciento veinte minutos para la salida del primer tren.

La señora Curtis llevó la tranquilidad a sus atribulados clientes.

— Creo que tengo la solución. Supongo que Carrie y Violet, que siempre vienen en automóvil, no tendrán inconveniente en llevaros. Esperad un instante; voy a preguntarles.

A los pocos momentos, estaba de vuelta con la respuesta. Las chicas bajarían tan pronto como terminaran de cambiarse de ropa. En sus dos coches había espacio para los cuatro amigos. Los llevarían encantadas.

Con esto, la señora Curtis volvió a dejarlos solos. Alguien reclamaba su presencia en el piso de arriba.

— Me sucede algo extraño. ¿Habéis oído decir eso de: "post coitus tristitia"? Pues a mí nada de nada. Al contrario, me encuentro más alegre que unas castañuelas.

— Siempre te consideré un bicho raro, John. Ahora has confirmado mis sospechas - bromeó Peter.

— Déjate de chufas y responded. ¿Alguno de vosotros se siente triste? Vernon, tú el primero.

— Yo no estoy ni triste ni contento. Lo que estoy es asombrado. No me parece el momento más adecuado para hacer encuestas de esta clase.

— ¿Cómo que no? La cuestión sería impropio si la hubiera planteado ante una iglesia y a la salida de los oficios divinos. Este es el lugar y el instante más apropiados. Y ahora sigamos, es tu turno, Héctor.

— Yo estoy más bien triste, pero debe ser a causa del dichoso poema. Por cierto, ya he encontrado título. Se llamará "Dactilar divinidad".

— ¡Atiza! -exclamó John-. Me gusta, tiene gancho. No tengo ni idea de lo que quiere decir pero me gusta.

— Os confesaré algo. Yo tampoco sé lo que quiere decir ni de qué demonios va a tratar. De todos modos, como la poesía actual no quiere decir nada, absolutamente nada, me resultará fácil escribir cualquier cosa que se ajuste al estilo de moda.

La erudita conversación fue interrumpida por la llegada de Carrie y Violet. La sorpresa dejó boquiabiertos a los alumnos de la B.S.E. Ahora que habían finalizado su trabajo, las dos chicas parecían lo que eran; venían excesivamente pintarrajeadas; la ropa, de estafalario mal gusto y los gestos y palabras vulgares, las delataban.

— No lo entiendo -musitó Héctor al oído de Vernon en el momento de acomodarse en el coche de Carrie.

— Yo tampoco -cuchicheó su camarada-. Debe tratarse de una extraña manifestación del alma femenina. Otro misterio insondable.

A petición de Peter, el vehículo conducido por Violet se detuvo al llegar a la curva en que, a primeras horas de la noche, habían abordado el taxi.

— Esta no es la hora más adecuada para hacer discursos, pero os aseguro que os quedamos muy agradecidos por el transporte. Sois unas chicas formidables. Volveremos a vernos si nuestras fuentes de ingresos no se secan prometió McIvy-. Y ahora, deseádnos suerte. Nos espera una misión peligrosa.

Tan pronto como desaparecieron a lo lejos las luces traseras de los coches que tan oportuno servicio les habían prestado, los tráfugas, mohínos aunque no arrepentidos,

recorrieron los pocos metros que los separaban de los muros de la que consideraban inevitable prisión y se dispusieron a escalar la verja.

Para no perder tiempo y, aprovechando la circunstancia favorable de la respetable anchura del ornamental conjunto de hierro forjado, los cuatro iniciaron la escalada al mismo tiempo.

En el preciso momento en que alcanzaron la parte más alta y se aprestaban a comenzar el descenso por el otro lado, se encendió una luz en el último piso del edificio principal.

— Una, dos, tres, cuatro -contó lentamente John-. Es el cuarto de "Mr. Mortar". ¿A dónde irá ese tío a estas horas? Esperemos que no pretenda hacer prácticas de tiro contra nosotros.

— Vamos, rápido; todos abajo -ordenó Vernon-. Si nos ve encaramados aquí, nos crucifica.

El descenso, precipitado y silencioso, que hubiera pulverizado todos los récords si algún aficionado a tan extraño deporte se hubiera preocupado de tomar los tiempos previos, se efectuó sin más incidentes que un amplio siete en el fondillo del elegante pantalón de Peter.

— Ahora viene la parte más arriesgada de la aventura -susurró Vernon con voz ronca.

Habían cruzado a la carrera el camino de gravilla, zona en que hubieran sido fatalmente descubiertos si los desconfiados ojos de "Mr. Mortar", por una ironía del destino, apuntaran en aquella dirección.

Lentamente, con exquisita suavidad, introdujo en la cerradura de la puerta principal la llave obtenida con tanto riesgo y esfuerzo y, a paso de lobo, sin que uno solo de sus pasos se dejara oír en el silencioso y oscuro recibidor, se introdujeron en la B.S.E.

Sin que fueran necesarias nuevas instrucciones, como si los guiara el instinto, los cuatro se apiñaron a un lado del nacimiento de la amplia escalera que conducía a los pisos superiores.

— Como sería estúpido que nos sorprendieran a todos, vamos a subir de uno en uno, dejando pasar unos minutos entre cada salida. Tú el primero, Héctor.

Por suerte para el grupo de réprobos, la táctica a seguir había sido formulada mediante un cuchicheo apenas audible. McIvy era un veterano en aquella clase de escapa-

das y no se consideraría a salvo hasta que los muñecos hubieran sido ocultados y las camas ocupadas por sus legítimos titulares.

Apenas tuvo tiempo de retener por un brazo a Midas, que se disponía a obedecer. En el piso de arriba se encendió otra luz, cuya claridad no alcanzaba la zona donde se refugiaban y unos pasos quedos comenzaron a acercarse.

El riesgo de ser sorprendidos aumentaba con el descenso de cada peldaño. Si "Mr. Mortar" -pues quién iba a ser sino él- oprimía el conmutador que se encontraba al pie de la escalera, estaban perdidos.

El suspiro de alivio escapado simultáneamente de cuatro jóvenes gargantas estuvo a punto de delatarlos. Mr. Cannon -tras el favor que les había dispensado al no encender, bien merecía la supresión del burlón remoquete de "mr. Mortar"- desapareció de su vista, se introdujo en la sala de profesores, cerró la puerta de cristal esmerilado y encendió la luz.

— Ahora, chicos -ordenó Vernon con un murmullo.

Ninguno de los chicos solicitó aclaración acerca de lo que se debía hacer ahora. Con los zapatos en las manos, cuatro sigilosas sombras corrieron escaleras arriba y desaparecieron en el refugio de sus dormitorios.

Cinco minutos más tarde, todo vestigio de la travesura se había desvanecido y ninguna aparición de "Mr. Mortar" -ahora ya podían volver a llamarle por su verdadero nombre- los pondría en aprietos.

Vernon, entre dos bostezos, comunicó a Héctor que la señora McIvy le había autorizado a invitarlo a pasar las próximas vacaciones en su casa de Escocia.

— Vendrás, ¿eh?

— Claro -se limitó a contestar Midas.

El despertador, ese diabólico invento de un insomne incurable, interrumpió despiadada y violentamente el beatífico estado semicomatoso en que se encontraban los protagonistas del lance nocturno. El despertar los hizo conscientes de que estaban hechos fosfatina, pero sumamente contentos. El triunfo sobre lo establecido, la apurada victoria conseguida al burlar las normas, los llenaba de euforia. La expedición había merecido la pena y se sentían dispuestos a repetirla tan pronto como su situación económica se lo permitiera.

— Olvidáis nuestros planes. Tenemos que estudiar lo suficiente para aprobar el curso. John deberá jugar unas simultáneas y ganar tantas partidas como pueda y Héctor ha de escribir un hermoso poema titulado "Dactilar divinidad" o algo parecido. Peter ya ha cumplido con su fantástica pelea y yo le he dado duro al remo. Haremos lo que se espera que hagamos, para poder hacer lo que no se esperan.

Héctor y John mostraron su conformidad a tan sensatas palabras, a consecuencia de las cuales, días más tarde, el primero entregaba al director de la revista el poema que había estado a punto de sacarle las primeras canas, y el segundo celebró las simultáneas -treinta y dos- ganando en treinta.

Como resultado de las actividades extraescolares del cuarteto y su aparente amor al estudio, el grupo gozaba de gran popularidad entre el elemento estudiantil y excelente consideración por parte del profesorado.

Todos confiaban en que su modélico comportamiento contribuiría al logro de sus proyectos personales. Midas, por ejemplo, estaba convencido de que la publicación del poema -o lo que fuese-, unido al paso a segundo curso, influiría en el comportamiento de su padre en el momento de conceder autorización para el viaje a Escocia. En cuanto saliera la revista, le enviaría un ejemplar al que uniría la traducción al español pues, aunque no desconocía el idioma inglés, se sentiría muy satisfecho de mostrar a sus amistades la versión castellana. Seguramente estaría tan inflado como un pavo real, presumiendo con aquella tontería. Pero bien estaba; a él le importaban un pimiento las cosas de su padre. Lo interesante era que, a partir del instante en que viera su propio apellido en la revista, quedaría desprovisto de fuerza moral para negarle cuanto pidiera. Y si, además, aprobaba el curso -algo nada improbable- podría ir a Escocia o al fin del mundo.

Lo mejor sería que, para ganar tiempo, lo llamara por teléfono y le comunicara lo que deseaba hacer. Aquel mismo día habló con Pablo. No le extrañaron las noticias que éste le facilitó. Sí, le dijo el mayordomo contestando a su pregunta:

— Su padre llama con cierta frecuencia. Yo le haré saber cuanto me ha dicho. Supongo que él mismo hablará con usted o con Mr. Starkie. En último extremo, yo le llamaré a usted si él me pasa instrucciones en ese sentido.

Héctor cortó la comunicación prometiéndoselas muy felices. No perdió tiempo preguntando por Alicia.

El último mes del curso transcurrió con una lentitud desesperante que estuvo a punto de hacer perder la poca paciencia que adornaba a Héctor. Desde aquella primera llamada a Oviedo, en la que sólo había logrado hablar con Pablo, realizó otras tres con idéntico resultado. La respuesta siempre era la misma: "su padre continúa fuera y, aunque ya está al corriente de lo que desea el señorito, a él, a Pablo, nada le había comunicado al respecto".

Cuando, a punto de estallar consumido por la ansiedad, se había decidido a impetrar el auxilio de Mr. Starkie, el socio de Regino se presentó en la B.S.E. La primera noticia de la presencia del inglés en la escuela, la recibió por medio de Mr. Crowny, el rector, el cual, tras convocarlo utilizando la megafonía, le aguardaba en el antedespacho.

— Tengo para usted la que espero será una agradable sorpresa -le dijo, guiándole hacia sus dominios-. Pase, haga el favor.

La visión de Mr. Starkie, confortablemente arrellanado en un sillón ante la mesa rectoral, produjo en Héctor una sensación de frío glacial. Acaso, por una espantosa casualidad, se ha enterado de mi fuga a Londres y ha venido a montar el número del responsable indignado. Pero, inmediatamente, rechazó la absurda ocurrencia. "Si fuera esa la razón de su visita, Mr. Crowny ya sabría algo y, por tanto, no iba a hablarme de una agradable sorpresa".

Haciendo de tripas corazón, si bien un poquito más sereno, Héctor saludó con afecto a Mr. Starkie. En realidad, no había olvidado las atenciones dispensadas a su llegada; le estaba agradecido.

— Mr. Crowny me acaba de dar buenas noticias acerca de tu comportamiento. No es la primera vez que lo hace y, en cada oportunidad, me he apresurado a escribir a tu padre. Hasta ayer no he sabido nada de él; su falta de respuesta ha llegado a preocuparme. Pero ayer hemos hablado por teléfono. Parece que, efectivamente, ha estado de viaje y luego enfermo. Ha confesado que, para no inquietaros, nada os ha dicho a Alicia y a tí. Ya se ha recuperado bastante y se muestra muy satisfecho de tu conducta. Lo estará aún más cuando sepa por mí -cuento con la autorización del rector para hacerlo- que, a menos que en los pocos días que faltan para el final de curso hagas una diablura, aprobarás. Regino ya ha concedido su autorización para tu viaje a Escocia y me ha encargado te haga entrega de una generosa suma. La tendrás a tu disposición -contra presentación de las notas- en la oficina de Londres. Si yo no estuviera allí, Priscila, mi

secretaria, te la dará. El día antes de tu marcha, avísanos y Williamson, ¿recuerdas a mi chófer?, vendrá a recogeros a tí y a McIvy. Pero ¿no dices nada? Te has quedado de piedra. ¿Sucedo algo?

— Nada, Mr. Starkie. Han sido muchas noticias. Mi padre enfermo y yo no estaba enterado a pesar de que he llamado cuatro veces a casa. Pablo no me dijo absolutamente nada. Luego...

— Tu padre le ordenó que se callara. Ya te he dicho que no quería alarmarte innecesariamente. Deseaba interferir en tus estudios lo menos posible. Pero, perdona mi interrupción y continúa.

— Decía que, luego, me entero de que lo más fácil es que consiga aprobar el curso, aunque he procurado estudiar...

En este momento, se produjo una nueva ruptura en el parlamento de Héctor. Esta vez se debía a Mr. Crownny.

— Todos los profesores han coincidido en sus apreciaciones. Los informes indican unánimemente que es usted un estudiante dotado de excelentes condiciones y una mente despierta y receptiva. Además, señalan que la carrera que ha comenzado es la más apropiada para sus posibilidades. He de añadir que su comportamiento, contrariamente a lo que su padre me había hecho temer -por boca de Mr. Starkie- no ha dejado nada que desear. Ni un solo pecadillo figura en su expediente. Siempre he creído que las amistades tienen decisiva importancia en la conducta de los muchachos. En este caso no se ha producido la excepción que confirma la regla. La compañía de McIvy, John y Peter, los cuales, entre paréntesis, también aprobarán, ha sido concluyente. Le felicito por su perspicacia al elegir sus amistades y le ruego disculpe mi extemporánea intromisión en lo que iba diciendo.

Héctor se encontraba totalmente desconcertado. Minutos antes había penetrado en la guarida de la persona más temida de la B.S.E., con el ánimo por los suelos y las piernas temblorosas, convencido de que tendría que arrostrar las iras del averno y, no sólo le comunicaban que sus temores eran infundados, sino que recibía parabienes que hubieran hecho sonrojarse a cualquiera menos encallecido.

¡Vivir para ver! Había tenido que venir a Inglaterra para que sucediera algo insólito.

Aprobaba, nadie le ponía impedimentos para su viaje a Escocia y, como guinda, le prometían una elevada suma. Indudablemente, lo que había afirmado el rector era irrefutable. La amistad que lo unía a Vernon, Peter y John había sido un acierto, aunque por razones totalmente distintas a las que Mr. Crownny invocaba.

El resto de la entrevista pasó para Héctor como algo desprovisto de realidad. Como la de un convidado de piedra, su asistencia fue puramente testimonial; tan inesperadas noticias estuvieron a punto de privarlo del habla. Cuando se le autorizó a hacerlo, se despidió torpemente de Mr. Starkie y del rector e, igual que un borracho, salió tambaleándose al pasillo donde era aguardado con impaciencia por el inquieto trío, que tampoco tenía tranquilas las conciencias.

— ¿Qué ha pasado? -quiso saber inmediatamente John.

— Vámonos de aquí y os lo diré. Pero podéis serenaros. Tengo buenas noticias. Para todos -agregó con una mueca risueña.

Mientras tanto, en el despacho del rector, Mr. Starkie lamentaba la brusquedad utilizada al revelar a Héctor la enfermedad de Regino.

— El pobre muchacho ha quedado muy afectado. Y eso que le he ocultado que ha perdido la vista -dijo reprochándose la inexcusable falta de tacto-. Mi amigo ha debido pasarlo muy mal. Una enfermedad cruelísima. Afortunadamente, servirán de consuelo las excelentes noticias sobre Héctor. Le harán falta el apoyo y el cariño de sus hijos.

Poco más de una semana después, Williamson, al volante del automóvil de su patrón, pasó por la B.S.E. Venía a recoger a los señores Midas y McIvy, anunció al viejo Jim.

Cuando los chicos bajaron portando la reducida impedimenta que llevarían en su desplazamiento al país de Vernon, el chófer, tan estirado y poco locuaz como recordaba Héctor, los saludó fríamente, introdujo las maletas -dos por persona- en el portaequipajes y, ya rodando hacia la verja, al cruzar la cual los pasajeros del vehículo no consiguieron reprimir una alegre carcajada, informó sobre el alcance de su misión. Para los satisfechos estudiantes el recitado adquirió los acentos de una exposición logística del más puro carácter castrense.

— Mis órdenes son conducirlos al despacho de Mr. Starkie. Desde allí, con tiempo para realizar el vuelo Londres-Glasgow, al aeropuerto de Gatwick. Los pasajes se encuentran en poder de la señorita Priscila, secretaria de mi jefe. También les facilitará los

billetes para el expreso Glasgow-Aberdeen, y las reservas para el autobús que cubre el trayecto desde esta ciudad hasta Lairg. La agencia de viajes que se ha encargado de la planificación, ha recomendado este itinerario que permitirá al señor Midas un conocimiento más amplio del país. De Lairg al lago Shin, pueden tomar un taxi.

Tras el desacostumbradamente largo parlamento, Williamson no volvió a despegar los labios hasta que, llegados ante el edificio que albergaba las oficinas de su jefe, afirmó:

— Les aguardo aquí mismo.

Su aserto llevaba implícita la aseveración de que ninguna fuerza humana sería capaz de desalojarlo del lugar que ocupaba salvo, naturalmente, una orden directa de Su Graciosa Majestad. De todos modos, esta probabilidad resultaba bastante remota ya que a aquella hora, Elizabeth probaba una amplísima colección de cubrecabezas que incluía buen número de ejemplares idénticos a los que le habían adjudicado su bien ganada fama de "mujer más elegantemente ensombreada del universo".

Héctor y Vernon permanecieron muy poco tiempo en el imperio financiero de Mr. Starkie. El suficiente, no obstante, para hacerse cargo de los documentos que Priscila, en ausencia de su principal, les entregó. Además de billetes y pasajes, obsequio de Mr. Starkie, Midas recibió setecientas libras esterlinas en efectivo y la seguridad de que, caso necesario, otras trescientas le serían remitidas cuando las solicitara.

El vuelo a Glasgow transcurrió sin novedad, a menos que se calificara de tal la ausencia del bordoneo auditivo habitual compañero de todo desplazamiento aéreo realizado por el hijo del generoso Regino. La novedad podía deberse al gozoso estado de ánimo del viajero, a la estupenda presencia de McIvy, al éxito obtenido en los estudios o a la suma de aquellas afortunadas circunstancias. Héctor no sentía el menor deseo de perder el tiempo en análisis superfluos. Estaba dispuesto a disfrutar y lo hizo a conciencia.

Sobre todo, el trayecto que separaba Glasgow de Aberdeen a bordo del veloz tren que cruzaba una amplia extensión de Escocia, lo llenó de satisfacción. La conversación de Vernon, siempre chispeante y plena de humor, se le subía a la cabeza como las burbujas de un vino espumoso. Tenía que reconocer que la insistencia de su padre, el acto tiránico a causa del cual se vió obligado a ausentarse de Oviedo, había producido frutos insospechados. Por ejemplo, la amistad con Peter, John y, sobre todo, McIvy que puso a su alcance las claves de otra forma de vivir la vida.

— ¿Qué te pasa? -inquirió Vernon al observar la abstracción de su compañero.

— Estaba pensando en que he tenido una gran suerte al conoceros, a tí y a los otros -aclaró innecesariamente-. Me habéis dado a conocer una nueva filosofía de la existencia. No es nueva por sus resultados, sino por la forma de llegar a ellos. Allá en Oviedo, también hacía lo que me daba la gana, pero las consecuencias eran extremadamente desagradables. La recompensa inevitable consistía en reproches y castigos. En cambio, aquí ha sido distinto. Hemos hecho nuestra voluntad y, particularmente, he conseguido pasar el curso, un viaje gratuito a tu país y una bonita cantidad de dinero. He de reconocer que he tenido una suerte inmensa.

— Te equivocas. En lo que has dicho no intervino la suerte para nada. Todo es el resultado de la aplicación de métodos racionales garantizados por la tradición. La cuidadosa observación de las pifias cometidas en el pasado ha llevado a la juventud moderna a la espléndida realidad de nuestros días. Nuestros antecesores tenían plena conciencia de los defectos y debilidades de sus mayores, aunque no pasaban de ahí; nada hacían para sacarles provecho. Ahora, todo ha cambiado. En una original revolución incruenta, se utilizan a pleno rendimiento los recursos ofrecidos por las flaquezas paternas e, incluso, yendo más lejos, fomentamos otras cuya posesión ignoraban. En resumen, mediante esta astuta forma de actuar, ellos se encuentran satisfechos y nosotros, logramos cuanto pretendemos.

Vernon afirmaba sus creencias desapasionadamente y sin que su fisonomía delatase la hilaridad que pugnaba por exteriorizarse.

A medio camino entre Glasgow y Aberdeen, McIvy desvió la conversación hacia temas de mayor enjundia.

— He de confesarte, querido Héctor, que soy un perfecto egoísta. Sí, procuré que mi madre te invitase a casa por varias razones, entre las cuales se encuentra el deseo de continuar gozando de tu compañía; pero la principal radica en el hecho de que no dispongo de otro lugar donde pasar las vacaciones y, sintiéndome incapaz de soportar yo solo a mis padres, he pensado que mi cuota personal se vería reducida en la parte que tengas la bondad de adjudicarte. Seré totalmente sincero. Mis padres no son malos; su problema, o, más exactamente, el problema de quienes están cerca y no pueden irse a Ciudad del Cabo, como hizo mi hermano mayor, es que son absurdos, estúpidamente absurdos. De mi madre ya te he hablado algo; sin embargo, por mucho que te diga, no

conseguirás hacerte una idea, siquiera aproximada, de su personalidad. Es mejor que la veas. En cuanto a papá McIvy, ignoro cómo podría darte a conocer el ambiente de irrealidad que le rodea. Se trata de un ser imposible cuya materia vegeta en el siglo XX mientras su espíritu brilla y triunfa en el XI. Actualmente, la única ocupación que se toma en serio está íntimamente relacionada con el consumo de enormes cantidades de whisky. A media tarde, achispado pero no borracho todavía, secuestra a quien se le ponga a tiro obligándole a escuchar interminables trozos de la "Crónica de Carham", un libro que comenzó a escribir hace veinte o más años y no terminará jamás, que revela al mundo el destacado papel que los McIvy desempeñaron junto al rey Duncan -nieto de Malcom II- en la batalla de Carham librada en el año 1.018.

»Eso, si aún no está ebrio. Cuando alcanza ese estado, que ha perseguido con perseverancia merced a incontables libaciones, maldice a los traidores firmantes del tratado de Northampton, en 1.328, que puso fin a la guerra con los ingleses y fijó los límites de Escocia. Haciendo uso de un lenguaje rico en expresiones contundentes de variado matiz, anatemiza a quienes "empequeñecieron para siempre la bravía tierra de los clanes, el faldellín y la gaita". Luego, se queda dormido y es conducido a la cama.

»Si te he revelado todo esto, cosa que me ha costado mucho trabajo, ha sido únicamente por lealtad. No sería correcto que te ocultara lo que vas a encontrar a tu llegada; además, te aseguro que comprendería tu decisión si, al llegar a Aberdeen, tomaras otro tren que te devolviera a Glasgow en vez de continuar hacia McIvy's Nest.

— Cuanto has dicho no ha conseguido otra cosa que aumentar mi curiosidad. Ardo en deseos de conocer personalmente a tus padres a quienes, desde ahora mismo, declaro inocentes de un defecto odioso: ninguno de los dos es aburrido. Creo que el aburrimiento -tanto el sentido por uno mismo como el que se produce en los demás- es insultante. Si una persona cuenta con un espíritu pasivo, incapaz de interesarse por algo original y alejado de lo rutinario por extravagante que pueda parecer el objeto de aquel interés- esa persona está más muerta que viva. Los señores McIvy, ambos de acuerdo con tus informes, me parecen seres con tanta vida como nosotros mismos. Te aseguro que me siento impaciente por echarles la vista encima y oírlos hablar.

McIvy's Nest recibió a los viajeros con una exhibición de rayos y truenos que trajo a la memoria de Héctor las felices jornadas infantiles en las que, con la boca abierta,

contemplaba los fuegos artificiales quemados en Oviedo a la mayor gloria de San Mateo.

La diferencia radicaba en que aquí, desde el vetusto caserón con trazas de castillo, fortaleza o prisión, resultaba sumamente fácil comprender que los estampidos eran causados por una pirotecnia real que nada tenía de fingida. Los impresionantes trallazos retumbaban con estruendo y su eco, rebotando entre agrestes picachos rocosos, venía a sumarse a los que se producían allá arriba en el cielo plumizo.

El señor de la casa, hundido en un antiquísimo sillón de cuero, tenía la pierna derecha extendida sobre un escabel en el que también se apoyaba un nudoso garrote. Encima de la mesa, a su alcance, un enorme frasco de cristal mediado de whisky, un vaso lleno y una pipa apagada. Era un hombre fornido, cargado de espaldas, cuya mirada -que brotaba de los ojos gris acerado situados al abrigo de cejas espesas como matorrales salvajes- contenía una mezcla de sarcasmo y halago. La barba, larga, poblada, formada por hirsutos cabellos rubios entre los que brillaban abundantes canas, contribuía a prestarle un aire feroz y amenazador. Sin embargo, esta primera impresión se desvanecía tan pronto como comenzaba a hablar. Su voz, un poquito ronca a causa del abuso del alcohol y el tabaco, tenía encanto. Y el que la emitía era consciente del hecho pues, desvergonzadamente, aprovechaba la circunstancia para atrapar a quienes no lo conocían a fondo y, absortos en el tono, sin fuerzas para romper el sortilegio, soportaban en silencio los larguísimos monólogos con que obsequiaba a los incautos.

La conversación de McIvy padre rara vez se apartaba del único tema que le interesaba. La historia de Escocia, la perfidia de Inglaterra y la reminiscencia de antiguas partidas de caza.

— Bienvenido a McIvy's Nest, señor Midas. Disculpe que no me ponga en pie. La gota no entiende de amenidades sociales y me obliga a permanecer sentado. Pronto deberé resignarme a recibir acostado a mis escasos visitantes. ¿Qué tal han hecho el viaje? ¿Qué le ha parecido lo que ha visto de este país?

— Muchas gracias, Mr. McIvy. El viaje, magnífico. Y lo que he visto, desde Glasgow hasta aquí arriba, una maravilla. Algunos lugares, por ejemplo los alrededores del lago Shin, me recuerdan las cercanías del lago Enol o el Ercina, en la parte asturiana de los Picos de Europa. Los riscos de piedra, las cumbres nevadas aún en verano, parecen hechos para la misma gente bravía. Puede que escoceses y asturianos tengamos muchas

cosas en común; la gaita es una de ellas. Ya sé que son dos gaitas distintas, con sonidos diferentes, pero no dejan de ser gaitas.

— Tiene usted razón, señor Midas. Tenemos mucho en común y no es más porque Dios no lo ha dispuesto así. No obstante, poco ha faltado. No sé si sabrá que, en el año 1.719, un barco expedicionario formado por trescientos soldados españoles desembarcó en las tierras del oeste. Puede que, tan lejos de Asturias, intentaran encontrar un lugar que se le pareciera; ignoro lo que pretendían. Lo que sí me consta, pues figura en los anales históricos, es que se libró un encarnizado combate -la batalla de Glenshire- que acabó con sus esperanzas de quedarse en estas tierras. Bueno, los muertos sí lo lograron, pero no vivieron lo bastante para comprenderlo. En fin, éste no es el momento más oportuno; vendrán cansados y estarán deseando remojarse un poquito. Otro día continuaremos esta interesante conversación.

— Sí, papá. Tienes razón. Vamos a refrescarnos -se apresuró a intervenir Vernon-. ¿Ha llegado mamá? Sé que pensaba salir para acá un día de estos.

— Sí, ha llegado hace dos días. Ha ido a visitar al pastor de Lairg, pero supongo que no regresará hasta que cese la tormenta. No habrás olvidado el temor que le producen los rayos y los truenos. Y ahora podéis retiraros; nos veremos a la hora de la cena.

Al abandonar el gran salón donde el señor McIvy mataba el tiempo y procuraba de manera incansable la destrucción simultánea de hígado y pulmones, se escuchó un formidable estruendo. Había caído un rayo sobre uno de los almiarés cercanos sin que, por verdadero milagro, se produjese víctima alguna. El incendio declarado a continuación lo redujo a cenizas y puso el temor de Dios en el corazón de Héctor que, hasta entonces, no había sido espectador de semejante combinación de luz y sonido carente de toda intervención humana.

Desde una de las ventanas parecidas a troneras y dispuestas a intervalos regulares para facilitar la defensa de una plaza fuerte, los dos amigos contemplaron los denodados esfuerzos que un grupo de ancianos criados realizaba tratando de salvar algo del llameante infierno.

— Las tormentas son muy frecuentes en esta zona, pero, a pesar de ello, nunca he podido acostumbrarme a ellas. Cuando veo caer un rayo, siento verdadero pánico. Anda, vámonos; no podemos hacer nada -dijo Vernon apartando la vista del enorme res-

coldo-. Vamos a lavarnos un poco; después daremos una vuelta para que conozcas el ruinoso solar de los McIvy.

Vernon como comprobó Héctor momentos más tarde, no había exagerado al aplicar a McIvy's Nest el calificativo de ruinoso. El conjunto de interminables y angostos corredores que unía -o separaba, dependiendo del punto de vista del observador- las destartaladas estancias, contribuía a prestar al caserón un definitivo aire de abandono. Los antiquísimos muebles, a los que el tiempo había cubierto con su pátina, añadían un tono de resignada tristeza que, ni el carácter del propietario ni las largas ausencias de la castellana, podían mitigar.

La indefinible, pero avanzada, edad de los criados, haciendo juego con el medio que los rodeaba, era una peculiaridad más en aquella especie de museo que, incluso, parecía contar con un olor propio muy distinto a los registrados hasta entonces por la pituitaria del español.

Durante la cena, Héctor tuvo la oportunidad de observar a la madre de Vernon, a la que había sido presentado minutos antes. Las frecuentes y nada halagüeñas alusiones del hijo no habían bastado para describir, en toda la triste realidad, la mujer a la que iba a conocer. Tan pronto como la vio sospechó que allí estaba la culpable de la inmoderada afición al alcohol experimentada por el marido. En cuanto la oyó hablar, tuvo el convencimiento de que la conjetura dejaba de serlo para convertirse en certeza.

Los comentarios de la señora McIvy, totalmente extemporáneos y carentes de lógica, adquirirían en la desvencijada sala matices grotescos que el esposo aparentaba no percibir aunque, de cuando en cuando, incapaz de permanecer tan imperturbable como quisiera, esbozaba una sonrisa socarrona.

Ella, sin embargo, ignorante de cuanto no perteneciese a su particular mundo de modistos, aristocráticas fiestas y estrenos teatrales, hablaba y hablaba sin darse punto de reposo. Tan deseosa estaba de desempeñar con brillantez el papel de distinguida anfitriona que saltaba de un tema a otro, dejando sin terminar algunas frases y comenzando otras por la mitad.

En cierto momento el señor McIvy, mudo como una ostra hasta entonces, abrió la boca para decir con semblante perfectamente serio:

— Aún no nos has dicho, querida, si en Londres han vuelto a ponerse de moda los miriñaques. Te aseguro que no puedo ocultar mi impaciencia por conocer tan trascen-

dental noticia. Mi ignorancia sobre el asunto hace que lleve mucho tiempo sin conseguir conciliar el sueño.

A partir de aquel instante, la cena transcurrió en absoluto silencio. Ninguno de los comensales se tomó la molestia de intentar al menos el inicio de lo que pudiera pasar por un remedo de conversación. Las palabras del dueño de la casa, pronunciadas con helada virulencia, pesaban como una losa.

Héctor, con la vista clavada obstinadamente en un punto del mantel, se encontraba violentísimo. Cuando, mediante un poderoso esfuerzo, logró arrancarse de su abstracción para echar una ojeada a Vernon, se encontró con que éste lo contemplaba con una mirada en la que podía advertirse que la situación, por repetida, no le causaba impresión alguna.

Finalizada la callada ceremonia, los estudiantes en vacaciones se dirigieron al dormitorio -compartirían el mismo, como en la B.S.E.- dejando tras ellos al matrimonio encerrado en un tozudo mutismo.

— En la casa hay más habitaciones, pero en tal estado de decadencia que sería tentar al diablo pisar el suelo sin ponerse un paracaídas. Además, ya estamos habituados a la situación, ¿no te parece?

— Sí, no te preocupes. Está muy bien así.

— Bueno, ¿y qué me dices de mis padres?

— Pues lo cierto es que no sé qué puedo decirte. Si no temiera ofenderte ...

— ¡Qué demonios vas a ofenderme! Cualquier comentario que hagas resultará pálido comparado con los míos. Así que ánimo y dime lo que se te ocurra.

— De acuerdo, pero luego no te quejes si soy excesivamente sincero. De tu madre voy a decir poco. Solamente que tenías razón en lo que me habías contado. Francamente, si la mía hubiera tenido alguna semejanza con la tuya, me alegro enormemente de no haberla conocido. Acerca de tu padre, aún no puedo pronunciarme; poseo pocos elementos de juicio. A pesar de ello, me atrevería a asegurar que tampoco has exagerado. Parece ser un hombre extraño, sumergido en el pasado, que regresa al presente sólo para empaparse de whisky.

— Eres un observador formidable y dominas mi idioma a la perfección, pero te has quedado corto. Espera un par de días y verás lo que es bueno. Aguarda a que empiece a lamentarse ante su incapacidad para continuar matando gatos salvajes. Maldecirá la gota

que lo mantiene amarrado a su sillón -una gota que para mí se ha convertido en un auténtico chorro a causa de las cataratas de alcohol que ingiere- y alardeará de su infalible puntería hasta producirte náuseas. Me cabe el dudoso honor de haber nacido de la pareja más inadecuada de la creación. Hace años me devanaba la sesera intentando encontrar un solo motivo que pudiera haberlos conducido al matrimonio. Al comprender la inutilidad de lo que hacía, traté de encontrar la razón de que aún no se hayan divorciado. No tienen nada, absolutamente nada, en común. Ella es presbiteriana, él católico. Ella, mundana, cosmopolita, inconsciente, moderna hasta el futurismo, confiada, charlatana y nació en Inglaterra. El, retraído, lugareño, reflexivo, tradicionalista, receloso, de pocas palabras excepto para hablar del pasado y natural de Escocia. Resumiendo, son el agua y el fuego hechos personas. Mi hermano supo resolver la situación largándose a África del Sur, de dónde supongo no volverá nunca. Es lógico pensar que preferirá solventar sus problemas con los negros que los surgidos a cada paso con nuestros padres. Aquí está mal visto utilizar el rifle; allá puede que le concedan una condecoración. Ha sido un egoísta listo. Casi tanto como yo al meterte en este avispero, porque, aunque ya sabías a qué atenerte, es de esperar que no imaginaras la realidad. Perdona, si puedes, la faena que te he hecho.

— No tengo nada que perdonar. Claro está que no voy a decirte que he disfrutado durante la cena; fue algo muy desagradable. Pero, a pesar de ello y de que no pienso utilizar la escena en alguno de los libros que mi padre espera de mí- resulta interesante observar estas peculiaridades del género humano. Por otra parte, me alegra comprobar que tus motivos para sacar tajada de la situación están plenamente justificados. Además, fortifica mis intenciones de hacer lo propio cuando regrese a Oviedo. Así que, ya ves, te estoy muy agradecido.

Poco más hablaron aquella noche. Ambos estaban cansados tras el largo viaje desde Londres.

A la mañana siguiente, tan solo los restos negruzcos y aún humeantes recordaban la tormenta de la víspera. Aunque soplaba un viento frío, frecuente en aquellos andurrialles, al decir de Vernon, en el cielo sin nubes lucía un sol esplendoroso.

Al desayuno, abundante y nutritivo, que McIvy padre remató con un vaso de whisky, no compareció la señora de la casa.

— Mi madre, siempre optimista, afirma que no está presentable hasta las dos de la tarde -cuchicheó el despiadado hijo.

— Antes de irnos, ayudadme a pasar al salón -tronó el excazador-. Y no olvidéis eso -añadió señalando el descomunal frasco de vidrio, almacén de su líquido consuelo.

Los dos muchachos obedecieron las órdenes y cuando, acomodado el irascible lisiado en el sillón que ocupaba habitualmente, se aprestaban a marcharse, fueron detenidos por una pregunta que, formulada en un tono más cortés, hubiera resultado normal, pero no lo era en el utilizado.

— ¿Qué pensáis hacer esta mañana?

La cuestión sonó como si tras ella se ocultara la sospecha, casi la certeza, de que su salida encubría alguna intención delictiva o pecaminosa.

— Vamos a dar un paseo hasta el lago. Quiero que Héctor le eche un vistazo. Después no sé, por ahí.

— ¿Le gustan las armas de fuego? -inquirió el viejo McIvy con la dúctil voz que, tan pronto profería improperios como balbuceaba halagos-. A usted me refiero, Mr. Midas. Ya sé que Vernon las odia.

— Pues, francamente, no sé qué responderle. Nunca he tenido una en las manos.

— Pues ya es hora de que sepa a qué atenerse. A ver, Vernon; saca un rifle del armero. No, ese no. El que tiene la mira telescópica. Pásalo a Héctor. Y usted, cójalo. Balancéelo en las manos. Compruebe lo magníficamente equilibrado que ha sido construído. Ahora, apunte a la ventana. No, hombre, no; así no. Déme, déme. No tiene usted la menor idea de cómo deben tratarse estos aparatos de precisión. Mire, así hay que cogerlo; con suavidad y, al propio tiempo, con firmeza. Utilizando este mismo, he dado muerte a más gatos salvajes de los que verá usted en su vida. No recuerdo el número exacto, pero debieron pasar de doscientos.

— Tenía entendido que para este tipo de piezas se usaban escopeta y cartuchos de perdigones -se atrevió a opinar Héctor.

— Cierto. No obstante, con perdigones o postas resulta tan fácil que yo prefiero, prefería las balas. Con una escopeta me parecería estar cometiendo un asesinato. Yo soy un deportista.

— ¿Entonces la mira telescópica...? -insistió Midas.

— Bueno, tampoco es cosa de pasarse. No debe confundirse el deporte con el romanticismo -concluyó el experto, guiñando un ojo burlonamente y devolviendo el arma a Vernon-. Si hubiéramos dispuesto de varios cientos como ése en el año 1.328, no se hubiera consumado la traición del maldito tratado de Northampton. No, porque no hubiera sido suficiente la retirada de todos los ingleses a los que hubiéramos perseguido hasta arrojarlos al mar en el sur de su isla. Si mis antepasados, que entonces ocupaban puestos prominentes en la corte del rey Bruce, hubiesen comprendido la trascendencia de aquella coyuntura, no hubieran accedido a dar por buena la aceptación inglesa de los límites de nuestra nación que, en realidad, fue la encerrona con la que nos han obligado a resignarnos a ser lo que somos. Cuando los astutos ingleses renunciaron a bombo y platillo ...

El señor debía sentirse sumamente sediento pues, interrumpiendo de pronto el hilo de su discurso, se sirvió una generosa dosis de whisky y la bebió con avidez.

— Cuando aquellos marrulleros -continuó diciendo- decidieron olvidar sus pretensiones de hegemonía sobre Escocia, sabían muy bien lo que se hacían. Al presentarnos el cebo del tratado de Northampton actuaron con su perfidia característica. Sí, estoy convencido de que se dijeron: abandonamos sus tierras, fijamos sus límites pero, al propio tiempo, marcamos los nuestros. Aquel estúpido tratado fue la causa de que hayamos perdido para siempre la oportunidad de que Gran Bretaña se convirtiese en Gran Escocia. La historia de las grandes naciones está plagada de infames fracasos propiciados por hombres pequeños ...

Con estas palabras, el señor de McIvy's Nest se sirvió una nueva ración de su néctar preferido y observando el vaso a contraluz, como si en la contemplación del dorado líquido esperase hallar nuevos argumentos contra los odiosos ingleses, permaneció absorto unos instantes.

La pausa fue inmediatamente aprovechada por Vernon que, decidido a no soportar por más tiempo la cantinela tantas veces escuchada, asió por un brazo a Héctor y lo remolcó a toda prisa fuera de la sala.

— Hasta luego, papá -se limitó a saludar desde el pasillo.

Ya fuera de la sala y lejos del aburridísimo conferenciante, Vernon agregó:

— Por hoy ya ha estado bien. Pero prepárate; la disparatada lección de historia continuará tan pronto como nos coja por sorpresa. Acerquémonos al lago antes de que esta-

lle otra tormenta como la de anoche. Estas, como mi padre, se ponen en marcha sin previo aviso.

CAPITULO VIII

— No seas pegajosa, Alicia. Te lo he dicho muchas veces. Ya no sé cómo puedo hacerte comprender que no estoy dispuesta a soportar tus efusiones a todas horas.

— Pero China, ... antes no eras así

— Antes era antes y ahora es ahora. Cada cosa a su tiempo.

— Si queréis que os deje solas -intervino Maru Alcántara, que asistía íntimamente complacida a esta conversación- no tenéis más que decirlo.

Alicia no se dió por aludida, pero China, deseosa de contar con la presencia de alguien que hiciera menos penosa la escena, se apresuró a negar:

— No, no, quédate.

Hacía seis meses que las dos amigas vivían juntas y apenas dos que Maru había hecho su aparición en el piso que aquéllas compartían. Al principio, sus esporádicas visitas tenían el aspecto de ser algo impremeditado. Poco a poco, sin embargo, inició una campaña de comparecencias cotidianas que convirtió su figura en algo tan familiar como la de los muebles y los cuadros de la vivienda.

Llegaba a cualquier hora de la mañana o la tarde y únicamente desalojaba el campo bien entrada la noche. Hablaba poco y escuchaba mucho. Pronto advirtió que las cosas no marchaban bien para la pareja y entonces, con hipócrita habilidad, dejando caer ahora una palabra, después otra, siempre con fingida inocencia y, pretendiendo causar la impresión de que solamente intentaba imponer la paz y el buen sentido, se lanzó a la tarea de ampliar el abismo que, estaba claro, empezaba a separar a quienes no vacilaba en llamar sus mejores amigas.

En realidad, los esfuerzos de Maru eran innecesarios. Podía haberse ahorrado la molestia y, tranquilamente, esperar el desenlace de la situación cada día más deteriorada.

Tanto China como Alicia comprendieron las intenciones que albergaba Maru, pero ninguna de ellas hizo nada para desanimarla. La primera, porque la actuación de aquella enredadora convenía a sus planes; la segunda, porque creía que su amor y el que China sentía por ella, sería más fuerte que el maquiavelismo de pacotilla que se ponía en práctica ante sus ojos.

Efectivamente, China estaba harta de las ardientes demostraciones amorosas de Alicia. Su temperamento, nunca muy constante, le exigía un cambio. "Aquello había estado bien mientras duró, pero ahora resultaba excesivamente acaramelado. Al principio, no podía negarlo, la seducción de la semiinocente alma de cántaro que ignoraba si era carne o pescado, había tenido encanto. No había sido tarea difícil pues estaba madura. Reconocía que el relativo esfuerzo había merecido la pena. Era una mujer hermosísima con un físico impresionante. Su cuerpo no tenía tacha. Siempre recordaría que fue ella la primera en hacerla disfrutar de sus escondidos encantos, la primera en hacerla gozar, en despertar sus sentidos, en enseñarle la auténtica finalidad de la existencia de cada uno de los rincones de su monumental anatomía".

"Pero si corporalmente nada dejaba que desear, mentalmente, a pesar de ser una persona adulta, se conducía con la misma inestabilidad que una niña de quince años. Algo fallaba bajo la poblada melena pelirroja. Inocente paloma persuadida de la posibilidad del amor eterno, inacabable, inagotable, creía que ella, China, de vuelta ya de tantas batallas -unas victoriosas y otras teñidas por la amarga derrota- se resignaría a permanecer a su lado para siempre. No, China Castro era incapaz de renunciar a la excitación de la caza, la persecución, la aproximación, la toma de contacto, el disfrute de nuevas sensaciones, para iniciar a continuación nuevas expediciones".

"¿Quién sería el majadero que propaló el infundio de la supremacía exclusiva del macho en las operaciones cinegéticas?"

"Sí, decididamente, continuaría permitiendo que Maru, la solapada farsante, prosiguiera con su evidente labor de zapa, de la cual, la única que se creía libre de detección era la propia actuante".

"Sí, porque estaba convencida de que la misma Alicia, tan cándida para otras cosas, era consciente de los burdos manejos realizados por la de Alcántara".

"Lo que no estaba de manifiesto era el motivo de tanta maniobra. ¿Por qué tendrá el capricho de separarnos? Sea por lo que sea, su actuación -de verdadera aficionada- me conviene. Si tiene éxito total me ayudará a quitarme de encima a Alicia y si no es así, sus esfuerzos contribuirán a conseguir el mismo resultado".

"Y, en cuanto termine esta situación -que se ha convertido en una verdadera pesadilla- me dedicaré de lleno a Pacita. Pacita es una cría, no tan hermosa como Alicia, desde luego, pero su cuerpo adolescente es una tentación irresistible. Hasta ahora, mis mujeres eran eso, mujeres. De ahora en adelante, creo que me dedicaré a las jovencitas. Su inocencia añade otro atractivo a la conquista. Pero ¿qué digo inocencia? ¿Qué clase de virginidad es la que pone en su mirada ese brillo malicioso, en la boca la sonrisa incitante y en la lengua, que humedece los labios con gesto de gula, un mundo de lujuria desatada? ¿Se puede ser candorosa y sabia al propio tiempo? Los misterios que encierran estas preguntas no me serán desvelados hasta que desnude a Pacita, hasta que pueda contemplar en el fondo de sus ojos la chispa encendida por el contacto de mi piel sobre la suya. Hasta entonces, no sabré si se trata de una niña ingenua o de una lúbrica ninfa que arde en deseos tan lascivos como los míos. Pero entonces será demasiado tarde. Las dos serán la misma y las dos me pertenecerán".

Por su parte, Alicia, tan enamorada como el primer día, en vez de ver aplacada su sed de placer en la repetida realización del acto amoroso, sufría un doloroso anhelo, jamás colmado, que ninguna caricia de China conseguía calmar. Experimentaba tal angustia que nada de lo que su amante hiciera o dijese lograba mitigar. Era consciente de que la estrecha y cálida relación que las unió durante aquellos meses gloriosos se tornaba en algo distinto, tibio y rutinario, insuficiente para mantenerla en el estado de beatífica plenitud de los primeros tiempos.

La suprema dicha que en los días de "La Felicidad" le había causado la engañosa impresión de haber encontrado un inagotable manantial de ventura, había sido un espejismo que cruelmente comenzaba a difuminarse.

Cuando, por primera vez, advirtió un matiz de despego en la actitud de China, no le faltaron argumentos para disculpar el inesperado descenso de la temperatura. Además,

la propia causante del traspiés, consciente de su resbalón, se había apresurado a enmendarlo con un afectuoso achuchón y un par de zalamerías.

No transcurrió demasiado tiempo, sin embargo, sin que se produjesen nuevas situaciones semejantes. Pero entonces, China no se había tomado la molestia de ponerles remedio. Ni siquiera lo intentaba. A partir de entonces se hizo evidente el hastío de su pareja. Alicia recorrió el áspero camino que conduce desde la acongojante duda a la amarga certeza.

Estaba desesperada. Con dócil indignidad, se prestó de buen grado a complacer a China prodigándole las más denigrantes caricias, aquéllas que, incluso en los primeros momentos de ciega pasión, había aceptado con callada repulsión. La sumisa actitud no obtuvo recompensa alguna. La de Castro admitía cuanto se le ofrecía como algo merecido, pero se abstenía de descender del plano superior y alejado al que su paulatina indiferencia la había elevado.

Alicia se sentía profundamente desgraciada.

"Ahora que, por fin, conozco quién y cómo soy, lo que deseo y aquello que puede hacerme dichosa, la única persona a quien amo, la que me ha convertido en un ser humano completo sacándome del limbo en que he vivido desde mi nacimiento, me rechaza. Porque, no puedo equivocarme, China se ha cansado de mí; puede que nunca me haya querido, por lo menos, como yo a ella".

"Y ahora, cuando me deje, ¿qué voy a hacer? ¿Volveré a vivir como antes de aquella primera noche con ella? ¿Seré capaz de repetir con otra mujer las mismas cosas que me ha enseñado China? Nunca volveré a experimentar sensaciones parecidas. Es imposible".

"A la que no acabo de entender es a esa endiablada Maru. ¿Qué pretenderá con sus descarados manejos? Debe creernos un par de tontas para pensar que sus intentos de separarnos pasan desapercibidos. Pero ¿por qué quiere hacerlo? La única explicación es que también ella se sienta interesada por China... o por mí ... No, no puede ser. Si hubiera algo de esto, por muy en guardia que estuviera, ya lo habría dado a entender con algún pequeño detalle. Aunque estoy lejos de ser un lince en estas cuestiones, no soy tan lerda como para no darme cuenta".

"Y a China, de eso estoy completamente segura, no le gusta Maru. Tampoco van por ahí los tiros".

Maru Alcántara abrigaba proyectos más ambiciosos. Hacía años que daba rienda suelta a su desenfrenada sensualidad y aspiraba, no a obtener los favores de China o de Alicia, sino de las dos al mismo tiempo. Ambicionaba iniciar un triángulo amoroso cuyos vértices ocuparían ella misma y las componentes de la pareja que confiaba separar para reunir las bajo su experta dirección. Había planeado la operación meticulosamente, diciéndose que si el proyecto fracasaba, siempre quedaría la posibilidad de formar un dúo con Alicia, por la cual experimentaba una fuerte atracción desde tiempo atrás.

"Lo del trío -algo que satisfaría plenamente su sed de platos fuertes- acaso fuese un sueño irrealizable, pero la unión con Alicia era factible. No porque ésta hubiera llegado al hastío junto a China, eso no. Sencillamente, porque la última había comenzado a cansarse de la otra y no estaba lejano el momento en que, con su característica impaciencia y brusquedad, la apartaría de su lado, sin contemplaciones. Entonces, cuando la deprimida pelirroja añorase los brazos de su amante, cuando necesitara consuelo y comprensión, allí estaría ella para ofrecerle cuanto necesitara y aún más".

"En último extremo, si era necesario, ella -Maru- disponía de los remedios adecuados para conseguir que la persona más deprimida y con menos ganas de vivir, olvidase sus penas y volara en alas de la fantasía dejando tras de sí las minucias de este mundo estrecho y miserable".

Maru, con una constancia digna de mejor causa, redobló sus esfuerzos y, muy pronto la casa, hasta hacía poco un oasis de paz, se trocó en campo de batalla. El ambiente se enrareció de tal modo que la propia Alicia, manso cordero dispuesta a todo por complacer los menores caprichos de China, recobró su antigua personalidad tornándose una fiera que mostraba los colmillos de sus feroces respuestas. Intemperante a pesar de ella misma, pues comprendía que su cambio facilitaba la creciente frialdad de China, se enredaba en peleas verbales sin la menor utilidad práctica.

El curso de los acontecimientos favorecía las aspiraciones de Maru que atizaba la discordia a la espera de recoger los frutos previsibles.

La tarde en que la disputa entablada por una fruslería cualquiera alcanzó la cima de lo intolerable, China se levantó del sillón que ocupaba y, sin decir una palabra, sin detenerse siquiera a recoger el abrigo que colgaba en el perchero, se fue del piso cerrando la puerta con inesperada suavidad.

Las lágrimas de Alicia brotaron incontenibles. Cuando cesó de llorar, Maru, que había permanecido en silencio hasta aquel momento, comenzó a prodigarle palabras de consuelo entre las que deslizaba algunas de doble sentido y facilísima interpretación. Rabiaba por revelarle sus sentimientos y, al mismo tiempo, retrasaba el momento de la revelación. No le convenía precipitarse, aunque el significado de la ausencia de China estaba pidiendo a gritos que diese un paso adelante como primera fase en la creación del terceto.

Afortunadamente, se abstuvo de manifestar sus verdaderas intenciones pues cuando, hacia las doce y media de la noche, Maru se aprestaba a ofrecerse como acompañante, tan sólo- para ocupar, de manera provisional, el gran lecho de Alicia, China regresó, hizo las paces aduciendo razones nada convincentes para quien estuviera menos ansiosa de escucharlas que la apenada heredera de Regino Midas y ambas, con anormal apresuramiento, se encerraron en el dormitorio.

Entonces la frustrada Maru, comprendiendo la inutilidad de una despedida, abandonó la casa sin decir adiós. Mientras descendía la escalera se prometió que, al día siguiente, proseguiría su labor de zapa en la que no estaba dispuesta a cejar hasta lograr los objetivos que se había señalado.

No obstante, tras sopesar cuidadosamente pros y contras, se abstuvo de hacer acto de presencia prefiriendo dar tiempo al tiempo para que las cosas se arreglaran -o se deteriorasen- por sí solas.

Lo que habría de suceder a continuación confirmó la sabiduría que presidió su forma de actuar.

Cuarenta y ocho horas más tarde, su ánimo recibió un inopinado alivio en forma de llamada telefónica. Alicia le suplicaba que acudiese a verla inmediatamente.

No se hizo de rogar. La descompuesta Alicia que, entrecortadamente, mezclando sollozos y suspiros, relató la despiadada conducta de China que, tan sólo hacía un rato, se había ido llevándose una maleta en la que, con descuido, arrojó media docena de artículos de uso personal después de prometer que enviaría a buscar el resto de sus pertenencias.

— Ni un minuto, ni un minuto más. No puedo soportar tus estúpidas escenas de celos. Eres una cabeza de colegiala colocada sobre un cuerpo de mujer y yo prefiero una

cabeza de mujer en un cuerpo de colegiala. Y la tendré. Estoy harta de tí. Quédate con mi parte del piso; como regalo de despedida.

Luego, a punto de marcharse, había añadido algo que llenó de confusión a la que se quedaba sola.

— ¡Ah! Dile a Maru que odio el número tres.

— ¿Tienes idea de lo que habrá querido decir? -preguntó Alicia, enjugando los enrojecidos ojos ante el espejo que devolvía su descuidada imagen.

Después, sin aguardar respuesta, añadió con cierta incongruencia:

— Estoy horrible.

Maru Alcántara prefirió no prestar atención a la cuestión formulada, pero no quiso desaprovechar la oportunidad que se le ofrecía en bandeja.

— Estás, como siempre, guapísima. Esa carita de pena te favorece. Si no temiera parecerte inoportuna, te diría que así me gustas aún más, que yo nunca podría jugarle una mala pasada tan sucia como la que acaba de hacerte esa indecente China.

Luego, tras observar el efecto causado por sus palabras, continuó:

— Y, ya en el colmo de la sinceridad, aún sabiendo que me estoy jugando tu amistad, te diré cuánto me alegra todo esto. Me alegra y me apena al mismo tiempo. Lo siento por tí, pero no puedo dejar de excitarme al pensar que ahora se presenta la oportunidad de decirte algo que he mantenido oculto desde hace mucho tiempo; desde antes de tu unión con China. Sí, Alicia; aunque me consta lo poco indicado del momento, ya no puedo callarlo. Te quiero, estoy loca por tí. Nunca podrás hacerte una idea del tormento que he padecido por vuestra culpa. Aunque imaginaros en la cama me desgarraba las entrañas, al principio, cuando te veía feliz, en tu dicha encontraba resignación, fuerza para aguantar e incluso cierto amargo placer. Pero luego, cuando fui testigo de tu dolor, el mío llegó a ser insoportable.

Alicia escuchaba perpleja la sorprendente confesión sin hallar la ocasión de intervenir ni palabras que expresaran la confusión que la embargaba.

Finalmente, logró sobreponerse y dijo con voz débil:

— Yo creía, suponía que... la que te gustaba era China. Siempre tuve la... siempre di por descontado que estabas un poco enamorada de ella.

— Ya lo he notado. Y te equivocaste. Estoy enamorada de tí, y no un poco. Desde que nos conocimos, ya hace años, te he deseado. He pasado por todas las penas del in-

fierno; primero viendo cómo te rondaban los chicos, especialmente aquél con el que parecías congeniar tan bien ...

— Aquél -interrumpió Alicia que escuchaba con atención y cada vez más interesada- aquél era marica; él mismo lo admitió.

— Después -prosiguió Maru, dejándose llevar por su propia elocuencia- cuando comprendí que no te atraían los hombres y, más tarde, al producirse la revelación de que, como China y yo misma, eras lesbiana, aguardé mi oportunidad. La esperanza de que algún día me abrieras tu corazón se desvaneció tan pronto como supe que te ibas a vivir con la que odié tanto como te amo a tí. Ahora, no te exijo nada -no sería capaz de hacerlo-, te suplico que me dejes intentar consolarte. Me basta con que me tolere a tu lado. Seré lo que la otra no ha sabido ser; te daré todo lo que ella no ha podido darte. Quizás mi entrega, mis besos y mis caricias consigan hacerte tan feliz como, estoy convencida, seré junto a tí.

Estas frases pronunciadas con bien imitado acento de verdad, sirvieron de bálsamo para las heridas infligidas por China en la vanidad de Alicia.

¿Existe algún ser humano, hombre o mujer, que no encuentre satisfacción en el hecho de verse preferido a otro?

Por otra parte, Maru Alcántara no estaba nada mal. Al contrario. Poseía una figura realmente escultural. La breve cintura, ecuador que unía las bien modeladas caderas y el torso del que surgían los senos turgentes y firmes, parecía reclamar el cinturón de un ceñido abrazo. Los muslos, dos torneadas columnas, remataban las piernas esbeltas. El largo cabello rubio ceniza, proporcionaba un marco idóneo al rostro de delicadas líneas, la nariz un poquito respingona, los labios gordezuelos y los rasgados ojos verdes en los que siempre bailoteaban diminutas chispas burlonas.

Si Maru hubiera sido fea, la resistencia de Alicia -de producirse- carecería de todo mérito. Siendo tan hermosa como era, rechazar lo que ofrecía, además de heroico, sería absolutamente estúpido, irracional y un derroche de posibilidades.

Alicia podría ser objeto de todo tipo de calumnias, pero jamás se le podría motejar con justicia de heroína, ni de mema carente de racionalidad. Así que, fiel a sus características personales, decidió realizar de inmediato tres tareas: suspender el llanto, empaquetar las pertenencias de China y dejarse querer.

Cada una de las urgentes operaciones ofrecía sus ventajas. Gracias a la primera, pronto se encontraría presentable y perdería el aspecto de víctima. Mediante la segunda, daría un decisivo paso hacia el total olvido de quien la despreciaba. En cuanto a la puesta en marcha de la tercera, serviría como piedra de toque para comprobar si la habilidad amatoria de China constituía el no va más o, por el contrario, en su asociación no había alcanzado la cúspide del placer erótico.

"Probablemente, los cambios de pareja -por aquello de la variedad y la novedad- tendrán sus ventajas y deben ser extremadamente instructivos", se dijo contemplando con otros ojos la atractiva figura de Maru.

La alegría de la compañera entrante fue inmensa cuando Alicia confesó un poquito avergonzada de su propia desvergüenza- que la atracción era mutua y que, si bien nunca lo había dejado traslucir, ya de chica se había sentido cautivada por los múltiples encantos de su persona.

— Pues lo que ves no es nada, niña -había afirmado, ya lanzada, Maru-. Conozco algunos trucos, de los que China ni siquiera ha oído hablar, que te volverán loca. Por citar uno solo, ¿has hecho el amor alguna vez después de tomar una anfet? ¿A que no? Pues verás lo que es bueno. Los sentidos adquieren una nueva percepción, la gloria de cada caricia se multiplica por diez y cuando alcanzas el orgasmo crees que te encuentras en una dimensión desconocida en la que la placentera sensación se eterniza. Y aún hay cosas mejores; ya hablaremos de ellas. Ahora, si quieres, te ayudo a embalar las cosas de esa loca que te ha dejado por una niña tonta que no te llega a la suela de los zapatos.

Alicia, tras esbozar una sonrisa entre triste y agradecida, se lanzó a la tarea de hacer desaparecer de la vista cuanto pertenecía a la desertora. No fue cosa sencilla pues había dejado detrás muchas ropas y objetos, pero con la colaboración de la interesada Maru, dos horas después nada recordaba la presencia de la anterior ocupante. Únicamente el inoportuno y ocasional recuerdo de China venía a turbar la recién adquirida serenidad de Alicia.

Algunas fechas más tarde, cuando de la relación nacida entre Maru y Alicia había comenzado a desaparecer la natural timidez propia de todo nuevo contacto humano para ser sustituida por la confianza, la pelirroja acudió a la puerta convocada por un insistente timbrado.

— Soy la señora Alcántara, viuda de Alcántara y madre de Maru. Quisiera hablar con mi hija.

— Ya nos conocemos. Pase usted, aunque para hablar con Maru, tendrá que aguardar. Ha salido de compras y ya sabe cómo es. Si no tiene prisa, siéntese.

— Sí, esperaré. Casi me alegro de que no esté. Su ausencia me da ocasión para hablar con usted.

— Pues usted dirá, señora Alcántara.

— Créame que me ha costado un esfuerzo tremendo venir. Supongo que esta conversación va a ser violentísima para las dos y, anticipadamente, le pido perdón. Hace seis días, con las correspondientes noches, que Maru no aparece por casa. Casualmente, he visto a China Castro a la que pregunté si conocía el paradero de mi hija. Creo, contestó, que está viviendo con Alicia Midas. Luego me facilitó su dirección. He venido a reclamar a Maru y espero que no ofrezca usted resistencia.

Alicia, sentada en un sillón frente a la preocupada madre, contemplaba con estupor a la pobre señora cuyo nerviosismo se hacía patente en el pálido rostro y el incesante movimiento de las manos con las que no sabía qué hacer.

— Se equivoca usted, señora Alcántara -respondió tras unos instantes de silencio-. Personalmente, este delicioso tête à tête no me produce violencia alguna ...

— Le prohíbo que se burle usted y le advierto que si continúa con el mismo tono ...

En aquella oportunidad fue Alicia quien, incapaz de seguir escuchando con ecuanimidad, cortó tajante:

— Vuelve usted a equivocarse; y, esta vez, por partida doble. Esta es mi casa y en ella no tiene ningún derecho a prohibirme absolutamente nada.

— Entonces lo diré de otro modo. Si no permite que mi hija regrese a su casa, iré a la policía donde formularé una denuncia.

— Es usted reincidente; más aún, podría decirse que padece una yerro-dependencia. Como quien, para evitar mojarse los pies en un camino encharcado va saltando de piedra en piedra, brinca usted de error en error. El último ha sido amenazarme con una denuncia ante la policía. Me agradecería saber de qué me va a acusar. ¿Acaso de secuestro? Por si lo ha olvidado, le recordaré que Maru es mayor de edad lo que, automáticamente, la convierte en un ser libre de residir donde y con quien prefiera. Si me lo permite, le aconsejo que se lo piense dos veces antes de dar ese paso que la

cubriría de ridículo. Otra cosa es que hable con ella. No me opongo a que intente vencerla de la conveniencia de su regreso al hogar. Las dejaré a solas para que Maru no se sienta coaccionada por mi presencia, pero no me prohíba, advierta o amenace.

— Lo lamento, Alicia; me he dejado llevar por el disgusto. Tú no tienes..., perdona que te haya tratado de tú ...

— No, no; siga usted haciéndolo. Lo prefiero así.

— Decía que como no tienes hijos, tampoco tienes idea de lo que se siente cuando uno de ellos, de la noche a la mañana, se va de casa sin tomarse la molestia de despedirse, sin dar explicaciones. Cuando el hijo es hija, la cosa es aún peor. Y si la hija no es hija ni hijo -tú ya me entiendes-, los pelos se te ponen de punta. Y si todo ello sucede en Oviedo, donde todos nos conocemos, el problema se convierte en una auténtica catástrofe. Ojalá viviera mi marido, porque aún siendo un calzonazos como era -ya sé, ya sé que suena extraño que yo misma lo reconozca- de tarde en tarde tenía ideas geniales. Aunque, la verdad, de nada sirvieron cuando intentó que Maru olvidara sus tendencias raras y pecaminosas. Vaya, otra vez tengo que disculparme. Además, seguramente resultará muy desagradable hablar de todo esto.

— Está visto que hoy no es su día, señora. Tampoco ahora ha dado en el clavo. Que Maru y yo -y muchas otras- seamos dignas de figurar en una clasificación especial, obedece a razones independientes de nuestra voluntad. Por ello, en general, no nos consideramos culpables. Hablar de esta cuestión es muchísimo más fácil para nosotras que para quienes están convencidas de su normalidad. No sé si me he explicado con suficiente claridad. ¿Me ha entendido, señora Alcántara? Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila? Lo he olvidado y Maru siempre se refiere a usted diciendo "mi madre".

— Me llamo Pura. Y, aunque mi nombre pueda parecerle un reproche, te aseguro que no me alegra sacarlo a relucir en estas circunstancias. Pero sí, he comprendido lo que me has dicho. Estoy de acuerdo contigo; cada persona actúa en ocasiones respondiendo a exigencias que nada tienen que ver con su propia voluntad. Pero, por otra parte, eso no significa que debamos cerrar los ojos dejándonos conducir ciegamente por los instintos. Creo que lo lógico sería utilizar la inteligencia. Por ejemplo, en vuestro caso, si Maru se niega a volver conmigo, ¿qué os impide iros a vivir a Madrid o Barcelona? En ciudades como ésas pasaríais desapercibidas. La cuestión económica no sería un problema. Las dos tenéis suficiente dinero como para llevar una existencia cómoda,

¡qué digo cómoda!, regalada. Yo estaría dispuesta a cargar con los gastos de traslado y a comprar para vosotras un piso...

— No siga, doña Pura. Lo que quiere usted es desterrarnos. Comprende la situación, pero no está dispuesta a enfrentarse con la opinión pública. Era de esperar. Ignoro lo que dirá Maru, eso es cosa de ella. Por mi parte, me niego en redondo a abandonar mi patria chica; aquí he nacido y, como no fallezca durante un viaje, aquí moriré. Aunque alguien ha dicho que el clima de Oviedo es únicamente apto para ranas y vacas -creo que esto se lo oí a mi padre- me agrada la humedad y llegaría a echar de menos la lluvia.

— Pero Alicia, en realidad ¿qué hacéis aquí que no podáis hacer en otro lugar?

— Nada, nada, doña Pura; repito que rehúso adquirir la condición de emigrante. Me quedo. Sin embargo, voy a jugar limpio con usted y no trataré de influir en Maru. No le ocultaré que durante estos días he llegado a quererla y, si no se escandaliza, añadiré que me ha hecho muy dichosa-, pero no deseo ser la causa de que a mi lado se sienta desgraciada.

La aludida, cuya sigilosa entrada se había producido hacía unos momentos, aprovechó la frase pronunciada en último término por Alicia e intervino, diciendo:

— ¿Qué haces aquí, mamá? ¿intentas convertirme a la fuerza en hija pródiga?

— Aguarde, doña Pura. No responda antes de que me aleje de esta habitación. Le hice la promesa de no asistir a su conversación con Maru y deseo cumplirla.

— Pero yo no quiero que te vayas -contradijo Maru-. Entre nosotras no hay secretos y no me da la gana de que seas tú, mi propia madre, la que vengas a cambiar la situación. ¿A dónde pretendes que vaya Alicia? ¿Quién te ha dado derecho para entrar en su casa pidiéndole que la desaloje?

— Ya veo que no has escuchado todo lo que dije -respondió doña Pura, cuya tez había adquirido una subida tonalidad escarlata-. No intentaba que se fuera sola. Al contrario, estaba y estoy dispuesta a sacrificarme renunciando a tí. Le estaba proponiendo que aceptarais marchar, juntas, a Madrid o Barcelona; le decía que yo misma me haría cargo de los gastos de traslado y de la compra de un piso. No sabes ...

— Sí, sé. Tu renunciación es tan falsa como los cuentos de hadas que me contabas -por cierto, muy mal- cuando era una chiquilla. Este es todavía más increíble. Lo que quieres, está clarísimo, es evitar el chismorreo de tus amigas. Comprendo lo que sientes

cuando alguna de tus conocidas te encuentra por la calle y, con cara de fingida inocencia, te pregunta: ¿Y qué? ¿cómo está Maru? Hace un siglo que no le echo la vista encima. Es una chica rara, muy descastada; de pronto, ha dejado de pasar por nuestra casa. Cuando la vea, dígame que "a pesar de todo" la queremos.

Maru, con verdadera maestría, había empleado el tono almibarado y falsamente afectuoso con que suelen decirse cosas parecidas en circunstancias semejantes. Luego, enardecándose a medida que hablaba, continuó:

— Esas viejas latosas, importunas, imbéciles... que se vayan todas a la mierda. Estoy segura de que les daría un soponcio si me hiciese monja, porque perderían la oportunidad de hacerse las escandalizadas cuando, en realidad, deben relamerse de gusto imaginando lo que pasará aquí entre Alicia y yo. ¿Crees de veras que nuestra desaparición cerraría la boca de tanta hipócrita santurrona? Si supones algo así, eres más ingenua de lo que te creía. Tan pronto como supieran donde estábamos, serían capaces de fletar un autobús para ir a regodearse en plan colectivo. Mira, mamá, ninguna de las dos estamos dispuestas a dejarles el campo libre. Yo, como Alicia, echaría de menos Oviedo; no sé por qué, pero lo cierto es que no viviría a gusto en otra parte.

Doña Pura pugnaba por hacerse escuchar y estuvo varias veces a punto de interrumpir a su hija. Sin embargo, ésta no estaba dispuesta a otorgarle el uso de la palabra.

— No, mamá; te he oído durante mucho tiempo y ya era hora de que cambiáramos los papeles. A lo largo de los años, has sido una especie de fábrica de consejos -en ciertos casos, disparatados y sacados a relucir únicamente por el placer de oírte a tí misma- de los que, lo confieso sin tratar de hacerte daño, pasaba con la misma facilidad con que tú me los dabas. Ahora, tu sabio parecer dictamina que lo más conveniente sería un largo viaje. De pronto, me he dado cuenta de que tienes razón. Sí, madre, en esta ocasión has acertado. He tenido lo que tus amigas llamarían, poniendo los ojos en blanco y dejándose caer de rodillas, una revelación. Sí, Sí, un viaje a Madrid o Barcelona. Después la compra de una vivienda en cualquiera de las dos ciudades; en la que esté más alejada de Oviedo ...

— Vaya, por fin te pones en razón -explotó doña Pura, cuyo rostro había ido reflejando las emociones despertadas en su corazón por las palabras de Maru.

Alicia, por el contrario, miraba con extrañeza a su amiga de la que no esperaba aquel repentino cambio. Haciendo un esfuerzo, logró permanecer en silencio, pero su disgusto era manifiesto.

— Esperad, esperad las dos, que aún no he terminado. Estoy totalmente de acuerdo; la situación es insostenible para tí, mamá. Y, para terminar con ella, no hay otra solución que la que se te ha ocurrido: un viaje. El tuyo. Cuando lo desees, iremos a despedirte a la estación.

Doña Pura dió pruebas de poseer un carácter tan entero como el de la mismísima Agustina de Aragón. Salvo la degradación del color de su tez, la sangrante chanza de que había sido objeto no pareció afectarla. Con dignidad y compostura, se puso en pie y, antes de abandonar la habitación en que había sido burlada, con la mano en el pomo de la puerta, se volvió hacia Maru y vaticinó con voz dura:

— Algún día te arrepentirás de tus palabras.

— Me tranquilizas. Si sólo he de arrepentirme de lo que digo, no me preocuparé mucho. Las palabras vuelan.

Doña Pura salió, siendo acompañada hasta la escalera por Alicia. No cruzaron una sola palabra.

Al reunirse nuevamente, las dos amigas permanecieron en silencio largo rato. La aparición de doña Pura les había causado una indefinible sensación de malestar. El momento de mutismo, en el que el tic-tac del reloj de campana ponía una nota monótona, fue interrumpido por Alicia.

— Me parece que te has pasado, Maru. Estuviste demasiado dura. Al fin y al cabo, con decirle que no, hubiera sido suficiente. La tomadura de pelo no era necesaria.

— ¡Cómo se ve que no la conoces! Mi madre jamás se ha preocupado por otra persona que no fuera ella misma. A mi padre, un pobre hombre sin voluntad y bueno hasta parecer tonto, le hizo la vida imposible. Muchas veces me he preguntado si no se habrá muerto para no tener que soportarla. Doña Pura, lo comprendí hace muchos años, tiene un temperamento egoísta, está enferma de egolatría. Primero ella, después ella y solamente ella. No tolera que nadie le haga sombra. Cuando yo era una chiquilla, con el pretexto de darme una buena educación, me mandó a un colegio de monjas, interna. Cuando yo me quejaba diciéndole que aquel sitio no me gustaba, que las monjitas eran demasiado duras y que prefería volver a casa, respondía que allí aprendería a ser una

buena cristiana. Necesitas disciplina, me decía; disciplina oración y buenos ejemplos. En lo de la disciplina y oración, estaba acertada. Las dos virtudes te las servían hasta en la sopa. En cambio, los buenos ejemplos escaseaban tanto, que no conseguirías verlos ni con lupa. Aquellas señoras encargadas de mi educación eran una colección de mujeres amargadas, envidiosas y fanáticas que esperaban impacientes cogerte en un renuncio para hacerte la puñeta con castigos idiotas. De dientes afuera predicaban la caridad cristiana, el perdón y el amor, pero ni siquiera entre ellas existía nada parecido. Y, cuando comprendían que alguna alumna advertía cómo eran de verdad y veía lo que se ocultaba debajo de las tocas almidonadas, entonces comenzaba a funcionar el espíritu de cuerpo y se confabulaban para hacerle la vida imposible. Esto mismo me sucedió a mí. Los seis años que pasé en aquel infierno, me dejaron marcada para toda la vida. Lo que no entiendo es cómo, después de conocer bien a las excelentes mujeres, no adoro a los hombres. Supongo que será una ironía del destino. Lo cierto es que, si se pronuncia cerca de mí la palabra monja, algo tremendo me revuelve las tripas y me oprime el corazón. Como en el cine, cuando una imagen lejana y borrosa va acercándose y haciéndose nítida hasta no poder ser confundida con ninguna otra, del montón de caras irreconocibles coronadas por tocas blancas que aparece frente a mí, surge el rostro anguloso, huesudo de sor Anunciata. Era una monja alta, flaca, con manos de muerta y ojos como brasas, cuya mirada parecía perforarme. Inflexible, vengativa y burlona, desconocía el significado de la palabra perdón; una especie de Torquemada con faldas dedicada día y noche a perseguir a las pequeñas infractoras del código de conducta; una inquisidora que gozaba con la puesta en práctica de sus atribuciones. Aún hoy, sueño con ella y despierto aterrorizada. Recuerdo la noche en que sor Anunciata cayó por las escaleras rompiéndose las dos piernas y una clavícula. Al enterarme, bailé de alegría. Antes de conocer íntimamente a las monjas, no me había gozado en la desgracia ajena. Este rasgo de mi carácter se lo debo a doña Pura. Y, volviendo a sor Anunciata, días después de su apresurado descenso de la escalera, en el que sólo tocó los primeros y los últimos peldaños, olvidando los intermedios, supimos que regresaba a su cuarto tras una misión de espionaje. Había estado comprobando si el alumnado, conforme al reglamento, dormía con las dos manos fuera del embozo. El incumplimiento de esta norma, por muy involuntario que se quisiese hacer aparecer, suponía una intolerable tendencia e intención pecaminosa y acarrearía el inmediato castigo. Finalmente, pude abandonar aquella casa y

volver a la mía. O, mejor dicho, a la de mi madre. Había terminado el bachillerato. Quise estudiar química y, cuando me disponía a matricularme en la facultad correspondiente de la Universidad de Oviedo, volvió a intervenir mi adorable madre. "No, querida", me dijo; "vas a estudiar en Madrid. Ya has sido matriculada por medio de una gestoría. Vivirás en una residencia para señoritas; es una casa muy seria que me ofrece las mayores garantías. En cuanto a lo de irte a Madrid, comprenderás que es por tu bien. Allí cuentan con mejores medios y catedráticos más competentes. No digo que aquí no se enseñe bien lo que deseas estudiar; no es eso. Allí aprenderás más". Tragué mi rabia y me callé. No podía hacer otra cosa aunque estaba completamente segura de que mi madre, otra vez, me alejaba de casa para quedarse sola. En aquella época aún vivía mi padre, pero no le dije nada comprendiendo que él también sufría el nuevo alejamiento, como yo, aunque por distintas razones, en silencio. Mi madre no me lo había advertido, pero debí suponerlo; la residencia para señoritas estaba regentada por monjas. Pertenecían a otra orden, pero se trataba de mujeres con toca, aquejadas de las mismas enfermedades que las que acababa de perder de vista. Allí encontré otra versión de sor Anunciata -ésta se llamaba son Gabriela, aunque entre nosotras la conocíamos por Sancho Panza a causa de su parecido con el famoso escudero- que muy pronto se encargó de demostrar a mi costa el error en que vivía al creerme al tanto de las debilidades monjiles. Si sor Anunciata era Torquemada, sor Gabriela dejaba chiquito al mismísimo Hitler; estaba tan loca como él y sometía por el terror a quienes caíamos bajo su férula. Es cierto que en la residencia no contaban con hornos crematorios. A falta de ellos, sor Gabriela poseía una técnica para el interrogatorio de presuntos culpables, de la que se sentiría satisfecho el más exigente cabecilla de la Gestapo. Si una chica era sorprendida a su regreso de la Facultad con rastros de lápiz de labios, lo más sensato era comprarse una peluca, pues le iba a caer el pelo. Ahora, lejos de aquel campo de concentración, puedo tomarlo a guasa e incluso reírme de la situación ridícula hasta el absurdo. Entonces éramos tontas o no sé lo que nos sucedía; no nos atrevíamos a protestar ni a poner mala cara siquiera. Solamente una chica, creo que gallega, sí, de Vigo, tuvo la valentía de responder a los insultos que le prodigaba sor Gabriela con una bofetada monumental. Chelo había cometido la indecencia de regresar a la residencia tal como anduvo por la calle: con los labios y los ojos pintados y, peor aún, sin sujetador. Chelo no esperó la expulsión que se cantaba; recogió sus cosas y se largó dejando, como despedida, el suje-

tador colgado de la manilla del dormitorio. El escándalo fue gigantesco, ya puedes figurarte. Hace tres o cuatro años, alguien me dijo que la emprendedora Chelo se había convertido en residente permanente del barrio chino de Pontevedra. Al final, las piadosas monjitas se salieron con la suya. Pero te estoy aburriendo con este rollo y yo cada vez me siento más deprimida. Lo que pasó con mi madre, no merece el mal rato que estamos pasando. Basta de penas. Se me ocurre que es el momento oportuno para tomar algo que nos anime. Un whisky para empezar y luego ya veremos.

Alicia, que había escuchado en absoluto silencio el relato de Maru, se sentía tan apagada como aquélla. Sin hacer comentarios, se levantó y, dirigiéndose al mueble bar, sirvió un par de copas sin hielo ni agua. Mientras tanto, su amiga había extraído del bolso una cajita de plata con la que jugueteó distraídamente. Luego la depositó sobre la mesita baja situada ante las rodillas de ambas muchachas.

— Verás, Alicia. Ya me has dicho que nunca has tomado nada de eso -dijo señalando el pastillero-. Naturalmente, no quiero ni puedo obligarte a que lo hagas ahora para complacerme. Yo voy a tomarme una porque lo necesito. No, no me he explicado bien. La tomaré, no porque precise la pastilla por sí misma ni por el estado de euforia que me dará. La tomaré porque tengo que olvidar los recuerdos que mi madre ha traído con su visita. ¿Me entiendes?

— Pues claro que te entiendo. Ha sido muy desagradable y a mí también me gustaría olvidar todo lo que se ha dicho aquí.

— Entonces no lo pienses dos veces. Esas pastillas son completamente inofensivas. Bueno, no digo que si tomáramos media docena no nos harían daño, pero una sola es formidable. Y tomada con el whisky aún resulta mejor. Pero no me hagas caso; tú debes ser la que decidas.

— Eso ya está decidido. Te acompañaré aunque, antes de hacerlo, me gustaría que me aclararas algo. Has puesto pingando a las religiosas pero ¿es posible que durante los casi doce años pasados entre monjas no te hayas tropezado con ninguna distinta a las demás?

— He hablado de ellas como colectivo, poniendo como ejemplo a sor Anunciata y sor Gabriela -como ejemplo de lo que creo que no debe ser una monja- pero, desde luego, no todas son iguales. Las hay diferentes aunque, por debilidad, por temor o por cualquier otra razón, no se atreven a abrir la boca. En las dos comunidades que llegué a

conocer a fondo, a las que no eran como la mayoría les resultaría muy difícil dejar de pertenecer a las capillitas o grupitos a los que se ven arrastradas tan pronto como ingresan en una orden. Las que resisten las presiones terminan llevando una vida tan miserable como la de las propias alumnas; se convierten en auténticos ceros a la izquierda. En resumen, sí, las hay buenas, comprensivas y cariñosas pero, precisamente por ser excepciones a la regla -¡qué bien viene la palabra!- no cuentan para nada, carecen de toda influencia en la vida de la comunidad. Suelen ocupar los puestos más modestos; en la portería, la cocina o la enfermería. Las demás, la mayoría de las otras, están amargadas y producen la sensación de haber olvidado o perdido de vista las razones que las llevaron a profesar. Y perdona, ya estuvo bien de tocas. Me niego a seguir perdiendo el tiempo. Espero que ahora ya no te quedarán dudas sobre el egoísmo de mi madre; estaba al tanto de lo que me esperaba al enviarme a sitios como aquellos -se lo dije mil veces- a pesar de lo cual, no me hizo maldito caso. Era por mi bien. Anda, haz el favor, ponme otro poquito de whisky.

Alicia se apresuró a atender la petición de su amiga y luego, disculpándose por su excesiva curiosidad, inquirió:

— Perdona que te haga tanta pregunta; ya sabes que, normalmente, no soy así. Es posible que la visita de doña Pura me haya trastornado más de lo normal. El caso es que tu madre dijo algo que no pega con lo poco que me has contado de tu padre.

— ¿Qué te ha dicho la buena señora?

— Pues -temo que te parezca mal en mi boca- dijo que era un calzonazos ...

— Muy propio de ella. Mi padre era un buen hombre que, cansado de aguantarla, debió morir de aburrimiento. Probablemente, comprendió la inutilidad de discutir con ella y decidió cerrar la boca para siempre. Si él decía blanco, ella negro. Cuando él aceptaba este último color, ella se pasaba al otro. En los primeros tiempos, mi padre, lógicamente enfadado, reprochaba el cambio de opinión y mamá -con toda su mala leche- afirmaba que había sido ella quien, inicialmente, dijo blanco. Más tarde, no se tomaba la molestia de rebatirle nada, ni siquiera las opiniones más absurdas. A partir de entonces comenzó a llamarlo calzonazos. ¿Cómo no iba a morir, el pobre? Era espléndido y ella lo llamaba avaro, egoísta y tacaño. Recuerdo una de las últimas broncas, antes del período de silencio. Llevaban un buen rato discutiendo y ella pretendió decir la última palabra tachándolo de judío. Mi padre, que tenía sentido del humor y medía

cerca de dos metros, respondió: "No puedo negar que soy un poquito judío, pero sólo un poquito; lo que sucede es que se me nota demasiado porque soy muy alto". Papá nunca fue un calzonazos. La dejó hacer su santa voluntad porque tuvo que elegir entre eso o retorcerle el pescuezo. Luego, cuando no pudo resistir más, se dejó morir. Creo que en su propia muerte está la prueba de su generosidad. Si hubiera sido una persona mezquina, se la hubiera llevado por delante. De todos modos, se la jugó bien a mi madre, quiero decir- pues, poco antes de morirse, hizo un testamento legándome la mayor parte de su fortuna. A ella no es que la haya condenado a la miseria pero, al lado de lo que me dejó, viene a ser una pobre vergonzante. Le ha sentado como un tiro pero se lo merecía.

A la mañana siguiente, Alicia sólo recordaba que, como consecuencia de la aparición de doña Pura, había mantenido una larga conversación con Maru -de la que ignoraba los detalles- y tenía la vaga sospecha de haber ingerido mayor cantidad de alcohol de la habitual, coronando el exceso con su primera anfetamina.

Pese a las garantías ofrecidas por la Alcántara -tú tranquila, es de toda confianza; el colega que me las consigue es un tío legal- empleando términos que nunca le había escuchado, su cerebro, convertido en coctelera como por arte de magia, no dió muestras de centrarse hasta que se cansó de acosarla proponiéndole la satisfacción de apetitos sexuales que, para ser absolutamente sincera, debía confesar no tenía la menor conciencia de poseer. Satisfechos plenamente aquéllos, cayó en un sueño ligero del que fue sacada por su compañera, aparentemente aún no saciada.

Fue un despertar delicioso en el que, desmadejada y sin fuerzas, tomó parte en el juego en una actitud pasiva de la que obtuvo un desusado placer.

Más tarde, Maru volvió a referirse a la jornada anterior, reanudando las confianzas hechas sobre sus padres como si se refiriese a personas a las que no estuviese unida por parentesco alguno. Habló con extraño desapasionamiento y frialdad absolutamente carentes del rencor que transpiraban sus palabras de la víspera.

— Me temo que ayer -comenzó Maru- no fui completamente sincera contigo; o, por lo menos, no te lo he dicho todo sobre mi madre y mi padre. Te conté cómo ella, pretextando que deseaba lo mejor para mí -la educación en un ambiente serio y disciplinado- me mantuvo alejada de casa muchos años. La verdadera razón no estaba en mi futuro, sino en su pasado. Cuando, por casualidad, escuché cierta conversación entre las mamás de unas amigas, comprendí el porqué del empeño de la mía. Nunca olvidaré aquella

tarde. Yo tenía quince años y había vuelto para pasar en Oviedo las vacaciones de Semana Santa. Al principio, creí que las dos charlatanas se referían a otra persona, pero después aludieron al marido de la que, antes de su boda, había sido una mala pécora y, después de ella, continuaba metida en malos pasos. No me cupo la menor duda. Citaron por su nombre al pobre marido que no se enteraba de nada. La ligera de cascos era la falsa pura y mi padre el cornudo. Recuerdo que al oír aquello estuve a punto de abandonar el sitio desde el que sorprendí la cochina conversación para gritarles mi rabia y mi desprecio, pero un oscuro impulso me obligó a permanecer callada y escabullirme, sin dar señales de mi presencia, tan pronto se alejaron las murmuradoras. Inicialmente, me costó trabajo creer lo que consideraba un asqueroso montón de calumnias. No pasó demasiado tiempo sin que todo aquello -y aún más- se fuese confirmando. Mi querida madre, la intachable doña Pura, había sido una perdida ... "y aún continuaba sin ser encontrada". Me figuro que, al alejarme de Oviedo, intentaba que no conociera su verdadera personalidad. Claro que eso era antes, hace años. Y ahora ¿por qué quiere que me vaya? Quizás crea que sus andanzas han sido olvidadas y tema que salgan a relucir de nuevo por culpa de las mías. Sí, tiene que ser eso. En cuanto a mi padre, ¿sabía con quién se casaba y confió en un cambio que nunca se produjo? ¿Ignoraba la realidad oculta tras el nombre de Pura? ¿Murió sin saber a qué atenerse o el conocimiento de la verdad lo convirtió en el apático de los últimos tiempos?

— Cuando hablas de esa forma -dijo Alicia- me pareces otra persona; una perfecta desconocida. Hasta me asustas un poco. Ayer tuve la impresión de que habías querido mucho a tu padre; hoy, cualquiera que te oyera hablar, pensaría que te resultaba indiferente.

— La verdad es que siempre lo quise. De niña, con locura. Eso no tiene nada de particular; ya sabes que, generalmente, los lazos entre hija y padre son mucho más fuertes que entre hija y madre. Tienen algo muy hondo, especial y distinto, ausente en otras ligaduras humanas. Eso fue así cuando yo era una chiquilla inocente que desconocía la auténtica hipocresía característica en mi madre y que tanto daño causaba a mi padre. Luego, cuando me convertí en mujer, la vida me abrió los ojos y caí en la cuenta de la tragedia por la que pasaba papá, mi amor por él, sin dejar de ser como había sido hasta entonces, adquirió una nueva dimensión. La transformación nada tuvo que ver con el famoso complejo -al menos no más de lo que podía haber influido hasta aquel momen-

to- pero contó con nuevos elementos. Hubiera deseado protegerlo como si se tratara de un niño indefenso. ¡Cuántas veces, a un paso de ponerme el mundo por montera, me contuve y callé todo lo que pugnaba por brotar de mis labios! El pudor cobarde que me obligó a mantener la boca cerrada es el culpable de la mala conciencia que me corroe hoy. Puede que si hubiera hablado entonces, mi padre no estuviera muerto. Dicen que agua pasada no mueve molino. No obstante, aunque comprendo que remover el pasado es completamente inútil, no ceso de reprocharme mi silencio y, aunque trato de dejar atrás el sentimiento de culpa diciéndome que hubiera sido muy cruel acusarla, me atormenta una duda: ¿conocía mi padre la conducta de su mujer? ¿Por qué mi madre lo llamaba calzonazos? Este insulto, de ser merecido, parece indicar que estaba enterado y no hacía nada por cortar de raíz. ¿Puede ser yo misma la causa de que él no reaccionara? Quizás, si yo ...

— Perdona Maru -atajó Alicia-. Si a mí me hubiera sucedido lo mismo que a tí, es posible que sintiera esas dudas y arrepentimientos. De todos modos, tu pobre padre debió llevar una vida terrible; tanto si sabía algo como si lo ignoraba todo. Ahora, descansa. Está más allá de palabras, opiniones y desprecios. Lo que me parece muy posible es que se haya dado cuenta de tu cariño y le sirviera de consuelo. Tú estabas entre la espada y la pared. ¿Qué podías hacer? Por otra parte, ¿no estamos quejándonos eternamente de que los padres se entrometen en nuestras vidas? Entonces, si queremos ser consecuentes, hemos de abstenernos de intervenir en las suyas aunque, en ocasiones, se porten como chiquillos desorientados, más pendientes de hacer lo que los demás esperan que hagan que lo que, de verdad, les gustaría. Voy a decirte algo, posiblemente antisocial, que podría llevarme a la cárcel o al manicomio: el abismo generacional que todos parecen empeñados en rellenar a costa de lo que sea -a veces de mentiras- es imprescindible para la marcha del mundo y de la civilización. Tengo la convicción de que si las generaciones llegadas a continuación de la primera no hubiesen resistido las presiones de sus mayores, deseosos de obtener, por medio de los hijos, copias exactas a sí mismos, hoy continuaríamos en porretas y nos alimentaríamos de frutos silvestres. El primer abismo generacional surgió entre Dios y Adán y Eva. El iniciador de la cadena ininterrumpida de simas infranqueables que había de venir, fue el propio Creador, sirviéndose del árbol del bien y el mal para abrir la brecha. Afortunadamente, desde el nacimiento del mundo no han faltado los inconformistas. Gracias a ellos, la existencia

avanza a largas zancadas por el camino hacia la felicidad general, punto al que llegaremos con la destrucción total y...

— Bueno, Alicia, ¿es que te has vuelto loca? Habías comenzado muy bien pero, de pronto, te pones a hablar de cosas extrañas. ¿Qué tiene que ver el abismo generacional con lo ocurrido con mi padre? Precisamente, en nuestro caso no había ninguna clase de abismo, ni siquiera una zanja pequeñita.

— Puede que todavía no. Pero con el tiempo, inevitablemente, llegaríais a veros tan distantes, tan separados por la enorme diferencia de creencias y costumbres que os tomaríais por dos desconocidos. Por supuesto, no te aconsejo que intentes alegrarte de la muerte de tu padre; eso no. Aunque sí te aseguro que su desaparición -muy dolorosa, no lo dudo- te ha evitado un montón de desilusiones y disgustos. Hablo con la autoridad ganada a base de experiencia. Te diré lo que no he dicho nunca a nadie; lo que no repetiré jamás. Yo quería a mi padre más, mucho más, de lo que me quería a mí misma. Hoy que conozco el valor de las palabras, me atrevo a decir que lo adoraba. Podía permanecer larguísimos ratos sentada sobre sus rodillas, en absoluto silencio, sin que ninguno de los dos dijese una sola palabra; hablar no era necesario. El contacto de sus brazos alejaba mis temores infantiles. Cuando sus ojos se hundían en los míos, me comunicaban fuerza y serenidad; por supuesto, yo no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo en mi interior, ni la más remota idea. Años más tarde comprendí la razón de que en su compañía yo no necesitase nada; era, simplemente, porque con su presencia lo tenía todo. También recuerdo la agradable sensación que me producía en la cara el roce de la suya -siempre afeitada y siempre un poquito áspera- al que asocio el aroma de la loción preferida que, después he comprobado asombrada, olía en él de forma distinta que en el resto de los hombres. Sí, Maru, te lo aseguro: el amor hacia mi padre fue un sentimiento hermoso que me llenaba de orgullo. Su palabra era una ley que contenía en sí misma cierta característica ausente en el rostro de las leyes: la satisfacción en su cumplimiento. Pasaron los años y con la desaparición de mis coletas, algo pareció cambiar en la relación con mi padre. De pronto, un día, me dí cuenta con sorpresa de que mi padre era un hombre como todos los demás. Pero todavía reconocía en él más virtudes que defectos. Aquello me puso en guardia y, contra mis propios deseos, lo hice objeto de una observación minuciosa y escrupulosamente objetiva, cuyo resultado fue tragicómico. Papá, ni siquiera era como los demás, era infinitamente peor. La muerte de mi madre, producida

al traer al mundo a mi hermano Héctor, supuso el empeoramiento de su carácter. Se volvió hosco y distante; a mis intentos de acercamiento respondía con frialdad. Sin que viniera a cuento, una noche, tras la silenciosa cena, inició la campaña pro matrimonio - el mío, claro- que no ha suspendido nunca. Me dió la impresión de que deseaba deshacerse de mí. A partir de aquel momento, el gran Mago, el dios indiscutible y todopoderoso se convirtió en un enano impotente y ridículo al que, pese a todo, nunca pude dejar de querer. Probablemente por la fuerza de la costumbre; sin duda, con un cariño distinto, más cercano a lo convencional y rutinario. Y aquí deseaba llegar. Te atormentan los remordimientos y las dudas ante tu decisión de cerrar la boca. Piensas que lo que te sucede ocurre en función del hombre de entonces, pero ¿tienes algún procedimiento para calcular en qué se hubiese transformado si continuara vivo? No, claro que no hay manera de averiguarlo. Sin embargo, echando mano de la estadística, se llega a la conclusión de que todo padre encantador es una amenaza en potencia. No me hace mucha gracia recurrir a la ciencia más dúctil de todas las ciencias -ya sabes que los estadísticos pueden demostrar un hecho utilizando ciertos datos y, media hora más tarde, basados en idénticos fundamentos, llegar a otra conclusión frontalmente opuesta- pero en este asunto no hay posibilidad de error. Aquí la estadística sigue una vía de dirección única. Los padres, por definición, por su propia naturaleza, no pueden saber lo que nos conviene, lo que nos interesa, ni siquiera están capacitados para comprender nuestro sentido del humor. Lo gracioso es que lo ven como una auténtica tragedia en la cual, representan los papeles protagonistas, irrepetibles y únicos en la obra teatral que viene representándose desde el nacimiento de la humanidad y en la que la bajada definitiva del telón coincidirá exactamente con la extinción de la vida. Conviene que no perdamos de vista que si nosotras disponemos de capacidad y perspicacia para apreciar esta peculiaridad del género humano, no se debe a la posesión de un talento poco común, a un raro ingenio o a un desusado poder intelectual, ¡qué va! Nuestra capacidad de raciocinio sobre este asunto tiene su origen en el hecho de que no hemos tenido hijos. Puedes apostar cuanto tienes a que si los hubiéramos tenido, lo veríamos todo de distinta forma. Es un sencillo problema de lógica. Así que, llegadas a esta conclusión, la única actitud sensible consiste en prescindir de su cerrazón y, haciéndonos las sordas, seguir nuestros impulsos, gozar de la vida como si cada día fuese el último de la existencia y no perder el tiempo consumiéndonos en autorreproches ni en rabietas contra seres que se conducen

de la única forma que pueden. Al fin y al cabo, ellos también se limitan a obedecer a sus instintos.

Después de esta conversación, las dos muchachas permanecieron en silencio largo rato. Parecía como si las extensas confianzas que habían cambiado, las hubieran dejado vacías. Transcurridos unos minutos, Alicia, más inquieta o emprendedora que Maru, propuso salir a dar un paseo, ir a una cafetería y luego, al cine. Su amiga aceptó.

Abstraídas en la charla no habían advertido que llovía a cántaros. Sin embargo, el agua no consiguió disuadirlas. Ambas se sentían un tanto cansadas de contemplar el mismo entorno desde el día anterior; querían -incluso necesitaban- cambiar de ambiente y respirar aire fresco. La lluvia no las asustaba. Formaba parte del paisaje casi cotidiano en que se desarrollaba su existencia.

La primera persona divisada al entrar en la cafetería elegida fue China Castro. No estaba sola, la acompañaba su nueva amiguita, casi una chiquilla. Sus cabellos rubios y lacios enmarcaban una cara anodina en la que únicamente destacaban los ojos negros como el carbón.

Se vieron casi al mismo tiempo. China, como si nunca hubiera ocurrido nada entre ella y Alicia, hizo una seña a las recién llegadas invitándolas a sentarse en la mesa que ocupaban.

A Maru, no se necesitaba ser un lince para comprenderlo, no le hizo ninguna gracia el ofrecimiento pero, temiendo que una negativa pudiera ser interpretada como falta de seguridad en sí misma, hizo un esfuerzo, procuró ocultar su desagrado y, con cara de circunstancias, acudió a la convocatoria.

Por su parte, Alicia no experimentó ni agrado ni desagrado; sólo cierta curiosidad. "¿Qué podría desear China después del disgusto tan gordo del día en que se separaron?" Por otro lado, le extrañaba su propia falta de reacción ante la presencia de la que había querido tan apasionadamente. ¿Había sido verdadero amor lo que sintió por China o fue nada más que la explosión de sus instintos reprimidos durante años?

La distancia que separaba la puerta del establecimiento de la mesa a la que se dirigieron, no pasaba de los cuatro metros. A pesar de ello, Alicia notó cómo los ojos de su ex-amiga le exploraban el cuerpo centímetro a centímetro, con delectación y como si redescubriera un panorama lejano, pero no olvidado. La interminable mirada le produjo la impresión de que el tiempo se había detenido y de que su objetivo -la maldita mesa-

caminaba por sus propios medios alejándose hacia atrás, cada vez más, de que nunca conseguiría alcanzarla.

Aquel fue un paseo difícil. Al terminarlo, sin aceptar el taburete que, insistentemente, le ofrecía China, consiguió decir con voz helada:

— ¿Qué es lo que quieres?

— Nada especial, pero creo que podemos ser amigas. Claro que, antes, he de pedirte perdón -y te lo pido- por las crueles palabras...

— Estás perdonada, quédate tranquila. Incluso te estoy agradecida. A tu lado he aprendido muchas cosas. Las dos más importantes han sido las que se refieren a tí y a mí misma. Me he enterado de quién eres tú y cómo soy yo. Las dos cosas te las debo y, por ellas, te doy las gracias. En cuanto a lo de ser amigas, también gracias, pero no. Me basta con la amistad de Maru. Así que adiós.

Camino de la salida, Alicia aproximó los labios a un oído de su compañera y musitó:

— ¿Cómo andamos de pastillas? ¿Te queda alguna?

Y, ante el gesto afirmativo de Maru, agregó:

— ¿Qué te parece si dejamos lo del cine y nos vamos a casa ahora mismo?

CAPITULO IX

Cuando Regino abandonó Sabadell dejando atrás la CEICE lo hizo acompañado por Pablo, en uno de los automóviles de la casa.

A sus espaldas quedaban meses de esfuerzo, de triunfos y fracasos que le permitieron, no sólo dominar las técnicas que, con acento de duda, denominaba "de supervivencia" -aún cuando no ignoraba lo acertado del apelativo-, sino también de adquirir un montón de amigos que, a lo largo de su estancia en la escuela, fueron fuente de estímulo y ayuda.

Día a día, había iniciado y consolidado amistades nacidas de la desgracia común y afianzadas por las fuertes raíces de la convivencia. Cada uno de sus pequeños éxitos había sido celebrado por los demás con idéntica alegría que si fueran propios.

González y Valladares, los propietarios de las voces aguda y bronca, se convirtieron en los compañeros inseparables que en las terribles horas bajas daban con la palabra justa para elevar su moral y devolverle el humor perdido.

Muchos fueron los apoyos recibidos, pero ninguno como los prestados continuamente por Alberto, el joven monitor, que llegó a ser como un hermano o como un hijo desconocido hasta entonces. Al despedirse estrechándolo en apretado abrazo, le ofreció su casa en la que, le aseguró, siempre sería tratado como un miembro de la familia. Los generosos emolumentos mencionados fueron rechazados con sencillez, diciendo que le agradecería aceptar pero su presencia -innecesaria para Regino- resultaría más útil en la CEICE.

El doctor Arbolea, por su parte, era un pilar de fortaleza moral. Las extensas conversaciones mantenidas casi a diario en el despacho de dirección, el continuo ánimo

recibido en aquellas largas sesiones, tuvieron una enorme influencia en el cambio operado en su espíritu quebrantado y maltrecho.

La noche anterior a la partida, Regino entregó al médico un cheque cuya elevada cuantía -citada con voz tranquila- sobrepasaba todas sus expectativas. La cifra le hizo pronunciar la primera y única expresión malsonante escuchada en la habitación. "Coño", exclamó Arboleya con los ojos desmesuradamente abiertos. "Eres demasiado generoso", añadió a guisa de explicación.

— Por muy grande que te parezca la cantidad, aún me siento en deuda con vosotros. No te olvidaré nunca, doctor. Vercero tenía razón, me ha puesto en buenas manos. Las mejores.

Ya en Oviedo, la primera mañana que se quedó solo en sus antiguos dominios, después de ser saludado por la práctica totalidad de los empleados, advirtió que, más que nunca desde que había perdido la vista, se encontraba convertido en un auténtico solitario, aislado en la negrura de la ceguera.

"En la CEICE, rodeado de seres que padecían la misma minusvalía que yo mismo, habitaba en un universo poblado de personas acosadas por idénticos problemas, dotados de una percepción especial que les permitía adivinar mis deseos casi al mismo tiempo que se presentaban".

"Allí, en Oviedo, en mi propia casa, ¿quién estaba capacitado para sustituir a mis amigos ciegos? Con mis hijos no podía contar. Para empezar, se hallaban fuera del hogar, pero aunque no fuese así, ¿qué podía esperar de ellos? Era una pena que, por lo menos, Alberto no estuviera a su lado".

En el absoluto silencio reinante en el despacho, tras los saludos de sus empleados -por cierto, había observado que todos ellos le hablaron en tono sepulcral, casi con el instintivo y respetuoso cuchicheo que se utiliza en presencia de los muertos- se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo.

"¿Qué diablos estoy haciendo aquí? ¿Quién se beneficia de mi presencia, tan útil a los efectos del negocio como el busto de Mozart que, si no lo arrojaron a la basura, debe estar en el segundo estante de la librería situada a mi espalda?"

Después de tan amargas reflexiones, comenzó a pensar en lo fácil que sería para uno de sus empleados, muchos de ellos podrían hacerlo, montar una operación con objeto de engañarlo y alzarse con un buen pico.

Se le ocurrieron dos soluciones para evitar el desastre que se le antojaba inminente: echar a la calle a todo el personal sustituyéndolo por una plantilla de invidente, con lo cual todos los documentos deberían ser redactados por el método Braille, o exigir el regreso inmediato de Héctor para que tomara las riendas de los negocios.

Ambos procedimientos presentaban ventajas e inconvenientes.

El despido colectivo contaba con el atractivo de permitirle continuar al frente del conjunto de empresas que constituían el imperio Midas, pero poner en práctica aquel remedio heroico supondría el desembolso de una millonada en indemnizaciones. Además, la relación con sociedades y comerciantes desconocedores de la escritura Braille representaba la traducción de cartas, contratos y documentos a la tradicional.

No, no podía hacerse. Se trataba de una burrada monumental.

Mucho más fácil era reclamar la vuelta de su hijo. Realmente, con ello le hacía un favor. Nunca le había gustado estudiar y, si bien consiguió aprobar el primer curso, el triunfo logrado pudo ser fruto de la casualidad, del temor a su padre o a cualquier otro factor desconocido.

Soportar la situación de extrañamiento a que se vería relegado durante los cuatro años que habían de transcurrir hasta que Héctor concluyese la carrera le resultaba inaguantable. Eso en el mejor de los casos; si tenía el capricho de volver a hacer de las suyas, podría tardar ocho o diez años... o no terminarla nunca.

Decididamente, lo más sensato sería telegrafiar a Mr. Starkie y que éste se encargara de facturar a Héctor. Precisamente, por aquellas fechas, debería estar a punto de concluir las vacaciones en Escocia, en casa de su compañero de estudios.

No obstante, no convenía que se hiciese ilusiones. Lo más probable sería que su hijo -sin duda deseoso de tomarse la revancha llevándole la contraria- se opusiese al repentino regreso. Claro que no tendría otro recurso que acabar cediendo. Héctor, además del español y el inglés, entendía el lenguaje de los números. Este último a las mil maravillas. En cuanto le amenazara con cerrar el grifo de la asignación y, caso extremo, con la redacción de un nuevo testamento en el que le dejara dos duros por todo capital, obedecería sus órdenes.

Como si la evocación de su legítimo heredero hubiera actuado con la eficacia de un poderoso embrujo, Regino recibió una llamada telefónica de su domicilio particular. La primera del día.

La conocida voz de Pablo le anunció que, en aquel mismo momento, el cartero había traído una carta. Venía de Inglaterra; concretamente, de la B.S.E. Más concretamente todavía, de la oficina de un tal Mr. Cavendish, Decano. Era un sobre alargado, grande, color ...

— Basta ya, Pablo -ordenó Regino destempladamente.

— ¿Quiere usted que se la lleve?

— No, hombre, ¡por amor de Dios! Abrela y dime lo que cuenta Mr. Cavendish.

Regino tascó el freno de la impaciencia durante los escasos segundos que tardó el mayordomo en desgarrar el sobre.

— Lo lamento, señor. No puedo decirle lo que pone. Como el señor sabe, yo no conozco el inglés. Parece, es una revista; la de la B.S.E., porque las tres letras figuran en tipos muy grandes y gruesos en la cabecera. ¿Qué desea el señor que haga?

— Mira en el sobre, sacude la revista, busca entre las páginas, comprueba si hay alguna carta o papel.

Pasó otro breve ratito en el que, a través del aparato, llegaron hasta el excitado Midas los ecos de las páginas pasadas velozmente por Pablo.

— Señor, ya lo tengo. El señor tenía razón. Hay un hoja entre las hojas.

— Olvida las explicaciones y, si el papel contiene algo escrito en español, lee. No irás a decirme ahora que está en blanco.

— No, no, señor; está en español. Creo que es la letra del señorito Héctor y dice lo siguiente:

"Para mi tozudo padre que quizás consiga convertirme -contra mi voluntad, por supuesto- en un economista o un poeta economista, ahí va la traducción del poema que publica la revista de la Escuela. Me consta que no la necesitas para tí, pero te vendrá al pelo para facilitar la lectura a tus numerosos amigos".

Pablo carraspeó para aclararse la garganta, consiguiendo en el proceso un efecto solemne.

— El poema, señor, se titula "Dactilar divinidad" -anunció el mayordomo.

— ¿Cómo has dicho?

— "Dactilar divinidad", sí, señor. Y si no ordena lo contrario proseguiré con la lectura.

Un nuevo ataque de tos y Pablo, con tono grandilocuente, recitó.

Enhiesto metatarso amarillento
de silencios flamígeros repleto
que procuras con folicular acento
trocar en sabio al lerdo y al paleta

Recuerda el trompo oxigenado.
No olvides la hermosísima matraca
y observa cómo el enano desgredado
con puntillas adorna su casaca.

Indícame un atajo hacia el Nirvana,
obtura con masilla perfumada
la flauta sincopada del mañana
y pon en vigor el derecho de pernada.

Abandona tu mutismo carcelario
hecho de vidrio y trozos de moqueta
y, pues mi signo debe ser Acuario,
permíteme estrenar motocicleta.

Tu red tupida, de porcelana hecha,
atrapa indiferente cuanto enfrenta
y nada escapa, pues no hay brecha,
a tu ira, por el momento, incruenta.

¡Oh, hueso atrabiliario y adorado!,
aparta indiferente cuanto enfrenta
pues, aunque débil y un tanto enajenado,
en el mundo ya se rifan mi simiente.

Y, pese a sentir temor en su presencia,
te juro por las aguas del río Tajo

que nunca hallarás más fiel audiencia
porque suelo escucharte boca abajo.

Un extraño silencio, roto únicamente por la respiración entrecortada de Regino, se hizo tan pronto como Pablo terminó de leer.

Al fin, el ciego oyente, incapaz de ocultar por más tiempo su lógico asombro ante la sarta de despropósitos que su hijo -probablemente realizando denodados esfuerzos- había hilvanado, exclamó:

— Hoy has debido comenzar a darle al whisky más temprano que de costumbre. Si no es así, tiene que ser un cruce de líneas. O, caso de que estas dos conjeturas sean erróneas, además de ciego, pronto me habré convertido en imbécil total. Los indicios son aterradores. No he comprendido absolutamente nada. Haz el favor de volver a leerlo. Siento el acuciante deseo de saber si una segunda lectura me permite albergar la esperanza de que mi aparente deterioro mental sea una falsa alarma causada por un estilo poético inesperado. Lee despacito, por favor.

— Como guste el señor; pero antes de comenzar, permítame jurar por mi honor que no he probado el alcohol.

— Entonces sólo quedan dos posibilidades. Adelante, Pablo.

El mayordomo, obediente a la voz de su amo, leyó una vez más -ahora con lentitud exasperante- el aborto literario.

— Es extraño; comprendo cada una de las palabras, conozco sus significados. No obstante, el conjunto resulta absolutamente incomprensible. Lo mismo puede tratarse de una obra de arte que de un galimatías sin pies ni cabeza. Se me ocurre, para salir de dudas, llevárselo a Jiménez. Mira, Pablo; vas a hacerme un favor. Tráeme todo eso aquí. Luego, me acompañarás a la Facultad de Filosofía y Letras. A esta hora, es posible que aún demos con esa lumbrera literaria; él me sacará de dudas.

Un cuarto de hora más tarde, Regino era introducido en el despacho del catedrático de Historia de la literatura. Autor de varios libros sobre crítica literaria, pasaba por ser una indiscutible autoridad en la materia. Poseía un estilo mordaz acompañado de agudo ingenio, total carencia de caridad y un odio feroz contra todo escritor nacido después de 1.925.

Jiménez, enterado de lo que pretendía su amigo, leyó lentamente el original de Héctor, permaneció pensativo unos instantes, lo releyó contemplando alternativamente el techo y el papel, y dijo con gravedad:

— Antes de emitir mi opinión, me agradecería que me dices la tuya.

— No sé de qué va a servirte, pero ahí va. No tengo ni idea de si posee o no algún mérito, aunque me inclino a pensar que mi hijo ha tratado de tomarme el pelo. Confieso que no entiendo de poesía y quizás me equivoque, pero esto -agregó agitando los papeles que el crítico le había devuelto- me parece una majadería...

— No es necesario que insistas sobre tu ignorancia -interrumpió, en ton airado, Jiménez-. Héctor da pruebas de una madurez insólita para ser, como afirmas, un principiante. Su breve poema descubre una mente embebida en la más pura estética clásica, casi podría decir ascética. Tu chico posee innegables condiciones que, de no malograrse, lo llevarán a las más altas cimas de la poesía actual. Aunque quisiera, no podría decirte a qué escuela lo adscribiría, pues me da el palpito de que él hará escuela. Si tu hijo sigue su camino, negándose a toda influencia ajena, como parece haber hecho ahora, pronto se hablará de la escuela de Héctor Midas.

Regino escuchó aquella retahíla de piropos sin conseguir decir palabra. Por una parte, la fama de Jiménez y la evidente sinceridad con que se expresaba, lo dejaron en suspenso. Por otra, su buen sentido le decía que debía existir un error, una tremenda equivocación o bien que el catedrático se estaba divirtiendo a sus expensas.

— Pero Jiménez -consiguió articular haciendo un esfuerzo-, ¿estás seguro de lo que dices?

— Siempre estoy seguro de lo que digo. En este caso me jugaría mi reputación. Nos encontramos en presencia de un poeta nato, en embrión, claro está, pero de un poeta como la copa de un copudo pino. Lo repito, Regino, tu hijo tiene unas condiciones increíbles; llegará muy alto. Si me preguntaras a quién se parece, me pondrías en un aprieto. No sabría decirte; no podría por la sencilla razón de que no se parece a ningún poeta vivo o muerto. Es original y único. Y ahora, antes de que te marches, vas a hacerme el favor de prometerme que me permitirás echar un vistazo a cuanto escriba. ¿Me das tu palabra? Quiero, además de ser el primer crítico que analice su obra, seguirle de cerca.

Los repetidos tropezones que el padre del talento se dió contra el mobiliario del despacho -a pesar de la ayuda de Pablo, testigo impasible de la conferencia- no se debieron a la ceguera. Caminaba en tal estado de confusión, que no oía las advertencias de su solícito mayordomo. Las elogiosas palabras de Jiménez resonaban en sus oídos con el fragor de una tormenta; estaba aturdido.

Que una persona cualificada como el consultado atribuyese tamaños méritos a la obra de su hijo tenía visos de comedia de enredo. Lo mejor sería que contrastara aquella opinión con la de otro entendido. Pero el nuevo veredicto habría de proceder de algún desconocido; de alguien que no se creyera obligado a ver una obra maestra en lo que, lo más probable, no hubiese otra cosa que basura.

Sí, la idea era excelente, pero ¿a quién recurrir? En aquellos instantes, no recordaba a nadie utilizable. Por esta razón, deseando dedicar su atención al asunto en lugar menos hostil que su despacho, decidió, al salir del de Jiménez, volver a casa. Allí, con calma y sin prisa, reflexionaría y tomaría las dos determinaciones que, por diferentes motivos, no tenían espera. Una, por pura curiosidad y otra, por acuciante necesidad.

En su domicilio, rodeado de invisibles objetos familiares, comenzó a calmarse. Pronto recordó a Manuel Tremañes. El hombre reunía las condiciones necesarias para intervenir en el asunto que lo traía de cabeza; era un perfecto desconocido, director de uno de los tres diarios publicados en Oviedo, y ganador de la flor natural en diversos certámenes poéticos celebrados en el país. Si conseguía convencerlo para que manifestara su desinteresado juicio acerca de "Dactilar divinidad", sabría a qué atenerse.

Como aún no le había sido instalado el teléfono especial que le permitiría realizar llamadas telefónicas sin ayuda ajena y, además, nadie había pensado en la edición de la guía en Braille, requirió la colaboración de Pablo. El se encargó de todo. Localizó el número del periódico y al director del mismo. Entonces, Regino se hizo cargo de la gestión.

— Buenas tardes, señor Tremañes. No tengo el gusto de conocerle personalmente, aunque sí por su prestigio como poeta -comenzó diciendo.

Luego, le hizo saber lo que deseaba de él.

— Si le viene bien a usted, yo mismo pasaré por su casa dentro de un rato. Tardaré sólo el tiempo necesario para resolver un par de asuntillos. Le confieso que no me agrada mucho hacer de juez, pero lo que me ha contado, ha despertado mi curiosidad.

En el plazo señalado, Manuel Tremañes fue introducido por Pablo en el salón en que aguardaba el dueño de la casa. Regino Midas era una personalidad sobradamente conocida en Oviedo, donde la noticia de su ceguera había corrido como un reguero de pólvora. La única que parecía ignorar la desgraciada circunstancia sobrevenida a su padre, era Alicia. En cambio, Tremañes estaba bien informado.

Cuando su invitado se le acercó y, tras estrecharle la mano, tomó asiento en la butaca señalada con un ademán, el director de "El Eco Astur" expresó su pesar por la desdichada enfermedad del anfitrión.

— No quisiera que mi condición actual influyese en su criterio. Le ruego encarecidamente me diga, con toda objetividad, cuanto se le ocurra después de haber leído el poema de mi hijo. A mí me parece...

— Aguarde un momento. Para no dejarme influir contra mi voluntad por su propia opinión, prefiero que la silencie. Mejor será que no diga nada interrumpió Tremañes-. Y, ahora, déme el poema, haga el favor.

Por lo visto, nadie era capaz de manifestarse basándose en una sola lectura. El director de "El Eco Astur", al igual que Jiménez previamente, lo leyó dos veces. Luego, guardó silencio un ratito y, considerando sin duda que aún no se hallaba en condiciones de expresar un juicio acertado volvió a leerlo con detenimiento.

Regino había confiado a Tremañes que ya había consultado con Jiménez, aunque se abstuvo de descubrirle cuál había sido su veredicto.

— Bueno, señor Midas. Desconozco lo que le habrá dicho nuestro afamado crítico, pero aunque me lo hubiese hecho saber por escrito, le aseguro que no influiría lo más mínimo en lo que personalmente creo. Por supuesto, reconozco que no me considero infalible, ni mucho menos. También admito que, si en esta ocasión me equivoco, no sería la primera, ... ni la última, espero -añadió, apresurado-. Y basta de preámbulos. Usted deseará pasar este mal trago y yo también -apostilló con entonación que parecía un barrunto de lo que seguiría-. Con la objetividad solicitada, he de decirle que el poema "Dactilar divinidad" es un verdadero desastre sin pies ni cabeza, carente de inspiración, ritmo e intención. Cabe la posibilidad de que se trate de un bromazo colosal y que, con la publicación en la revista se la haya dado con queso a los ingleses. Usted, que conocerá bien a su hijo, podrá juzgar sobre esto mejor que yo.

— ¿Está convencido de lo que dice? No es que desconfíe de su buen juicio, pero como lo que acabo de oír coincide plenamente con mi opinión y soy un profano en la materia ...

— Ya le he dicho que puedo equivocarme. Si Héctor fuese un autor consagrado por editores y público, me guardaría mucho de ser tan categórico todos los días aparecen publicadas, con honores de acontecimiento, obras que, a no ser por el papanatismo, serían calificadas sin tapujos como lo que son, es decir, como inmundicia indigna de la imprenta-. Su hijo es un principiante, un desconocido que, antes de permitirse el lujo de parir bodrios semejantes, debe dar a luz una obra maestra. Ya sé que la situación, vista así -y le doy mi palabra de que no puede mirarse de otra forma- es una paradoja. Primero hay que ser, o parecer, alguien; luego, al triunfador se le permite todo. El nombre vende. Eso es lo que importa. Todo lo demás son pamplinas.

Tremañes abandonó el hogar de los Midas dejando tras de sí un padre agradecido por la limpieza de la operación quirúrgica realizada dentro de la noble tradición perpetuada a través de los siglos por cuantos aspiran, sin éxito, a encontrar editor.

Al quedarse solo, relegando para otro día la toma de la decisión que devolvería a sus lares al aspirante a economista y fracasado poeta, Regino cayó en la cuenta de que después de escuchar a Tremañes se encontraba más desorientado que antes de recibir su visita.

Ahora disponía de dos informes diametralmente opuestos. Como ambos jueces no podían estar en lo cierto, uno de ellos se equivocaba. Sí, pero ¿cuál? En su fuero interno -y aunque fuese en contra de los deseos acariciados durante largo tiempo- creía que la razón estaba de parte del director del periódico. Pero ¿qué significaban los elogios de Jiménez?

Resuelto a llegar al fondo de la cuestión, agitó la campanilla que convocaba a su factotum. Pablo, que causaba la impresión de permanecer perennemente a la espera de llamadas como aquella, surgió a su lado casi en el instante en que se apagaban los últimos ecos del argentino campanillazo.

— ¿Tú sabes quién es Jiménez? -inquirió Regino cuando el mayordomo dió a conocer su presencia por medio de una discreta tosecilla.

— Sí, señor. Es el caballero de la Universidad a quien el señor ha visitado esta mañana.

— Perdona, Pablo. Me he expresado con insuficiente corrección. Lo que quise preguntar es si conoces a Jiménez y a su circunstancia.

— Ah, ya comprendo al señor. Creo que puedo complacerle. Antes de acompañarle a la Universidad, he hablado con uno de mis contactos y me he informado para futuras referencias. Don Ruperto Jiménez Loza es catedrático de Filosofía y Letras desde hace unos dieciocho años; cuando se incorporó a la Universidad de Oviedo venía de la de Valladolid, de dónde tuvo que irse a causa del clima de aquella ciudad; las heladas le sentaban fatal a su esposa muy friolera y delicada de salud, tras trece partos consecutivos y dos abortos espontáneos. El es natural...

— Espera, espera. Según has dicho, Jiménez tiene trece hijos...

— No, señor; tiene catorce. Coincidiendo con la clausura del curso pasado, ha tenido uno más. Ya le he dicho al señor que la esposa, procedente de un pueblecito llamado El Tiemblo, creo que de la provincia de Avila, es muy friolera.

— Catorce hijos. Catorce razones para calificar de genial la obra de un payaso - murmuró entre dientes Regino.

— ¿Decía el señor?

— Decía que estás mejor informado que el F.B.I. Continúa si aún te queda algo en el fichero.

— Sí, señor. Todavía sé algunas cosas más. Prosigo. Aunque el señor Jiménez percibe unos emolumentos nada despreciables, lo numeroso de la prole, un hijo drogadicto y, principalmente, el temperamento friolero de la esposa que la induce a adquirir un abrigo de pieles al finalizar cada otoño- hace que la existencia del catedrático no tenga nada de paradisíaca. Su infelicidad se hace patente, según se me ha dicho, en sus trabajos de crítica literaria; cuando se enfrenta con una nueva obra, destapa la caja de los truenos y se ciega propinando improperios en una prosa admirable pero implacable. Si el señor disculpa la libertad que voy a tomarme, me atrevería a asegurar que don Ruperto haría mejor cultivando la filosofía y dando de lado a la literatura.

— No sólo te disculpo, Pablo, sino que además admiro profundamente tu sentido práctico. Reconozco que eres un águila merecedor de mejor trato del que recibes. Re- cuérdame a fin de mes que te suba el sueldo. ¿Hay algo más acerca del señor Jiménez?

— Poco más. Pero es algo que acaso interese al señor. Las edades de los herederos de los abrigos peludos oscilan entre el añito del menor y los veintisiete del mayor. El

aficionado a los paraísos artificiales tiene veintiuno. Varios están estudiando bachillerato y cinco han terminado distintas carreras universitarias. Ninguno ha seguido los pasos de su padre, actitud que demuestra que son listos como rayos -el señor perdonará lo vulgar de la expresión en gracia a lo gráfico del término- y ninguno, tampoco, encuentra trabajo pese a los denodados esfuerzos paternos. Parece ser que don Ruperto lo ha intentado todo, salvo solicitar un puesto para sus retoños empuñando un Colt del 45 en cada mano. Y me temo que no poseo más datos.

— ¡Te parecen pocos! Puede que se hayan escrito algunas biografías con menos información de la que tú tienes sobre esa pobre gente. Ahora vamos a terminar este asunto y mañana, a primera hora, que escriban dos cartas. Correo urgente en ambos casos. La primera dirigida a nuestro querido don Ruperto. "Estimado amigo: Te quedo muy reconocido por tu amable crítica del poema que te obligué a leer. Olvidémoslo sin pérdida de tiempo. Es lo único que merece. Lo que no debemos echar en saco roto es que tienes un montón de hijos. No tomes a mal que te ruegue me envíes un par de ellos - los dos más listos y formales- con la carrera terminada y la mili cumplida. Me harás un verdadero favor si permites que los coloque en mis oficinas generales. El día uno del mes próximo los espero. Hasta entonces, recibe un cariñoso abrazo, etc."

»El otro borrador es para Héctor. Si no tienes su dirección en Escocia, que se pongan en contacto con Mr. Starkie los de la oficina y que se la pidan. Espera; aunque había hablado de carta urgente, he cambiado de opinión. Prefiero un telegrama que diga escuetamente: "Estoy ciego. Regresa a casa primer avión. Regino Midas".

El telegrama hizo el efecto de una bomba en el desprevenido Héctor. Al recibirlo, recordó que antes de su partida de Londres, al ser llamado por las altas instancias de la B.S.E., le habían comunicado la noticia de la pasada enfermedad de su padre, pero seguidamente le aseguraron que estaba fuera de peligro o que ya estaba restablecido -no recordaba muy bien- y ahora, de pronto, la noticia de la ceguera de su padre.

Cuando le fue entregado el fatídico papel, su primera reacción fue de incredulidad. Debía tratarse de una broma de mal gusto; de aquéllas por cuya puesta en escena su hermana sentía una apasionada predilección. Luego, poco a poco, la realidad fue abriéndose paso. Ni siquiera Alicia poseía tan retorcida mentalidad. Tampoco era admisible que su padre recurriese a trucos parecidos para hacerle cisco las vacaciones. El se

hubiera limitado a ordenar el regreso añadiendo, cómo no, que su negativa comportaría la suspensión de toda ayuda financiera.

Sintiéndose frustrado y de un humor de perros, comunicó a los McIvy el contenido del telegrama, se despidió y, dando por seguro que del mensaje se derivarían consecuencias imprevisibles, comentó con Vernon la posibilidad de que sus entrevistas experimentaran un aplazamiento de duración ilimitada.

Tres días más tarde, frescas en el recuerdo las disparatas frases de aliento prodigadas por la madre de su camarada y las comparaciones de tipo histórico-cortesano extraídas por el incapacitado cazador del limbo irreal en que vegetaba, Héctor hacía su entrada en el despacho doméstico de Regino.

Aunque su actitud mental no era la más apropiada para prestar atención a sutilezas, advirtió de inmediato el cambio operado en el aspecto externo de su progenitor. Había dejado un hombre maduro, pero fuerte y erguido; encontraba un ser encogido y envejecido que parecía soportar sobre los hombros el peso de la maldición. Causaba una penosa impresión, especialmente, la postura que adoptaba al tomar asiento, tensa y alerta, como aguardando un golpe que, indefectiblemente, le sería asestado sin previo aviso y desde una dirección insospechada.

Aquella debió ser la primera ocasión en que Héctor tuvo conciencia de que su padre era un hombre como los demás. Hasta entonces, lo había considerado como un tirano colocado muy alto, fuera del alcance de las contingencias que gobiernan a los mortales. Alguien a quien bastaba decir esto quiero, aquello no, para que sus deseos fuesen satisfechos. Ahora comprendía el error en que había vivido desde mucho tiempo atrás. Regino estaba hecho del mismo barro frágil y quebradizo con que habían sido modelados cuantos le precedieron; el mismo que sería utilizado a partir de él. No constituía, de ninguna manera, un patrón exclusivo.

La repentina e inesperada revelación le causó una extraña decepción de la que no formaban parte, al menos por el momento, el dolor o la compasión.

Héctor salió desconcertado de la entrevista. Tenía que admitir que, en ciertos aspectos, su padre reaccionaba de forma original.

— No logro comprender el motivo que te impulsó a ocultar durante varios meses lo que te había pasado.

— Y ¿de qué me hubiera servido ponerte al corriente? Si tus estudios incluyeran oftalmología, puede que actuara de manera distinta y, por supuesto, si tú fueses diferente, lo hubieras sabido el primer día.

— Entonces, si las cosas están así, ¿para qué me has hecho venir con tanta urgencia?

— Si necesitas preguntarlo estás tan ciego como yo. Comienzo a albergar dudas sobre lo acertado de mi determinación. He pensado que mi incapacidad física puede dar al traste con todo lo conseguido a lo largo de mi existencia. Supongo que conocerás aquello de que el ojo del amo engorda el caballo. Por oposición, esto significa que, cuando el amo no tiene ojo o dispone de dos inservibles, el caballo no sólo no engorda, sino que adelgaza hasta fallecer de inanición. Pretendo evitar nuestra ruina con tu inmediata incorporación a la gerencia. Serás mis ojos y, en pocos meses, haciendo uso de cuanto me has oído decir desde niño sobre la forma de llevar los negocios, no habrá nadie que te haga sombra...

— En otras palabras, lo que has decidido -sin tomarte la molestia de consultarme- es interrumpir mis estudios. Como por arte de birli birloque, se te ha pasado el capricho de disponer a tu antojo de un hijo economista.

— Ni antes fue un capricho ni ahora tampoco. Te repito que si te impongo la obligación de volver a casa es empujado por la necesidad. He de contar con una persona de confianza; con alguien que no sienta la tentación de engañarme. En la situación actual, cualquier desaprensivo podría jugarme una mala pasada. Y ¿quién mejor que tú para evitarme y evitarnos lo irreparable? Después de todo ¿a dónde irá a parar cuanto poseo el día de mañana? A tus manos, como es natural.

— No voy a negar lo evidente. Hasta cierto punto tienes razón. Pero ¿no sería mejor esperar a que termine la carrera? ¿Por qué tanta prisa? Tú no estás acabado ni mucho menos. Y yo te resultaría bastante más útil dentro de cuatro años que ahora mismo. Para entonces tendría mayores conocimientos y, como dijiste hace sólo unos meses, yo habría madurado.

— Una de las razones ya te la he explicado. La otra, para la cual no es necesaria demostración alguna, se encuentra en mí mismo. Nunca he ocultado que mi madre era una chatarrera alcohólica más preocupada de cómo podría conseguir las monedas suficientes para adquirir vino barato, que en la educación de su hijo. Todo lo que hizo por

mí en ese aspecto fue ponerme en manos de don Froilán, el coadjutor de la parroquia. El cura me enseñó las cuatro reglas. Después, cuando me enviaron a Canarias para hacer el servicio militar, el comandante mayor, del que fui ordenanza, me dió a conocer una quinta -una quinta regla, quiero decir- de la que te he hablado hasta la saciedad. Con todo esto, estoy tratando de hacerte comprender que si yo, con el casi inexistente bagaje cultural que poseía, amasé una respetable fortuna, tú, con el bachillerato y un curso de economía a cuestras, estás en condiciones de conservarla y aumentarla. Sólo será preciso que no olvides esa importantísima norma, la quinta, que renuncies a meterte en aventuras alocadas sin el adecuado estudio y preparación y, por último, que escuches mi opinión, probablemente no muy sabia pero, incuestionablemente, contrastada por el éxito.

— Sí, papá, no soy un memo; comprendo tus argumentos y no dudo de que sean acertados. Sin embargo, me había acostumbrado a la escuela...

— También yo estaba acostumbrado a ver y, de pronto, se apagó la luz.

— Tenía amigos; chicos formidables como Vernon, Peter y John, con los que he pasado momentos muy buenos. Puede que nunca vuelva a verlos ...

— ¿Quién te ha dicho tal cosa? Eres aún muy joven y tienes toda la vida por delante. El que no volverá a ver a sus amigos -ni a nadie- soy yo. Pero dejemos esto.

— Aguarda un momento, por favor. Supongo que la pérdida de la vista no te habrá hecho cambiar hasta el punto de abandonar tu antigua costumbre de recurrir a la amenaza de desheredarme si no acato tus órdenes.

— Estás en lo cierto; en ese aspecto nada ha cambiado.

— Bien; entonces, te lo advierto lealmente, cumpliré tus deseos sin responsabilizarme de las consecuencias que pudiesen surgir de tu imposición. Me quedo contra mi voluntad.

— Formidable; tomo nota de tu protesta formal y, como sé que careces de sentido del humor -o, si lo tienes, es absolutamente diferente del que yo gasto- no añadiré que tu desaprobación ha sido anotada en el diario de sesiones. Y, hablando de diarios; por asociación de ideas, sin duda, acude a mi mente la palabra revista. Más en concreto, la editada en la B.S.E. He leído el poema "Dactilar divinidad" y aún no he logrado sacudirme la perplejidad que me produjo. No sé si debo felicitarte o pegarte un tiro.

— Si te crees obligado a elegir, creo que procede lo primero. Antes de mi marcha a Londres, no cesabas de darme la lata incitándome a emprender el camino de las letras.

No puedes imaginarte los sudores que me ha costado complacerte. Y todo para nada; ahora estamos peor que antes. Al menos, en aquella época, no corría peligro de ser asesinado.

— No me has comprendido o no me he expresado correctamente. Quise decir que no alcanzo a saber si tu poema es bueno o malo y, aunque me inclino a favor de la última posibilidad, en realidad, no sé a qué atenerme. Cometí la imprudencia de pedir ayuda a dos expertos y sus opiniones resultaron contradictorias. Jiménez, el catedrático y crítico literario, aseguró reverente que nunca había visto nada igual y que eras un genio. Por el contrario, Tremañes, director de "El Eco Astur" y poeta a ratos libres, afirmó que se trataba de una porquería; así, sin paliativos. Ahora quisiera conocer tu propia versión y, de paso, la de los ingleses.

— La verdad es que escribí esas líneas por compromiso. En la dirección de la B.S.E. me informaron de que una actividad extraescolar sería bien vista y, como el remo, el boxeo, el ajedrez o los debates no me convencían y, además, mis tres amigos dominaban esos campos, me lancé a la poesía. ¿Qué pienso de mi obra? Nada absolutamente. Ni me gusta ni me disgusta. La escribí y punto final. Supongo que debo hacerme eco del de "El Eco Astur". Reconozco que no tengo condiciones y, para colmo, la poesía no me hace maldita gracia. ¿Qué quise decir, qué significa o qué pretende? Tendrás que preguntarlo a los de la revista. Los ingleses son muy suyos y no suelen soltar prenda -más bien lo contrario- y sólo obtuve como respuesta a mi pregunta de cuál era el motivo de la publicación, que se trataba de un trabajo original, imaginativo y nada convencional. Ya puedes suponer que me di cuenta de que los tres calificativos no quieren decir nada en cuanto a la calidad literaria. En vista de ello, prudentemente, me callé, renunciando a proseguir la investigación. Bueno o malo iba a ser publicado y eso era lo interesante. Podía ayudarme a sacar adelante el curso..., y así debió ser; pero nada más.

— Estás equivocado, Héctor. Has estudiado, viajado y hecho amigos. No voy a engañarte con falsas esperanzas, diciendo que quizás recupere la vista algún día y, entonces, volverás a Inglaterra. No diré tal cosa porque nunca veré...

— Aún queda otra solución. Hoy día las cosas han cambiado y no es raro que las mujeres ocupen puestos de responsabilidad. Tanto en la industria como en el comercio, en toda clase de sociedades, las empresarias están haciéndolo muy bien. No irás a decirme que te has vuelto machista. Tienes una hija que, aunque me cueste reconocerlo,

no es ninguna tonta. Ha estudiado una carrera; probablemente lo haría mejor que yo. Y, a propósito de Alicia, ¿cómo ha encajado lo tuyo?

— Con tu hermana no puedo contar. Ha pedido la hijuela y se ha marchado de casa. Ha ido a vivir con una amiguita; primero con China Castro, luego con Maru Alcántara. Está muy ocupada para perder el tiempo con una dirección general. En cuanto a su estado emocional, lo desconozco. Yo no le he dicho nada de lo que me ha sucedido, pero es de suponer que se haya enterado por otro conducto. Ya sabes que en Oviedo todo el mundo es experto en investigación. Aquí nadie consigue bostezar sin que media docena de curiosos le observen las amígdalas.

— Estoy de acuerdo contigo. Aunque, si lo sabe, ¿por qué no ha venido a verte? ¿Cómo no te ha llamado? Desde niño, me ha parecido bastante rara, pero esto es el colmo, aún admitiendo que somos una familia original.

— Puede que se sienta avergonzada.

— ¿Por haberte exigido la hijuela? No lo creo. Alicia no es de las que, después de lograr lo que desea -y mucho menos si tiene derecho a lo que quiere- se deja apabullar por los remordimientos.

— No me refería a la hijuela. Se trata de algo mucho más gordo. Tu hermana es lesbiana. Como era de esperar, la cosa ha trascendido, convirtiéndose en tema de conversación tan incesante que ha hecho olvidar el reciente ascenso del Real Oviedo C.F. a la división de honor.

— Sí, veo que el asunto es grave. Sin embargo, no creo que tampoco ése sea el motivo real de su silencio. Alicia es valiente; tiene defectos, como todo el mundo, pero la cobardía no es uno de ellos. Si es lesbiana, hará frente a la situación con la misma ecuanimidad con la que aceptó el hecho de haber nacido pelirroja. Nadie tiene esas características a petición propia, lo mismo que no se puede ser bizco o leproso voluntariamente.

— Entonces ¿qué diablos sucede?

— No lo sé. Si quieres, puedo hablar con ella. De entrada, podría callar lo de tu ceguera hasta ver por dónde respira.

— Está bien. Hazlo hoy mismo. Mañana empezarás a ponerte al corriente de nuestros asuntos, ¿conforme?

— No, pero obedeceré. Y espero que no lo lamente algún día.

Aquella noche, Héctor, después de haber obtenido por mediación de Pablo el número de teléfono de Alicia, habló con ella diciéndole que necesitaba verla. Su hermana, con tono burlón, accedió a que pasara por el piso compartido con Maru. Esta había ido al cine, a la última sesión, así que estarían solos. Podrían charlar tranquilamente, sin testigos, aunque -añadió- no tenía noción de qué, pues jamás habían tenido nada que decirse.

El futuro director gerente de Empresas Midas encontró muy cambiada a la Alicia que acudió a abrir la puerta. Conservaba la cabellera cobriza, pero los magníficos ojos parecían haberse hundido en las cuencas. Rodeados de profundas ojeras oscuras, brillaban con destellos febriles que le conferían un aspecto inquietante. Había perdido la serenidad y el sosiego que le infundía la seguridad en sí misma. Bebía demasiado -whisky puro al que ni siquiera ponía hielo- y, dos veces durante la entrevista, Héctor observó cómo tomaba otras tantas píldoras. En la primera ocasión, sintiéndose vigilada, trató de disculparse diciendo: me duele la cabeza. Poco después, la ingestión de la segunda fue acompañada de una mirada desafiante.

— Bueno -dijo tan pronto como su hermano tomó asiento y rechazó la copa ofrecida- tú dirás qué es eso tan importante que te obliga a venir a verme.

— Yo no he citado para nada la palabra "importante"; es de tu cosecha. Me he limitado a decirte que necesitaba verte. Después de todo, es normal que dos hermanos que no se han visto desde hace tiempo, se reúnan para cambiar impresiones...

— Conmover, Héctor, emocionante e increíble. ¿Qué te traes entre manos? Sería bastante más sencillo que prescindieras de rodeos y me dijeras qué quieres. Supongo que, a estas alturas, no sufrirás un repentino ataque de cariño fraternal. No, eso es imposible considerando que nunca me has soportado. Tiene que ser algo distinto. Por ejemplo, una orden de papá. ¿Has venido a verme obedeciendo una de sus súplicas impositivas? Apostaría que te ha dicho: o vas a ver a tu hermana o te desheredo.

— Te equivocas; yo mismo me he ofrecido a hacerlo. No podría jurar que me he decidido porque me da pena. Es difícil que nuestro padre despierte ese sentimiento en los demás, pero cuando lo he visto al regresar de Escocia, me causó una impresión extraña. ¿Hace mucho que no lo ves? ¿Sabías que se ha quedado ciego?

— Sí, lo sabía. Estoy enterada de todo.

— Entonces, ¿cómo no has ido a verlo? Yo tampoco siento por él lo que pudiéramos llamar un cariño desbordante y apasionado. Admito que es un tirano caprichoso dispuesto siempre a realizar su santa voluntad, caiga quien caiga; pero es nuestro padre.

— No tengo ninguna obligación de darte explicaciones. Eso es cosa mía; hace años que soy mayor de edad.

— Lo sé y, como es natural, no he venido a exigirte nada. A pesar de todo, me gustaría que, por una vez, habláramos como dos seres humanos. Yo tampoco soy un chiquillo, conozco la vida y no me asusto de nada. Reconozco que cada uno tiene perfecto derecho a vivir como le plazca, siempre que no moleste al prójimo. Y para qué vamos a andar con rodeos. Si lo que te impide ver a papá es tu afición a las mujeres...

— Oye, no te tolero que te mezcles en lo que no te importa.

— Claro que no me importa. Para mí el hecho de que seas homosexual no tiene importancia. Ya te he dicho que cada cual debe ser libre de llevar una existencia de acuerdo con sus gustos. Cuando papá, hablando de estos temas, me oyó que eras tan culpable de ser lesbiana como de haber nacido con el pelo azafranado se quedó pensativo durante un rato y, finalmente, preguntó: "entonces ¿por qué no viene a verme? o algo parecido. Su pregunta y el tono con que la hizo significa que comprende. Por otra parte, si lo que temes es que te guarde rencor por haber pedido la hijuela, te equivocas. Estabas en tu derecho, el dinero que te entregó no era suyo y, además, viene a ser una gota de agua en el océano.

— ¡Pobre Héctor! Con todo tu mundo y tu conocimiento de la vida, demuestras una inocencia infantil.

— Si crees que soy un ingenuo porque no tomo drogas como tú, estás en un error - Héctor hizo aquella afirmación casi contra su voluntad y un poco al azar pero, al observar la mirada nerviosa de su hermana, comprendió que había dado en el clavo-. En le B.S.E., en Londres y aquí mismo en Oviedo, he visto demasiados ojos como los tuyos, demasiadas manos temblorosas como las tuyas, para no imaginar lo que está sucediendo. Te he visto tomar dos pastillas, supongo que de anfetaminas. Si no has pasado de eso, todavía estás a tiempo de dejarlo. Papá podría ayudarte y yo también. El te necesita... y tú a él. Ahora me voy. Piensa en lo que hemos hablado; sin prisa pero sin perder tiempo. Cuanto antes te decidas a no tomar más esas porquerías, más fácil será. Mañana por la mañana te llamaré por teléfono.

Héctor no perdió ni un minuto. Sabía que su padre estaría esperando. Sentado en un sillón, soportando estoicamente la absoluta negrura, le aguardaría para saber algo de su hija. Cuando, caminando presuroso, oyó el sonido de un automóvil, se volvió a mirar con la esperanza de que se tratara de un taxi. Sí, era un coche de punto que avanzaba lentamente y con la luz verde encendida. Entonces, sin poder contenerse, hizo algo que le desagradaba y que no había hecho nunca. Introdujo dos dedos en la boca y emitió un estridente silbido.

El automóvil se detuvo y Héctor, después de pedir perdón por la descortés forma en que lo había llamado, rogó al taxista que lo llevara a casa, lo más rápido que le fuera posible.

Tal como supuso, Regino esperaba aunque no en el despacho o en la biblioteca. Ocupaba un incómodo sillón situado en el recibidor, junto a la puerta.

Antes de que hiciese su entrada, en el momento en que introdujo el llavín en la cerradura, el ciego, como impulsado por un resorte, se levantó y en media docena de seguras zancadas cruzó la habitación, encendió la luz y se situó frente a la puerta.

— ¿La has visto? -preguntó, incapaz de contener la impaciencia.

— Sí, pero sentémonos. Lo que tengo que decirte no es poco ni fácil.

Sin más palabras, Regino, a largos trancos, pasó a la biblioteca y, a oscuras, fue a sentarse en una butaca. Héctor lo siguió tropezando con un sillón y, cuando se dirigía hacia la pared en la que se encontraban los interruptores, se detuvo al escuchar la voz que sugería:

— Si no te importa, hablemos a oscuras. Yo ya estoy acostumbrado y tú vivirás un rato como vengo haciendo desde hace demasiado tiempo... bueno, la verdad es que prefiero que no me veas cuando me digas lo que pasa con Alicia.

— Como quieras, papá. Te hablaré sin rodeos que, en definitiva, no servirían para nada. Alicia te necesita. Está avergonzada; no se atreve a venir a verte -aunque no ignore lo que te ha sucedido- porque, además de ser lesbiana, ha comenzado a tomar drogas. Toma anfetaminas. No sé cómo andas de conocimientos sobre el asunto. Yo no sé demasiado. Tengo entendido que las anfetaminas son el segundo paso hacia otros productos más fuertes como la cocaína y la heroína. El primero es el porro. Realmente no siempre se asciende subiendo los escalones por ese orden. Hay gente que se salta alguno de ellos y comienza por cualquier peldaño. No me ha dicho por dónde ha empezado, aunque

puede que aún esté a tiempo de abandonar la rueda. También tengo la impresión de que si le echas un cable no lo rechazará. No soy un perito en la materia pero opino que si se ha negado a verte es porque se siente deshonrada.

— Y tú, ¿qué le has dicho?

— Únicamente que hablaría contigo y que mañana la llamaría por teléfono.

— Muy bien. Haz el favor de llamar a Pablo. Que baje a verme. Ah, que se vista para salir. Y puedes encender las luces.

Momentos más tarde, Pablo preguntaba con naturalidad, como si las salidas a las dos de la madrugada fueran cosa de todos los días:

— ¿El señor desea que vaya a algún sitio?

— Sí, Pablo. Saca el coche y vete a casa de mi hija. Aparca ante el portal, pero no toques el claxon. Espera una hora y si, al cabo de ese tiempo, Alicia no baja, vuelve y acuéstate. Gracias, Pablo.

— No hay de qué, señor. Ahora mismo me voy.

— Todo eso está muy bien, papá, pero le va a servir de muy poco a mi hermana.

— No seas precipitado, Héctor. Tienes que acostumbrarte a reflexionar. ¿Para qué enviarle el coche si no la aviso de que lo tiene a la puerta?. Esperaré unos diez minutos y luego la llamaré. Si no te importa, tú marcarás el número; esa dichosa Telefónica no termina de colocarme el aparato especial prometido hace meses. Está claro como el agua que su especialidad son las palabras.

Los dos hombres aguardaron en silencio hasta que transcurrió el plazo fijado. Regino comprobó la hora varias veces por medio del reloj adquirido en Sabadell.

— Ahora puedes llamarla. Pablo debe haber llegado.

Sonaron varios timbrazos antes de que, en tono desabrido, una voz respondiera. No era la bien conocida de Alicia.

— Soy Héctor -explicó paciente-. El hermano de...

— Ya sé quién eres -cortó la voz adormilada-; yo soy Maru. Y ¿qué quieres a estas horas?

— Quiero hablar con Alicia.

— Está dormida como una marmota.

— Pues haz el favor de despertarla.

— Bueno, bueno, allá tú. Te va a mandar al carajo.

Mientras aguardaban, Regino se hizo cargo del aparato. Maru no había mentido, pues a juzgar por el tiempo transcurrido desde el momento en que se produjo la llamada y la aparición de Alicia al otro lado de la línea telefónica, aquélla debía estar sumida en un sueño profundo.

— Dime, Héctor. ¿Qué ha ocurrido? -inquirió con acento de ansiedad.

— No soy Héctor y todo está bien. Soy tu padre. No debes preocuparte por nada; por nada en absoluto. ¿Me comprendes? Ante el portal está Pablo con un coche. Te esperará durante una hora. No tienes más que bajar la escalera y enseguida estaremos juntos. Tu habitación está como cuando la dejaste. Tu hermano ha dicho la verdad. Te ayudaré. Ven a casa, Alicia. Hasta ahora.

Regino cortó la comunicación suavemente. Había hablado con premura, procurando no conceder la oportunidad de que su hija iniciase uno de los argumentos que la habían hecho distinguirse como consumada polemista. El silencio con que acogió las palabras de su padre era más elocuente que cuanto hubiera podido decir. Aquel mutismo, prueba irrefutable del cambio experimentado, apenó paradójicamente al padre, que no sabía con certeza si sería preferible un enfrentamiento como los de antaño.

La incertidumbre de la espera no se prolongó demasiado. Veinte minutos después del monólogo paternal, Alicia hizo su entrada en la casa abandonada meses antes. Sin pronunciar palabra, abrazó a su padre y luego se dejó caer de rodillas, permaneciendo en silencio, abrazada a las piernas del ciego. Seguía una antigua costumbre ya olvidada. Después de un rato, Regino, haciendo un esfuerzo para mantenerse sereno, se levantó y dijo:

— Vamos, te acompaño a tu dormitorio. Mañana, sin prisas, hablaremos. Todo se arreglará. Buenas noches, Héctor.

No hubo respuesta por parte del aludido que, discretamente, se había ausentado tan pronto como se produjo la llegada de su hermana.

— Héctor está aprendiendo a pasos agigantados -comentó con inflexión satisfecha y sorprendida, Regino-. Últimamente, las cosas parecen tomar un cariz distinto para los Midas.

Héctor, haciendo bueno el supuesto de su padre, madrugó al día siguiente y, a primera hora de la mañana, penetró en el espacioso edificio que albergaba las oficinas cen-

trales, el lugar donde se tomaban las decisiones que, en mayor o menor medida, afectarían a buen número de personas.

En un futuro próximo, pensó al entrar, todo esto será mío, y de Alicia, naturalmente. De pronto, notó con sorpresa que era invadido por un sentimiento de orgullo. Lo rechazó casi de inmediato. No tenía el menor motivo para sentirse engreído. El importante conjunto de empresas, una especie de tupida tela de araña tejida por un astuto hombre de negocios, se debía exclusivamente a su padre. Desde aquel mismo instante, el orgullo se tornó en envidia acompañada de un fuerte deseo de emulación.

"Aprendería de Regino. ¿No le había dicho él mismo que le consultara? Pues lo haría. Formularía tantas preguntas que si su padre pretendía responderlas todas, terminaría con la garganta hecha polvo. Llegaría a dominar los trucos del oficio, las triquiñuelas fronterizas entre lo legal y lo fuera de la ley cuyo conocimiento le había permitido situarse en el destacado lugar que ocupaba. Y, de manera especialísima, debería tener presente el lema adoptado por Regino como la divisa secreta y reservada de la familia: olvídate de la piedad. Desde luego, la frase era de abrigo, indigna de figurar bajo un escudo nobiliario, impropia para ser aplicada lejos de un mundo ajeno a los negocios".

"Precisamente -siguió reflexionando- voy a actuar en ese mundo, que nunca me ha agradado, del comercio, de las transacciones de pillo a pillo, cerradas con un visible apretón de manos y una oculta zancadilla, en las que, tras las sonrisas de conejo se esconde el rechinar de dientes".

"Aprenderé todas las artimañas de la profesión y, acaso llegue la hora en que consiga alguna treta apropiada para sorprender a la competencia.

"Ya está bien de sueños" -se reprochó-; "ahora, tienes que resignarte a pasar por un hijo de papá, a dos dedos de la subnormalidad profunda. Deberás aceptar lecciones hasta de los ordenanzas".

Por lo menos, la segunda suposición aventurada por Héctor resultó errónea. Tan pronto como cruzó la encristalada puerta giratoria, se le acercó un botones y, con tono respetuoso, casi de inconcebible veneración, afirmó más que inquirió:

— Es usted don Héctor Midas, ¿no? Sígame, tenga la bondad. El señor Ramos le recibirá inmediatamente.

Acompañado por aquel conato de empleado, imbuido de la importancia de la misión que se le había encomendado, el hijo del patrón ascendió por primera vez en la empresa. Fue un ascenso que ni los empleados más susceptibles le hubieran reprochado; subió cuatro o cinco pisos en el ascensor, recorrió interminables corredores en los que se escuchaba música ambiental entremezclada con el tableteo de incontables máquinas de escribir y, cuando daba por sentado que su guía había alcanzado el inexplicable objetivo de extraviarse, fue detenido por un recatado ademán del cicerone peso mosca.

— Hemos llegado, don Héctor -anunció dejando escapar un gallo al pronunciar la sílaba ga-. Pase, por favor -añadió tras aclararse la garganta.

Como disparado por un resorte, el ocupante del sillón situado tras la inmensa mesa repleta de papeles, se levantó y acudió a saludar a su visitante. Venía con las dos manos extendidas y una sonrisa parecía haber sido fijada con pegamento sobre los móviles labios.

La primera impresión que el señor Ramos causó a Héctor fue la de que si hubiera de describirlo debería de hacerlo con un derroche del sufijo ito. Sí, no habría manera de especificar sus características sin incurrir en repetición. Era un hombrecito, gordito, con bigotito.

A continuación recordó la advertencia de Regino:

— No dejes que te engañe el aspecto de Ramos. Es de los que dan el pego una condición muy útil para hacer buenos negocios- y, cuando las personas con quienes trata se dan cuenta de que su apariencia insignificante es una broma de la naturaleza, totalmente en desacuerdo con el agudo cerebro oculto bajo su cráneo ovoideo, ya es demasiado tarde. Para entonces, Ramos los tiene en el bote. Es un hombre de una suerte increíble. Además de tener esa facha, se apellida Ramos y, encima, se llama Hortensio, ¿Quién va a pensar mal de alguien con esa pinta y nombre de conjunto floral?

Don Hortensio, con voz tonante, perfectamente inadecuada a su exigua capacidad torácica, tronó mostrando en súbita exhibición todas las piezas dentarias:

— Benditos los ojos que lo ven, don Héctor. ¡Qué caro se vende usted! En fin, nunca es tarde si ... etc., etc.

Como Héctor tuvo oportunidad de comprobar en los meses que habrían de seguir, don Hortensio utilizaba el etc., etc. como constante latiguillo. Lo aplicaba viniese o no a cuento y no se conformaba con uno de ellos. Se consideraba un hombre frustrado si por

alguna desafortunada circunstancia el segundo etc. permanecía sin exteriorizar en el interior del frágil y engañoso pecho.

— Su señor padre -prosiguió, haciendo uso de una frase contemporánea de las cruzadas- me ha advertido de su llegada. He de confesar, pese a ello, que he sido gratamente sorprendido por su indicio de puntualidad. Don Regino, con el que trabajo desde hace luengos años, desea que le haga partícipe de los conocimientos que he ido acopiando a su sombra. Admito que no soy un genio pero, aún siéndolo, mucho saber habría adquirido por mor del que, a raudales, posee su progenitor. No me extiendo sobre esta cuestión por falta de tiempo y exceso de materia. Ya irá usted viendo. Cuando desee podemos comenzar. Para su mayor comodidad, le ha sido colocada una mesa en este despacho. No obstante, si lo prefiere, se le habilitará otro mañana mismo.

— No, nada de eso -respondió Héctor poniéndose a tono con el léxico de don Hortensio-; habida cuenta de la similitud de nuestro mutuo quehacer cotidiano, ítem más, de la más que cierta superabundancia de mis solicitudes de dictámenes, juicios y pareceres de su acreditada experiencia de usted, es mi deferente opinión que mejor me hallaré a su vera que a más amplia distancia, etc., etc.

El señor Ramos pareció crecer dos palmos. La respuesta del novicio y el estilo empleado para expresarla le hacían sentirse en el séptimo cielo. Aquello era hablar y lo demás zarandajas.

— Pues bien -prosiguió don Hortensio- si se siente proclive hacia la tarea, sugiero que comencemos ipso facto. Para que vaya perdiendo su inevitable barniz de neófito, he seleccionado diversos ejemplos de los documentos que pasan por mis manos. Ahí tiene informes, proyectos, planos, presupuestos, etc., etc., cuyo sondeo aventará su actual bisoñez tan ineluctablemente como me llamo Rosendo.

— ¡Cómo! ¿no se llama usted Hortensio?

— Ciertamente, pero mi segundo patronímico es el que, por un imperdonable acto de coquetería refleja, acaba de escapárseme. Dispense y, si le es factible, échelo al olvido.

Héctor no olvidó el resbalón de su maestro. Muy al contrario, procuró fijarlo en su mente para futuras referencias. El hombrecito había dado una muestra de que su punto flaco residía en la vanidad. El dato podía serle útil en cualquier momento, pues la fatui-

dad ajena -cuando se oculta la propia- es una palanca que, bien manejada, consigue forzar voluntades y abrir cajas fuertes.

A lo largo de los meses, Héctor puso a prueba su paciencia, trabajó con denuedo y sin desfallecimientos. Iniciaba la labor antes de que el más madrugador de cuantos figuraban en la plantilla llegara a la oficina y abandonaba el despacho dos o tres horas después de que se marchara el último.

Infatigable, perseverante, modesto, simpático con todos, no rechazó ninguno de los asuntos de la casa por considerarlos de poca monta para el destacado estatus que ocupaba en ella. Todo le parecía poco para apagar su inextinguible sed de conocimientos financieros. Y aprendía velozmente. De igual manera que una esponja absorbe líquidos, él se empapaba de erudición comercial. Pronto se convirtió en una especie de diccionario que incluía todas las respuestas a todas las preguntas y, si bien se guardó de pregonarlo, ni siquiera de decirlo a su padre o a su mentor Hortensio-Rosendo, era un hecho cierto que se había formulado algunas cuestiones -sin plantear por nadie hasta entonces- para las que, a renglón seguido, encontró contestaciones.

"Al fin y al cabo" -se decía- "cualquier imbécil puede aprender a contestar preguntas. En cambio, sólo algunos genios estamos capacitados para interrogar sobre lo que nunca antes ha sido puesto en cuestión".

Aunque Regino ignoraba hasta qué punto había avanzado su hijo en el camino hacia la cúspide, lo que sabía de él y sus actividades lo llenaba de íntimo gozo. Las casi diarias conferencias en que Héctor informaba y consultaba sobre infinidad de asuntos pertenecientes a la esfera de "Empresas Midas", ponían de manifiesto el dominio que Héctor había conseguido en el difícil arte de navegar entre dos aguas, de lograr que el público comprador aceptase de buen grado continuar llamando producto de la venta a la ganancia del vendedor, en vez de producto de la rapiña, como pudiera y debiera hacer.

Sí, Héctor se había destapado como digno hijo de su padre y éste le agradecía que, aún cuando cada día las conferencias iban perdiendo su primitiva razón de ser, no se hablase para nada de suspenderlas o espaciarlas.

En cierta ocasión, más de ocho meses después de la incorporación del hijo a la empresa, se celebraba una reunión con toda normalidad, sin que nada en su desarrollo hiciera presagiar que se cernía la tormenta.

Tras la rutinaria revisión de varios asuntos, aguardaban en silencio la llegada de don Hortensio a quien habían pedido algunos documentos. Ocupaban, como siempre, el magnífico despacho de Regino.

— Aquí tienen lo que necesitan -dijo el Apoderado General, colocando cuidadosamente tres carpetas ante Héctor y disponiéndose a abandonar la habitación.

— Espere un momento, señor Ramos. Tenga la bondad de sentarse un ratito. Hay algo que deseo decirle y ha de ser ante mi padre.

— Sí, señor -contestó obediente el hombrecito.

— Ante todo -comenzó Héctor- quiero agradecerle cuanto me ha enseñado; prácticamente cuanto sé, a usted se lo debo. Ha sido un maestro excelente, un maestro de los que no quedan. Tan bueno, tan bueno que no se ha guardado nada en el tintero. Poco a poco he ido extrayendo sus conocimientos hasta dejarlo como un limón exprimido, vacío de contenido. La conclusión a que llegaría en la actualidad cualquier hombre sensato es la misma a la que yo he llegado. Ha dejado usted de ser útil a la empresa. Como además, ya ha alcanzado -incluso sobrepasado- la edad de la jubilación, junto con mi agradecimiento eterno y una generosa bonificación dineraria, recibirá los certificados oportunos y necesarios para que tramite su retiro...

— Pero hijo, esta precipitación no me parece oportuna -opinó repentinamente Regino, incapaz de permanecer callado por más tiempo-. Además, ¿quién ocupará su puesto con iguales garantías que Ramos?

— En lo que he decidido no hay ni rastro de precipitación. Hace algún tiempo que lo vengo pensando. A tu pregunta contestará el propio Hortensio. Tú has confiado en él para que me enseñara; yo me fío de su buen juicio y de su honradez.

— Bien está. Diga usted, Ramos. ¿A quién nos recomienda como sustituto?

El infeliz Hortensio-Rosendo, engranaje importante y, a la vez, eslabón débil, supo que estaba perdido. Lo afirmado por Héctor era absolutamente cierto; él ya no tenía nada que enseñarle. Más aún, ciertos indicios le confirmaban la triste realidad de que, si en aquellos momentos hubiera de elegirse el más sabio entre los dos -y la elección no estuviera previamente amañada- el preferido sería Héctor.

Y lo más amargo resultaba estar obligado a admitir que, en su fracaso, o en el triunfo de su rival -lo mismo daba- la coincidencia de que el más enterado fuese al mismo tiempo hijo del patrón, no era otra cosa que eso, una sencilla coincidencia.

Entonces, con el mundo cráneo cubierto de un explicable rubor, Ramos emitió su último informe para "Empresas Midas"; el más difícil de su dilatada vida profesional.

— Es mi ponderada convicción que la posición que me apresto a abandonar debería ser ocupada de inmediato por el propio don Héctor. No me explico cómo lo ha logrado, pero sabe más que yo ... y es más joven -terminó con un hondo suspiro.

— Gracias, don Hortensio-Rosendo -le dijo el nuevo Apoderado General cerrando la puerta del despacho tras la espalda del saliente.

— ¿Cómo lo has llamado? -inquirió Regino.

— No tiene importancia, papá. Sólo era una broma privada. Para ti no tendría sentido.